



RAYCO CRUZ

LA
SOMBRA DE
FRANTHAS

se

Lectulandia

«Me llamo Árgoht Grandël y vengo de Meledel. No me llaméis brujo. Lo que yo hago no tiene nombre ni merece etiqueta. No acepto vasallaje ni me postro ante hombre o mujer alguna. Hago mi trabajo de forma rápida y limpia. Cuando haya cumplido mi cometido, recogeré mi pago y no me volveréis a ver. Jamás. Una vez haya terminado, no quiero agradecimientos. Con el pago estaremos en paz y no quedará entre nosotros deuda alguna. Este soy yo y estas son mis condiciones».

Una sombra ha sembrado de cadáveres la tranquila aldea de Pranthas. El rey Yurt decide recurrir a los servicios del polémico hechicero Árgoht Grandël para descubrir y erradicar aquello que ha dejado desierta esa parte de su reino. Pero lo que el mago se va a encontrar en Pranthas es muy distinto de lo que se esperaba y, sin desearlo, se ve involucrado en una aventura que afectará incluso a su Destino. Gracias a sus habilidades y ayudado por inesperados compañeros, deberá desvelar el manto de sombras y mentiras que parece ceñirse sobre el reino de Ereth.

Lectulandia

Rayco Cruz

La sombra de Pranthas

ePub r1.0
Titivillus 19.01.18

Rayco Cruz, 2008
Ilustraciones: José Gabriel Espinosa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Hermi.
A mis padres y mi hermano.

Prólogo de Carlos González Sosa



LA SOMBRA DE
PRANTHIAS

RAYCO CRUZ

INTRODUCCIÓN

por Carlos González Sosa

Dicen que la magia ha dejado nuestro mundo, que el viento ha borrado el rastro de esos poderes innatos que tenían muchos de los seres que poblaban la Tierra.

Dicen que el tiempo nos ha robado esas habilidades, que hechizos y hechiceros han quedado olvidados bajo mantas de polvo que jamás nadie logrará encontrar.

Dicen que al morir la magia, muere el mundo de los sueños.

Tal vez sea cierto que muchas maravillas han quedado en el camino. Tal vez sea cierto que hemos perdido mucho.

Sin embargo, la magia no. No sé si por casualidad o porque estaba destinado a ello, lo que sí puedo asegurar es que Rayco Cruz aún la maneja. Su forma de describir, su manera de narrar es, sencillamente, mágica.

Pero déjenme empezar por el principio.

El 7 de noviembre de 2008 conocí a Rayco en una presentación. Me pareció una persona afable y muy interesante, y a partir de ese día comenzamos a vernos con asiduidad en encuentros en los que teníamos —y tenemos— largas conversaciones sobre libros, sobre escritores, sobre formas de escribir... Y en todas y cada una de esas charlas me he dado cuenta de lo inabarcables que son los conocimientos que tiene sobre esos temas. Y es que son pocos los libros que Rayco no ha devorado, pocos los autores a los que no conoce. Su cabeza es una auténtica biblioteca. A veces, y aunque me avergüence decirlo, me siento un aprendiz a su lado.

Y ¿por qué cuento todo esto? Pues porque creo firmemente que para ser un buen escritor, antes hay que ser un buen lector. Rayco ha bebido de tantas fuentes, que no hay manera de identificar cuál es su mayor influencia. Su estilo está depurado por mil plumas, por mil maestros, y creo que esa es una característica indiscutible en sus manuscritos.

Obviamente, también tiene sus fallos, como por ejemplo que escribe fantasía épica, o que es un autor español. Esos «fallos» serán duros obstáculos, trapiés que intentarán que nunca llegue a estar entre los grandes. Son problemas contra los que va a tener que luchar durante toda su carrera profesional si nosotros, los lectores, no

comenzamos a ver la literatura desde otro prisma, si no abrimos los brazos a las fantásticas generaciones de escritores de nuestro país que tratan de ganarse un puesto en nuestras librerías; y, por supuesto, si no damos una oportunidad a este género que tan poco valorado ha estado durante tanto tiempo.

La fantasía épica es un género difícil de dominar, especialmente si va dirigida a un público concreto, a un segmento social determinado. Si caemos en el error de sobreexplotar los recursos que esta nos brinda, podemos obtener como resultado un texto demasiado infantil. Creo que para manejar bien este género hay que saber dosificar la fantasía que se derrama en la historia, y tratar de dar credibilidad a esta. Yo siempre he sido un ardiente seguidor de la fantasía épica al más puro estilo: magia, hechiceros, criaturas fabulosas... ¿Están reñidas estas dos ideas? Creo que no. ¿Qué fantasía hay más creíble —o llamémosla aceptable— que la que podemos encontrar en los escritos de Tolkien? Pues ahí la tenemos: fantasía al más puro estilo... y creíble.

Y no es que esta obra siga esa línea, puesto que en ella se ha creado un mundo más cercano a la realidad medieval que a la fantasía, a pesar de todos los elementos fantásticos que utiliza, pero aun así me ha hecho viajar, evadirme de mi mundo.

Cuando comencé a leer *La Sombra de Pranthas*, me di cuenta de que no era un libro fantástico más, de que la fantasía que se utilizaba en sus textos estaba muy bien racionada. Pero además de todo eso, descubrí también una calidad de escritura exquisita. Tanto es así, que muchas fueron las veces en las que releí una y otra vez un párrafo por el simple hecho de disfrutar de la belleza del texto. Y eso no es algo fácil de encontrar.

Si esta habilidad es utilizada para crear un mundo mágico, lleno de lugares extraordinarios, de aventuras apasionantes, entonces se consigue lo que ha conseguido Rayco Cruz con este libro: atraparme, hacerme vibrar.

Hay que tener en cuenta algo importante: *La Sombra de Pranthas* no es una mera aventura, un simple relato. No, *La Sombra de Pranthas* es la carta de presentación de un personaje que a buen seguro va a formar parte de los grandes iconos de la literatura fantástica, un personaje que llegará muy lejos, dentro y fuera del texto. Les hablo de Árgoht Grandël, un hechicero tan carismático como misterioso, un humano que nos llevará de su mano en un viaje del todo inesperado, un viaje que será difícil olvidar.

Y es que el libro —si quitamos la introducción— ya comienza con unas palabras que pronuncia el propio hechicero y que dicen todo de él (o casi todo): «Me llamo Árgoht Grandël y vengo de Meledel. No acepto vasallaje ni me postro ante hombre o mujer alguna. Hago mi trabajo de forma rápida y limpia. Cuando haya cumplido mi cometido, recogeré mi pago y no me volveréis a ver. Jamás. Una vez haya terminado, no quiero agradecimientos. Con el pago estaremos en paz y no quedará entre nosotros deuda alguna. Este soy yo y estas son mis condiciones». A raíz de esas palabras comienza su gran aventura.

Es por eso que cuando me propusieron escribir este prólogo me sentí un privilegiado, y acepté enseguida, a pesar del reto que esto suponía. Me senté, comencé a escribir y las palabras brotaron como si hubiesen estado ahí esperando durante décadas para ser plasmadas en el papel.

Yo les invito a conocer a Árgoht, a seguirlo, a dar un paseo junto a él por el Reino de Ereth. Tal vez... tal vez no quieran regresar.

CARLOS GONZÁLEZ SOSA

Carlos González Sosa es escritor, autor de la trilogía fantástica Las Tierras de Meed, compuesta por los volúmenes La conquista de Oxyt, Ýlioran y Cenizas. Con su trilogía cerrada por fin, se encuentra trabajando en varios proyectos literarios dentro, también, del género fantástico que le apasiona.



PRÓLOGO



Shernan Kröll llevaba veinte años en el ejército, en infantería. Siempre en primera línea de combate, sobreviviendo a las múltiples campañas militares que su rey había promovido. Era un hombre recio y fuerte, tanto de cuerpo como de carácter. Un hombre de sólidos principios y una moral inquebrantable.

Por eso, sus tripas se revolvían cuando escuchaba las órdenes que estaba recibiendo de su inmediato superior. Aquello había sido una carnicería, una cacería de gallinas. Tres cuerpos, tendidos a sus pies en mitad del camino cubierto de hojas y tapados con sus propias capas de viaje, le pedían explicaciones. Por eso, apenas oía lo que se le decía.

—Llévatelos lejos y quémalos. No quiero saber dónde. Hazlo bien y rápido. Luego vuelve y serás condecorado como te mereces. Las cosas han cambiado, no podemos anclarnos en el pasado.

Las palabras de su capitán pretendían convencerle de que aquello había estado bien, pero nada conseguiría que desapareciera aquella sensación de asco, que empezaba a revolverle el estómago.

Unos instantes después, observaba cómo dos soldados rasos introducían los cuerpos en un carro y aparejaban el caballo. Kröll veía la escena como si estuviera muy lejos, en un mundo ajeno en el que aquellas cosas no estaban ocurriendo.

Los soldados le tendieron las riendas y él las tomó. Se subió al cabestrante del carro y se puso en marcha. Toda la formación que había recibido desde que tenía uso de razón, le impulsaba a obedecer aunque las órdenes fueran extrañas e inexplicables. Por eso siguió adelante cuando cada fibra de su ser le pedía que se detuviera y echara a correr. Que se alejara de toda esa locura. Detrás de él creía sentir moverse los cuerpos inertes, y no se habría sorprendido si una mano muerta y fría lo agarraba por el cuello y le arrancaba la cabeza del cuerpo. Además, se lo habría merecido, no se

opondría a ello. Solo su templanza consiguió ahuyentar estos pensamientos y evitó que mirara hacia atrás, aunque fue un gran esfuerzo.

Pero nada de eso pasó. Solo estaban él, el caballo y el silencio. ¿Dónde podía enterrar aquellos cuerpos malditos? Porque no pensaba quemarlos. No se merecían ese final. Desobedecería las órdenes que se le habían dado y se atendería a las consecuencias.

Anduvo durante mucho tiempo, atravesando la llanura en dirección a las colinas. Entonces se le ocurrió el sitio perfecto. No habría ningún otro lugar en el que descansaran más en paz que allí, en su propia casa. Dirigió su caballo en aquella dirección, seguro de estar haciendo una cosa bien entre toda aquella demencia.

Resultó la tarea más dura que había hecho nunca. Había luchado contra todo tipo de hombres y criaturas a lo largo y ancho de todo el reino. Había recibido y sobrevivido a heridas que habrían acabado con hombres más fuertes. Pero aquello le resultó una tarea casi imposible. En varias ocasiones estuvo a punto de rendirse, de dejarlo todo a medias y salir de allí para no volver jamás. Solo su profunda creencia en la cadena de mando y su necesidad de cumplir órdenes, arraigada en lo más profundo de sus venas, le hacían seguir adelante.

Había esperado encontrar guardias en la casa, pero a medida que se acercaba comprobó que la zona estaba desierta. Aquello era algo poco común, y sin saber por qué, una extraña sensación le recorrió la columna vertebral y le puso los pelos de punta.

Por fin apareció ante él la mansión que estaba buscando. Conocía el camino porque ya había estado en ella en una ocasión, algunos años atrás, pero pocas personas más en el mundo conocían su existencia. Y aquellos que encontraban el camino por casualidad, eran discretamente desviados por los guardias apostados en la zona y que ahora Shernan echaba en falta. Era un lugar hermoso y aislado, rodeado de silencio. Solo el sonido del viento y de los pájaros anidados en la pequeña arboleda que rodeaba la casa, perturbaban aquella paz añeja.

Se detuvo unos instantes a observar la casa. Era inmensa y todo su perímetro estaba protegido por un alto y robusto muro de roca de color hueso. Esa misma piedra se había empleado con el resto de la estructura, dándole un aspecto immaculado. La parte alta del muro estaba sembrada de afiladas puntas metálicas capaces de amedrentar a cualquiera que se hubiera planteado saltarlo. Una enorme reja del mismo metal daba acceso a un gran jardín, algo descuidado pero majestuoso.

Le costó algo de tiempo forzar la cerradura de la verja, pero finalmente pudo acceder. Ante él se extendía una pequeña alfombra de césped, ahora casi cubierta de hojas secas. Más allá, la mansión se alzaba ante él, casi una fortaleza pequeña. Era preciosa, con una escalinata que daba acceso a una galería sostenida por enormes columnas redondas. Una enorme puerta de madera, ricamente tallada, daba acceso al interior, con sus tres plantas de pequeñas ventanas tapiadas.

Pero no tenía intención de entrar, ni de quedarse allí más tiempo del estrictamente

necesario.

Dando un pequeño rodeo, encontró con facilidad un cobertizo de cuyo interior sacó una vieja pala, y con ella cavó tres profundos agujeros en la tierra húmeda. Las paredes de la mansión parecían mirarlo, recriminándole aquel acto.

La tarde se le había echado encima y pronto oscurecería. Una inquietud nerviosa comenzó a apoderarse de él, a medida que el sol abandonaba el cielo.

Deseoso de terminar tan amarga tarea, depositó con cuidado los dos primeros cuerpos en sus agujeros y musitó una plegaria por sus almas. La noche se había cerrado ya sobre él cuando se dispuso a terminar.

Después de depositar el tercer cuerpo en su zanja, un ruido lo sobresaltó. Miró en la dirección del sonido y vio que solo era el postigo de una ventana. Las maderas que la tapiaban se habían soltado. Lo mismo que había roto el tapiado debía haber estropeado el cierre del postigo y ahora golpeaba el marco con fuerza, movido por el viento. La distracción hizo que pisara mal y tropezó con una piedra. Cayó cuan largo era y se golpeó la cabeza contra los escalones del acceso a la casa. Perdió el conocimiento y un pequeño reguero de sangre manchó la piedra blanca.

Cuando despertó, la oscuridad lo rodeaba por completo. Solo la luna llena le permitía vislumbrar su alrededor. Tenía un dolor pulsante en la cabeza, allí donde se había golpeado y una mancha de sangre seca le apelmazaba el pelo. Se tocó la herida y sintió una punzada que le tensó los músculos del cuello.

Había sido un golpe estúpido y Kröll se avergonzó. Sacudió la cabeza y se puso en pie, decidido a terminar su trabajo aciago. Miró a su alrededor, donde las sombras acechaban, y lo invadió una nueva urgencia por acabar.

Cogió la herramienta y cargó una palada de tierra para introducirla en el tercer hoyo. De pronto, un escalofrío le recorrió la espalda al observar el interior del agujero y soltó una exclamación: el cadáver había desaparecido. La excavación estaba vacía. Kröll perdió el aliento. Buscó alrededor con el corazón acelerado. Él recordaba perfectamente haber dejado el cadáver dentro, así que tenía que estar allí. ¿Cómo era posible? Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, haciendo que el vello de su nuca se le pusiera de punta.

Pronto se dio cuenta de que no lo encontraría por los alrededores. Agitado, comenzó a rellenar los otros dos agujeros, cuyos contenidos se encontraban, para su alivio, donde debían estar. Cuando hubo acabado con los primeros y se encontró de nuevo con el que estaba vacío, se planteó dejarlo como estaba y marcharse cuanto antes de allí, dejando atrás aquel cometido maldito. Sin embargo, ahora sus nervios de militar estaban más templados y decidió hacer bien el trabajo, pues ya no había vuelta atrás. Tomando aliento, alzó una nueva palada de tierra y se dispuso a echarla en el agujero. En ese momento, se dio cuenta de que había algo en el fondo, mezclado con la tierra suelta. Las sombras de la noche le impedían distinguir su forma, pero estaba seguro de que por un segundo había visto un destello, el reflejo de un rayo de luna en algo metálico.

La pala quedó suspendida a medio camino de su recorrido. Su curiosidad superaba su aprehensión, echó la herramienta a un lado y saltó al interior. La tierra se desmoronaba en las paredes del agujero. En el fondo, sus pies tocaron algo duro y, cuando se agachó y apartó la tierra fría que cubría el objeto, sus dedos tocaron cuero y metal. Con extremo cuidado lo alzó y lo expuso a la tenue luz de la luna.

Al darse cuenta de lo que tenía en las manos, a punto estuvo de dejarlo caer. Era una espada metida en su vaina, y Shernan supo enseguida qué arma era y quién era su dueño. Por lo menos, quién lo había sido. Sin poder evitarlo, miró a su alrededor, buscando un indicio, un movimiento, un sonido que delatara la presencia de su dueño, aquel cuyo cuerpo debía estar en el agujero en ese mismo instante, pero que no lo estaba, por alguna razón que Shernan era incapaz de comprender. Excepto... ¿era posible que siguiera vivo? El soldado comenzó a ponerse muy nervioso. Esa era la única explicación posible. ¡Había estado a punto de enterrar vivo a un hombre! Intentó tranquilizarse y lo consiguió, respirando varias veces con bocanadas profundas.

El dueño de aquella espada no podía estar muy lejos. Él había estado inconsciente un buen rato, pero aun así no podía llevarle demasiada ventaja. Además, iba a pie, mientras que él tenía su caballo. Se dispuso a correr hacia la verja de la entrada en busca de su caballo, pero se detuvo en seco. No podía dejar aquello así, tenía que completar lo que había empezado, aunque ello lo retrasara un poco.

Rellenó el agujero, como hiciera con los otros y apisonó la tierra sobre ellos. Sin embargo, no podía dejar de mirar a su alrededor, a las sombras que parecían agitarse con cada sople de aire.

Cuando hubo terminado, se quedó en la oscuridad mirando por unos segundos su trabajo. Faltaba algo. Aquello no podía acabar así. Su conciencia se había aplacado un poco, pero algo no le cuadraba. Enterrarlos así y quemarlos era prácticamente lo mismo. Debía dejar constancia de aquella atrocidad.

Así pues, buscó por los alrededores unas piedras planas. Cuando las hubo encontrado, volvió al cobertizo a buscar un martillo y un cincel, y se aplicó a la tarea. Era la primera vez que hacía algo así y en la oscuridad, sus manos no eran muy precisas, por lo que el resultado no fue del todo satisfactorio. Aun así, se sentía bien. No puso nombres para respetar el descanso de sus almas, pero supo que la persona que, algún día, encontrara aquel lugar, no tardaría en reconocer la señal que había grabado en las improvisadas lápidas. Incluso a la tercera tumba, que había quedado sin cuerpo, le puso encima una de las piedras. Le parecía, por alguna razón, lo más justo, aunque si sus sospechas eran correctas, no tenía demasiado sentido. De todas formas, lo dejó así.

Recitó una última plegaria y se fue.

Pero su sitio ya no estaba en el que hasta ahora había sido su hogar. Supo que jamás podría volver a mirar a la cara a sus superiores, y no podría mentir cuando le preguntaran si había cumplido con la orden de quemar los cuerpos. Su destino había

quedado marcado cuando había tomado la decisión de desobedecer y ahora, cargaría con las consecuencias. Además, tenía que devolver aquella espada. Era esencial encontrarlo.

En Ereth tardarían mucho tiempo en volver a saber de él.



 1 

—Me llamo Árgoht Grandël y vengo de Meledel. No me llaméis brujo. Lo que yo hago no tiene nombre ni merece etiqueta. No acepto vasallaje ni me postro ante hombre o mujer alguna. Hago mi trabajo de forma rápida y limpia. Cuando haya cumplido mi cometido, recogeré mi pago y no me volveréis a ver. Jamás. Una vez haya terminado no quiero agradecimientos. Con el pago estaremos en paz y no quedará entre nosotros deuda alguna. Este soy yo y estas son mis condiciones.

Un silencio sepulcral siguió a estas palabras y Árgoht sintió cómo los ojos de los presentes se clavaban en él, penetrando su piel oscura. Paseó la vista entre ellos y descubrió gran diversidad de sentimientos en esas miradas. Aprensión, burla, respeto, miedo... Sus palabras habían cumplido su cometido. Nadie quedó indiferente a ellas.

En el enorme salón del trono ni una brisa de aire movía un solo cabello. Todos esperaban la respuesta del hombre sentado frente al extranjero. Era un hombre de aspecto altivo y orgulloso, aunque su rostro marcado de cicatrices daba pistas sobre un pasado más cercano al ejército que a la nobleza. Vestía ricas ropas, como cabía esperar de la persona que ocupaba el trono de Ereth, y una pequeña corona ceñía sus cabellos castaños.

Por fin, Árgoht elevó la mirada ante la persona sentada ante él, situada en una tarima, unos escalones por encima.

—Veo que las historias que cuentan sobre ti son ciertas —dijo el rey Yurt de la casa de Amnhol, regente del reino de Ereth, con voz meliflua y pomposa—. Espero que tus artes sean tan eficaces como tu lengua.

El rey era un hombre alto y de cuerpo bien formado, clara muestra de su reciente pasado militar. Su piel se había suavizado y su cabello, bien cuidado, no correspondía al de un soldado, prueba de que era muy fácil acostumbrarse a la buena vida de palacio. Vestía una elegante túnica de color ocre con ribetes dorados, que brillaban

bajo el impacto de la luz del sol. Sobre la túnica llevaba un peto metálico a modo de armadura ornamental. A la altura de pecho se veía grabado el emblema de la casa Amnhol: una espada embebida en la silueta de una torre de piedra. Completaba el atuendo una larga capa de color marrón muy lujosa.

La voz del rey resonó en las altas bóvedas del salón, como emitida por miles de gargantas. Sus propias palabras no habían tenido ese efecto. Sin duda la posición elevada del regente había sido cuidadosamente estudiada para aprovechar al máximo la acústica de tan soberbio lugar. También los rayos del sol, filtrados por enormes y altas cristalerías, caían sobre él dándole el aspecto de una aparición. Hasta la hora de la entrevista había sido calculada con gran exactitud.

El salón era impresionante. De forma circular, estaba construido con los más exquisitos materiales. Mármol de diversos colores, piedra y mosaicos variados dejaban bien claro que Ereth era un reino rico y ostentoso. Por encima de sus cabezas, una galería recorría la pared una planta por encima. Algunos cortesanos observaban desde aquella altura los acontecimientos que se desarrollaban en el salón.

Durante unos segundos, ninguna voz rompió el silencio con el que estaba siendo examinado. El rey intentaba tomar una decisión y Árgoht lo sabía. Siempre ocurría algo así. Costaba que se decidieran a aceptar sus servicios, ya fuera por su precio o por su impacto sobre el pueblo. Además, su mero aspecto ya causaba comúnmente cierta confusión, pues vestía pantalones de cuero con una camisola, sobre la que destacaba ligeramente un peto de cuero. Una capa de viaje oscura completaba su atuendo. Un mago es algo que se ve con muy poca frecuencia, y alrededor de ellos ha crecido una leyenda muy tergiversada. La idea de hombres viejos, con largas barbas grises y túnicas blancas, apoyados sobre bastones que encerraban terribles poderes, era la más extendida. Por eso, encontrar a uno que decía ser un hechicero con aspecto maduro, pero no anciano, y que podía hacerse pasar por uno de ellos causaba algo parecido a un estupor incrédulo. Sin embargo, alguien que supiera un poco de las artes arcanas, se habría dado cuenta de su condición, solo con mirar sus ojos e intentar descifrar su mirada insondable.

Y una vez tomada la decisión con sus servicios, no era posible echarse atrás.

—Sea —dijo el rey con rotundidad.

El silencio se rompió en una algarabía de murmullos y roces de telas. Tan rápido como surgió, se apagó al levantarse el rey. Sus ropas caras, de exquisita factura, contrastaban con un rostro curtido en la intemperie.

Árgoht no estaba acostumbrado a ser recibido en la corte, en presencia de tantos cortesanos. Lo más común era que fuera recibido en audiencia privada, para que su presencia pasara lo más desapercibida posible. Árgoht bajó la cabeza a modo de saludo, y con ello quedó cerrado el pacto entre ambos hombres. Sin embargo, el gesto era simbólico, pues aún no sabía cuál sería su cometido, y de ese conocimiento podía surgir alguna discrepancia.

—Dejaremos para más tarde los detalles concretos —dijo el rey—. Ahora,

cenaremos.

Sin una palabra más, un ejército de sirvientes salió de la nada. En minutos, el salón de audiencias se había convertido en un comedor plagado de mesas e impregnado del exquisito olor de la carne de cerdo. Guisada, hervida, frita... Aunque Árgoht no dio muestras de ello, su estómago dio un vuelco. Hacía semanas que no comía nada digno de mención y tuvo que hacer uso de todo su autocontrol, entrenado durante años, para no abalanzarse sobre los jugosos platos rellenos de viandas. Solo sus ojos se desviaron, imperceptiblemente, cuando uno de los sirvientes pasó junto a él con una gran bandeja llevando patatas, rellenas de una carne a todas luces deliciosa.

Cuando el rey hubo ocupado su puesto en la cabecera de la mayor de las mesas, situada al pie del trono, el resto de los asistentes se sentó, con un momentáneo barullo de madera contra mármol. Respondiendo a un gesto del regente y acompañado por un sirviente, Árgoht fue a ocupar el sitio que se le había asignado, a su diestra y a dos sillas de distancia. Entre ellos se situaron una hermosa dama de porte elegante y orgulloso, y un enorme norteño de aspecto al mismo tiempo peligroso y bonachón. No tardó mucho en descubrir que la dama era la esposa del rey, *Lady Yuley*, y él Branton Oldsten, el general de sus ejércitos.

De camino hacia Ereth había coincidido durante un tiempo con una pequeña caravana de mercaderes, que se dirigían hacia el norte y pensaban detenerse algunos días en la capital para hacer negocios. Le ofrecieron al mago la oportunidad de sumarse a la comitiva, alegando que nunca se sabía dónde podía haber un asaltante escondido y que el número hacía la fuerza, si bien nunca supieron de su naturaleza o conocimientos. Fue su mera presencia, el hacer crecer al grupo, lo que les convino. Se dejó convencer y se unió a ellos.

El viaje hasta ese momento había sido lento y agotador, pero entonces pudo avanzar a buen ritmo y de vez en cuando le permitían descansar en el cabestrante de alguno de los carromatos. Aunque no se mezcló demasiado con los mercaderes, siendo nuevo en aquella región, procuró prestar oídos a todo cuanto sus compañeros de viaje decían, pero nunca participaba de las conversaciones. Es por ello que recordaba haber escuchado, entre otras muchas, una historia sobre el hombretón que ahora se sentaba a su lado. En ella, decían que durante una batalla se había abierto el abdomen con su propia daga, para sacarse una flecha envenenada de tres puntas. Nadie había podido confirmar ni desmentir este hecho, lo cual no hacía sino alimentar las mentes efervescentes de los bardos y dar más vigor a la leyenda. Su risa escandalosa se dejaba oír con estruendo durante el banquete, con cada chiste fácil o comentario ingenioso. Por este lado, la presencia de Árgoht no supuso un gran aliciente para Oldsten, pues su talante taciturno y más dado a la observación que a la participación, lo convertía en un pobre compañero a la hora de conversar.

A pesar de ello, el norteño se esforzaba en cruzar palabras con el invitado y se mostró muy interesado en su profesión y sus artes, haciéndole infinidad de preguntas

que Árgoht intentaba, educadamente, no contestar. Era bien sabida la tradicional negativa de los hechiceros a revelar detalles de sí mismos o sus habilidades. Además, aquella reunión no era de su agrado. Después de un largo viaje, lo único que deseaba era poder descansar un rato a solas y en silencio.

—En cierta ocasión —empezó a relatar el general—, el rey Yurt, cuando todavía era solo el capitán Yurt Amnhol, y yo, lideramos un pequeño ejército contra un grupo de los vuestros. Eran solo tres, mientras que nosotros éramos ochenta hombres fuertes y jóvenes. Precisamente nuestra juventud fue la que nos llevó a librar una batalla que, ahora lo sé, nunca habríamos podido ganar.

En este punto, miró alrededor y bajó la voz acercándose al oído del hechicero.

—Nos embrujaron a todos antes siquiera de poder desenvainar nuestras espadas. Sentí un cosquilleo extraño que me recorrió la columna vertebral erizándome el vello de los brazos y la nuca. Fue como una sacudida. En un parpadeo, nos vimos luchando entre nosotros. Mis brazos subían y bajaban por sí mismos, sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Los veía moverse igual que un preso observa el mundo a su alrededor sin poder intervenir en él. Pasados unos minutos, recuperé el control de mi cuerpo y fue como si despertara de un largo sueño. Dejé caer las armas y me arrodillé sobre la tierra húmeda, agotado. El cosquilleo había desaparecido. Era yo mismo de nuevo, pero todos a mi alrededor seguían con las armas alzadas.

»Pude observar entonces que ninguno de los golpes que lanzaban mis hombres impactaba en el contrario. No hubo sangre alguna. Parecían estar en el patio del castillo practicando movimientos, como una coreografía. Quedé perplejo cuando vi que los brujos, en vez de intentar sacarnos las tripas, reían a mandíbula partida y hacían comentarios chistosos entre ellos. Se divertían con nosotros y no podíamos evitarlo. Yo, aun liberado de lo más poderoso de su influencia, no podía hacer nada para oponerme, como si una neblina ofuscara mi mente. Este efecto duró hasta mucho después de que los brujos se hubieran marchado lejos.

El general calló durante unos segundos para llevarse a la boca un enorme pedazo de carne. Árgoht aprovechó esta pausa para apuntar mentalmente varias cosas. La primera, era que este hombre parecía tener excepcional resistencia a los hechizos. La segunda fue la mirada reprobatoria que durante una fracción de segundo pudo observar en el rey al oír lo que su general le estaba contando. Para él, tuvo que ser una derrota humillante y poco agradable de recordar.

Pero quizás más importante aún era el hecho de que Oldsten tropezara con un grupo de tres hechiceros. ¡Tres! Aquellos que dedicaban su vida a las artes mágicas eran escasos en el mundo, así que encontrar a tres juntos era algo realmente excepcional, casi inaudito. Él aún no había encontrado a ningún igual, aunque había escuchado viejas historias de encuentros puntuales, fruto de alguna casualidad extraordinaria. Dichos encuentros solían ser breves y se limitaban a resolver el problema en cuestión y separarse de nuevo, sin que mostraran el más mínimo interés por las actividades de los otros. Un hechicero se hace a sí mismo, aprende solo de su

experiencia y de La Madre. Por ello, cada uno es diferente, cada uno sigue su propio camino. No hay escuelas, no hay maestros. Cada mago encuentra sus herramientas según su propia naturaleza y no hay dos con habilidades idénticas. Son seres únicos e incomparables, sin igual sobre el mundo.

Y Oldsten había visto tres juntos, ¿qué habrían estado haciendo? ¿Qué motivo podía haberlos reunido?

También era posible que el general estuviera exagerando. Lo más seguro era que fuera un solo hechicero el que había humillado a su grupo, pero aquel usaba los confusos recuerdos del acontecimiento como excusa, para engordar el número a fin de que la derrota resultara menos escandalosa. Lo que sí era más creíble, era el comportamiento de los magos, pues rara vez uno decidía matar si no era estrictamente necesario.

El general continuó, con la boca llena:

—Aún hoy, los recuerdos que tengo de aquella mañana son borrosos y nublados, como si una fina tela los envolviera. Quizá, sea una consecuencia de la magia que nos afectó a todos...

La mirada del general se perdió en el fondo de la sala, mientras tomaba otro trago de su copa. Enseguida, un joven con una enorme jarra se apresuró a rellenarla, una vez más. Árgoht había perdido ya la cuenta de las veces que lo había hecho, al contrario que la suya, que esperaba en la mesa sin que el hechicero la hubiera tocado siquiera.

Enfrascado en imágenes del pasado, el rostro de Branton Oldsten se ensombreció por un momento. Su barba, rubia y muy enmarañada, estaba ya completamente pringada de salsa y restos de comida. Sus ricas vestiduras, todas ellas de lana delicada y cuero, parecían ya las propias de un empleado de las caballerizas.

Tras unos instantes, durante los que Árgoht siguió comiendo en silencio, el general bajó la mirada hacia su plato, cogió otro pedazo de carne y con él en alto, se giró hacia su contertulio con una enorme sonrisa. Los efectos del vino comenzaban a traslucirse en su tono de voz.

—Pero eso es el pasado, una época oscura. Una época de racionamiento y privaciones. Nuestro antiguo rey era un gran hombre y un gran guerrero, pero vivió una época muy dura y gastó más dinero en guerras y armas, que en alimentar y cuidar a su pueblo.

Árgoht se sintió por un momento desconcertado por el cambio de tema. Los efectos del vino debían de ser más profundos aún de lo que parecían. Aun así, asintió sin abrir la boca.

Conocía un poco de la historia del rey Manlor el Temible, el primero de su nombre, hijo del rey Kentor III y último heredero de la dinastía real de la casa Anturiel, aunque solo retazos inconexos. No le interesaba mucho la historia de los reyes que ascendían y caían por todo el mundo, aunque intentaba conocer, si le era posible, algo sobre sus anfitriones. En esto también fueron de gran ayuda los

mercaderes que lo acogieron de camino a Ereth.

Durante todo el monólogo del general, Árgoht intentaba no perder la oportunidad de escrutar los rostros de los presentes a la comida. De esa forma intentaba grabar en su memoria los rostros de los invitados y captar algún que otro fragmento de conversación. Algo francamente complicado, con el ruidoso general sentado a su lado y con la lengua floja por culpa de la bebida.

—Ahora —continuó su parlanchín compañero de mesa, con la lengua bien regada de dulce vino del sur—, las cosas han cambiado. Nuestro actual rey ha sabido administrar los recursos del reino. Ahora vivimos mejor que nunca.

—Resulta evidente —dijo Árgoht por primera vez con su voz seca y profunda—, a la vista de vuestras prominentes tripas y vuestras ricas vestiduras. —En verdad, Branton Oldsten tenía más aspecto de noble comerciante, cebado y sedentario, que de un militar experimentado. Su barriga sobresalía generosamente embutida en su ropa de gala.

Aunque Árgoht pronunció estas palabras en un tono serio, el vino hizo efecto en el general y prorrumpió en carcajadas.

—¡Así es! —se puso en pie con la jarra en la mano y gritó: ¡Viva el rey Yurt!

El resto de la concurrencia respondió al brindis y levantó sus copas hacia el techo para brindar por su regente.



El banquete terminó de forma tan brusca como había empezado. El rey se levantó de su elevada posición y al momento se hizo el silencio en el enorme y lujoso salón. Hacía bastante tiempo que el sol había dejado de bañar su figura, de iluminar su silueta dándole el aspecto que, según las antiguas imágenes, tenían los dioses. Árgoht lo observó durante bastante rato y concluyó que el rey Yurt no pretendía parecer una deidad, pero así conseguía aumentar el peso de su presencia. Parecía un hombre sencillo, dispuesto a conversar con cualquiera, y no mostraba la altanería de quien era rey desde la infancia y había crecido rodeado de lujos y caprichos. Aquel hombre se había hecho a sí mismo.

Mientras los invitados se iban retirando como podían, tras varias largas horas de copiosa cena y mucho más copiosa bebida, el rey se acercó a Árgoht y le pidió que lo acompañara. Tenía la esperanza de que le llevaran a los aposentos que debían tenerle preparados, pues estaba ya muy cansado, pero esa era labor para los sirvientes. Si el propio rey caminaba ante él, era porque iban a algún otro sitio.

No tuvieron que ir demasiado lejos, pues Yurt comenzó a ascender por una de las escaleras, que conducían a la galería que rodeaba todo el perímetro del salón. Tras dejar atrás algunas puertas cerradas a cal y canto, su anfitrión abrió una de ellas y accedió a su interior. Casi toda la estancia permanecía en sombras, pero la luz de un fuego alumbraba dos sillones con aspecto cómodo y su calor caldeaba el ambiente, convirtiéndolo en un lugar confortable.

Ahora, sentado en un sillón mucho más sencillo que el trono, al cobijo de la gran chimenea y sin más compañía que la de las llamas, el aspecto del rey era mucho menos impresionante. Árgoht aceptó por cortesía la copa de vino que este le ofrecía y se arrellanó en el mullido sillón situado frente al del regente, a una discreta señal de este. Aquello sería una conversación informal entre dos hombres, no entre un rey y

un vasallo. Eso congratuló en gran medida a Árgoht, poco dado a los protocolos. Se llevó la copa aromática a los labios, y tuvo que reconocer para sí mismo que estaba disfrutando de la comida y la hospitalidad.

En ocasiones anteriores, en ciudades muy lejos en la distancia y la memoria, su presencia se hacía pasar lo más desapercibida posible y se evitaba el contacto directo con él mediante el empleo de intermediarios. Esto no era algo que le afectara en absoluto, pero en esta ocasión, le gustó el trato cordial que se le estaba brindando.

Durante algunos minutos, ninguno de los dos hombres dijo palabra. El rey tenía la mirada clavada en el fuego, como si buscara las palabras exactas para comenzar. Ese tiempo lo aprovechó el meledino para pasear la mirada por la sala. Era un estudio, con una grandiosa biblioteca que olía a polvo, papel viejo y cuero. Un olor encantador. Las estanterías, sin bien difícilmente distinguibles al encontrarse fuera del círculo de luz emitido por la chimenea, eran de preciosa madera labrada y ocupaban todas las paredes desde el suelo hasta el techo, que se elevaba varios metros sobre sus cabezas. Quedaban fuera de la vista, si la vista se reducía a la luz que podían captar los globos oculares mortales. Pero los ojos de Árgoht veían más allá. Mucho más.

—Buen vino —dijo Árgoht por fin, rompiendo el hielo. No había tenido intención de iniciar él la charla, pero empezaba a necesitar un buen descanso y no quería que aquella reunión se alargara más de lo necesario—. Y buena biblioteca.

Levantó la copa para dar énfasis a sus palabras. Repitiendo el gesto, el rey respondió:

—Muchas gracias. Por supuesto, el mérito no es para nada mío, que llevo aquí apenas lo que dura un suspiro. Varias generaciones de reyes han ido haciendo acopio de estos magníficos volúmenes durante el transcurso de los siglos. Alguno gobernó mejor que otro, pero siempre habrá que reconocerles el mérito de haber puesto énfasis en conseguir la que ha resultado ser la mayor y mejor surtida biblioteca del reino.

Estaba claro, pensó Árgoht al oír al hombre hablar de su biblioteca y de todo aquello que les rodeaba, que disfrutaba mucho con su posición elevada dentro de los engranajes de la rueda que es la vida.

—Es posible —continuó—, que pienses que esto no me pertenece, si conoces algo de nuestra historia reciente, que estoy aquí por error. Sin embargo, te diré que hago lo que puedo y lo mejor que puedo. Con el tiempo, aportaré mi grano de arena a la continuidad y crecimiento de este hermoso templo de sabiduría.

Árgoht, que consideraba que quien hace lo que puede, es normalmente un cobarde dispuesto a sentarse y dejar que los problemas se resuelvan solos o pasen de largo, contuvo una mueca de desprecio. Las historias que había escuchado sobre el rey antes de llegar a su castillo hablaban de un hombre justo y sabio, que tomaba buenas decisiones y trataba bien a su pueblo, por lo que decidió darle un voto de confianza.

—No estoy aquí para juzgaros. No es asunto mío ni me importa —dijo el hechicero.

Sin embargo, algo en el ceño del hombre, en las pequeñas arrugas de su frente, hizo que Árgoht sospechara que había algo más. Algo indefinido, anidado en lo más profundo. Por supuesto, todos los hombres tienen algo así en su interior, aunque rara vez merece la pena investigarlo.

—Conozco vuestra reputación —dijo el rey mirando su copa de vino—, sé que sois el mejor en lo vuestro. También sé que no os gusta perder el tiempo ni pasar demasiado en un mismo lugar. Así pues, iré al grano.

—Os lo agradezco —respondió Árgoht tomando un sorbo de su propia copa y depositándola en una mesilla cercana, para prestar toda su atención a las palabras de su interlocutor.

—Este es un reino tranquilo y próspero —comenzó—. Nuestras fronteras están bien protegidas y la única preocupación de nuestro pueblo, es que la tierra sea generosa con sus cosechas. Hemos tenido que luchar mucho para que las cosas sean así, y así me gustaría que continuasen.

Árgoht se limitó a asentir amablemente sin interrumpir.

—A pesar de tantos esfuerzos, hay una sombra en este reino de luz. Y está casi a la puerta de casa. Al oeste, a una jornada de camino a caballo, se halla la región de Pranthas. Acompañadme.

Se levantó y Árgoht lo siguió. Fueron hasta una de las paredes más alejadas de la estancia, sumida en las sombras. Tomando una vela de su soporte, la alzó, para disipar la oscuridad y mostrar un gigantesco mapa de exquisita manufactura, generoso en detalles.

—Aquí —dijo señalando el centro del mapa—, está Ereth y el castillo en el que nos encontramos. Mi reino se extiende al oeste hasta el mar Dorado, dominado por el puerto de Rishmar y al este hasta Meldrar-lhor, la región de los pantanos. Y aquí —señaló una zona algo hacia la izquierda—, está Pranthas. Es un pequeño valle entre las cumbres de Tartak-oth, las Montañas Caídas, y las colinas Yermath. En apariencia no es gran cosa, pero resulta que es un valle fértil y de tierras muy agradecidas para la agricultura. Además, es mío, pertenece a este reino. Pero ya nadie habita allí.

El rey se apartó del mapa, depositó de nuevo la vela en su sitio y volvió a su asiento, con Árgoht frente a él. Antes de sentarse, rellenó las copas de ambos. El meledino reconoció para sí mismo que estaba intrigado. Yurt era un buen orador y sabía cómo captar la atención de sus interlocutores.

—Gracias —dijo Árgoht—. Continúa, por favor.

—Como decía, desde hace cuatro años mi pueblo se ha alejado de esa región. Cuentan que una sombra se ha extendido desde el sur. Llegan con rumores de que una criatura monstruosa se ha instalado en la zona, alimentándose del ganado de los aldeanos y matando a niños y mujeres indiscriminadamente. Muchos fueron en su busca y jamás volvieron. Cuentan historias de terribles gritos que llegan en la noche

cuando el viento sopla del sur y aparecen rastros de sangre en las montañas, ahora consideradas peligrosas y oscuras. Yo mismo he enviado a buenos hombres armados y en gran número en dos ocasiones. De la primera expedición no regresó nadie. De la segunda, solo dos consiguieron llegar hasta aquí, gravemente heridos pero con vida. Por desgracia, sus mentes quedaron demasiado afectadas y no han sido capaces de explicar con detalle qué les ocurrió. Además, aunque no sé si está relacionado, los campos han comenzado a estropearse. Las tierras que antes eran fértiles y ricas, son ahora eriales.

—Así pues —le interrumpió por primera vez su invitado—, no tiene ningún dato de esa sombra. ¿No ha conseguido sonsacar nada a esos hombres?

—Nada. Os invito a intentarlo si queréis, pues está relacionado, como ya habréis supuesto, con lo que os voy a pedir. Quiero que vayáis allí y desveléis este misterio. Quiero recuperar mis tierras. Lo que no han conseguido mis rivales de reinos vecinos, no lo va a lograr un rumor o una superstición.

—Yo no llamaría a hombres desaparecidos y niños muertos una simple superstición.

—Es cierto. Vuestro cometido será traerme pruebas de la existencia de esa criatura —su rostro se ensombreció aún más de lo que lo oscurecían las danzantes llamas de la chimenea—. Mejor dicho, de la muerte de esa criatura. No quiero saber qué es. No me interesa que aspecto tiene. Lo único que quiero es que mi gente pueda volver allí, para seguir con sus vidas.

Tras estas palabras ambos hombres guardaron silencio durante algunos instantes. Los ojos color violeta de Árgoht se clavaron en la mullida alfombra, ricamente elaborada, sobre la que reposaban sus pies, mientras analizaba la información que acaba de recibir.

—Veo muchos interrogantes en esta historia —dijo por fin—. Muchos más que respuestas.

—Lo sé. Os pido disculpas por no poder daros más información, solo conozco los rumores que cuentan los aldeanos. Lo único cierto es que en Pranthas hay algo, y quiero que deje de ser una molestia.

—No tengo por costumbre matar si no es imprescindible, así que esa parte de nuestro acuerdo deberá quedar en suspenso. Iré allí, encontraré a esa criatura y actuaré en consecuencia. No puedo ofreceros más sin conocer todas las respuestas a las preguntas que esta situación nos ofrece. Estáis dando por sentado que lo que ha ocupado vuestras tierras es algo maligno, pero eso aún está por ver. Mi experiencia en estos ámbitos me obliga a ser prudente.

—Lo comprendo —dijo el rey—. Si las historias que cuenta mi pueblo son ciertas, y no dudo ni por un instante de que lo son, matareis a esa criatura nada más verla.

—Yo decidiré eso.

La sequedad de la respuesta sorprendió a Yurt. El ambiente agradable y el calor

del vino y la chimenea le habían llevado a pensar que hablaba con otro hombre, con un amigo. Pero Árgoht no era del todo ni una cosa ni, por supuesto, la otra.

—Partiré mañana al atardecer... —empezó a decir el hechicero.

—Así pues, ¿aceptáis el encargo? —le interrumpió el rey con gesto solemne.

Árgoht reflexionó unos instantes. Parecía un trabajo fácil, nada que le ocupara demasiado tiempo si ese lugar, Pranthas, como parecía en el plano, no estaba demasiado lejos.

Árgoht levantó su copa, al tiempo que asentía levemente con la cabeza.

—Acepto.



La mañana amaneció con un color extraño. Las nubes se cerraban sobre la fortaleza dejando pasar escasos y tímidos rayos de luz solar.

Árgoht llevaba mucho tiempo ya en la ventana, desnudo y con el pelo negro cayendo sobre sus hombros, observando al mundo despertar, impregnándose con los olores y colores de este rincón de la existencia en el que ponía los pies por primera vez. Más abajo, la ciudad se desperezaba lentamente, saliendo a duras penas de su letargo nocturno. El hechicero pudo observar mucho desde su posición privilegiada: el cambio de guardia, hecho distraídamente, sin ceremonias de ningún tipo; los primeros puestos de venta que se iban distribuyendo a los pies de las murallas, algunos viajeros que abandonaban Ereth con las primeras luces... Aunque no era propenso a perder el tiempo con el pasado, Árgoht no pudo evitar comparar lo que veía con su ciudad natal, Meledel. Allí las cosas funcionaban a otra velocidad. Desde antes de que se despertara el sol, ya el mercado estaba listo para recibir a los más madrugadores. Además, no se limitaba a unas cuantas casetas puestas de cualquier forma. El mercado de Meledel era famoso en toda la Extensión de Plata, muy al este de Ereth, por ser uno de los más grandes, bulliciosos y mejor surtido. Muchas bocas se alimentaban allí de las monedas que se traían desde muy lejos, con las que se pagaban los más variopintos artículos.

Además, el cuerpo militar de la ciudad era impresionante, con infinidad de ceremonias y rituales.

Árgoht se desprendió de esos recuerdos y volvió a centrar su atención en lo que tenía delante. Las murallas de Ereth serían un pobre obstáculo para alguien decidido a conquistar la fortaleza con un ejército no demasiado grande. Su aspecto desde la distancia era formidable, pero vista de cerca dejaba al descubierto una preocupante falta de mantenimiento.

Por el bien de la ciudad y del reino, Árgoht esperaba que los hombres encargados de defenderlas estuvieran mejor preparados.

Una brisa fresca comenzó a soplar desde el bosque cercano, a unos doscientos metros de la muralla, agitando al mismo tiempo los cabellos del hechicero y las copas de los árboles oscuros. Hasta él llegó el susurro de las hojas al rozarse entre sí. Aspiró una bocanada y cerró la ventana, dispuesto a vestirse y comenzar su tarea. Se puso una media túnica, color azul oscuro, sobre los pantalones de cuero y se la ciñó con un cinturón marrón tachonado con piedras negras pulidas. Las botas, del mismo material y color, estaban ya muy gastadas por el uso y por los kilómetros que le habían visto recorrer. Para compensar el aire fresco, se echó sobre los hombros una capa ligera de color gris, con tantos kilómetros como las botas e igual de castigada.

La mañana la dedicaría a interrogar discretamente a los exiliados de Pranthas. Todos vivían en una zona habilitada para ellos a las afueras del castillo, casi en la linde del bosque, en el extremo más occidental de la ciudad.

Árgoht abandonó el abrigo de las murallas por la Guardia del Oeste, nombre que se le daba a una gran puerta de madera situada en ese punto cardinal. Estaba abierta, aunque vigilada por cuatro jóvenes armados con coraza y lanzas. Aunque lo miraron con curiosidad al pasar, ninguno de ellos le dirigió la palabra.

El camino que partía desde la Guardia del Oeste, estaba muy cuidado y formado por piedras lisas expertamente alineadas. El sendero avanzaba zigzagueante hasta llegar al bosque, donde se convertía en un sendero de tierra que se perdía en la oscuridad. A ambos lados del sendero se alzaban casas de los más diversos tipos y materiales, aunque las más vistosas y mejor preparadas se encontraban más cerca de la muralla. A medida que se iba alejando de ella, las viviendas iban perdiendo calidad y si antes eran de buena madera o incluso piedra, ahora eran de cañas cubiertas de pieles. Árgoht se distrajo pensando en cuánto debía costar sobornar a la persona adecuada para conseguir una casa decente.

La gente que se cruzaba con él le miraba con curiosidad mal contenida, alguno se asomaba a la puerta para verlo pasar. La noticia de su presencia debía haber corrido más que una chispa sobre un reguero de pólvora, y todos estaban ya al tanto de su presencia. ¿Sabrían ellos el motivo real de su presencia? ¿Se estaba tratando el tema con naturalidad, o se habría considerado secreto por parte del rey? En el último caso, el rey lo habría puesto en su conocimiento, pero no fue así. De cualquier forma, pronto todos sabrían qué hacía allí y cuál sería su próximo destino. La gente lo deduciría con facilidad.

Árgoht se limitaba a saludar quedamente con la cabeza a aquellos que lo miraban fijamente.

La zona de los exiliados era aún peor que la peor de las casas erethianas. Les habían levantado apenas unas tiendas donde se hacinaban cientos de personas, sucios y apretados. La mirada de estos hombres, mujeres y niños no era de curiosidad, sino de esperanza. Todos veían en él la posibilidad de volver a su tierra, a sus casas, sus

vidas...

A pesar de que la mayoría de aquellos a los que preguntó estaban dispuestos a hablar y contar con gran profusión de detalles sus historias, no aportaron nada a lo que ya le había comunicado el rey. Al contrario, con el paso del tiempo las historias se habían ido diluyendo en un mar de ficción. En algunos casos, el hechicero tuvo que hacer un gran esfuerzo para distinguir la verdad oculta entre tanta fantasía. Además, no todos estaban dispuestos a hablar con él, mientras que otros se acercaban de forma voluntaria y gentil. Esa era la cara y la cruz de la magia. Eran tantos los que se sentían atraídos por ella, como los que la odiaban a muerte. Era una dualidad a la que Árgoht se había acostumbrado hacía ya mucho tiempo, de forma que ni siquiera se detenía a pensar en ella.

En cualquier caso, la mañana había resultado infructuosa. No había conseguido extraer ningún dato esclarecedor de los testimonios de los aldeanos. Solo que estaban desesperados y dolidos en su orgullo por haber tenido que abandonar sus tierras, sus cultivos, la misma piedra que los vio nacer. Tenían en los ojos el dolor del desplazado, del expatriado, y vio a muchos vagando de un lado para otro sin saber muy bien qué hacer, en una tierra que no era la suya. Según le explicaron, el rey les había buscado ocupación a cuantos había podido, pero no todos habían encontrado su sitio. Los que no habían encontrado un oficio allí, se habían trasladado al cercano pueblo de Trennant.

«Carne fresca para rellenar los ejércitos en la próxima guerra», pensó Árgoht.

Como si hubiera escuchado su pensamiento, apareció ante él, en un recodo del camino, el general Branton Oldsten seguido de una guardia de más de veinte hombres perfectamente armados y en formación. Eran chavales jóvenes, ninguno parecía tener más de quince o dieciséis primaveras.

—¡Grato encuentro! —exclamó el enorme guerrero. A diferencia de su séquito, Branton vestía ropa ligera, compuesta por una enorme túnica amarrada a la prominente cintura con un cinturón dorado con filigrana y botas de fino cuero negro. Ni armas ni armaduras.

—¿Disfrutando de la brisa de la mañana? —dijo el hombretón.

Las nubes con las que había amanecido el día eran ya un recuerdo, el sol se alzaba sin obstáculos sobre sus cabezas. Era ya casi mediodía, por lo que la «brisa de la mañana» casi se había convertido en «el asfixiante calor del mediodía», pero Árgoht reprimió el comentario jocoso.

—Por supuesto —respondió en cambio—, no podía desaprovechar esta ocasión para disfrutar de vuestros paisajes sin igual. ¿Y vos, si me permitís la intromisión? —preguntó, mientras enfilaban juntos el camino en dirección al castillo.

—Sacando a caminar estas cansadas piernas y de paso, dándoles algo de instrucción a estos cachorros que apenas saben sostener una espada. Qué digo espada, ¡apenas un florete! —dijo esto último en tono bien alto, sin duda para que sus seguidores pudieran oírlo bien—. No son más que chavales, casi todos ellos ladrones

de ganado y timadores. Hoy en día es difícil conseguir buenos hombres para engrosar nuestras filas. ¡Pero yo los voy a convertir en hombres! —dijo de nuevo, vociferando para hacerse oír—. ¿Tenéis vos algún tipo de instrucción militar?

—Ninguna, y no os ofendáis, la vida marcial no me interesa lo más mínimo.

—No es ofensa. A mí me pasa lo mismo con la magia y la superchería. Sin embargo, he oído grandes historias sobre vos y vuestros peculiares ojos. ¿Os ha explicado ya el rey vuestro cometido?

—Sí.

—¿Y habéis aceptado? —preguntó no sin cierta expresión de sorpresa—. Sin duda sois valiente. Yo llevo incontables años ya guerreando y jugándome la vida por un pedazo de tierra que ni siquiera es mío. Mi cuerpo surcado de cicatrices así lo atestigua y a pesar de ello, tendría que pensármelo mucho antes de meterme en ese valle, después de lo que he oído contar.

—Hasta ahora nada de lo que he escuchado me hace pensar que en aquellos parajes habite nada que no sea de este mundo. Y si es así, hay muchas posibilidades de que se pueda hablar, discutir o negociar con ello o, o en última instancia, darle muerte. Si ninguna de las dos primeras opciones es posible cabe apenas una posibilidad: que sea una criatura salvaje. En ese caso, la muerte es demasiado castigo para un ser que solo actúa por instinto. Habría que plantearse otras alternativas.

—¡Por mis barbas de viejo, que me entran ganas de vestir mi armadura y calzar mis botas para lanzarme al camino con vos, solo con oíros hablar! Pero ya no tengo ánimos para seguir a nadie, si bien pienso que habéis dicho sabias palabras —habían llegado ya a la puerta de entrada al patio del castillo—. Aquí os dejo, pues aún tengo que decirles algunas cosas a estos cabezas de ganado, pero reconozco que habéis conseguido que mi curiosidad hacia vos crezca un poco más.

—Gracias —respondió Árgoht.

—Espero que volváis sano y salvo, y que resolváis la situación de la mejor manera posible.

Dicho esto, se giró sobre sus talones y se dirigió hacia sus pupilos. Mientras Árgoht se introducía en el patio, a la sombra de las altas torres de la mole de piedra gris verdosa que era el castillo, oía los gritos que Oldsten profería a sus pupilos, dispuesto a convertirlos en hombres a su manera.

«Por lo menos no tendrán que hacerlo en el campo de batalla con una espada clavada en el vientre», pensó Árgoht sombrío, mientras se dirigía a los aposentos que le habían sido asignados. Empezaba a hacer un calor asfixiante y ansiaba llegar a su dormitorio, húmedo y fresco.

Aún le quedaban cosas por hacer, antes de emprender la marcha cuando cayera el sol, esa misma tarde.



Cheen nunca había tenido suerte en los juegos de azar, por lo que cuando entre los sirvientes más jóvenes decidieron jugarse a suertes quién debía cumplir la orden que les acababan de dar, él supo que le iba a tocar.

Y así fue.

Ahora recorría los pasillos del castillo bien iluminados, a pesar de que el sol comenzaba a esconderse, gracias a multitud de antorchas colgadas en las paredes. Un hilillo de sudor humedecía su columna vertebral. Conocía a la perfección cada quiebro, cada puerta de la fortaleza, y esto le permitía avanzar veloz y ser más eficaz en su humilde trabajo. Normalmente disfrutaría del recorrido, recreándose en las cristaleras que bañaban con su luz la piedra cada tantos metros, dispersando en parte las sombras que predominaban en el interior del castillo. Era un amante de la luz, y a menudo dejaba vagar la mente imaginando cómo podía ser una fortaleza con enormes cristaleras, donde el sol ganara la batalla contra las sombras.

Pero hoy sus pensamientos viajaban en una dirección diferente, recorriendo senderos más lúgubres. Por su mente pasaban cientos de escenas posibles, y en todas ellas él acababa convertido en algún animal, casi siempre feo y peludo, por obra de aquel brujo del que tanto había oído hablar. Solo esperaba no despertarlo, en el caso, pensó, de que los brujos durmieran. Se distrajo unos instantes, intentando recordar si alguien le había contado, en alguna ocasión, que hubiera visto a un brujo durmiendo. Y no lo consiguió.

Con estos pensamientos llegó a la puerta que le habían indicado. Cogió aire y golpeó ligeramente con los nudillos. Fue poco más que una caricia en la madera. Más decidido, volvió a tocar, convencido de que el primer intento había sido ridículo. Esperó algunos instantes y al no obtener respuesta, hizo otro intento, esta vez más enérgico. De nuevo silencio al otro lado.

«A lo mejor ya se ha marchado», pensó mientras golpeaba una cuarta vez con la profunda esperanza de que, efectivamente, el brujo ya no estuviera allí.

La puerta se abrió con un leve crujido. El último golpe había sido más fuerte que los anteriores y aquella, mal cerrada, se abrió hacia las sombras del interior del dormitorio.

Cheen se preparó para los gritos que, suponía, provendrían del interior del aposento, pero el silencio era absoluto. A mediodía se le había visto meterse en la habitación dejando recado de que se le avisara a esta hora exacta. Desde entonces no había salido para nada. Todos suponían que dormía, pero lo que Cheen vio en la habitación en ese momento, cuando consiguió reunir el valor suficiente para asomarse al interior, no tenía nada que ver con el sueño. Se esmeraría en contarlo con todo lujo de detalles en infinidad de ocasiones, durante los próximos meses.

En el centro de la habitación, se encontraba el brujo. Con las piernas cruzadas, mostraba los brazos apoyados sobre sus rodillas y con las palmas de las manos hacia arriba. Tenía el torso desnudo. El pelo negro y largo caía sobre sus hombros sin ataduras y estaba descalzo. Pero lo que más llamó la atención del muchacho fueron sus ojos, blancos como la nieve, sin iris ni pupila, mirando hacia la nada. Su cuerpo se encontraba suspendido en el aire a escasa altura del suelo, como sostenido por una fuerza invisible. Parecía que levitaba y dormía al mismo tiempo. Sin embargo, la segunda opción quedó pronto descartada, pues el brujo movía los labios como si hablara, aunque sin emitir sonido alguno.

Cheen se quedó paralizado sin saber qué hacer. ¿Debía dar media vuelta e irse por donde había venido? ¿Debía intentar llamar su atención? Se ahorró varios minutos de incertidumbre, cuando el mago fijó sus ojos sin pupilas en él. El joven dio un respingo a la espera de un estallido de magia mortal. En cambio lo que ocurrió es que de la garganta del mago surgió una voz profunda y grave, aunque sus labios estaban ahora cerrados. La posición de su cuerpo no cambió en absoluto, excepto en la cabeza, ligeramente girada hacia él.

—¿Qué deseas? —dijo esa voz.

—Vos... —empezó titubeante Cheen—, disteis orden... de que se os avisara para la cena.

Durante unos segundos el mago se mantuvo inmóvil, con aquellos extraños ojos sin pupilas mirando al joven. De pronto, su cuerpo comenzó a descender muy despacio, hasta que quedó apoyado en el suelo. Parpadeó dos veces y cuando miró al chico, esta vez mostrando sus extraños iris violeta, dijo con su voz normal:

—Gracias. Enseguida bajo.

Después de que el sirviente se hubo marchado a toda prisa, deseoso de contar a sus compañeros la experiencia única que acababa de vivir, Árgoht aún esperó algunos minutos a que su cuerpo se recuperara del trance al que lo acababa de someter. Con

él, había preparado su cuerpo, su mente y su espíritu, a los posibles esfuerzos a los que se vería sometido, presumiblemente, en los próximos días. Era un trabajo arduo que consumía mucho tiempo, de ahí que se hubiera pasado gran parte del día en ese estado. Además, era muy fácil perderse en el trance, en el laberinto de la propia mente, y no salir jamás. Algunos brujos habían quedado por esta circunstancia perdidos y en estado vegetativo. No obstante, alguno conseguía encontrar el camino de vuelta y se recuperaba, pasados años desde su entrada en trance, cuando todos lo daban ya por perdido. Conocía incluso el caso de uno que estuvo décadas perdido y cuando consiguió regresar, se encontró con que su cuerpo había sido dado por muerto y quemado en una hoguera muchos años antes. Así pues, su espíritu se quedó vagando por el mundo, entre los vivos y los muertos pero sin pertenecer a ninguno de los dos.

Por esta razón había pedido que lo avisaran. Una voz ajena, antes de que el espíritu se perdiera por completo, podía servir de ancla para recuperar el rumbo y volver a la realidad. En este caso había sido una precaución innecesaria, pues su trance había estado perfectamente controlado en todo momento, como era habitual.



La cena, por petición propia, fue sencilla y consistente sobre todo en fruta y pan. El rey no pudo acompañarlo personalmente, pero envió a su reina, *lady* Yuley, para hacerle compañía. Era una mujer joven y muy hermosa, con el pelo negro y la piel clara enmarcando unos enormes ojos azules que lo miraban con una mezcla de temor y curiosidad. Tenía el aspecto de una ninfa recién salida de una laguna. Las cristaleras vertían sobre ella los últimos rayos de la tarde que moría, al igual que el día anterior lo hicieran sobre su marido.

En los reinos del este, como Ereth, era muy frecuente que el papel de la mujer en el gobierno del reino fuera escaso. No dudaba de que aquello fuera cierto también allí, pero aquella mujer transmitía una fuerza interior que reflejaba una gran ambición. Árgoht, observándola, habría apostado a que pocas decisiones tomaría el rey sin contar con su opinión.

—¿Está todo a vuestro gusto? —preguntó con voz dulce la reina.

—Está todo perfecto, mi señora, gracias —respondió Árgoht con amabilidad.

Ella también comía, pero apenas se limitaba a mordisquear algunas frutas exóticas, sin verdadero interés. Estaba más pendiente de que el hechicero tuviera todo lo que necesitaba. Varios sirvientes los rodeaban a una distancia prudencial, siempre dispuestos a rellenar sus copas o retirar los platos vacíos, desde el instante en que el último resto de comida los abandonaba.

—Sois valiente —dijo ella de repente—, aceptando este encargo.

—Sí —respondió él—, parece ser que lo soy.

La reina no se hizo eco de la impertinencia.

—Antes, lo único relevante que había en el valle de Pranthas era el monte Tartak y las excelentes verduras que provenían de sus campos. Ahora lo que nos llega desde allí es temor. Y cadáveres.

Lady Yuley bajó la cabeza con tristeza. *Árgoht* pensó por su reacción que alguno de aquellos cadáveres debía ser de algún familiar cercano pero, si era así, prefirió respetar el dolor de la mujer y continuó comiendo sin hacer ningún comentario.

Tras unos instantes de silencio, ella retomó la palabra.

—¿Habíais estado antes en Ereth? —preguntó.

—No, señora, es la primera vez.

—¿Es de vuestro agrado? Sé que sois meledino. Esta forma de vida debe pareceros aburrida.

—He viajado mucho como para juzgar la forma de vida de nadie. He aprendido a no intentar entender cada pueblo o ciudad que visito, pues todos y cada uno tiene sus elementos, sus costumbres características. Y sus peculiaridades, que para un extranjero pueden parecer incomprensibles.

—Meledel es una gran ciudad. Esto es un pueblo en comparación. ¿Qué os trae tan lejos de vuestra tierra, si me permitís la pregunta? Porque no creo que hayáis recorrido tan larga distancia, solo para resolver los problemas insignificantes de un puñado de pueblerinos.

Árgoht dudó un segundo antes de responder, sorprendido de la pésima imagen que *Lady Yuley* tenía de su pueblo y de su misma posición en él.

—Viajo mucho y me gusta conocer el mundo que me da de comer —fue la escueta respuesta. Aquella mujer no entendería, de hecho pocos lo harían, su búsqueda, su eterno viaje—. ¿Habéis estado en Meledel? —preguntó a su vez.

—Sí, muchas veces —la voz de la mujer llegaba a los oídos de *Árgoht* dulce y melódica. Por un momento sintió que podría quedarse todo el día simplemente sentado allí, escuchándola hablar. Además, su compostura iba a juego con su voz, mostrándose en todo momento moderada y comedida—. Nací en Dâstenah.

Eso explicaba algunas cosas.

—Así que no soy el único que está lejos de casa, pues somos casi vecinos. ¿Qué hacéis vos a tantos días de camino del hogar?

Árgoht terminó de comer y depositó los cubiertos sobre el plato. Un instante después la mesa estaba limpia y el sirviente había colocado ante él una pequeña copa, con lo que parecía ser un licor de color ocre.

—Mis pasos siguen los de mi marido. Donde él está, debo estar yo.

Aquellas palabras sonaban a letanía aprendida de memoria pero, como ella no siguió hablando de ello, *Árgoht* no preguntó más. Un silencio incómodo cayó sobre ellos. Esta vez fue el hechicero quien lo rompió.

—¿Qué podéis decirme de Pranthas?

—Puedo deciros cómo era antes de la sombra, pues últimamente no he tenido ganas de poner un pie allí. Es un lugar hermoso y estoy segura de que ni la más negra noche puede cambiar eso. Tartak-oth se extiende en la distancia, enmarcando con sus cumbres cuanto alcanza la vista. El sol se refleja en sus picos nevados creando una algarabía de colores que nunca me canso de mirar. Os gustará si tenéis ocasión de

deteneros a observarlo. Respecto a la sombra, mucho me temo que no puedo ayudaros, pues apenas conozco los rumores que circulan por la fortaleza. Mucho me temo que todos ellos sean infundados.

—Yo espero que lo sean, pero si tantas personas temen lo mismo, es que hay algo real que temer —Árgoht dudó, se llevó la copa a los labios. El licor era excelente.

Árgoht alzó la copa en dirección a la dama y tomó un largo trago de ella.

En ese momento apareció por una de las puertas al fondo de la sala el rey Yurt. Tras él entró un anciano arrugado y delgado, que caminaba como soplado por la brisa, casi sin hacer ruido.

—Espero que la cena haya sido de vuestro agrado y que hayáis podido disculpar mi ausencia. Tenía audiencia con el pueblo, y es una costumbre que no puedo pasar por alto. Escolta a la señora a sus aposentos —dijo, dirigiéndose al sirviente que lo acompañaba—, aún tengo asuntos que tratar con mi invitado.

Lady Yuley besó a su marido en la mejilla e inclinó la cabeza a modo de saludo hacia Árgoht, antes de dirigirse al fondo de la sala seguida del anciano y desaparecer en las sombras. Por un momento fugaz, Árgoht deseó con toda su alma seguir escuchando la voz de aquella fantástica mujer. En cambio, la que escuchó fue la voz del rey, que se dirigía a él, sin dejar de mirar en la dirección por la que su mujer había desaparecido.

—Una mujer asombrosa... —dijo el rey embelesado, con un suspiro mientras la observaba marcharse—. En fin —recuperó de nuevo la compostura—, acompañadme por favor.

Salieron del salón y descendieron hasta el gran patio principal. El castillo, como ya había observado en el salón de audiencias, estaba construido y decorado con exquisito gusto. Materiales de gran calidad y formas delicadas daban a la estructura de la fortaleza un aspecto limpio y elegante. Cada pasillo que atravesaban estaba iluminado con pequeñas cristaleras de vivos colores, dándoles un aspecto vivo y cambiante. En aquellas zonas en las que las ventanas eran impracticables, multitud de antorchas lanzaban sus sombras en multitud. Si en Pranthas existía una sombra, en Ereth todo era luz.

Yurt caminaba despacio, dándole a Árgoht la oportunidad de apreciar todos estos detalles. La fortaleza daba una sensación contradictoria. Por un lado parecía frágil y delicada gracias a tanta ventana y luminosidad; por otro, los gruesos muros y las almenas, los patios elevados que a través de ellas podían observarse, hablaban de un lugar duro y recio.

Por todas partes, tapices y escudos de armas decoraban las paredes. Comparado con Meledel, donde la decoración era sobrecargada y espesa, el castillo de Ereth se mostraba sencillo y austero.

—Este castillo —comenzó a contar Yurt mirando también él alrededor, recreándose en la multitud de detalles que daban forma a la fortaleza—, fue construido por los antepasados de nuestro querido rey Manlor, hace seiscientos años.

El rey Kantor Anturiel, el primero en el linaje real, supo ver en Ereth un buen sitio para vivir. Él solo era un noble que había partido desde la lejana Deskan, capital del reino de Deskantes, cansado de las intrigas palaciegas y de una vida sin objetivos. Solos él y su esposa, *Lady* Reanna, recorrieron muchos kilómetros buscando un buen sitio donde asentarse. Tardaron años, viajando como exiliados, sin dar a conocer a nadie su verdadera identidad. Aunque en aquella época Ereth solo era una pequeña aldea en mitad de la nada, habitada por granjeros y muertos de hambre sin apenas recursos para cultivar una tierra fértil y generosa, Kantor vio aquí un lugar con muchas posibilidades, hermoso y tranquilo donde criar una familia. Encontró una mina no lejos de aquí, por desgracia pequeña y ya casi agotada. Hizo traer a algunos buenos herreros y, con los escasos metales que consiguió sacar de ella, ofreció herramientas adecuadas al pueblo. Gracias a ellas, los agricultores pudieron mejorar sus métodos de cultivo y pronto la tierra comenzó a dar excelentes frutos. No tardaron en nombrar a Kantor alcalde. A medida que el pueblo fue creciendo también lo hizo su popularidad. Pasar de alcalde a rey fue un solo paso. La gente lo aceptó de forma totalmente natural.

»Cuando la casa que habitaba se le quedó pequeña y ante el temor de posibles intentos de conquista ahora que se extendía la noticia de la extraordinaria fertilidad de estas tierras, decidió construir la fortaleza. Pero no quiso que fuera una más. Hizo traer los más exclusivos materiales desde grandes distancias. Se tardaron cien años en terminarla por completo, y fue su bisnieto, Trenar, quien la vio terminada.

»La corona ha pasado desde entonces de padres a hijos, como es natural. Yo soy el único en la corta historia de este reino que no es descendiente de Kantor. Las circunstancias han obligado a que las cosas sean así, ya que Manlor no dejó descendientes vivos. Su única hija murió junto a él».

Árgoht escuchaba en silencio, sin interrumpir, y se limitaba a asentir con la cabeza cuando el rey lo miraba. El rey parecía muy orgulloso de su castillo, aunque fuera de prestado.

Ambos hombres permanecieron en silencio el resto del camino hasta llegar a las caballerizas. Por encima de las murallas, la noche se había hecho cargo de todo sobre la tierra.

—Os he preparado todo lo que me pedisteis.

Frente a ellos se encontraba un joven sujetando por las riendas un poderoso caballo gris oscuro. A decir verdad, era un caballo enorme.

—Este es *Karzan*. Perteneció al rey Manlor. Ya tiene sus años, pero compensa su edad con una fuerza y una lealtad inquebrantables. Estuvo con su rey hasta el final y aún le quedan muchas millas por recorrer, antes de convertirse en semental.

Tenía el aspecto de un animal regio, fuerte y de ojos inteligentes que ahora lo observaban, como si estuviera analizando y valorando al que iba a ser su nuevo jinete.

—Es un caballo hermoso y robusto —dijo Árgoht acercándose a él y tendiéndole

la mano, para que pudiera olerla y familiarizarse con su esencia. Había recorrido muchos caminos y sabía reconocer un buen caballo con solo mirarlo. El animal se mostró sumiso y sereno. Cuando fue evidente que aceptaba su presencia, Árgoht posó su mano en el fuerte cuello. Bajo la piel, poderosos músculos esperaban el momento de entrar en acción—. Me gusta.

—Deberéis tener paciencia con él al principio, pues está algo anquilosado. Últimamente no sale mucho y es probable que no esté en muy buena forma.

—Lo tendré en cuenta.

—Además —dijo Yurt señalando un pequeño montón de fardos que se apilaba a los pies del muchacho, que Árgoht reconoció como el joven que había subido a despertarlo—, aunque vuestra misión no debería llevaros tanto tiempo, os he provisto de alimento para una semana, mantas y ropa nueva. Como no lo habéis solicitado, no hay armas en vuestro equipaje.

—No las necesito —respondió con indiferencia el hechicero, mientras cogía una silla de montar que esperaba junto al montón de fardos y la depositaba con cuidado sobre la grupa de *Karzan*. El animal giró la enorme cabeza para observar todos sus movimientos y resopló con suavidad. Árgoht lo interpretó como una señal de asentimiento.

La silla era de excelente piel y estaba decorada con símbolos y runas muy antiguas. Muy disimuladas entre ellas, la mirada experta de Árgoht descubrió varios hechizos de protección, tanto para el caballo como para el jinete. Sencillos, pero muy efectivos.

—Ahora os dejo. Espero que cumpláis vuestro cometido sin dificultades...

—Habrá dificultades —interrumpió Árgoht—, siempre las hay. Si no fuera así, no necesitaríais mi presencia. De todas formas, os agradezco el interés.

El rey pareció ofenderse por la interrupción, poco acostumbrado a que le hablaran en aquel tono irreverente. Aun así, esbozó una sonrisa forzada y se despidió, deseándole buena suerte.

—Ah —el regente se giró sobre sus talones—, lo olvidaba. Cheen os acompañará para ayudaros en lo que necesitéis. Es un buen chico y no os causará problemas. Además, conoce muy bien estas tierras y os guiará para que no os retraséis en el bosque.

Y antes de que Árgoht pudiera responder que no lo necesitaba, que siempre viajaba solo, que un muchacho únicamente entorpecería su trabajo, el rey se había ido.

Árgoht se volvió hacia su nuevo compañero, que lo observaba sin saber muy bien a qué atenerse. Aunque su orgullo le obligaba a controlarse, las rodillas del chico temblaban de la tensión que le suponía la presencia del brujo. Su frente estaba perlada en sudor. Aunque ya lo había visto esa tarde y había sobrevivido, Cheen seguía temiendo que el mago se enfadara con él y le lanzara algún oscuro sortilegio.

Un rato antes, Jaster, el jefe de caballerizas, un hombre fuerte que se había criado

en Ereth y había criado a muchos otros jóvenes entre caballos, se había acercado hasta él y sus amigos, que holgazaneaban sin nada que hacer, y les había dicho que el rey ordenaba que uno de ellos fuera con el brujo para guiarlo por el bosque. Todos se pusieron pálidos de repente, temiendo ser el elegido. Pero si los demás estaban pálidos, Cheen pareció un fantasma cuando el hombretón le dijo que debía ser él, que ya había estado con el brujo que, debido a ello, quizás lo aceptara mejor.

En ese momento, mientras veía a Jaster que no aceptó una palabra de queja, alejarse de ellos, Cheen temió las burlas que sin duda arreciarían sobre él por parte de sus compañeros de fatigas. Sin embargo, lo que le mostraron fue lástima.

—Amigo —le dijo Cleyson, su mejor amigo—, esta vez si que te ha tocado la más fea.

Ante ese comentario todos se echaron a reír, pero pronto las risas dieron paso a las palmadas en los hombros y las palabras de ánimo. Eran buenos chicos y Cheen los echaría de menos mientras estuviera fuera.

—Ayúdame con los paquetes —dijo el meledino, mirando al joven de arriba abajo—. Después puedes irte. No te necesito.

Cheen abrió tanto los ojos que parecían querer salirse de las órbitas. ¿Lo decía en serio? No podía creérselo. Pero tuvo que contener la alegría que empezaba a crecer en sus venas. Si Jaster lo veía volver pensaría que había hecho algo mal y que el brujo lo había echado. Eso le costaría una buena paliza. Además, era una orden del rey. Definitivamente, tenía que acompañarle.

—Por favor, dejadme ir —dijo con un temblor en la voz.

—Puede ser peligroso y no quiero hacerme responsable de ti. Te libero de tu compromiso.

—Pero no lo entendéis, mi señor ¡me castigarán! ¡El señor Jaster me hará azotar!

—Lo siento —respondió de nuevo Árgoht, impasible a las quejas del muchacho.

Cheen no se atrevió a pronunciar una palabra más. El tono y la mirada del hechicero le intimidaban, haciendo que su estómago se contrajera en un puño. Así pues, cerró la boca, comenzó a ayudar con los paquetes y se preparó mentalmente para la paliza que recibiría más tarde. ¿Sería esa misma noche? ¿Por la mañana, quizás? No lo sabía, pero lo que tenía claro es que el señor Jaster le echaría la culpa a él.

Resultó que Cheen era en efecto hábil y presto a obedecer. En poco tiempo, Árgoht estaba preparado para partir y montado en *Karzan*. El animal había aceptado su presencia sin titubeos, orgulloso y distinguido. Daba la sensación de que le importaba poco quién ocupara su grupa. Él haría lo que tenía que hacer.

La luna regaba la oscuridad con una potente luz blanca cuando cruzó las puertas del castillo, de nuevo, por la Guardia del Oeste. No miró atrás, por lo que no pudo ver el mohín de Cheen y cómo este iba cambiando, hasta convertirse en la expresión decidida de quien toma una determinación.

Nadie salió a despedirle, excepto el viento que, frente a él, completamente oculto

por la noche, agitaba las copas de los árboles generando un susurro fantasmal. Tomó el camino que, según el mapa que le había mostrado el rey, le llevaría hasta el valle de Pranthas. No tenía ninguna copia, pero estaba seguro de que bastaba con seguir dirección oeste.

El sendero que partía de la fortaleza, pasado el puente, se bifurcaba en dos. Por la desviación de la derecha se llegaba hasta la ciudad a los pies de las murallas. A la izquierda, el camino recorría la pequeña pradera que terminaba en el linde del bosque y se adentraba directamente en sus entrañas. La luz de la luna alumbraba con claridad la vía, pero más allá de los troncos de los árboles, solo había oscuridad.

A su alrededor, apenas quedaba nadie en movimiento. Solo algún que otro rezagado abandonaba la fortaleza detrás de él, con el cansancio de un día de trabajo reflejado en el rostro. De los pocos con los que se cruzó, solo uno le prestó atención y fue, para su sorpresa, a darle las buenas noches. Quizás la gente ya se había hecho a la idea de que su presencia allí era necesaria, o quizás solo era que los que se le cruzaban estaban demasiado cansados para prestar atención a algo que no fuera su destino, llegar a su hogar con su familia. Lo más probable, sin embargo, es que muchos no supieran quién era ni qué hacía allí.

Árgoht saludó con amabilidad a quien se dirigía a él y siguió su camino. El sendero principal bordeaba el bosque en dirección sur, pero decidió que aquella ruta lo retrasaría demasiado. Así pues, buscó un camino que le llevara directamente hacia el oeste. Estaba casi cubierto por la maleza y apenas se distinguía, pero no estaba dispuesto a alargar el viaje más de lo necesario solo por coger la ruta más cómoda.

Los pasos de *Karzan*, resonando en la noche, estaban a punto de introducirlo en las sombras espesas de Tir-Namân, el Bosque Eterno.



La vida es dura para un viajero, cuando no se tiene un lugar al que regresar. Shernan Kröll había aprendido esto de la forma más dura: experimentándolo.

Sentado sobre una piedra, dejando descansar los doloridos músculos de su espalda y sus piernas, observaba sin apenas interés la ciudad que se extendía a sus pies, colina abajo. El día declinaba ya, así que había llegado justo a tiempo. El sol se dirigía raudo a su lecho tras el horizonte, dotando a la ciudad de Arkame de un brillo dorado al reflejar sus rayos en el barro y la piedra, con los que estaban hechos todos y cada uno de sus edificios. Solo uno, el Gran Templo, cambiaba la homogeneidad cromática gracias a sus piedras blancas, por lo que la luz generaba sobre aquella superficie reflejos plateados en vez de dorados. La sensación que daba era la de una hermosa perla en medio de un lodazal.

Shernan se dio un minuto de respiro, mientras sentía el aire que alborotaba su pelo y su barba, muy crecidos ambos, después de tanto tiempo. Llegaban hasta él olores que hablaban de comida caliente y pan. ¿Sería este su sitio? ¿Habría encontrado por fin un hogar donde descansar, donde sus sueños lo dejaran dormir en paz? Por un segundo se permitió albergar esperanzas, pero pronto se reprendió a sí mismo por pensarlo. Cada vez que llegaba a una nueva ciudad, una sensación de júbilo intentaba abrirse paso en su pecho, pero pronto la realidad caía sobre él. Ninguna de aquellas ciudades ni pueblos por los que había pasado en los últimos años era su hogar. Ninguna de las mujeres con las que había reposado y gozado, podría nunca llegar a ser ni la más leve sombra de lo que su mujer fue. Nada podía compararse con su tierra, muy lejos, y que había abandonado sin saber ya si fue por miedo, cobardía o estupidez.

Cada día, cada vez que el manto de la noche se retiraba, pensaba en volver, en cómo sería recorrer de nuevos los caminos y atravesar el hermoso valle de Pranthas,

subir las colinas Yermath y desde allí ver, a lo lejos, igual que veía ahora Arkame, entre el bosque Tir-Namân, tras cuyas sombras se alzaba la ciudad de Ereth. Ese era su hogar, y no habría nunca ningún lugar entre los brazos de La Madre que pudiera sustituirlo en su corazón. Si bajara ahora mismo a la ciudad, comprara un caballo y se pusiera en marcha a todo galope, estaría en casa en un mes...

Con un suspiro, se puso de nuevo en pie. El familiar peso del objeto que cargaba a la espalda, bien escondido al fondo de su bolsa, le recordó cuál era su objetivo y su maldición.

Comenzó el descenso hacia las puertas de Arkame, que pronto quedarían cerradas, para recibir a la noche.



El camino a través del bosque, si bien era noche cerrada y el sendero era casi invisible para ojos humanos, estaba resultando muy tranquilo. La noche tenía una temperatura agradable y el viento que le acompañara durante la partida se había convertido dentro del bosque en una brisa suave, que mecía sus cabellos casi con ternura. Era una noche perfecta para viajar.

El bosque se extendía a su alrededor como una manta cálida y acogedora. Los árboles, la hierba, el aire... hasta las piedras parecían irradiar energía vital. Árgoht disfrutaba momentos como aquellos, en los que nada perturbaba sus pensamientos. Allí era donde mejor se sentía: a lomos de un buen caballo y avanzando al aire libre sin saber a dónde le llevarían sus pasos. Era una sensación que le llenaba de vida haciendo circular su sangre fuerte y vibrante. Había recorrido muchas ciudades en sus viajes, se había enfrentado al mar y al desierto, a tempestades tanto de viento como de arena. Había escalado profundos desfiladeros de roca y atravesado hediondos cenagales en los que se hundía en barro hasta la cadera. Pero de todos esos sitios, era el bosque el que más le atraía. Bajo los árboles sentía paz y una serenidad difícil de conseguir en otro lugar. Este bosque en concreto supuraba historia. Era un bosque muy viejo, con las ramas de los árboles retorcidas y las raíces sobresaliendo entre las piedras. Aun así, era hermoso y majestuoso.

Si bien él estaba completamente sereno y confiado, notaba a *Karzan* inquieto, los poderosos músculos del cuello estaban tensos bajo la piel. La oscuridad era algo ajeno para él. Árgoht comenzó a tararear una melodía que conocía desde hacía muchos años, al mismo tiempo que le acariciaba con suavidad detrás de las orejas. Poco a poco, el caballo se fue tranquilizando y hasta su postura cambió sensiblemente. Sus músculos se relajaron y sus pasos se hicieron más pausados.

En un momento determinado, cambió la música por las palabras y acompañó a la

melodía con la letra. Tiró de las riendas de *Karzan* y se internó algo más en el bosque, alejándose del sendero que venía siguiendo hasta entonces. Cuando hubo avanzado algunos cientos de metros, detuvo al caballo, desmontó y comenzó a preparar una pequeña hoguera. En unos minutos, tenía frente a él unas cuantas llamas pequeñas que espantaban a las sombras. No estaba cansado ni pensaba en comer, pero necesitaba hacer una cosa.

—Es mala idea espiarme —dijo en voz alta, lanzando su voz a las sombras de la noche.

Sus palabras apenas resonaron en la quietud del bosque, y más parecía que estuviera hablando para sí mismo. Nadie respondió. *Karzan* levantó la cabeza y movió las orejas, como si quisiera asegurarse de que alguien había hablado.

Árgoht guardó silencio de nuevo mientras removía las llamas con una pequeña rama. Ciertos tipos de hechiceros eran capaces de ver en ellas escenas del pasado y destellos del futuro, pero él no tenía esa habilidad. Simplemente esperaba.

Tras unos instantes, volvió a hablar.

—No te vas a ganar la vida como ladrón, chico, así que sal ya y no me hagas perder el tiempo.

Entonces, el crujido de unas pisadas en las hojas caídas llegó hasta el hechicero desde su derecha, en dirección al camino. Sabía que el muchacho le estaba siguiendo desde que saliera de Ereth. Podría haberlo desenmascarado antes, pero quería dejarlo que pasara frío, que sintiera incertidumbre, que fuera capaz de vislumbrar lo que es viajar a solas en la oscuridad, con el temor a ser descubierto atenazando el pecho. Además, ahora tendría que volver solo. Sería una buena lección.

En efecto, un instante después, Cheen apareció bañado por la luz y las sombras de la hoguera. Árgoht no alzó la mirada y mantuvo la vista clavada en el fuego. Aun así, supo que el chico estaba aterrorizado.

—Siéntate —le dijo con un tono tan frío que habría sido capaz de congelar las llamas. El muchacho tiritaba al tomar asiento sobre el suelo alfombrado de hierba del bosque. Árgoht no sabía si era de frío o de miedo.

—¿Por qué me has seguido?

El muchacho tardó unos segundos en sacar valor para que su boca dejara de balbucear y consiguiera articular palabras con sentido.

—Tenía que venir con vos, señor. Me lo ordenó el rey.

Árgoht alzó la mirada, algo sorprendido. Debajo del miedo del muchacho a su reacción, estaba otro mucho más profundo a aparecer ante el tal Jaster, o el propio rey, diciendo que se había quedado, cuando él se había ido.

Durante unos segundos, Árgoht sopesó la situación. Finalmente, le preguntó:

—¿Por qué debería llevarte conmigo?

Cheen abrió la boca para contestar, pero el meledino se le anticipó.

—No me digas que porque te lo han ordenado. Dime cómo puedes ayudarme.

El chico cerró la boca y volvió a abrirla varias veces. Árgoht comenzaba a

ponerse nervioso, cuando por fin encontró las palabras adecuadas. Entonces comenzaron a salir en torrente.

—Conozco estas tierras como la palma de mi mano, señor. Puedo guiaros por el bosque. El sendero que estáis siguiendo se desvía demasiado hacia el sur, hacia el Paso del Mulo. Conozco atajos que os pueden sacar del bosque mucho antes y en un recorrido más directo. Además puedo ayudaros con los bultos, preparar el fuego, la comida... Seré su asistente. ¡Todo gran señor necesita uno!

Árgoht le interrumpió.

—No soy un gran señor —Cheen calló, decepcionado—. Pero me interesa lo que has dicho, que el sendero se desvía demasiado. Explícamelo.

Cheen se permitió volver a albergar esperanza y se le notó en el rostro.

—El camino que sale de Ereth se dirige hacia Pranthas —señaló hacia el oeste con un dedo tembloroso—, atravesando el Paso del Mulo, que es el sitio más llano por el que cruzar las colinas. Pero eso está mucho más al sur. Si nos salimos del sendero y seguimos más en dirección este, llegaremos mucho antes al linde del bosque y, en línea recta, tardaremos menos en llegar a las colinas Yermath. Sin carretas que cargar, los caballos las cruzarán sin problemas y sin necesidad de usar el Paso.

Árgoht reflexionó un momento sobre las palabras del chico. No le agradaba la idea de prolongar el viaje más de lo necesario, solo por seguir un camino de campesinos. Si tenía la oportunidad de acortar la distancia y el tiempo empleado en recorrerla, debía aprovecharla, aunque eso supusiera cargar con el muchacho.

—De acuerdo —dijo por fin—, pero no quiero problemas, no quiero discusiones a mis órdenes y no quiero tonterías de ningún tipo.

—No tendréis queja de mí, señor —respondió Cheen, sin poder evitar un esbozo de sonrisa en los labios. Se estaba evitando una buena paliza de Jaster, incluso que lo dejaran sin paga indefinidamente. El hechicero no sería una compañía agradable, pero era mejor que Jaster. Además, si sobrevivía a la posible ira del hechicero, tendría una buena historia que contar a su vuelta.

—La noche será larga y queda mucho camino por delante, así que será mejor hacer las cosas como es debido. Me llamo Árgoht Grandël y vengo de las tierras de Meledel.

Dicho esto, tendió su mano enguantada hacia el muchacho que lo miraba con los ojos desorbitados por la sorpresa. No sabía cómo reaccionar y durante unos segundos, Árgoht temió que lo fuera a dejar con la mano alzada en el vacío. Por fin, el muchacho reaccionó y presionó la suya contra la del brujo.

—Me llamo Cheen Trendar y he nacido y vivido durante toda mi vida en Ereth —consiguió decir el muchacho, sin que la voz le temblara demasiado.

—Encantado de conocerte, Cheen Trendar.

—Será un honor para mí guiaros —dijo el chico, esta vez con más aplomo.

—Sea —concluyó Árgoht.



Aprovecharon el fuego encendido para calentarse un rato más, hasta que Árgoht decidió ponerse en pie, apagar lo que quedaba de la hoguera y reanudar el camino.

—¿Dónde has dejado al caballo? —le preguntó el hechicero a Cheen.

—Junto al camino. Si os parece, esperadme aquí, pues la dirección que tomaremos no nos lleva hacia el sendero.

Árgoht asintió y el muchacho salió corriendo para perderse entre las sombras. Un instante después, apareció con un pequeño mestizo marrón y blanco de constitución recia. Los cascos del animal estaban cubiertos con trapos de tela, por lo que apenas si hacían ruido al pisar la tierra.

—Muy astuto —dijo el meledino al verlo.

—Gracias, señor. Creo que ya no le harán falta —se agachó y retiró de cada una de las patas el trapo con el que había pretendido, inútilmente, no ser descubierto por el hechicero.

El Tir-Namân era un bosque muy antiguo, de ahí su nombre. Estaba allí mucho antes de que los primeros hombres pisaran esas tierras. Por ello, las raíces de los árboles se iban haciendo cada vez más enredadas y angostas a medida que se iban internando en lo más profundo. El silencio casi se podía palpar con los dedos, y el sonido de los cascos parecía no resonar mucha distancia a través del aire húmedo.

Durante casi toda la noche avanzaron a buen paso, aunque sin forzar a los animales por aquel terreno desigual. Una caída o, peor aún, una fractura en una pata sería fatal y supondría una gran pérdida de tiempo, al tener que volver a Ereth a sustituir al animal.

En poco tiempo, Árgoht estuvo completamente desorientado, sin saber dónde estaba el norte y dónde el sur, bajo aquella bóveda verde que no dejaba paso a la luz de las estrellas. Su única guía ahora era el muchacho, que parecía totalmente seguro

de cada paso que daba, incluso en algunos tramos complejos, en los que tuvieron que descabalar y avanzar por terrenos pedregosos con complicadas pendientes, en las que era fácil perder pie.

Finalmente, consiguieron llegar al extremo final de la arboleda, antes de que los primeros rayos de la aurora asomaran por el horizonte.

En ese momento, al amparo de una gran piedra, encendieron un fuego, sentándose para comer algo y reponer fuerzas. El joven estaba visiblemente cansado y no tardaría en quedarse dormido, poco acostumbrado a esos paseos nocturnos, pero Árgoht parecía igual de fresco que en el momento de la partida. Los caballos también daban muestras de necesitar un respiro.

—Cheen —llamó el hechicero al muchacho, que estaba calentando dos pedazos de tocino pinchados en una rama rígida—. ¿Sabes cuál es el motivo de este viaje?

—Nadie me lo ha contado, señor...

—Lo suponía... —empezó a decir Árgoht.

—Pero creo conocerlo —lo interrumpió Cheen—. Os dirigís a Pranthas para descubrir qué ha expulsado a la gente.

—Chico listo —se sorprendió Árgoht.

—La gente habla mucho en la ciudad, sobre todo en las horas de descanso, en la taberna en la que trabajo de cuando en cuando. Hablan de sombras, de gritos y de desapariciones. Escuché alguna descripción de cuerpos encontrados varios días después de haber desaparecido, con terribles mutilaciones, y a veces, irreconocibles... Historias horribles, a decir verdad. También escuché que habíais estado preguntando sobre esos acontecimientos.

Un escalofrío hizo temblar al muchacho y se acercó un poco más al fuego. La proximidad del amanecer había traído consigo un aire más frío y penetrante.

—Tienes las orejas largas.

—Me gusta saber lo que ocurre a mi alrededor, y siendo como soy un sirviente, nadie me cuenta nada directamente. La información tengo que robarla, si me permitís la expresión, como a veces la comida.

—¿La comida?

—Un joven sin familia como yo no prospera en este mundo. A veces tengo que robar, y es algo de lo que no me siento orgulloso.

—Tenía entendido que bajo el gobierno del rey no faltaba comida para nadie, que vivís una época de prosperidad.

—¡Por supuesto! —respondió el chico con una mueca—. Prosperamos mucho, pero solo si perteneces a la clase noble. Los demás tenemos que ingeniárnoslas para salir adelante. Cosa nada fácil, por cierto.

—Como ya te dije, es la primera vez que piso estas tierras, así que no conozco apenas vuestra historia. Cuéntame, ¿cuánto lleva el rey Yurt en el poder?

—Creo que la próxima será su quinta primavera.

—¿Y gobierna con sabiduría?

—Es sabio para repartir riqueza entre los nobles. En verdad es un hombre inteligente y no se puede decir que tenga mano dura, pero vive en una nube de la que no quiere bajar.

Cheen usó un palo para agitar las brasas. Los trozos de tocino ensartados, apoyados sobre piedras, quedaban sobre las pequeñas llamas a suficiente distancia para no quemarse.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Cheen se quedó pensativo, absorta su mirada por el poder de las llamas.

—Con el rey Manlor era diferente...

—Háblame de él.

—Yo no lo conocí demasiado, pues era muy niño y no trabajaba aún como sirviente. Pero mi padre me contó muchas historias, antes de que la muerte se lo llevara. Él decía que era un hombre fuerte de cuerpo y rígido de carácter. Gobernaba con mano dura y castigaba con firmeza, pero era sabio a la hora de administrar esa fuerza, y nunca hombre alguno se quejó de haber sido castigado de forma injusta.

»Su fama en el combate era casi legendaria. Se decía que ninguna cicatriz surcaba su cuerpo, pues nadie había conseguido tocarle jamás con espada o hacha. Sus ejércitos eran leales hasta la muerte, pues sabía dirigirlos con inteligencia y era de todos ellos uno más. Se manchaba de sangre el primero y jamás se quedaba en la retaguardia. Sus soldados eran sus hermanos, sus hijos.

»En épocas adversas, cuando las cosechas se estropeaban bajo el calor abrasador de terribles veranos, él era el primero en racionar sus alimentos y abría las puertas de su casa a quien se lo pidiera por causa justa. Su carácter terrible lo suplía con creces con su bondad y carisma».

—¿Qué le pasó? —preguntó Árgoht cuando fue evidente que Cheen había terminado su intervención.

—Murió.

Por fin, Cheen sacó del fuego los aromáticos pedazos de tocino. Le dio uno al hechicero, cogió otro para él y puso dos nuevos pedazos a asar.

Ambos viajeros tenían un hambre atroz y la conversación murió durante el tiempo que les duró la comida. Además, entre las provisiones encontraron una botella de buen vino norteño. Algo fuerte, pero de gran calidad. El rey les había dado comida para una semana, y si los cálculos no le fallaban, Árgoht supuso que no necesitarían todo ese tiempo para cumplir su cometido. Así pues, nada de racionar la comida.

Durante la cena tardía (o desayuno temprano) ninguno de los dos viajeros dijo gran cosa, concentrados como estaban en disfrutar del descanso y el ágape.

—¿Cómo murió? —preguntó Árgoht de pronto, cuando ya los dos estaban recostados sobre la roca, dejando reposar la comida y viendo cómo los rosados rayos del sol matutino despuntaban por el este. El mundo parecía haberse detenido a su alrededor. Los animales nocturnos ya se habían retirado a su descanso mientras que los diurnos comenzaban a desperezarse. Pero ahora, el silencio era casi absoluto.

—Fue asesinado en una emboscada cuando se dirigía junto con su familia a ver a su cuñada. Aquella hermosa primavera se tiñó de negro y rojo. Mi padre me contó que ese día estaba en el patio cuando vio llegar la comitiva y solo el actual rey, que por entonces era general de sus ejércitos, sobrevivió. Por suerte, una patrulla tropezó con él, en muy mal estado, y pudieron traerlo de vuelta junto con los cadáveres de sus compañeros. Los rumores que mi padre pudo escuchar decían que los asaltantes eran profesionales y extranjeros. Aún hoy, nadie ha conseguido explicar qué hacían allí, pues nunca más se ha vuelto a saber nada de ellos y no se encontró ni rastro después de varios días de búsqueda.

»Fue una tragedia y el reino estuvo de luto durante una larga temporada. Ya no había familia real, así que Yurt asumió la regencia. A la gente le costó mucho acostumbrarse al cambio, pues la corona siempre había permanecido dentro de la familia real. Pero Manlor murió sin hermanos ni primos conocidos, ningún familiar que pudiera sustituirlo».

Árgoht recordó la conversación con el rey y supuso que algún familiar vivo debía de quedar en Deskantes. ¿Alguien se habría molestado en ir buscarlos? De ser así, ¿habría alguien dispuesto a recorrer la enorme distancia que separaba los dos reinos para heredar una corona sencilla y un pequeño reino?

—Una triste historia —dijo Árgoht en voz alta, poniéndose en pie y desperezándose—. Todos los reinos tienen alguna.

—Lo más llamativo de esta, es que no se pudo llorar la muerte de la familia real de cuerpo presente, pues los asesinos se llevaron sus cadáveres. Un poco raro, ¿no?

Pero Árgoht ya había dejado atrás el tiempo de charlar y comenzaba a acomodarse para dormir.

Cheen guardó silencio y se apresuró a imitar al mago, dejando la pregunta en el aire. Hizo una bola con una manta, se extendió otra por encima, y se dispuso a descansar. De reojo, antes de quedarse dormido, miró a Árgoht y lo vio en la misma posición que lo encontrara esa tarde, aunque en esta ocasión tenía los ojos cerrados y su cuerpo estaba perfectamente apoyado en el suelo.

Al despertar, el chico tuvo la sensación de que apenas había dormido un par de minutos aunque, por el recorrido que el sol ya había hecho en el cielo, debían de haber pasado un par de horas. Se puso en pie de un salto, temeroso de que Árgoht estuviera ya preparado para irse, y lo vio aún sentado relajadamente, con la espalda apoyada en la piedra.

—Estaba a punto de despertarte —le dijo el hechicero.

Cheen se puso a recoger y preparar las alforjas para reiniciar la marcha.

Cuando todo estuvo listo, rodearon la piedra que les había cobijado y se asomaron al otro lado. Ante ellos se extendía una suave pendiente descendente, salpicada de piedras que terminaba en una gran pradera, cubierta de verde hierba y pequeños arbustos. La mañana era espléndida, despejada y sin nubes. El cielo azul parecía no tener fin. Era una vista magnífica, pues al fondo, recortado contra el horizonte, se

alzaban las Tartak-oth. Antes, la pradera moría en la base de las colinas Yermath, una sucesión de ondulaciones sobre la tierra que se extendía muchos kilómetros de norte a sur. Entre ambas afloraciones rocosas estaba su destino: el valle de Pranthas.

Árgoht señaló con el dedo las colinas.

—Allí pararemos a descansar. Calculo que llegaremos tras medio día de buen paso. Será un camino sencillo, aunque no me gustan los espacios tan abiertos.

El brujo escrutaba la pradera con el ceño fruncido, como si tanto aire libre le produjera desconfianza. Cheen, por el contrario, estaba deseoso de salir a campo abierto y bañarse de luz de sol, después de toda una noche de caminata a oscuras. Ambos caballos sentían lo mismo que el joven, pues se removían inquietos, ansiosos por echarse a correr a rienda suelta.

Por fin, Árgoht puso su animal en movimiento y Cheen arrancó tras él. La luz del sol los bañó de pronto, cuando el sol superó la altura de los grandes árboles a sus espaldas. El efecto sobre ellos fue como si en la noche, tras una terrible pesadilla, alguien encendiera un fuego brillante y consolador. El sol les dio nuevas energías y, casi al unísono, ambos jinetes dieron libertad a sus monturas para que eligieran el ritmo del camino. En pocos segundos se habían lanzado a una carrera casi salvaje. Cheen reía como loco y se adelantó a Árgoht varios metros. En ese momento notó por primera vez la diferencia de edad entre ambos caballos. *Karzan* corría con un ritmo más moderado y elegante, aunque se mostraba igual de radiante. A pesar de su desconfianza inicial, incluso el meledino se permitió disfrutar del momento. Su pelo negro ondeaba con libertad, entremezclándose con los pliegues de su capa.

De pronto, mandó a *Karzan* a frenar en seco con un brusco tirón de las riendas, que hizo que el caballo se quejara relinchando y bufando. Cheen le llevaba una veintena de metros de ventaja.

—¡Cheen! —gritó Árgoht—. ¡Detente!

El joven no lo escuchó a la primera y el mago tuvo que repetir su llamada, esta vez de forma más fuerte y apremiante.

A la segunda, al escuchar la voz Árgoht, Cheen miró hacia atrás. Esto fue lo que le permitió ver una sombra en movimiento que se abalanzaba sobre él. Al segundo siguiente se encontraba tendido en el suelo, al borde de la inconsciencia y con todo el cuerpo dolorido. Sentía un peso sobre él que le aprisionaba y le impedía moverse, casi incluso respirar. Pudo oler un aroma fétido que convertía el poco aire que entraba en sus pulmones en algo casi irrespirable. Tenía la mirada nublada, por lo que apenas distinguía sobre él una silueta amorfa.

También pudo oír, como si su fuente estuviera a cientos de metros de distancia, la voz del mago gritando su nombre y varias palabras más que fue incapaz de descifrar.

De pronto, el peso sobre su cuerpo desapareció y sintió que, aunque a duras penas, podía moverse. Se irguió apoyándose en los codos y su visión neblinosa captó la imagen de Árgoht rodeado de una brillante luz, como si se encontrara tapando el sol, en pie con las piernas separadas, a unos pasos de donde él estaba. Más allá, varias

sombras se movían en círculo en torno a él.

Fue entonces cuando todo sonido abandonó sus tímpanos y se sumió en la inconsciencia.



El mar era algo extraño para él. Shernan había estado en diversas ciudades costeras, pero nunca había visto el océano como ahora, desde arriba y sobre un barco que lo surcaba, rompiendo la superficie con su proa coronada por la figura de un grifo en pleno vuelo. El *Danza del océano* navegaba a buen ritmo. No era una gran embarcación, pero su pequeño tamaño lo compensaba con un ligero peso que le permitía alcanzar grandes velocidades.

Era una sensación diferente, a la que le había costado varios días adaptarse, durante los cuales pasó más tiempo vomitando por la borda y tirado por el suelo que sobre sus pies. Pero ahora que su cuerpo se había aclimatado y que la sensación de mareo se había limitado a una punzada en la parte de atrás de la cabeza, el viaje estaba resultando agradable y muy instructivo. Ayudaba en todo lo que podía, desde preparar la comida hasta remendar velas, pues el capitán no había aceptado pago por transportarlo hasta Aquilain. Le valían más dos manos que unas cuantas monedas. Así pues, hacía todo lo que le mandaban hacer con curiosidad de niño y disfrutaba con las nuevas experiencias.

Ahora que las tareas del día habían terminado para él, observaba embelesado la puesta de sol sintiendo la brisa mecer sus cabellos desgreñados. El mar era una gran masa en movimiento, ahora casi dormido, lleno de nuevos colores y olores. Hacía meses que no sentía algo parecido a la satisfacción que ahora parecía inflamar sus venas y que extraía de su cuerpo todas las preocupaciones que cargaba en su espalda, desde que saliera de Ereth.

Desde aquel día nefasto, había seguido infinidad de pistas que parecían ponerle tras los supuestos pasos de su objetivo. Siempre infructuosamente. Había recorrido ciudades enteras, había buscado pueblos que ni siquiera aparecían en los mapas y ahora recorría el mar. Esta vez la pista era más vaga que nunca. En su última parada

había escuchado a un bardo contar entre risas que de allí de donde venía, había un vagabundo que decía ser un rey y caminaba por la ciudad dándose aires de grandeza. Eso, siempre que no estaba tirado en un callejón, borracho de licor. Era una esperanza vana, pero una esperanza al menos. ¿Sería ese vagabundo un antiguo rey, recorriendo el mundo en busca de su sitio? No podía dejar de torturarse con la idea de que él anduviera por ahí, quizás perdida la memoria, quizás ansioso por dejarlo todo atrás y empezar de nuevo. Después de ver morir a toda su familia, Shernan era capaz de entender la necesidad de abandonarlo todo.

Sin embargo, aún le quedaba algo en el mundo que estaba seguro que necesitaba tener. Su espada era su emblema. Dónde quiera que él estuviera, ella tenía que estar también. Shernan era consciente de la dificultad de la empresa que había emprendido, pero estaba decidido a llegar hasta el final. Se sentía parte responsable de aquella muerte, y necesitaba encontrar la forma de redimirse. Quizás fuera una falacia, pero era mejor que no tener nada por qué luchar.

Perdido entre sus pensamientos, de pronto algo agitó la superficie inmaculada del mar. Notó la perturbación entre las ondas anaranjadas y los destellos dorados que el sol arrancaba del océano. Por un momento Shernan pensó que sus ojos le habían engañado. Prestó atención casi sin respirar y, cuando ya estaba a punto de concluir que todo había sido un efecto óptico, la volvió a ver. Esta vez no fue solo una peculiar ondulación, sino que además algo surgió del agua. No pudo distinguir con claridad lo que era, pues el sol, que empezaba a esconderse tras el horizonte, convertía en sombras todo lo que le pasara por delante.

En ese momento, el capitán Martolk pasó tras él y Shernan lo llamó. El capitán del «*Danza del océano*» era un hombre recio, marinero desde su nacimiento, alto como un roble y su piel, surcada de infinidad de tatuajes fruto de una vida repleta de noches en lugares extraños y con compañías de dudosa reputación, era tan morena que parecía un habitante del desierto. En una de las largas conversaciones en las noches de guardia, le había preguntado por su oscura piel. La respuesta del hombretón fue que el mar era como un espejo que reflejaba los rayos del sol con tanta intensidad como los que caían del cielo. Así pues era como tener dos soles, y su piel se quemaba por dos. Después, Shernan se fijó en cada uno de los miembros de la tripulación y notó que todos mostraban ese mismo tono de piel oscura, casi negra.

—Yo no veo nada —le dijo Martolk, tras estar unos instantes mirando en la dirección que le señalaba Shernan. Su voz era grave y profunda como el roce de la madera contra la superficie del mar.

En el momento en el que estaba a punto de darse la vuelta para volver a sus ocupaciones, el mar volvió a abrirse. Esta vez surgió de él una forma espesa y con bordes puntiagudos. Parecía moverse como una serpiente lo haría por la tierra, deslizándose majestuosamente antes de volver a hundirse.

—¡Vaya, eres un hombre afortunado! —le dijo el capitán palmeando a Shernan en la espalda—. Si mis ojos no me engañan, eso que hemos visto es un Karhmal, una de

las criaturas más extrañas de las profundidades del mar. Viven cientos de años, y solo salen a la superficie una vez en toda su vida, para acercarse a la costa y poner un único huevo que supondrá, si consigue sobrevivir, su única descendencia. Ese animal es un mito.

En ese momento, como para subrayar sus palabras, el Karhmal salió de nuevo a la superficie. Shernan no fue capaz de distinguir sus detalles, solo su contorno recortado contra el sol vespertino. Esta vez estuvo fuera varios minutos durante los cuales el erethiano fue capaz de ver cómo sacaba del agua una cabeza gigantesca y majestuosa, llena de espinas y cuernos que contorneaban también su espina dorsal. Para su mayor asombro, la criatura abrió la boca y lanzó al cielo un sonoro grito, rotundo y grave, como si el mismísimo mar se hubiera abierto para alzar su voz. Era el sonido más hermoso que había escuchado jamás. En ese momento, toda la tripulación se encontraba ya en la borda, mirando a aquella maravillosa criatura que muchos de ellos solo conocían de boca de los marineros más ancianos, como algo salido de sus mentes seniles. Cuando pones los ojos en un Karhmal, no es posible retirar la mirada.

Como si supiera que lo estaban admirando, el Karhmal permaneció unos instantes más fuera del agua. Por fin, con un ronroneo volvió lentamente a sumergirse en el mar acompañado por el sol, que terminaba de esa forma su recorrido diario por el cielo. El Karhmal no volvió a salir.

—¡Vamos holgazanes! —gritó el capitán, al que también le había costado mucho desviar la mirada del punto en el que el animal se había perdido—. ¡A trabajar!

Perezosamente, todos los marineros volvieron a sus quehaceres. Solo Shernan permaneció en la borda, mirando al mar que se iba sumergiendo rápidamente entre sombras. Las estrellas comenzaban a asomar sobre su cabeza, pero él solo podía pensar en que aquello tenía que ser una buena señal, la prueba de que estaba haciendo lo correcto y se hallaba en el buen camino.

Era noche cerrada, cuando el frío de la oscuridad en el océano se le introdujo en el cuerpo y le obligó a meterse en su camarote.



Cuando Cheen recuperó el sentido, sintió como si despertara de una larga pesadilla. En ese sueño le daban una paliza terrible y todo su cuerpo se resentía por ello. Cuando se le despejó la vista intentó alzar la cabeza, pero el movimiento le produjo un terrible dolor en el cuello, que le obligó a apoyarla de nuevo. Un segundo intento, más lento y controlado, le permitió por fin terminar el movimiento. Con un prolongado gemido, logró alzar también el torso para apoyarse sobre los codos. Bajo la palma de las manos sentía la hierba fresca de la pradera, y recordó de pronto lo que había pasado. Mejor dicho, lo poco que había podido ver. Lo único que retenía su mente era que en un instante cabalgaba por la llanura, y al instante siguiente, una sombra se cernía sobre él, abatiéndolo. Eso, y un terrible dolor en el abdomen.

Junto a él, sentado con las piernas cruzadas y mirándolo con una expresión indescifrable, se encontraba Árgoht. Los dos caballos pastaban alrededor.

—Debo reconocer —dijo el hechicero—, que no sabía si despertarías. Las artes curativas no son mi fuerte, pero parece que no lo he hecho tan mal.

Aunque una ligera brisa mecía sus cabellos, hacía mucho calor. Cuando intentó erguirse un poco más, un latigazo de dolor le recorrió la columna vertebral y le dejó sin respiración. Consiguió sostenerse y no dejarse caer de nuevo, con un gran esfuerzo, hasta que el dolor remitió un poco. Árgoht se acercó a él y le puso tras la espalda una de las alforjas de su caballo. De esta forma, pudo apoyarse en ella y relajar la postura. Al mismo tiempo, le tendió una cantimplora con agua fresca que bebió con avidez.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó el hechicero.

—No lo sé. Siento como si me hubiera pisoteado una manada de cuercanks. ¿Qué me ha pasado?

—No conozco esos cuercanks de los que hablas, pero lo que te ha ocurrido no

debe ser mucho mejor. Te ha atacado un grupo de lobos mestizos. Uno de ellos bastante grande.

Cheen se sacudió con un escalofrío. Los lobos mestizos eran unas criaturas temibles, muy parecidos a los lobos comunes pero el doble de grandes y con poderosas garras que los hacían mucho más peligrosos. Eran capaces de atacar sin necesidad de conseguir alimento, como si lo hicieran para entretenerse. Cuando estaban hambrientos eran rivales casi invencibles. No era muy común verlos en aquella zona, pero tampoco era tan extraordinario como para que sorprendiera a Cheen.

—Has sobrevivido por poco. El ataque fue rápido y brutal. Con el primer golpe te desgarraron el vientre. El segundo te habría matado.

Cheen se miró esa zona y vio que la tenía cubierta con un grueso y apretado vendaje de tela oscura. Fijándose un poco más, vio que la oscuridad la provocaba su propia sangre empapando el tejido.

—¿De dónde salieron? —preguntó el joven con un murmullo. Respirar era ya un esfuerzo, así que hablar suponía un gasto de energía considerable. Cada vez que tomaba aire, el pecho parecía querer explotarle.

—Debían estar agazapados entre aquellos arbustos —Árgoht señaló una zona algo frondosa de matorrales bajos, una decena de metros más allá. Cerca de ellas pudo ver un bulto oscuro que sobresalía del suelo. De nuevo tuvo que centrar la vista, para darse cuenta de que eran los restos de uno de los mestizos, aunque solo se distinguía un amasijo de carne y huesos, como si se tratara de un montón de ropa sucia a la espera de ser lavada. Cheen no quiso preguntarse cómo había conseguido el brujo ese efecto devastador en una criatura.

—Pude hacerlos huir —continuó Árgoht mirando los restos de la bestia—. Si hubieran decidido seguir con el ataque a pesar de las bajas, es posible que los dos estuviéramos haciendo compañía a nuestros antepasados.

—Me duele mucho —se quejó Cheen tocándose, apenas rozando, la zona vendada.

—Lo sé. Descansaremos aquí —Cheen se percató de que estaban en medio de la pradera, sin ningún tipo de parapeto ni resquicio de sombra—, hasta que te recuperes un poco. Toma —le tendió una botella grande de cristal marrón—, bebe a intervalos regulares durante el resto del día. Mitigaré tu dolor y ayudará a la cicatrización.

El resto del día lo pasó Cheen sumido en una sucesión extraña de sopor y dolor. La bebida de Árgoht tenía un agradable efecto relajante, pero la herida le picaba horriblemente. Cuando le preguntó a Árgoht, este le respondió que era porque la cicatrización se estaba acelerando. El hechicero se encargó de la comida y montó un pequeño parapeto con algunas ramas y unas prendas de ropa de forma que pudieron resguardarse del terrible sol del mediodía. En más de una ocasión se preguntó si no sería mejor dirigirse hacia el sur, hacia la población que en el mapa del rey tenía el nombre de Nâlmir, dejar allí al muchacho y seguir él solo su camino. Pero de nuevo

aquello supondría un retraso considerable.

En los ratos que Cheen dormía, Árgoht se alejaba un poco del improvisado campamento, sin perderlo nunca de vista, pensando en la casualidad que suponía que justo antes de internarse en la pradera, hubiera dicho que no le gustaban los espacios tan abiertos. Habían atravesado un bosque de noche y sin armas, sin haber sufrido percance alguno. Y allí, a plena luz del día y con una visibilidad excelente, habían estado a punto de vivir una tragedia. Un mago sabe desde que tiene uso de razón que hay que tener mucho cuidado con las palabras que se dicen, y por ello tienden a ser silenciosos y taciturnos. Esta ocasión le servía de aviso para ser aún más cuidadoso.

Todo esto le hizo recordar por qué prefería viajar solo. Ahora el chico necesitaría cuidados y reposo, lo que le retrasaría en su misión a saber cuánto tiempo. Esa jornada ya la daba por perdida, pues prefería esperar de nuevo a la noche y dejar que Cheen descansara todo el día. Pero no sería algo agradable para ellos debido al pegajoso calor que se había instalado en la pradera y a la sensación de que estaban demasiado expuestos allí. No creía que los mestizos volvieran a aparecer, pues aún necesitarían algunos días para recuperarse de su enfrentamiento con él, pero no le gustaba estar tan a la vista.

Curar a Cheen, aunque no se lo había dicho, le había costado mucho esfuerzo y energía. Su magia estaba preparada para otros menesteres y tuvo muchos problemas para recordar algo más que las palabras básicas de curación, que de nada habrían servido. Había escrito runas en la tierra alrededor del chico, de forma que nada perturbara su descanso, pero tenían que seguir avanzando. Al caer la tarde, cuando el sol comenzara a declinar y el calor disminuyese, emprenderían de nuevo la marcha.

Uno de esos momentos en los que Árgoht se había alejado de Cheen le sirvió para recuperar de La Madre, fuente inagotable de energía, la que había gastado con el chico.

Cada vez que el hechicero se ponía en contacto con La Madre, fuente de toda vida, recordaba lo mucho que le había costado de niño establecer su primera conexión. Había sido frustrante y agotador, como si Ella no quisiera aceptarlo en su seno. Se pasó días enteros sin comer ni beber, sentado sobre una esterilla intentando alcanzar el grado de concentración necesario para entrar en el trance. Cuando estaba a punto de rendirse, de desfallecer de sed, su vista se nubló y su mente se ofuscó, como si un manto gris se hubiera extendido sobre ella. Pero la oscuridad duró poco. Unos instantes después se abrió ante él el espectáculo más hermoso que había visto jamás en su aún corta vida. Todos sus sentidos se agudizaron, de tal forma que podía escuchar el más leve de los susurros y sentir bajo su piel la más leve aspereza de la estera sobre la que estaba sentado. Se sintió volar, su cuerpo era etéreo, sin masa ni forma. Vio el mundo entero comprimido en una sola escena frente a sus ojos y le fueron desvelados grandes misterios de la vida y la muerte que solo los magos conocen. Llegaron a él centenares de palabras mágicas con un sinfín de usos y posibilidades.

La sabiduría popular decía que los magos nacían siéndolo, que nadie les enseñaba. En ese momento, muchos años atrás, pudo Árgoht comprobar que era cierto. Había entrado en contacto con La Madre y era ella la que le enseñaba lo que debía saber.

Cuando despertó del trance, horas después, estaba agotado y casi desfallecido de hambre. Pero también estaba eufórico como no se había sentido jamás. Recordó en ese momento las palabras de comprensión que su madre le dirigió cuando le contó lo que había pasado. Ella no le tenía miedo, al contrario que sus amigos y vecinos. Ella aceptaba lo que él era, como solo una madre puede hacerlo.

Árgoht supo que dar con un mago que estuviera dispuesto a acoger a otro desde niño, para ayudarlo a dar sus primeros pasos, era excepcionalmente difícil; así que se abstuvo de intentarlo y buscó en La Madre todos los conocimientos que necesitaba, aunque a veces el proceso fuera lento o frustrante. Había días en los que en unas horas aprendía cientos de cosas y otros en los que regresaba sin haber sido capaz de entender nada.

El contacto con La Madre siempre le consolaba, le revitalizaba la mente y el espíritu. Para ello, caminaba descalzo sobre la hierba y se sentaba con las piernas cruzadas, en la misma posición en la que lo encontrara Cheen el día anterior en su dormitorio. En esos momentos de comunión, la tierra parecía querer abrazarlo, tragárselo, continuando con el intercambio que se estableció entre ambos cuando él usó su energía para ayudar a Ella a acelerar su proceso con la curación del muchacho. Ahora la naturaleza le devolvía poco a poco la fuerza que había gastado, se fue sintiendo renovado y despierto a cada minuto que pasaba.

El sol se escondía ya más allá de las montañas cuando Árgoht agitó a Cheen por el hombro. El muchacho se despertó con dificultad, como si hubiera tenido que despejar una espesa niebla antes de llegar a la luz del atardecer. Árgoht tenía el fuego apagado y los caballos listos.

—Tenemos que seguir nuestro camino —le dijo Árgoht—. Tienes que levantarte. Cheen estaba somnoliento y con ganas de seguir allí tumbado.

—No puedo hacerlo.

—Puedes —le respondió secamente el brujo.

Cheen intentó erguirse, notando con sorpresa que sus dolores habían remitido de forma considerable. Respirar no suponía tanto esfuerzo. Pudo sentarse sobre la hierba y extender un poco las piernas sin sentir un latigazo de dolor. Poco a poco fue intentando ponerse en pie; aunque el malestar no había desaparecido del todo y seguía sintiendo pulsaciones en las sienes, consiguió sostenerse. Durante unos minutos se sintió mareado y las náuseas pudieron con él, haciéndole vomitar.

—No te preocupes —le dijo Árgoht—, es normal. La bebida que te di es fuerte para el estómago.

Tras un rato, Cheen se recuperó. Para entonces el sol ya se había puesto, si bien aún iluminaba débilmente más allá del horizonte. Cuando se dispuso a ayudar a Árgoht a recoger, aquel ya lo tenía todo listo y le esperaba junto a su caballo, para ayudarlo a montar. Ante él, un ligero refrigerio de comida fría lo esperaba.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó—. Come algo. Te sentará bien.

—Gracias —respondió Cheen. Aunque no tenía hambre, se obligó a introducir algo en su estómago, vacío después de todo el día durmiendo.

La maniobra para subirse al caballo resultó más lenta y dolorosa que la de ponerse de pie, a pesar de la ayuda de Árgoht. El vientre aún le escocía y sentía calambres en las piernas y los hombros. Aunque se encontraba mejor, aún era un saco de dolores. Árgoht se dio cuenta de que el joven sufría con cada sacudida del caballo, pero no le oyó quejarse ni una sola vez, a pesar de la gota de sudor que perlaba de vez en cuando su frente.

El fuerte calor del día había dado paso a una noche fría y ventosa que les obligó a envolverse en sus capas. Avanzaban despacio, pues Árgoht no estaba dispuesto a sufrir otro ataque que los pillara desprevenidos, ya fuera por parte de los lobos mestizos o de cualquier otra bestia. La confianza era un defecto muy peligroso.

Aunque la noche era oscura, la luz de las estrellas era más que suficiente para que Árgoht viera sin dificultad. Apreciaba cada detalle, pero al no haber sendero que seguir, no podía evitar sentirse un poco desorientado. Tuvo que limitarse a avanzar hacia el este siguiendo el rumbo que le marcaban las estrellas.

—Mi padre me enseñó a guiarme por los astros cuando era un niño —comenzó a contar Cheen para matar el silencio de la noche; sus dientes castañeteaban ligeramente, no sabía si por el frío o por el dolor—. Le daba pánico que me perdiera en la noche y no fuera capaz de encontrar el camino de regreso.

—Tu padre debía ser un hombre sabio, entonces.

—No lo sé. Lo único que sé es que todo su conocimiento, fuera mucho o poco, quiso dármelo en herencia.

—Entonces debes saber muchas cosas —dijo Árgoht con una media sonrisa que no se podía decir si era de simpatía o de sarcasmo.

—Ojalá fuera así —replicó el joven ignorando la mueca—. Murió antes de poder terminar su tarea —Cheen bajó la cabeza, presa de recuerdos dolorosos.

—Lo siento —dijo Árgoht—, aunque no soy partidario de llorar a los muertos.

Cheen lo miró sin saber si hablaba en serio o bromeaba.

—¿Y eso por qué, señor, si me permitís preguntároslo?

—Porque no cambia nada. Es una pérdida de tiempo y esfuerzo que solo consigue anclarte en el pasado y desconcentrarte del presente. Puede ser una costumbre mortal.

—El recuerdo de mi padre es lo único que me queda de él —replicó Cheen en un tono desafiante.

—Eso no es cierto...

—Somos gente humilde —interrumpió bruscamente el ofendido joven—, que

vivíamos en una casa prestada y trabajamos la tierra como podíamos. Cuando murió no nos quedó nada. Mi madre tuvo que trasladarse a la corte y tuvo mucha suerte de conseguir trabajo como sirvienta, como después he hecho yo. Él no pudo dejarnos absolutamente nada.

—Repito —respondió Árgoht pasando por alto el tono del joven—, eso no es cierto. Te dejó su sabiduría.

Cheen se obligó a cerrar la boca que había abierto para replicar de nuevo al mago. Nunca lo había pensado de ese modo, y un sentimiento de culpa hasta ahora desconocido le invadió de pronto. Había sido muy desagradecido por su parte. Su padre le había otorgado uno de sus bienes más preciosos, y él lo había pasado por alto.

Tras unos instantes de reflexión, lanzó un suspiro que se tragó la noche y se dirigió a Árgoht.

—Disculpadme, por favor, por mis palabras y mi tono. No quería faltáros al respeto.

—No te disculpes. No es fácil ofenderme —respondió Árgoht secamente.

Después quedaron ambos en silencio, para seguir avanzando bajo la luz de la luna y las estrellas. Si sus cálculos no le fallaban, no debían tardar mucho en llegar a las estribaciones de las colinas Yermath.

Pronto, Árgoht podría ver con sus propios ojos si realmente había algo tan terrible al otro lado.



El camino se hizo más largo de lo que Árgoht había pensado en un principio. No podría decir si se debía al terreno desconocido, a la noche cerrada o al cortante aire que les obligaba a arrojarse con las capas, pero el tiempo que tardó en notar que el terreno cambiaba bajo los cascos de los caballos, ascendiendo ligeramente, se le hizo muy pesado. Árgoht detuvo su montura.

—Pararemos aquí. Prefiero llegar al otro lado con la luz del día y ambos necesitamos descansar.

Con la mirada le estaba diciendo a Cheen: «Tú necesitas descansar».

Cheen no replicó. Se bajó de la montura, no sin su buena dosis de dolor desde la espalda hasta el vientre, y comenzó a despojarlo de las alforjas.

Encendieron un fuego con hojas secas y ramas de arbustos. Con él, volvieron a cocinar delicioso tocino que impregnó las colinas de un aroma exquisito.

—Debemos tener cuidado —dijo Árgoht mirando alrededor—. Este olor puede atraer a los animales. —Y de pronto tuvo una idea de qué hacían los lobos mestizos en mitad de la pradera: se dirigían hacia el olor de la comida que tan descuidadamente dejaban al descubierto en su primera parada—. Comamos rápido.

Y así lo hicieron, pero mantuvieron el fuego encendido. Árgoht no temía que su luz atrajera a enemigo alguno, una vez desvanecido el olor de la comida. Además, el chico necesitaba calentarse después de varias horas sufriendo el azote del viento frío en su maltrecho cuerpo. Él habría preferido que Cheen no estuviera allí, pero puesto que eso ya no se podía cambiar, tendría que hacer todo lo posible por que su carga no se multiplicara, lo que ocurriría si la fea herida del vientre se le llegaba a infectar.

Tras la comida, Árgoht le pidió al joven que se tendiera cerca del fuego y comenzó a quitarle la venda que le cubría el estómago. La sangre había empapado la tela, pero ya estaba seca y tenía un color más cercano al marrón que al rojo.

Cheen no protestó, a pesar de que la venda se había pegado a la herida y al retirarla le produjo un fuerte dolor. Sintió cómo le palpitaba al contacto con el aire fresco de la noche.

A la luz de la hoguera, Árgoht escrutó la herida.

—Está cerrando bastante bien —dijo en tono grave—. No parece que se haya infectado.

—¿Puedo verla? —preguntó Cheen con voz temblorosa.

Árgoht le pasó el brazo por el cuello y lo ayudó a erguirse. Lo que vio le dejó sin aliento. Tres enormes relámpagos rojizos cruzaban su cuerpo, de izquierda a derecha dibujando una diagonal descendente, que comenzaba cerca las costillas del lado izquierdo y moría a la altura de su ingle derecha. Era una herida fea como no había visto nunca. Ahora estaba sonrosada y limpia, con una enorme costra donde hubo sangre. La piel, tirante en los alrededores, le escocía; y le daban ganas de rascarse. Toda su vida había vivido bajo la protección de la fortaleza de Ereth y la herida más grave que se había hecho, había sido algún raspón en los codos o en las rodillas, al jugar con otros niños. Aquella visión de su propio cuerpo rasgado y roto lo hizo estremecer.

—¿Cómo pude sobrevivir? —preguntó Cheen con un hilo de voz, los ojos desorbitados con la vista clavada en la herida, que debía haberle costado la vida.

—Tienes un cuerpo recio —respondió Árgoht—, y yo colaboré a introducir algún asomo de tripa en su sitio y cerrar la herida; aunque lo más peligroso dadas las circunstancias era el riesgo de infección. Se puede decir que has tenido mucha suerte, en todos los aspectos.

Cheen alzó la vista hacia el hechicero, que ya volvía a dejarlo sobre la hierba y se disponía a sacar de su bolsa vendas limpias para volver a cubrir la herida. Su mirada había cambiado. En ella, lo que se veía ahora era adoración.

—Vos me habéis salvado la vida... Debería haber muerto allí, tirado y desgarrado, convertido en comida para los lobos. Pero por vuestra gracia sigo respirando y puedo sentir el aire de la noche en mis cabellos.

Se interrumpió con un respingo cuando Árgoht vertió agua fría sobre su vientre, para limpiar la lesión.

Cuando recuperó el aliento, continuó:

—Soy vuestro, mi señor. Mi vida os pertenece para siempre. Mi deuda con vos no la podré pagar nunca, pero os juro por lo más sagrado que haré lo que esté en mi mano por hacerle honor.

Árgoht iba a replicar que no existía tal deuda, que había hecho lo que tenía que hacer, que no le debía nada, pues si el chico estaba allí, expuesto a sufrir aquel tipo de ataques, era por él. Pero el tono firme y convencido del joven le hizo morderse la lengua. Aquello se había convertido en una cuestión de honor para él y nada de lo que dijera podría hacerle retirar sus palabras. En cambio se limitó a mirar al joven y apretar su hombro en señal de asentimiento.

Ante sus ojos, Cheen se acababa de convertir en un hombre.

Ataron a los caballos a una estaca que plantaron en la tierra y se arrebujaron en las mantas, dispuestos a dormir hasta que despuntara el alba: Cheen, tendido sobre la mullida hierba; Árgoht sentado con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra una roca.

—Señor —comenzó a decir Cheen, arrastrando ya sus palabras por el cansancio—, ¿puedo preguntaros algo?

—Adelante.

—¿Es difícil?

Los ojos de Cheen casi se cerraban y su boca estaba pastosa.

—¿Qué cosa? —indagó el brujo.

—Ser como vos, ya sabéis... Tener vuestro poder.

Árgoht dudó unos instantes antes de responder. Nunca se había planteado algo como aquello.

—Lo que yo tengo no me distingue de los animales —dijo por fin—. Ellos tienen dientes, garras o caparazón, que les ayuda a defenderse o atacar. Lo tienen desde que nacen y con ello mueren. A mí me pasa lo mismo, con ello nací y con ello llegaré al fin del sendero de mi existencia. No conozco otra cosa y no sé qué es vivir sin ello. Así pues no, no es difícil.

Cheen se quedó mirándolo con ojos somnolientos durante algunos segundos. Árgoht le devolvió la mirada, dispuesto a pararle los pies si seguía preguntando. En vez de eso, dijo:

—Entiendo.

Y acto seguido cerró los ojos, cayendo en un sueño profundo y reparador.



Era una pendiente muy suave, así que los caballos no tendrían problema alguno para superarla. El sol se había elevado ya sobre las colinas y bañaba la pradera con una luz clara y poderosa. La hierba, húmeda del rocío de la noche, brillaba transmitiendo a la pradera que acababan de dejar atrás el aspecto de un enorme mar refulgente y verde. Más allá, había quedado el Tir-Namân. Pero lo realmente asombroso aguardaba al frente, al superar las colinas Yermath, que ahora surgían de la tierra bajo sus pies, como olas encrespadas.

—En estas colinas no toparemos con problemas —dijo Cheen interrumpiendo a Árgoht en su observación del paisaje—. Las conozco bien y el suelo es firme y rocoso, sin grietas ni galerías. Podemos avanzar sin preocuparnos, señor.

Efectivamente, no parecía que la estructura del terreno fuera inestable, aunque Árgoht mantuvo el paso lento pero firme de su corcel. La colina por la que ascendían no era demasiado alta, por lo que no tardaron en llegar a la cima y poder echar un vistazo al otro lado.

—El Paso del Mulo está algo más al sur —dijo Cheen señalando en esa dirección—. Se llama así porque no hay ningún otro lugar por el que uno pueda conseguir que un mulo cruce las colinas. Si se intenta que suban, se paran y no hay quien los mueva. Se niegan rotundamente.

Al ver la extensión de ondulaciones que tenían delante, Árgoht entendió perfectamente la postura del mulo.

Más allá de las colinas se extendía el valle de Pranthas. De telón de fondo, las cimas nevadas de la cordillera Tartak-oth les observaba desde la lejanía. Rematando todas las demás cumbres, asomaba el monte Tartak, un gigante de piedra con nieves perpetuas siempre rodeado de nubes. Atravesando el valle, cortándolo por la mitad como una de las heridas del vientre de Cheen, discurría un ancho río, de aspecto

apacible, cuyas aguas rielaban bajo la luz de la brillante mañana.

—Ese es el Man-Ûrlin, el Río Viejo —dijo Cheen señalando la corriente de agua—. De niño venía aquí con mis primos y hermanos. Hay varios remansos en los que el agua se estanca y se calienta con el calor del sol. Lo pasábamos muy bien.

Árgoht siguió con la mirada el curso del río. Este llegaba desde las estribaciones de las montañas y tras serpentear, como si lo hubieran tirado allí descuidadamente desde lo alto, seguía su curso hacia el sur, saliendo del valle de Pranthas en su largo recorrido hacia el mar.

Y era allí, en el sur, donde el panorama cambiaba. Extendiéndose hacia esa dirección y hacia el oeste, enormes nubarrones grises oscurecían la tierra con su sombra. De ellas, de cuando en cuando, surgían relámpagos que iluminaban el cielo. Era un espectáculo sobrecogedor, pero Árgoht, con muchos kilómetros de viajes y aventuras a sus espaldas, no se dejó impresionar. Sin embargo, notó cómo Cheen contenía el aliento.

—En el mundo hay cosas peores que un puñado de nubes —le dijo Árgoht secamente mientras hacía avanzar a *Karzan* colina abajo—. Guarda tu admiración para cosas realmente importantes.

Cheen cerró la boca y miró a Árgoht con una mezcla de asombro y resentimiento. Al poco, golpeó a su caballo con los tobillos y reanudó la marcha tras el mago.

—¿Cómo sabremos dónde buscar? —preguntó Cheen cuando hubo llegado a la altura de *Karzan*.

—No lo sabremos. Primero iremos allí.

Árgoht señalaba un conjunto de casas apiñadas, en la ribera norte del río. Desde lejos no se podía apreciar bien sus detalles ni si en aquellas casas había signos de vida.

—Esa es la aldea de Pranthas. Está vacía desde que los aldeanos la abandonaron. La verdad es que da un poco de miedo. ¿Qué esperáis encontrar allí?

—Alguna pista que nos indique a qué nos enfrentamos. Sería una estupidez meternos en el centro de aquellas nubes sin más datos que las vagas alusiones que me han dado los antiguos habitantes de estas tierras.

—Es todo muy lóbrego, señor, a pesar de la luz del sol. ¿No sobrecoge vuestro corazón al igual que el mío?

—Si hubieras visto las cosas que yo he visto, tu corazón sería tan difícil de sobrecoger como el mío. Si hubieras vivido lo que yo, habrías aprendido que casi todo lo que ocurre en el mundo tiene una explicación racional, todo tiene una causa. Y normalmente es mucho más sencilla y menos aterradora de lo que la gente piensa. No dejes que tus supersticiones y miedos enturbien tu mente. Las sombras suelen disiparse si entra en ellas la luz de la razón.

Árgoht clavó sus pupilas violetas en el muchacho, que miraba hacia el frente sumido en profundas reflexiones.

El meledino había adquirido esa forma de pensar con la experiencia y no hablaba

por hablar. Se había enfrentado ya con muchos falsos fantasmas y había derribado algunas leyendas terroríficas a base de sentido común. Tenía la esperanza de que en esta ocasión fuera algo similar, pero los cadáveres descritos por los aldeanos despertaban en él muchas dudas.

Tardaron media mañana en atravesar las colinas, debido a las constantes subidas y bajadas, y aún un tiempo más, una vez abandonadas las Yermath, en llegar al Man-Ûrlin. Ambos escrutaban los alrededores en busca de cualquier signo, ya fuera de violencia o de vida, porque lo primero que notaron al internarse en el valle fue el silencio sobrecogedor que los envolvía como un pesado manto, quitándoles las ganas de hablar. Las pocas veces que lo hicieron fue en susurros, como si temieran que su voz retumbara muchos kilómetros en el aire. El sonido de los cascos de sus caballos golpeando el suelo parecía levantar ecos muy sonoros.

La pradera estaba sembrada de piedras y arbustos. Pronto, esta dejó paso a una tierra en otro tiempo cultivada y bien atendida, aunque ahora estaba abandonada y la maleza pugnaba por hacerse con lo que antaño le perteneciera.

Aquí y allá comenzaron a aparecer pequeñas casas de madera, granjas a cuyos habitantes pertenecieron las tierras que ahora pisaban. Vacías a simple vista, su presencia no hacía sino intensificar la sensación de soledad.

—¿Entraremos en alguna? —preguntó Cheen algo inquieto.

Árgoht, impassible, no aflojó el paso.

—No. Seguiremos adelante.

Cheen no añadió nada más. Árgoht no quería perder el tiempo registrando casa por casa. Prefería llegar al centro de la aldea y ver qué encontraban allí.

Por fin llegaron a la orilla del río. El caudal era importante, aunque suave en su discurrir.

—Estas aguas son engañosas —dijo Cheen—, pues en la superficie parecen remansadas, pero tienen mucha profundidad y la corriente en el fondo es poderosa. Si os caéis, no podréis salir del río hasta llegar a alguno de esos remansos de los que os hablé. Aquí cerca tenemos uno. De pequeño hacía carreras con mis primos, dejándonos llevar por la corriente. Y nos tirábamos desde allí.

Árgoht siguió la mirada del muchacho y vio el enorme puente que se erguía ante ellos. Era una construcción magnífica. Fabricada con la poderosa piedra gris de las montañas que enmarcaban el paisaje, hábiles manos les habían dado forma para conseguir una estructura difícil de destruir. En su imponente, atravesaba el río con una sensación de suficiencia casi insultante.

Una vez llegados al otro lado, lo que fueran casas desperdigadas se convirtieron en una verdadera aldea. El puente terminaba en un sendero que se había conservado bastante bien, a pesar del abandono. A los lados, más casas, también de madera y piedra, aunque todas ellas igual de vacías que las anteriores. Los postigos de las ventanas golpeaban descuidadamente contra las jambas.

—Esto parece un cementerio —dijo Cheen, con un susurro sobrecogido.

Árgoht, de nuevo, guardó silencio mientras observaba con atención los alrededores. Intentaba captar alguna señal de vida. En vano se esforzó durante algunos minutos, pues nada habitaba ya aquellas casas, ningún niño corría por la calle y no había gritos de vendedores en la pequeña plazoleta de adoquines.

A pesar del silencio y la sensación agobiante de pesadumbre que gobernaba la aldea, Árgoht tuvo la certeza de que en sus buenos tiempos, tuvo que ser un lugar hermoso para vivir. Se imaginó lo que debía ser verla llena de gente, de vecinos que conversaban, labriegos que se dirigían a sus campos sobre sus carros tirados por mulas, mujeres con los cestos de ropa dirigiéndose al río para lavar. Y de fondo, enmarcando la estampa, las crestas nevadas de las montañas, como eternos observadores del transcurrir del tiempo sobre Pranthas.

En momentos como este, Árgoht maldecía el destino que le obligaba a viajar sin descanso, a recorrer el mundo en busca de, precisamente, ese Destino que se le mantenía oculto, el que daba sentido a su vida y el que había sido motivo de que llegara al mundo. Y es que ningún hechicero nace sin una razón. Su Destino se desvela llegado el momento. Antes, ni él mismo sabe a dónde le dirigirán sus pasos. Lo que sí saben, es que si se detienen demasiado tiempo en un mismo sitio su cuerpo se marchita, sus sentidos se embotan y se oscurece su corazón. Solo la búsqueda de ese acontecimiento que justifica su existencia mantiene vivo su espíritu y su cuerpo.

En momentos como este, Árgoht deseaba que las cosas fueran diferentes.

Pero no lo eran, y más le valía concentrarse en lo que estaba haciendo, así que se bajó del caballo de un salto. Cheen siguió su ejemplo, aunque con mucho más esfuerzo debido a sus dolores. El hechicero descargó las alforjas del animal y comenzó a depositarlas a los pies de una gran fuente de piedra, que dominaba el centro de la plaza.

—¿Hacemos un alto? —preguntó Cheen algo sorprendido.

—Tú haces un alto —corrigió Árgoht.

—¿Eso qué significa? —casi gritó Cheen presa de la inquietud.

—Que tú te quedas.

—Pero...

—Sin peros —le interrumpió Árgoht—. No estás en condiciones de seguirme. Tus heridas no se han curado y no sé qué me voy a encontrar al sur. No puedo arriesgarme a que vengas conmigo.

—Pero... pero... —balbuceó Cheen, desconcertado.

—Repito: sin peros —la mirada de Árgoht era de una intensidad que no dejaba lugar a la discusión. Sus peculiares ojos se clavaban en el alma y podían cortar la respiración.

El hechicero no estaba dispuesto a retrasar su marcha ni poner en juego la misión por culpa del chico. Aquel parecía un lugar seguro y estaría mejor allí. Tullido no le servía para nada.

—Está bien, pero no es justo. Quiero seguir con vos. Mis dolores remitirán y me

recuperaré. Puedo ayudaros —dijo Cheen con un mohín infantil, y tiró al suelo con brusquedad lo que tenía en las manos.

—Creo —continuó Árgoht ignorando el berrinche del muchacho—, que debajo de aquel techo estarás bien —señalaba una casa cercana con una gran galería de entrada—. No te recomiendo que te quedes dentro de alguna casa, pues no sabemos en qué condiciones están y te será más difícil detectar complicaciones y huir de ellas, si fuera preciso. De todas formas, nadie ni nada te molestará. Ni siquiera los espíritus de los muertos, pues este pueblo no es un cementerio, sino un artefacto abandonado, sin ningún tipo de energía maligna que pueda molestarte.

Sin más palabras, comenzó a transportar todos sus bultos a la sombra del soportal. En un rato, Cheen estaba perfectamente instalado. Árgoht trasladó una gran piedra y se sentó a la sombra sobre ella. Alzó las manos con las palmas hacia fuera y cerró los ojos. Sus labios comenzaron a moverse sin que de ellos surgiera palabra alguna hasta que, tras unos segundos, un tenue resplandor blanco azulado envolvió sus manos, de manera tan sutil que cuando Cheen quiso fijar su mirada en él, ya había desaparecido.

Cheen no podía creerse lo que estaba pasando. Después de haber llegado hasta allí, ahora tendría que quedarse en la retaguardia. En sus fantasías, ya se había imaginado las grandes aventuras que les iba a contar a sus amigos, cómo había luchado codo con codo ayudando al brujo y aunque aún no lo había decidido, cómo había salvado su vida con sus propias manos de aquella criatura que se suponía iban a encontrar. Probablemente no fuera cierto y quizás alguno no le creería, pero ninguno de ellos tendría oportunidad de comprobarlo, así que no hacía nada malo enardeciendo un poco sus méritos.

Sin embargo, ahora apenas tendría nada que contar, aparte de que estaba lisiado y tenía que quedarse apartado de la acción en aquella aldea fantasma. ¡Bonita historia para contar!

Árgoht volvió a abrir los ojos, y mirando a Cheen como quien no quiere la cosa y con una leve sonrisa, le dijo:

—¿Comemos?



En aquella aldea despoblada no habrían tenido problema para encontrar madera abundante con la que encender un fuego, pero Árgoht decidió no hacerlo, pues el humo podía desvelar su presencia demasiado pronto. Cuando Cheen propuso entrar en una casa y encender el hogar, el hechicero estuvo a punto de dejarse convencer. Pero el peligro era evidente, pues aún no sabían si había alguien o algo en los alrededores, y era mejor no arriesgarse a que ojos inapropiados vieran humo desde la distancia. Además, los pequeños edificios tenían aspecto enmohecido y el interior que se vislumbraba desde las ventanas era triste y agobiante. El aire que salía de ellas por los resquicios de las maderas estaba viciado y hediondo. Estarían mejor fuera, bajo el cielo azul.

Aún les quedaba comida de sobra para varios días, así que, una vez más, no escatimaron en alimentos con los que recuperar fuerzas. Cuando Cheen asumió que su condición, en efecto, le impedía acompañar al hechicero, volvió a ser el joven animado que saliera de Ereth.

Pasaron las horas más calurosas del mediodía sentados a la sombra y dormitando, hablando poco. Árgoht dejó la piedra para sentarse en el suelo de madera y, como ya hiciera en otras ocasiones, cruzar las piernas y apoyar las manos sobre las rodillas. Enseguida entró en un trance muy leve. Nada tan profundo como la vez en que Cheen lo conoció, pero le sirvió una vez más para contactar con La Madre y absorber de ella su deliciosa energía.

En la medida de lo posible, Árgoht prefería no dormir. Siempre que podía optaba por el trance para recuperar fuerzas, aunque en ocasiones su cuerpo estaba tan agotado que necesitaba un sueño real. La razón era tan simple como que padecía una propensión desatada a los sueños de todo tipo. Eran muy vívidos y algunos premonitorios, cosa que desagradaba mucho al hechicero; pues esas premoniciones

nunca eran relativas a su Destino, sino al de los demás. Soñaba con mucha frecuencia con su pasado, y en él había cosas que prefería no recordar. Él era capaz, como casi todos los hechiceros, de recordar su propio nacimiento, pues estos llegaban al mundo plenamente conscientes de su entorno, imbuidos ya por el enorme poder que los debía guiar el resto de sus vidas. Y su existencia, encerrado en un cuerpo pequeño y torpe, débil e incapaz de expresarse (aunque había aprendido a hablar cuando solo era un bebé, antes incluso de aprender a caminar) era una experiencia que Árgoht prefería no recordar si no era imprescindible, a pesar de que aquello había ocurrido hacía mucho tiempo.

Cuando el sol ya amenazaba con declinar, recogió una pequeña bolsa e introdujo en ella una manta ligera y algo de comida, poco más que un tentempié. Cheen lo acompañó hasta el límite exterior del pueblo. No dejaban de mirar en todas direcciones, pero nadie se mostró a sus ojos. Aquella aldea estaba completamente vacía.

Más allá se extendía el valle de Pranthas, que era una enorme extensión de terreno similar a la que habían dejado atrás, más allá de las colinas Yermath, aunque su naturaleza era más bien rocosa, menos verde y más poblada de arbustos y grandes rocas que obstaculizaban la visión. Aun así, enormes campos de cultivo, ahora abandonados y de triste aspecto, rompían la monotonía del terreno.

Además el cielo se mostraba ensombrecido por los nubarrones que acechaban al sur, encogiendo el corazón del muchacho. Ahora que tomaba consciencia de hacia dónde se dirigía Árgoht, casi se alegraba de no tener que acompañarle.

—Tened cuidado —le pidió Cheen sobrecogido—, esas nubes me dan muy mala espina.

—Pierde el miedo, Cheen. No me ocurrirá nada malo, pero si no he regresado en unos días, recoge tus cosas y vuelve a casa. Espera lo que tú consideres oportuno. Te he dejado la bebida para tu herida y vendas limpias. Asíala dos veces al día y ponte vendas nuevas. Toma la poción tres veces al día y pronto de sentirás mucho mejor.

Cheen asintió, intentando evitar pensar en lo que seguro iban a ser unas jornadas de gran aburrimiento en ese pueblo vacío y sobrecogedor.

Árgoht apretó el hombro de su compañero y montó en *Karzan*. Al instante, puso al animal en movimiento. El sol comenzaba a esconderse a su derecha tras las Tartakoth, de forma que su sombra se alargaba cada vez más. Árgoht puso al caballo al galope y se dirigió directamente hacia el centro de aquella tormenta antinatural.

Cabía la posibilidad de que nunca volviera a ver al chico, de que lo que le esperaba en el sur estuviera fuera de sus posibilidades. También era posible que cuando volviera encontrara al chico devorado por animales salvajes, aunque hasta el momento no habían visto a ninguno. Aun así, Árgoht no miró hacia atrás. Ahí delante podía estar esperándole su Destino, su fin último.

Estaba ansioso por llegar.



El bosque le rodeaba con sus altos troncos y el suelo cubierto de hojas, formando una mullida alfombra sobre la que sus pies apenas hacían ruido. Avanzaba a ciegas sin saber hacia dónde se dirigía. Era de noche, y hacía mucho tiempo que no encontraba signo de vida. Ninguna persona o animal se había cruzado con él desde hacía días. En ese mismo instante podía ser el único humano vivo en el mundo y no tendría forma de saberlo. Solo el bosque espeso, denso y oscuro era testigo de sus pasos.

El sendero hacía mucho que había desaparecido bajo la hojarasca, y la bóveda verde le impedía guiarse por las estrellas que, mucho más arriba, se insinuaban levemente. La oscuridad parecía querer tragárselo, absorberlo y arrancarle la vida, pero Shernan era un hombre de nervios templados, acostumbrado a la batalla y la muerte, por lo que un simple bosque no lo asustaba lo más mínimo.

Eso era lo que se repetía una y otra vez mientras intentaba distinguir algún sonido que no fuera sus propios pasos, su propia respiración y el palpitar de su corazón en su pecho, que en el silencio que le rodeaba parecía adquirir una sonoridad fantasmal. Y sin embargo, algo le inquietaba y hacía que sus vellos se erizaran y sintiera de tanto en tanto la necesidad de mirar hacia atrás por encima del hombro, como si alguien le estuviera siguiendo.

Pero no había nadie.

Se decía a sí mismo que aquello era un tontería, que se estaba dejando impresionar por el bosque y las sombras.

«Tengo que parar y acampar. Con un buen fuego se disipará esta inquietud». Este pensamiento le relajó los nervios y las palpitaciones.

Se alejó un poco de lo que él pensaba que era el sendero que seguía y buscó un sitio donde pasar lo que quedaba de la noche. Sí, aquello era lo que necesitaba. Descansar y comer algo. Le dolían los pies y tenía las mejillas coloradas por culpa

del frío, a pesar de la capucha que le cubría la cabeza y la espesa barba gris.

De pronto, algo comenzó a agitarse en la bolsa que le colgaba a la espalda. Shernan apenas pudo reprimir un grito por el susto. Algún animal se le había colado en la bolsa, pero estaba seguro de que la había mantenido perfectamente cerrada todo el tiempo. Sin embargo, algo se movía.

En el momento en el que empezaba a soltar las tiras de cuero que le sujetaban la bolsa a la espalda, un resplandor cegador apareció frente a él. Su brillo era tan intenso que le obligó a cerrar los ojos por un momento. Después de las sombras de la noche, aquel resplandor le provocó un impacto casi doloroso. El movimiento a su espalda se intensificó, mientras que el brillo frente él, tras unos instantes, comenzó a menguar. Pronto pudo mirar hacia él. En el centro, como si fuera la fuente de la luz, una figura se recortaba en penumbras. Era una silueta humana, sin ninguna duda. Por un instante, nada más existió, ni siquiera el animal que se agitaba y le arañaba la espalda.

Solo estaban él y la figura oscura a unos veinte pasos. Era un hombre y, mientras Shernan lo miraba, comenzó a avanzar hacia él. La criatura a su espalda se agitaba cada vez más, y ahora también gritaba. Ningún otro sonido llegaba a sus oídos. La figura oscura se acercaba lentamente. Con cada parpadeo estaba más cerca, y él estaba clavado al suelo sin poder hacer nada. Su cuerpo no le respondía, no podía dejar de mirar el resplandor que enmarcaba la forma del hombre. Si sus ojos no le engañaban, aquel ser parecía estar vestido con una gran armadura, pues sus contornos se veían afilados y soberbios.

Cuando estaba apenas a unos pasos de él, se detuvo, y Shernan supo que le estaba mirando desde aquel rostro en sombras. Alzó una mano oscura con la palma hacia arriba.

«Dámela».

El sonido llegó a sus oídos si lo hubiera pronunciado cada árbol de los que le rodeaban. No sacó fuerzas suficientes para responder, pero sí lo hizo la criatura dentro de su bolsa con un chillido agudo y quejumbroso. No se parecía al sonido de ningún animal que él conociera. Era estridente, cuando se roza un pedernal con una espada pero muchísimo más fuerte.

El caballero oscuro seguía con la mano alzada.

«Es mía. Dámela».

En ese momento, un terrible dolor le atravesó la espalda. Aquello que tenía en la bolsa buscaba a su dueño, y se estaba abriendo paso a través de él. La sentía moverse por su interior. El dolor era insoportable, pero no podía sacarla ni gritar.

Miró hacia abajo y vio que su peto se abombaba hacia fuera con la presión que la criatura ejercía desde dentro. Pronto saldría, y él quedaría allí tendido, con un agujero en el pecho, tirado en mitad del bosque oscuro.

Por fin, su boca consiguió producir sonidos al tiempo que su peto se desgarraba y aquello que pugnaba por salir conseguía abrirse paso.

Entonces gritó.

Despertó con el grito atragantado cuando aún la noche no se había retirado del cielo. Su cuerpo estaba bañado en sudor y su corazón palpitaba como si quisiera abandonar su cuerpo. Le costó algún tiempo controlar los temblores y encontrar una respiración pausada.

A su lado, la mujer que lo había acompañado aquella noche dormía plácidamente sin enterarse de nada.

«Por lo menos esta vez he conseguido no gritar», pensó sin que el pensamiento le produjera ningún tipo de alivio. Llevaba mucho tiempo soñando lo mismo. No todas las noches, pero sí con la suficiente frecuencia como para que fuera una molestia severa que perturbaba su sueño y le impedía descansar adecuadamente.

Se levantó de la cama sin hacer ruido, pues no quería tener que responder las preguntas de la mujer, y comenzó a vestirse. Salió de la habitación, descubriendo al abrir los postigos de la ventana de la pequeña sala que era casi mediodía. La ciudad de Jurkain lo recibió con sus fuertes olores, a los que no conseguía acostumbrarse a pesar de llevar allí varias semanas.

Ciudad de mercaderes y comercio enfebrecido, Jurkain recibía gente de todas partes que acudían a intercambiar pieles, alimentos, joyas y armas. Cientos de posadas y hospederías llenaban sus arcas gracias a los mercaderes y clientes, que continuamente invadían la ciudad. Era un lugar vivo y alegre si venías de visita, pero podía convertirse en un lugar deprimente para vivir en él. Sucio y maloliente, los mercaderes traían consigo placeres junto a oscuros negocios, que nada tenían que ver con la comida o la ropa. Era el mercado nocturno de Jurkain, y no era secreto para nadie. En él podías comprar una noche con una mujer, un esclavo o un niño en los más diversos grados de perversión. A Shernan le parecía repugnante, repudiaba cada noche que pasaba allí, viendo las atrocidades que se cometían aprovechando las sombras de los callejones, entre las casas de piedra infestadas de ratas, que al morir el sol le hacían sentir más sucio y podrido por dentro.

Esa noche, al salir de una posada más borracho que sobrio, tropezó con dos hombres que trataban de venderle a un tercero una niña pequeña, de no más de siete u ocho años. No pudo escuchar con exactitud lo que decían, pero llegaron hasta él las palabras *esclava*, *intacta*, y *obediente*. La sangre se le inflamó en las venas, ayudada en gran medida por el alcohol ingerido, de forma que se dirigió hacia los tres hombres con paso vacilante y distraído, como si pasara por allí casualmente.

Cuando estuvo a unos pasos del trío de hombres, estos se percataron de su presencia y guardaron silencio, al tiempo que ponían a la niña fuera de su alcance.

Shernan no estaba seguro de a qué grupo podían pertenecer, pues aunque no llevaban armas a la vista, estaba seguro de que sacarían alguna de debajo de las ropas. No parecían luchadores, pero tampoco mercaderes. Y eso era aún peor, pues podían ser cualquier cosa. Vestían ropas elegantes, de colores oscuros, con las que pasaban desapercibidos entre las sombras.

—Buenas... noches —dijo entrecortadamente Shernan, con voz pastosa—,

caballeros.

Su aspecto tampoco era muy agraciado, tras un día entero vagando por los mercados y la tarde yendo de posada en posada. Estaba sucio y olía a alcohol. Por suerte, su espada quedaba bien cubierta entre los pliegues de la ropa.

—¡Largo de aquí, mendigo! —le espetó uno de los hombres, el más alto de los tres.

No solo Shernan no se fue, sino que se acercó más a ellos. Con la misma voz de borracho, volvió a dirigirse a ellos.

—¡No soy un mendigo! —dijo con tono indignado, justo antes de añadir—, ¿tenéis unas monedas para este pobre viejo?

Shernan no era un hombre viejo, aunque las preocupaciones y el largo viaje iniciado habían hecho aparecer algunas arrugas de más alrededor de sus ojos y la barba, descuidada y gris, le confería un aspecto sucio, desaliñado.

—¡Lárgate, he dicho! —dijo el hombre, con voz más firme. Su voz parecía salir desde detrás de su barba sin que sus labios se movieran.

Shernan se tambaleó un poco.

—Con lo que vais a ganar con esa... niña —dijo en tono muy bajo, casi en un susurro—, podíais darme unas monedas... buenos caballeros.

Los tres hombres guardaron silencio unos segundos, incómodos y mirándose entre ellos. Aunque en Jurkain la venta de esclavos era uso frecuente, estaba penado por las leyes de la ciudad, si bien la persecución de dichas actividades era más bien incompetente.

—No te lo vamos a repetir, viejo —dijo el tercer hombre, que parecía ser el cliente—. Vete a dormir la borrachera a otra parte.

Mientras decía esas palabras, el cliente dio un paso hacia él con el objeto de empujarlo. Era lo que Shernan esperaba. Con un ágil movimiento, tomó al hombre del brazo y lo tiró al suelo, al tiempo que lo golpeaba fuertemente con el puño. El cliente quedó tendido inconsciente en el suelo.

Cuando Shernan se alzó de nuevo dos armas brillaban levemente, reflejando la escasa luz del callejón: una daga y una espada larga, cada una de ellas apuntando a la garganta de cada uno de los hombres que quedaban en el callejón. Se hizo el silencio entre ellos, de forma que solo se oían los gemidos de la niña pequeña, asustada por el ajetreo.

—Soltadla —dijo Shernan, esta vez sin rastro alguno de borrachera en su voz.

Los dos hombres lo miraban sin saber qué hacer ni qué decir. Ninguno se movió o hizo amago de soltar a la niña.

—Soltadla. No os lo repetiré una tercera vez —Shernan no sabía aún si se estaba marcando un farol o lo decía en serio. ¿Estaba dispuesto a llegar hasta el final?

Entonces, el hombre que tenía a la niña alzó una mano.

—Está bien, mantengamos la calma.

Comenzó a sacar a la criatura de detrás de él hasta situarla delante, sosteniéndola

con las manos apoyadas sobre su cabeza. Era una niña guapísima, de pelo negro y ojos color miel que ahora estaban anegados en lágrimas. Estaba vestida con unos sucios harapos que apenas cubrían su cuerpo y temblaba, aunque Shernan no podía saber si era de frío o de miedo.

De repente, y sin que Shernan pudiera distinguir de dónde había salido, el hombre tenía una daga en la mano. Era pequeña, poco más que un puñal, por lo que podía haberla tenido escondida en cualquier parte. En un segundo, estaba en el cuello de la pequeña. Al sentir el frío en su garganta, la niña comenzó a temblar aún más.

—¿Quieres a esta pequeña bastarda? —dijo el hombre con tono burlón—. ¿Y qué vas a hacer con ella exactamente?

Shernan no respondió. Se limitó a mantener las armas en alto.

—Es mía, y si la quieres tendrás que pagar por ella —continuó—. Puesto que me has hecho perder un cliente, espero que estés dispuesto a igualar su oferta. No es cara, te puedo hacer un precio mejor.

Shernan tuvo que reprimir su furia ante aquellas palabras. Un paso en falso podía costarle la vida a la niña.

—Eres basura —masculló con los dientes apretados.

Los dos hombres se echaron a reír al unísono.

—¿Y quién me lo dice? Un borracho harapiento y sucio cuyo único valor son una espada y una daga. No vales más que esta niña. De hecho, vales mucho menos.

El hombre de su derecha, el más alto y al que señalaba con la daga, comenzó entonces a moverse, dando dos pasos para alejarse de su compañero.

—No te muevas —le dijo Shernan, que buscaba desesperadamente una forma de salir de allí con vida y con la niña. La cosa no pintaba bien.

—Que tengas dos armas no significa que puedas enfrentarte a nosotros dos al mismo tiempo —dijo el hombre alto, al tiempo que lanzaba la mano hacia la cintura para sacar un arma.

Pero Shernan fue más rápido. La daga con la que le apuntaba salió disparada con un movimiento de la muñeca y fue a clavarse en su pecho. El hombre alto lo miró con asombro antes de derrumbarse entre estertores.

Ese momento de distracción lo aprovechó el otro hombre para, echando a la niña llorosa de un empujón a un lado, abalanzarse contra él daga en mano. Shernan apenas tuvo tiempo de girarse y esquivar la punta, que desgarró su capa en el punto en el que había estado su corazón un segundo antes. La esquivo le costó sin embargo parte de su equilibrio, y cuando lo hubo recuperado, ya su contrincante se lanzaba de nuevo contra él. Como música de fondo de la lucha, el llanto desconsolado de la niña, que no se atrevía a marcharse.

Esas lágrimas le sirvieron a Shernan de acicate. Por un instante fugaz pasó por su mente el futuro que habría tenido la niña, de haberse hecho efectiva la venta. Una vida de concubina, de vivir encerrada como un animal, de no aprender cómo funciona el mundo y de descubrir a base de golpes que la mejor estrategia es mantener la boca

cerrada. La furia creció en su pecho como una ola en mitad de un temporal.

Cuando el tratante llegó hasta él, Shernan esquivó con facilidad su ataque con la espada larga al tiempo que lanzaba el puño contra su rostro. Sintió cómo los huesos de la nariz se rompían bajo su puño enguantado. El hombre soltó un grito de dolor y su daga cayó al suelo mientras se llevaba las manos a la cara en un intento de contener la sangre que ya manaba a borbotones. Shernan alzó la espada y la bajó de nuevo en una estocada oblicua que atravesó al hombre desde el hombro hasta la cadera, atravesando sin problemas la tela que lo cubría. No era un tajo profundo, pero sangraba profusamente.

—Ve a que te curen —le dijo Shernan—. Te perdono la vida. Pero acuérdate de mí y de la cicatriz que te quedará la próxima vez que pienses en comerciar con la vida de un niño.

Sin decir una palabra más, el hombre salió corriendo, sin saber qué herida debía cubrir con las manos y dejando un reguero de sangre tras de sí.

Shernan guardó entonces las armas y se aproximó a la niña, que estaba paralizada de terror. Le dijo palabras amables y dulces, hasta que consiguió vencer su resistencia.

¿Qué hacer ahora con ella? Dejarla allí en manos de cualquiera significaría tentar a la suerte y muy probablemente, acabaría siendo vendida como esclava. Entonces recordó a Jhama.

Sí, Jhama era la solución.



Karzan resultó ser, a pesar de su edad, un animal excepcional. Tenía un galope poderoso y una fuerza física extraordinaria, que le permitieron avanzar una gran distancia antes de parar a descansar. Fue una parada breve para darle de beber y dejarle coger resuello. *Árgoht* seguía el curso del río, ancho y caudaloso, en su recorrido en dirección sur, mientras el agua, recién recogida en las estribaciones de las montañas, bajaba fría y cristalina.

Poco después de esa parada, al ralentizar un poco el ritmo para no agotar al caballo, empezó a notar que el terreno cambiaba. La hierba que cubría la pradera se veía marchita y podrida, como si hubiera dejado de recibir alimento. Además, el aire se notaba enrarecido, como si fuera ligeramente más pesado. Era una sensación inquietante. Poco tiempo más tarde, se ensombreció bajo el manto de nubes. Ya la noche se había cerrado sobre ellos hacía tiempo, pero aquella oscuridad, sin luna ni estrellas, era diferente. Era estrecha y agobiante como una habitación cerrada durante siglos. *Karzan* echó las orejas hacia atrás y miraba con aprensión hacia todas partes, a pesar de que nada se aparecía ante su vista. Aun así, se comportó como indicaba su pasado regio y obedeció, siguiendo fielmente las órdenes de su jinete, que lo dirigió más al sur, sin desviarse.

Era su instinto el que guiaba a *Árgoht*, como tantas otras veces. Suponía que el foco de la oscuridad que invadía el valle estaba en el centro de las nubes, así que se internaba más en ellas a cada paso que daba. Era en verdad lúgubre aquella oscuridad siniestra. Nada parecía moverse bajo ella, y el silencio de la aldea de *Pranthas* era una estridencia comparado con el que sentía ahora. Ningún animal se le mostró, ningún ave lanzó al cielo su trino o su llamada, nada removió los arbustos a su paso buscando un escondite. La quietud era total.

Y su instinto, como tantas otras veces, no le falló. Algún tiempo después de

haberse adentrado en la sombra con *Karzan*, llegó a una pequeña y densa arboleda, tan oscura y marchita como todo lo demás que lo rodeaba. *Árgoht* sentía una gran perturbación a su alrededor. Como si fuera un viento gélido que agitara su cabello, percibía una pestilente corriente de energía oscura, atravesándolo y despertando en él pensamientos obscenos cargados de desesperación, imágenes de locura que lo llevaban hacia estremecimientos pavorosos. Al darse cuenta de ello, pronunció un hechizo de protección que desviara aquellas fuerzas y las alejara de él. Enseguida notó un aire benefactor y aquellos pensamientos siniestros salieron de su mente. Aun así, sentía la perturbación, acariciándolo con sus dedos putrefactos.

Tardó un buen rato en salir de la sombra, cuando lo hizo, se encontró en medio de lo que debió ser un campo de cultivo abandonado mucho tiempo atrás, que ahora aparecía dominado por las malas hierbas. Un relámpago rompió el cielo y le permitió ver, por un leve instante, una casa al final del terreno, unos pocos cientos de metros más al sur. Sobre él, las nubes se arremolinaban y giraban casi imperceptiblemente en torno a sí mismas. Estaba en el centro, el eje de la oscuridad. Allí, el aire pesaba y al meledino le costaba hacerlo entrar en sus pulmones. *Karzan* también parecía tener problemas para respirar con normalidad.

La mansión era gigantesca, casi un castillo pequeño. *Árgoht* supo enseguida que aquel edificio era el centro de todo, el agujero en el que se vertía aquella corriente de oscuridad que barría el valle. El alto muro que la rodeaba, construido por manos expertas, la cercaba imponente, pues su altura superaba varias veces la de *Árgoht*. La piedra estaba ennegrecida y cubierta de enredaderas, que casi parecían moverse a la vista del mago. Después de seguir su trazado durante unos metros dio con la puerta de acceso. Era una gran reja desvencijada de hierro negro, muy oxidada. Las barras verticales que la formaban terminaban en unas puntas de aspecto amenazador. Un gran candado, partido por la mitad, sostuvo en algún momento pasado una cadena. Ahora sin embargo, colgaba inútil de la cancela. Daba la sensación de poder ser empujada con apenas un dedo, pero su paso estaba cerrado por una enorme roca que, apoyada contra la verja, impedía que esta pudiera ser movida.

Árgoht se detuvo un momento a observar su entorno. En el fondo, la enorme casa parecía mirarlo e invitarlo a entrar. Por los huecos que no cubría la enorme roca, *Árgoht* echó un vistazo. Por detrás se extendía un jardín, que el tiempo y el abandono habían convertido en una selva en miniatura, llena de arbustos y setos que en la oscuridad ofrecían un aspecto amenazador. Sobre su cabeza, algún relámpago esporádico le permitía ver algo más allá. En esos momentos podía apreciar detalles de la casa que, incluso con su visión mejorada, en la oscuridad antinatural que lo rodeaba pasaban inadvertidos. Por ejemplo, las ventanas estaban en su mayoría tapiadas con tablones cruzados, clavados con lo que parecían ser grandes clavos negros. Además, las paredes supuraban suciedad por cada grieta y cada rendija entre las piedras, de forma que si no mirabas con detenimiento, parecía que toda la estructura sangraba un líquido negro y viscoso. Toda la casa emanaba un gran poder,

como una vibración que le penetraba en las entrañas y se las revolvía. Quizás una persona normal solo habría sentido un terror irracional, fruto del instinto de supervivencia, que lo habría obligado a salir huyendo. Pero no Árgoht. A él esas fuerzas se le hacían tangibles, reconocibles: era la energía surgida de una magia oscura y ancestral.

Árgoht se apeó del caballo y lo amarró a un árbol cercano. El animal le miró asustado, suplicando que lo dejara acompañarlo, pero no emitió sonido alguno, como si una especie de orgullo natural le impidiera mostrarse temeroso.

Concentrando de nuevo su atención en la piedra, Árgoht cerró los ojos y levantó las manos, situándolas a la altura de su pecho. Una con la palma hacia sí mismo y la otra girada hacia la roca, de aspecto inamovible. Sus labios comenzaron a moverse, emitiendo apenas un murmullo inaudible: *Kart-en-omhar*. La falta de sonido que cubría todo el valle se intensificaba en los alrededores de la mansión, pero ahora hasta el silencio parecía haberse detenido a escuchar sus palabras.

Tras unos instantes de la más completa quietud, Árgoht abrió los ojos sin mover las manos. De ellas surgió de nuevo, como en Pranthas, un leve fulgor seguido de otro instante de quietud y silencio. Entonces, surgió un rumor, muy leve al principio pero que pronto comenzó a ganar intensidad. Árgoht sintió cómo algo se rompía bajo sus pies y los guijarros comenzaron a vibrar levemente.

La tierra se agitaba. Poco a poco siluetas comenzaron a surgir de ella. Al principio parecía que eran lombrices blancas que se agitaban, como buscando la luz. Pero una mirada inquisitiva que hubiera resistido el temor, habría observado que las lombrices no eran tales, sino raíces que surgían del suelo en los alrededores de la enorme roca. Más y más raíces. En pocos instantes habían ocupado gran parte de su superficie, de forma que se asemejaba al muro exterior cubierto de enredaderas. Sin embargo, lo que en el muro era una sensación, aquí era una realidad. Las raíces se movían, temblaban y se agitaban. Árgoht no hacía ningún movimiento y permanecía con las manos levantadas. Entonces, de pronto, con el rumor en su punto álgido, la piedra comenzó a moverse. De forma muy lenta, fue girando sobre su eje vertical y desplazándose lateralmente, como si le hubieran salido infinidad de pequeños pies. En unos minutos, su camino estaba despejado. Bajó las manos, y las raíces comenzaron a retroceder y perderse de nuevo bajo tierra. Árgoht murmuró unas palabras, para empujando la puerta destartada con un dedo enguantado, acceder a los jardines de la impresionante mansión.

La sensación que daba el jardín desde dentro no distaba mucho de la que le había dado desde fuera. Aquellas tierras estaban completamente olvidadas desde hacía mucho tiempo y no recordaban el tacto que tenía una azada. Árboles marchitos se alternaban con arbustos achaparrados y agarrotados, que las sombras de los relámpagos conseguían volver aún más grotescos.

Dado que su entrada no había resultado precisamente sigilosa, Árgoht supuso que si había algún habitante en la mansión, no debía tardar en aparecer. Por unos instantes

se detuvo, tras haber avanzado algunos pasos. Aguzó todos sus sentidos. Cualquiera que lo hubiera observado desde fuera podría haberle confundido con una estatua del jardín, envuelto en su capa negra y rodeado de sombras.

Bajo sus pies, un sendero de adoquines manchados por el paso del tiempo, casi cubierto por la maleza, llevaba directamente hacia una escalinata de piedra, flanqueada por columnas circulares con capiteles, que sostenían un pasadizo. Detrás, había una enorme puerta de madera de aspecto sólido, a pesar de las manchas de óxido que chorreaban por los remaches de acero y la cerradura.

El muro exterior rodeaba toda la hacienda. Siguiéndolo con la mirada, Árgoht detectó algo que le llamó poderosamente la atención. Dirigió sus pasos hacia allí, esta vez intentando hacer menos ruido, aunque la tierra del jardín estaba alfombrada por hojas secas y podridas, que crujían bajo sus pies. Ante él, un gran rosal de rosas rojas surgía de la tierra, espectacular e inesperado entre aquellas malas hierbas como un pequeño manantial de agua clara en medio de un desierto de arena. Sobre todas las demás, una rosa cautivó su mirada. Incluso en la oscuridad de la noche, su color rojo destacaba brillante como la sangre. Árgoht no pudo evitar la tentación y alzó su mano con la intención de tocarla. Incluso se quitó uno de sus guantes para poder sentir el aterciopelado tacto de sus pétalos.

En ese momento, un sonido, apenas un roce contra la piedra, atrajo su atención. Se giró rápidamente buscando el origen, pero no vio nada entre la penumbra.

—No eres muy discreto, apestoso brujo.

La voz surgió de la nada, gutural y profunda, como emitida por una garganta poco acostumbrada a pronunciar palabras. Como había esperado, el habitante de la mansión se daba a conocer.

—Si hubiera pretendido serlo, lo habría sido —respondió Árgoht secamente.

Aplicó todos sus sentidos humanos y alguno nada humano, a buscar el origen de la voz, pero nada se le mostraba. De todas formas, ya tenía una pista sobre su propietario. Era una criatura inteligente, capaz de pensar y hablar.

—Eso habría sido mejor para ti, forastero, intruso, que te atreves a entrar por la fuerza en unas tierras ajenas. Deberías aprender a mostrar un poco de respeto.

De nuevo, la voz surgía de la nada. No se movía nada a su alrededor.

—¿A quién se supone que debo respetar? ¿A alguien que se esconde en las sombras, que esconde su rostro, que usa la noche de parapeto?

—No eres el más apropiado para acusar a nadie de usar la noche, brujo, pues te has valido de ella para llegar hasta aquí.

En ese momento, escuchó un susurro de hojas secas a su izquierda. Cerca, muy cerca. Un fuerte golpe recibido en el tórax desplazó al hechicero cinco metros hacia la derecha y lo dejó tendido en el suelo, sin respiración.

—Vaya —dijo entre jadeos mientras se ponía en pie. No estaba herido—, parece que tenemos un fuerte carácter. Yo seré un mal intruso, pues me he dejado oír, pero tú no eres mejor anfitrión. Recibes con golpes en lugar de con palabras.

De nuevo en vertical y recuperando el aliento vio, allí donde había estado él mismo hasta hacía apenas un instante, una sombra informe y achaparrada que tapaba el rosal. En el centro de lo que supuso que debía ser su cabeza, dos puntos, rojos y brillantes como pequeñas estrellas, se clavaban en él como ascuas de una hoguera.

—Sé muy bien cuales son las preguntas que te gustaría hacerme —esta vez, a la voz desgarrada le acompañó una especie de gruñido, profundo y seco, como procedente de lo más oscuro de las entrañas de aquel ser.

De pronto, sin tiempo para que se percatara de su movimiento, la criatura estaba de nuevo sobre él. Una poderosa presión en su cuello lo dejó sin respiración y se sintió alzado sobre el suelo. Arriba, muy arriba. Debía estar agachada cuando la vio un momento antes, por eso le había parecido más baja. Era enorme, haciendo juego con las dimensiones de la mansión.

Se había confiado, y ahora podía pagar un precio muy alto.

Al instante siguiente, su cuerpo chocaba contra el muro del otro lado del jardín. Esta vez sintió cómo se rompían sus costillas; se quedó tendido en el suelo, esperando a que el aire entrara en sus pulmones y llevara oxígeno a su cerebro. Parecía algo muy difícil de conseguir.

Al otro lado, la criatura, de nuevo encorvada y envuelta en sombras, clavaba en él los dos puntos rojos que formaban sus ojos. Podía oír su propia respiración, rasposa y entrecortada, debido a que una de sus costillas rotas le había herido, quizás incluso perforado, su pulmón izquierdo.

Poco a poco, Árgoht consiguió ponerse en pie. Su oponente esperaba, paciente, aunque él no sabía qué esperaba. Podría matarlo en un abrir y cerrar de ojos.

Árgoht aprovechó la pausa para alzar las manos y pronunciar unas palabras en voz muy baja, casi un susurro. De sus manos surgió un fulgor breve pero intenso que, en un segundo, se expandió y cubrió todo su cuerpo como una burbuja. Después, desapareció. Árgoht esperaba que el hechizo protector tuviera dos efectos: proteger su cuerpo ya tocado de lo peor de los previsibles ataques e impresionar, dar aspecto de poder. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que esto último no lo había conseguido.

—Tus trucos de ilusionista no me impresionan, brujo —la palabra *brujo* la usaba despectivamente, escupiéndola más que pronunciándola. No podía saber que a Árgoht le molestaba ese título, tenía que ser casualidad, pero el meledino no mostró ningún sentimiento al respecto.

—No tengo necesidad de impresionarte —mintió.

Necesitaba intimidar a la criatura si quería ganar algo de ventaja. Dicho esto, volvió a alzar las manos y de ellas surgió un haz de luz que, con un estallido, se lanzó hacia la sombra de la criatura. Pero esta, increíblemente rápida, consiguió esquivarlo. Con dos grandes zancadas llegó hasta las columnas que flanqueaban la entrada de la mansión, subió unos metros por ella y se giró al tiempo que saltaba de nuevo sobre Árgoht.

Esta vez fue el mago quien consiguió evitar el ataque lanzando un rápido sortilegio. Tenía un anclaje en lo más hondo de su ser que le permitía ejecutarlo casi sin pensar, y generó una onda de energía que impactó en el vientre de la bestia. En el aire, no pudo esquivarlo y la desplazó, alejándola de la trayectoria que seguía y haciéndola caer unos metros a la derecha de Árgoht. La criatura se puso de nuevo en pie con uno de sus poderosos brazos tocando la zona golpeada. Se irguió en toda su estatura y lanzó al nublado cielo nocturno un rugido atronador, más de indignación que de dolor. En ese momento, un relámpago iluminó el mundo y Árgoht pudo ver con claridad a su contrincante: tenía un cuerpo grandioso y medía más de dos metros de altura, pero no conseguía distinguir una forma definida en él. Todo el cuerpo estaba cubierto de extrañas protuberancias y formas indeterminadas. La luz del relámpago se apagó enseguida, impidiéndole apreciar ningún detalle.

Un instante después, había desaparecido de su vista. ¿Podía moverse tan rápido? Árgoht se sintió desconcertado por un momento, incapaz de entender con qué clase de criatura se estaba enfrentando. De pronto, otro poderoso golpe le hizo rodar por el suelo del jardín. No podía verlo ni oírlo cuando se acercaba a él. Se quedó tumbado boca arriba, observando las oscuras nubes y esperando que se mitigara el dolor que le recorría la espalda.

Entonces la criatura se elevó ante él, parecía aún más grande que antes, de forma que sus ojos, que era el único punto de referencia que conseguía distinguir en la oscuridad, parecían estar muy altos. La bestia alzó un pie con intención de aplastarlo, pero Árgoht consiguió, con gran esfuerzo, girarse en el momento adecuado y golpear la alfombra de hojas secas. El meledino siguió girando, e ignorando el dolor, se puso en pie. Tenía que responder a sus ataques si quería tener alguna posibilidad de sobrevivir.

Alzó las manos y lanzó el mismo hechizo que antes, que de nuevo golpeó a la criatura y la lanzó por el aire hasta caer con estrépito contra el muro. Una lluvia de ramas de hiedra la rodearon por un momento, mientras él recuperaba aliento y volvía a ponerse en pie.

—Te he subestimado, apestoso —dijo con su voz rota—. Ya estás durando más que todos tus predecesores. Pero esto solo retrasa lo inevitable. Aun así, te daré una oportunidad. Vete ahora de mis tierras y olvidaré tu rostro.

—Mi rostro es difícil de olvidar —replicó Árgoht—, y no tengo intención de irme. Has causado mucho daño a las gentes de esta comarca, y vengo en busca de una explicación.

—Arrogante e insignificante criatura, no tengo por qué ofrecerte explicación alguna.

Con estas palabras, la criatura volvió a lanzarse al ataque. Árgoht repitió una vez más su hechizo, y al momento supo que había cometido un error. Su rival lo esperaba y pudo esquivarlo de un salto lateral. Con un nuevo impulso, se echó sobre el hechicero, golpeándolo con sus enormes apéndices en el pecho y tirándolo de

espaldas. De no haber sido por el hechizo protector con el que había cubierto su cuerpo al inicio del enfrentamiento, ahora sus entrañas estarían desperdigadas por el jardín con una herida muy similar a la de Cheen. Aun así, el golpe dañó sus ya resentidas costillas, al tiempo que sentía un latigazo de dolor por todo el torso y hasta la nuca, que le hizo doblarse por la cintura.

A pesar de que era capaz de ver perfectamente en la oscuridad bajo las estrellas, no era capaz de identificar la naturaleza de aquel ser. La criatura se acercó de nuevo y lo cogió por el cuello. Sintió como si un árbol le hubiera enredado sus raíces en torno a la garganta, pues el contacto era áspero y rugoso, como alguien que tuviera las manos manchadas de tierra. Enseguida encontró una explicación para aquello, pues un nuevo relámpago rasgó el cielo y pudo ver otra vez a la criatura, cuyo rostro se encontraba cerca del suyo. Ante él tenía una faz informe compuesta de lo que parecía ser barro y piedras, entre los que se mezclaban hojas podridas y pequeñas tiras de una materia marrón que podían ser ramas o raíces. En medio de aquello, los dos extraños ojos que lo miraban con un odio profundo y oscuro. En el parpadeo que duró el resplandor, tuvo tiempo de ver cómo la materia que formaba el rostro se movía y cambiaba de forma, como si tuviera vida propia.

Era la primera vez que Árgoht, que llevaba muchos años recorriendo Thera, veía algo como aquello. Y pronto se convertiría en lo último vería si no hacía algo, pues notaba cómo la increíble fuerza de aquel ser intentaba aplastarle la garganta y partirle el cuello, pero ¿qué podría dañarlo? Antes de poder herirlo necesitaba hacer que lo soltara. Con un sencillo hechizo, surgieron de sus puños dos haces de luz sólida que podía emplear como cuchillas y que cortaban como tales. Con un movimiento giratorio, cortó los poderosos brazos que lo sostenían en vilo, como si fueran manteca.

El meledino cayó al suelo como un saco mientras jadeaba, intentando recuperar el aliento. La criatura se encontraba sobre él, mirándose los muñones de los brazos. En ese momento, para su asombro, dos nuevas extremidades hechas de tierra y piedras comenzaron a crecer ante sus ojos.

Árgoht se puso en pie y echó a correr en dirección a la verja. Necesitaba algo de tiempo para pensar y recuperarse. Se había confiado al entrar allí sin la protección y la atención necesarias, pues no había esperado encontrarse algo como aquello: una criatura orgánica echa de materia inorgánica. ¿Qué era lo que la mantenía con vida?

Escuchó como el ser echaba a correr tras él, por lo que sus brazos debían estar ya completamente regenerados. Consiguió llegar a la verja y montar en *Karzan* en el momento en que la criatura salvaba de un salto la enorme piedra que franqueaba la entrada. Al caer, pudo observar claramente como parte de su cuerpo se desmoronaba y reconstruía en un instante. Cada vez que apoyaba un pie en tierra surgían raíces que se anclaban en el suelo y se soltaban en el momento en que la extremidad se alzaba de nuevo. Aquello era inaudito.

Árgoht hizo girar a *Karzan* y se dirigió al bosque que rodeaba la mansión. Tendría

que ganar algo de tiempo para elaborar una estrategia. La criatura salió en pos de él mientras se internaba más y más en la arboleda.



Shernan pensaba que nunca regresaría a Arkame, a pesar de que la última palabra que había pronunciado en ella había sido: «Volveré». Ahora, en la misma colina que la vez anterior, volvía a ver la ciudad reposando a sus pies como un animal dormido. En esta ocasión era mediodía, por lo que la luz era totalmente diferente. Pero, aunque la ciudad era la misma que un año y medio atrás, él había cambiado mucho. Su visión del mundo, de la gente y de sí mismo, era diferente. Además, ahora tenía una carga que entregar, mientras que en la anterior ocasión llegaba vacío, en todos los sentidos en los que es posible estarlo.

Bajó la vista y vio a Telishe sentada en la misma piedra donde él lo estuvo. Su rostro también había cambiado desde que la conociera, un mes atrás, sucia y hambrienta, escondida tras la espalda de un mercader de esclavos. Ahora resplandecía con luz propia, había ganado algunos kilos y muchas sonrisas. Si la primera vez que la vio le pareció una niña preciosa, ahora le parecía algo más parecido a una pequeña diosa que a una criatura de este mundo. Él no podía saber qué edad tenía con exactitud, pero no debía tener más de siete años, a pesar de lo cual hablaba perfectamente la lengua común y era rápida de pensamiento.

Shernan había tenido problemas para vestirla con ropas adecuadas, pero poco a poco había ido consiguiendo las prendas apropiadas. Ahora parecía una niña sana y fuerte, como era en verdad.

—Vamos, Telishe, no nos entretengamos más.

La niña, obediente, se puso en pie y cogió la pequeña bolsa que había depositado a sus pies mientras descansaba. Ella misma había insistido en ayudar a Shernan con sus cosas, así que él le dio una bolsa pequeña e introdujo en ella algunas cosas ligeras, que pudiera cargar sin fatigarse. Se había quedado muy contenta, cargando su peso con orgullo y dignidad.

Nadie detuvo sus pasos ni le hizo pregunta alguna al entrar en la ciudad, tras lo cual se dirigió directamente a casa de Jhama, un camino que conocía muy bien. No sabía cómo le recibiría la mujer tras un año sin dar muestras de vida, pero era la única persona a la que podía confiar el cuidado de Telishe.

De no haber sido por la niña, estaba seguro de que nunca habría vuelto. Su destino final no era aquel. Aún tenía mucha culpa que purgar, y el peso que llevaba a la espalda le recordaba continuamente que su viaje no había terminado, que le quedaba mucho por andar. ¿Podría algún día encontrar la forma de enmendar su error? La sombra del muerto de Ereth se cernía sobre él cada día, aplastándolo con el peso de su presencia. Aún no había sido capaz de encontrar una explicación a la desaparición del cadáver, a pesar del tiempo transcurrido. La única que tenía era la más inverosímil: estaba vivo en algún lugar. Sin embargo, él había visto su cuerpo muerto, lo había transportado en su carreta y había cavado un agujero en la tierra para él. Pero solo su supervivencia podía explicar aquel milagro. Y si estaba vivo, era su deber devolverle aquello que le pertenecía.

En cada pueblo o ciudad en la que se detenía pedía noticias de Ereth, gracias a lo cual supo que había un nuevo rey. ¿Quién se había hecho cargo de la regencia? El rey Manlor no había dejado descendencia. Tenía curiosidad por saberlo, pero algo le impedía preguntar. No podía decidir si quería saberlo o si prefería mantenerse al margen de todo lo que tuviera que ver con su patria. ¿Estaría vagando aquel hombre por el mundo, como un fantasma errante, enloquecido de dolor y sin conocer su origen o su procedencia? Si esa era la respuesta, él lo encontraría tarde o temprano.

Se había alegrado mucho de abandonar Jurkain, aunque fuera a toda prisa, animándose al retomar otra vez el camino, respirando aire puro en vez del hedor de la ciudad-mercado. En el momento en que encontró un riachuelo, ya a la mañana siguiente, se quitó la ropa y se metió hasta el cuello, frotándose el cuerpo como si necesitara extraer de su piel todo resto de su estancia allí, aunque la suciedad que sentía no la limpiaría con un poco de aquel líquido. El agua era limpia y fresca, al contrario que la ciudad. Hasta ese momento no se había dado cuenta de hasta qué medida necesitaba estar al aire libre, y se preguntó cómo era posible que hubiera aguantado tanto tiempo en aquel agujero.

Cuando hubo terminado, hizo lo mismo con la niña. Aunque no lloraba, aún no se le había pasado el miedo y temblaba continuamente, encogiéndose cada vez que Shernan se acercaba a ella.

—No me temas —le dijo cuando empezó a quitarle los harapos que la cubrían. Tenía la piel de la espalda marcada de cicatrices y quemaduras, que reavivaron de nuevo en él la rabia que había sentido esa misma noche, contra los hombres que pretendían venderla. Se arrepintió de haber dejado con vida al mercader.

Introdujo a la niña sin resistencia en el agua y la frotó como había hecho consigo mismo. De la piel de ella salió mucha más suciedad que de la suya propia. Su indignación no hacía más que crecer, cada vez que sus dedos rozaban las cicatrices de

su cuerpecito maltratado.

Un rato después la niña parecía otra. Aún le faltaba un buen restregón con jabón, pero por lo menos ahora no tenía aspecto de perro apaleado. Ahora parecía en verdad una personita. Sin embargo, no tenía ropa que ponerle y tuvo que recurrir a una camisa suya y los mismos pantalones que ella traía, sucios y rotos.

En la siguiente aldea que encontraron se detuvo a comprar algo de ropa para ella. Encontraron un anciano sastre que, conmovido por la historia ficticia que Shernan le contó sobre la muerte de su madre durante el viaje, les dio un precio casi vergonzoso. El soldado se negó a aceptar esa rebaja y acabaron llegando a un acuerdo justo.

Llamó con los nudillos a la puerta de la pequeña casa de madera donde vivía Jhama. Enseguida se oyeron pasos en el interior; unos instantes después, se abrió la puerta. Tras ella apareció una mujer joven, delgada y con una larga melena de color marrón tierra a juego con unos ojos pardos que se abrieron de par en par, al ver quién esperaba en el umbral.

—Hola —dijo Shernan, en vista de que ella no pronunciaba palabra.

La respuesta de ella fue una bofetada que obligó al hombre a frotarse la mejilla izquierda, mientras veía cómo ella cerraba la puerta en sus narices. Telishe se rio con unas agudas carcajadas al ver la escena. Shernan la miró, también divertido.

—Así que te hace gracia, ¿eh?

La niña asintió mientras su pelo negro se agitaba en torno a su carita.

Shernan volvió a tocar en la puerta.

—Jhama, abre por favor. Tengo que hablar contigo.

Desde el interior de la vivienda, la voz de la mujer llegó clara y vibrante.

—¡Lárgate de aquí!

—No puedo —respondió él—. Tienes que conocer a alguien.

Pasó un rato sin que llegara hasta ellos ningún sonido desde dentro. Cuando ya Shernan estaba a punto de perder la esperanza, la puerta se abrió de nuevo.

—¿Cómo te atreves a venir aquí después de tanto tiempo? —le espetó Jhama mientras le señalaba con el dedo, clavándoselo con fuerza en el pecho, empujándolo—. ¿Cómo has sido capaz de estar un año por ahí sin dar señales de vida? —lo empujó de nuevo con el dedo—. ¿Te crees que soy una muñeca que puedes usar a tu antojo?

Shernan se quedó sin palabras. No esperaba esa reacción de la mujer. Sabía que Jhama no lo recibiría con los brazos abiertos, pero tampoco entendía aquel tremendo ataque de ira.

Jhama abrió de nuevo la boca y alzó otra vez el dedo, decidida a seguir con su explosión de rabia, cuando vio a Telishe. En ese momento se desinfló, dejando caer sus brazos flácidos a ambos costados de su vestido.

—¿Quién es? —preguntó, seria. Y cruzando los brazos sobre sus pechos redondos, carnosos, pareció tranquilizarse—. Espero que no sea una hija tuya, Shernan, porque entonces vas a saber quién es Jhama Teermâs.

—No es mi hija —respondió Shernan sin perder la compostura ante las amenazas—. Jhama, te presento a Telishe.
Se agachó junto a la niña y le dijo, casi en un susurro:
—Telishe, te presento a Jhama. Es la mujer que va a cuidar de ti.



Afortunadamente, el valle de Pranthas estaba vacío. Gracias a esta circunstancia no hubo testigos ni víctimas de la terrible batalla, que se libró allí durante todo un largo día. El cielo en torno a la gran mansión en el sur del valle cambió de color cientos de veces; aún a kilómetros de distancia, se oían los gritos de los dos combatientes: dos criaturas a cada cual más extraña.

El único ser humano que podría haber dado fe de lo que allí ocurría era Cheen, pero en esos momentos se encontraba atendiendo otras urgencias.

Árgoht estaba al límite de sus fuerzas, incapaz de realizar conjuros potentes y casi a punto de desmayarse, por culpa del dolor que le causaban la media docena de heridas que tenía por todo el cuerpo. Además de un par de costillas, tenía roto el brazo izquierdo. Aguantaba a duras penas, sabedor de que no podía dar margen a su rival.

Pero la criatura contra la que luchaba no se encontraba en mejores condiciones. Durante todo el combate, el hechicero le había visto hacer cosas increíbles, pero la más llamativa de todas era que su cuerpo no mantenía una forma definida. Era capaz de cambiar de forma a voluntad, usando para ello la materia que los rodeaba. En un momento determinado, dio un gran salto y se encaramó a un árbol ennegrecido e inclinado. En el momento en que sus pies se apoyaron en la rama, todo su cuerpo vibró, comenzando a adquirir la consistencia y textura del árbol, hasta el punto de que si no hubiera sabido con exactitud dónde se encontraba, le habría sido imposible encontrar al monstruo. Al instante siguiente saltó sobre él, pero Árgoht consiguió esquivarlo. Cuando el ser estuvo de nuevo en tierra, su cuerpo retomó la consistencia inicial, formada con tierra y piedras. Pero eso había sido el día anterior, a estas alturas ya el meledino había dejado de sorprenderse con los cambios de materia.

Sin embargo, esa capacidad que tenía la criatura se estaba viendo notablemente

disminuida, al tiempo que lo hacía su energía. Por supuesto, no era todopoderosa, y a medida que el combate avanzaba, se le notaba flaquear. Grandes trozos de tierra se desprendían de su cuerpo, mostrándose incapaz de mantener su integridad estructural.

¿Qué clase de energía movía a aquel ser? ¿Qué hacía que estuviera vivo? Árgoht tenía la sensación de que necesitaba descubrir la respuesta a aquellas preguntas si quería vencer. Había podido deducir que extraía su energía directamente de la tierra, tal y como él hacía de La Madre.

Las pocas palabras que se habían dirigido, le decían que detrás de aquella forma grotesca había una inteligencia de algún tipo. Debajo de toda aquella fuerza y aquella furia, había una mente pensante. Si quería desvelar aquel misterio tendría que conseguir ponerse en contacto con aquella mente, por muy profunda que estuviera. Lo contrario significaría tener que matarse mutuamente. Pero para cuando ese momento llegara, el tiempo de las preguntas habría quedado perdido para siempre.

La lucha les había llevado por toda la arboleda que rodeaba la mansión, la cual había quedado parcialmente arrasada, pero en ese instante se encontraban de nuevo cerca de la casa y la noche los envolvía de nuevo.

Entonces tuvo una idea, había una posibilidad que no se había planteado hasta ese momento. Pero para poder llevarla a cabo necesitaba acercarse más a ella de lo que lo había hecho hasta ahora.

La criatura se encontraba frente a él, buscando un nuevo movimiento con el que golpearle. Árgoht comenzó a retroceder con pasos lentos hasta que encontró un obstáculo convincente y se dejó caer de espaldas simulando haber tropezado. Era una estrategia arriesgada, pero si tenía razón, quizás hallara algunas respuestas.

Como esperaba, el ser se abalanzó sobre él. Árgoht alzó la mirada y vio como la bestia estiraba uno de sus enormes brazos para alzarlo en vilo, como si no fuera más que una rama seca. De su mano surgieron gruesas raíces que atenuaron su cuello y le cortaron la respiración. Era el momento que el hechicero estaba esperando, pero no sabía si encontraría la ocasión adecuada. La tuvo en el momento en que el ser alzaba su cuerpo, con intención de lanzarlo contra un grupo de rocas cercano, algo que sin duda terminaría con la pelea. Por un instante, lo que parecía ser la cabeza de la criatura quedó al alcance de su brazo. Árgoht se estiró todo lo que pudo y clavó los dedos de ambas manos en aquella masa terrosa. Sus dedos se hundieron en ella como si fuera barro. Entonces soltó el hechizo que había preparado en silencio y la criatura se quedó inmóvil. El tiempo pareció detenerse a su alrededor.

Árgoht no sabía lo que iba a encontrar dentro de aquel ser, pues ni siquiera sabía si había mente en la que entrar. Pero de pronto se encontró en un lugar silencioso y oscuro, sin forma ni límites determinados. No había sonidos, imágenes ni olores con los que orientarse.

—Sé que estás por aquí, en alguna parte. Muéstrate.

Nadie ni nada respondió a sus palabras. Árgoht comenzó a moverse en lo que venía a ser una imitación del caminar, pues sabía que su cuerpo seguía fuera y

aquellos pasos eran ficticios. Sin embargo, avanzaba.

—Vete —dijo una voz muy trémula, casi inconsistente, que provenía de algún punto frente a él.

Árgoht avanzó hacia delante, intentando encontrar su origen.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo.

—No soy nadie, no soy nada.

En ese momento, una forma comenzó a hacerse visible frente a él, a medida que se adentraba en su mente. Era un hombre, desnudo y sucio, encogido en posición fetal, se cubría la cabeza como si tuviera mucho miedo. Decenas de heridas surcaban su piel, aunque eran viejas y estaban resacas.

Se detuvo junto a él. Cuando el hombre sintió su presencia, alzó la mirada, lentamente, temeroso de lo que pudiera encontrarse. Cuando vio la forma del hechicero, su ceño se frunció.

—¿Quién eres tú? —le preguntó—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Eso no importa. Lo importante es quién sois vos y qué hacéis aquí.

El hombre no respondió enseguida, sino que se tomó un tiempo, que a Árgoht se le hizo eterno, para responder.

—No lo sé —dijo por fin—. Pero no puedes ayudarme. Ya viene.

—¿Quién viene?

En ese momento Árgoht sintió cómo el aire, si es que esa palabra tenía sentido allí, cambiaba. Fue como si se volviera más denso, más agobiante. Una sensación de apremio surgió en su corazón. Por alguna razón, no quería estar allí más tiempo.

—Estoy cansado —dijo el hombre—, y no me dejará salir de nuevo. Me cuesta mucho conseguir esto. Ya viene, y me castigará otra vez. Le molesta que me imponga a él.

Otro cambio a su alrededor: Árgoht notó cómo la oscuridad se hacía más densa, como si un velo de humo se hubiera interpuesto entre el hombre y él. Lo que quiera que fuera, se acercaba rápidamente. El hombre volvió a esconder la cabeza entre los brazos.

—¡Luchad! —le gritó al hombre, intentando que reaccionara—. Debéis imponeros.

—No puedo —su voz era apenas un sollozo.

—Podéis. Lo contrario significa la muerte. Vos sois su esencia, y de vos se alimenta. Por tanto, tenéis el poder sobre él, y no al revés. Debéis vencer vuestro miedo, imponeros.

Una vibración potente, grave, comenzó a escucharse a su alrededor. Iba subiendo de tono por segundos.

—Venid conmigo. Juntos lucharemos.

—¡No! —el hombre se apretó más aún sobre sí mismo, pareciendo más pequeño de lo que su cuerpo, flaco y débil, era ya.

La vibración siguió aumentando y un sonido se entremezcló con ella. Era un

grito, casi un aullido. Era la criatura, la esencia que compartía espacio con aquel desgraciado.

Árgoht se agachó entonces para acercarse más al hombre, que escondía su cabeza entre las manos, temeroso de mirar a su alrededor. Con cuidado, separó aquellos brazos. La piel estaba fría y seca, como un pergamino viejo. El hombre alzó entonces la mirada hacia él, sorprendido, y lo que vio en sus ojos fue como si le atravesara el corazón: un miedo cómo no había visto nunca. Tan intenso era, que no podía entender que no lo hubiera enloquecido ya. Si hubiera sido así, no tendría nada que hacer. Pero aquel hombre estaba aterrado, no trastornado. Sostuvo su mirada durante unos instantes, antes de preguntarle de nuevo:

—¿Quién eres? Te he visto en mis sueños.

—Me llamo Árgoht, y sois prisionero de vos mismo. Tenéis que levantaros para salir de aquí cuanto antes. No me habéis visto en sueños, sino con los ojos de la criatura cuyo cuerpo habitáis al mismo tiempo que esta oscuridad. Debéis combatirlo.

—No... puedo.

—Debéis intentarlo.

En ese momento su alrededor vibró violentamente, al tiempo que el sonido que los envolvía aumentaba aún más su intensidad. Árgoht intentó levantar al hombre y este se dejó hacer. Su cuerpo era liviano y frágil como la llama de una vela.

El hombre aceptó la ayuda, se apoyó en sus hombros, pero en su mirada seguía habiendo un terror profundo y arraigado. ¿Quién podía saber cuánto tiempo llevaba allí encerrado, con aquella sombra que había invadido el valle de Pranthas?

—Puedo ayudaros a poneros en pie —le dijo Árgoht—, pero vos debéis luchar contra ella. Esta es vuestra batalla particular, y de ella depende vuestra vida.

En ese momento Árgoht se sintió violentamente sacudido. Fue como si su cuerpo se comprimiera y expandiera al mismo tiempo; un instante después, se encontraba de nuevo en el exterior, tendido en el suelo, a los pies de la criatura. Había sido expulsado, pero le había supuesto un gran esfuerzo y ahora el ser se agitaba, cambiando de forma continuamente, creciendo y disminuyendo en un instante.

Por lo menos había conseguido que lo soltara. Se arrastró por el suelo de espaldas, para separarse todo lo que pudiera mientras la criatura trataba de recuperar el control. Su intromisión le había afectado, pero la superaría con rapidez si el ser humano que habitaba en ella no ofrecía resistencia.

En efecto, unos instantes más tarde ya estaba de nuevo concentrada en él. No parecía que hubiera habido cambios.

Aunque debilitada, la criatura seguía siendo rápida y fuerte, pero Árgoht estaba cansado, lento de reflejos, casi exhausto ya. En un parpadeo, se plantó ante el hechicero y le golpeó con fuerza, lanzándolo por encima del muro. Vino a caer dentro del jardín, casi encima del hermoso rosal que destacaba en su centro. Su cuerpo dio algunas vueltas sin control por el suelo, arrancando algunas rosas de cuajo, arrastrándolas consigo y haciendo que las hojas volaran alrededor. Árgoht se quedó

tendido en el suelo intentando recuperarse mientras veía cómo el ser saltaba el muro y caía a unos metros de donde él se encontraba. Enseguida se dio cuenta de lo que había pasado y vio las rosas arrancadas y deshojadas esparcidas por el suelo.

—¡No! —gritó de pronto. La sombra se quedó paralizada, como si se hubiera convertido en piedra por un instante.

Y si Árgoht creía que ya no podía sorprenderle más, la criatura lo hizo.

De pronto, toda su furia desapareció. Su cuerpo comenzó a cambiar de nuevo y redujo su tamaño hasta convertirse en una figura humanoide. En la oscuridad podría haber pasado por un ser humano normal, pero su cuerpo seguía estando formado por lodo y tierra.

Con delicados gestos, fue recogiendo las rosas estropeadas, sosteniéndolas con exquisito cuidado. Se acercó al rosal y las depositó en su pie, buscando después los destrozos como si estuviera analizando los daños que había sufrido.

Así estuvo unos instantes, que el hechicero aprovechó para coger aire e intentar recuperar todas las fuerzas posibles. Sabía que aquel descanso no duraría mucho. Se arrastró por el jardín hasta llegar a la escalinata de la mansión, donde se recostó para recuperar el aliento. Sentía su cuerpo roto y agotado, y sabía que no duraría mucho más. Aquella batalla no la iba a ganar con fuerza bruta.

En ese momento la criatura, como si recordara de pronto que él estaba allí, se giró bruscamente y su cuerpo volvió a adquirir su enorme tamaño habitual, perdiendo la forma humana que tuviera hasta ese instante.

—¡Tú! ¿Qué has hecho?

Durante todo el combate Árgoht había visto la furia de la criatura, pero lo que encontró en sus ojos en ese momento fue algo más: si ello era posible, había enloquecido de rabia. Árgoht supo entonces que todo estaba próximo a acabar.

—Eres patético —dijo, avanzando hacia Árgoht. Este intentó dar un paso hacia la izquierda, pero el dolor le hizo retorcerse y quedarse donde estaba. La bestia caminaba lentamente hacia él.

—¿Creías que entrar dentro de mí te serviría para algo? Él es débil y no puede enfrentarse a mi voluntad. Soy mucho más poderoso que él y que tú.

Había notado que su presa estaba herida y parecía querer regocijarse en su victoria. Su voluminoso cuerpo tapaba por completo el rosal. Casi daba la impresión de estar protegiéndolo. Cuando el ser estaba apenas a tres metros de Árgoht, dobló sus poderosas piernas y saltó hacia él. Cayó sobre la escalinata con los enormes pies a los lados del cuerpo del hechicero. La poca luz que la noche conseguía hacer llegar hasta la tierra a través del tupido manto de nubes, quedó de pronto eclipsada. Árgoht pudo ver fugazmente que sus piernas adquirirían la consistencia de la piedra donde se apoyaba.

Entonces, lentamente, Árgoht alzó su mano, pero no hacia su adversario, sino más allá. Con un dedo, señaló a su espalda. La criatura, al ver el movimiento, se detuvo por un instante.

Tras pronunciar dos sencillas palabras, un punto de luz surgió en el aire justo en la base del rosal. Un instante después, surgió una chispa que pronto se convirtió en una pequeña llama. En el momento en el que la llama parecía que se iba a extender y prender las hojas más bajas, una pequeña esfera luminosa la rodeó, conteniéndola y manteniéndola en el aire.

—Necesito solo una décima de segundo para destruir tu rosal —dijo Árgoht rotundo, aunque la voz le salía entrecortada—. Y si me matas, el hechizo se romperá y la llama prenderá.

Pero la bestia no parecía estar escuchándole. Sin dudar ni un segundo, alzó el enorme puño con intención de asestarle el golpe definitivo.



«Llevaba tanto tiempo postrado, tendido entre aquellas sombras, que no se creía capaz de hacer lo que hizo. Llevaba mucho observando, a través de aquellos ojos malditos, cuantas aberraciones eran llevadas a cabo por aquella criatura en cuyo seno se encontraba cautivo. Lo había visto todo sin ser capaz de hacer nada por evitarlo, pudiendo solo sufrir por todas aquellas víctimas que caían bajo el poder de la oscuridad.

Pero alguien había llegado hasta él. Alguien le había encontrado y le había recordado qué era. Tenía mucho miedo, pero ahora también sentía una determinación olvidada durante demasiado tiempo.

Podía sentir la presencia de aquel ser, que se pensaba a sí mismo usando una palabra grotesca: Vahall, pozo de oscuridad. Sentía su furia, su maldad incontrolada, su infinita capacidad para provocar sufrimiento y dolor a todo cuanto lo rodeaba. Hasta ese día, cada vez que un pensamiento quería formarse en su cabeza, sentía la fuerza de Vahall cernirse sobre él para aplastarlo. Él era débil y no encontraba el modo de enfrentarse a aquel poder maldito.

Pero ahora se sentía fuerte y con una resolución que inflamaba su espíritu. El hechicero, aquel hombre que lo había encontrado cuando ya se creía completamente perdido, estaba a punto de morir. Y si él moría, su rosal lo haría también. No podía permitirlo. Debía evitar aquella atrocidad. Pensó en la rosa que coronaba el arbusto, una flor enorme y magnífica que destacaba con su color carmesí brillante en medio de la oscuridad del jardín, igual que ahora despejaba las sombras que lo rodeaban a él. Se aferró a esa imagen y se sintió renacer, se vio a sí mismo grande y poderoso. Usó esa energía para lanzar un grito, para abrirse un hueco entre las sombras. Sintió

entonces que la presión de Vahall se aflojaba y se debilitaba. Lo intentó de nuevo, y en esa ocasión su grito surgió alto y claro».



—¡No!

La criatura rugió; se detuvo en seco. En sus ojos apareció algo parecido a la duda, y se miró las manos que hasta ese momento estaban dispuestas a aplastar al hechicero contra la escalera, como si fuera la primera vez que las veía.

—Lo he conseguido... —murmuró.

Era el momento que Árgoht esperaba. En ese instante de duda, pronunció dos simples palabras y el cuerpo de la bestia salió despedido hacia atrás con violencia hasta chocar contra el muro. El cuerpo se deshizo en pequeños terrones de tierra y quedó deshecho, una elevación informe a los pies de las enredaderas que lo tapizaban.

Árgoht no podía hacer nada más, con ese sencillo sortilegio, casi había agotado sus últimas reservas. Su energía estaba al límite y, si llegaba a extinguirse, su muerte era cosa hecha.

—¡Criatura! —gritó de pronto—. ¡Hablemos! Dame la oportunidad, pues esta pelea no la he empezado yo, y no has tenido la decencia de oír lo que tenía que decirte antes de empezar a romperme huesos.

Durante unos instantes no ocurrió nada, ni obtuvo respuesta. Solo el silencio ocupaba el espacio del oscuro jardín.

—Nada de lo que digas me importa lo más mínimo, gusano —la voz surgió de ningún sitio y de todas partes al mismo tiempo—. Sé a lo que vienes, como todos los demás antes que tú.

—Es la primera vez que vengo, por lo que no sé quien ha estado aquí antes que yo. Así pues, sus intenciones me importan bien poco. ¿Eres suficientemente inteligente como para hablar conmigo?

Árgoht observaba cuanto lo rodeaba, pero no conseguía precisar el lugar exacto

del que procedía la voz de la criatura.

—No insultes mi inteligencia, bastardo, pues puede ser que te sorprendas y tengas que desdecirte.

—Me alegro de oír eso, pues me invita a pensar que podré mantener una conversación contigo, después de todo.

Antes de seguir hablando, Árgoht se presionó el costado izquierdo con la mano derecha y cerró los ojos. Hizo una pausa y se alejó unos metros. De nuevo, susurró unas palabras y una corriente de energía invisible brotó de su mano para recorrer todo su cuerpo, desde el punto de contacto la sintió extenderse hasta las puntas de los dedos de los pies. Pudo apreciar por el rabillo del ojo la mirada de curiosidad, mal contenida, de la criatura. Al punto, un terrible dolor le hizo gritar y doblarse sobre sí mismo. Sintió cómo sus costillas se movían dentro de su cuerpo mientras volvían a su sitio, y se restauraban los tejidos dañados. Aguantó la agonía durante unos segundos, y pasado ese tiempo, remitió, hasta convertirse en una palpitación constante pero soportable. Aún tardaría unos días más en curar del todo, pero el proceso concluiría de forma natural.

En ese momento su capacidad para realizar magia se esfumó. Conservaba la energía mínima para permanecer consciente. Necesitaba descansar. Tenía el rostro demacrado y sudaba copiosamente.

Por algún motivo, la criatura no lo interrumpió el proceso. Quizás estuviera más dispuesta a hablar de lo que quería hacer creer, tal vez la persona que habitaba en él hubiera decidido luchar.

—¿Estás dispuesto a hablar conmigo unos instantes antes de seguir sacudiéndonos? —preguntó a la oscuridad.

Un susurro de hojas secas a su derecha le hizo girar la cabeza y ponerse en alerta. La tierra se agitaba a unos metros de su posición, muy cerca del rosál, y las hojas que cubrían el suelo comenzaron a desplazarse hasta girar, en torno a un punto concreto. Poco a poco más y más materia fue arremolinándose y congregándose, mientras se formaba el cuerpo de la criatura. En vez de la forma enorme y monstruosa, adoptó una más parecida a la humana, la que había adquirido al ocuparse del rosál.

—Bien —dijo el meledino—. Mi nombre es Árgoht Grandël. He venido aquí en nombre de la gente que habitaba este valle y a la que tú, sospecho, te has empeñado en echar de sus casas. Ahora viven en Ereth, lejos de las sombras que genera tu presencia. No he venido a matarte, en principio, sino a investigar qué ha ocurrido. ¿Estás dispuesto a responder a unas preguntas? De ellas dependerá que sigamos con nuestro juego hasta el final o que sigamos cada uno su camino.

La criatura guardó silencio, inmóvil durante un buen rato. Todo ese tiempo escudriñó a Árgoht, como si intentara decidir si podía fiarse de aquel hombre.

—Hablaremos —dijo por fin—, pero no tengo mucho tiempo. Ahora mismo, era ella la que hablaba y he estado a punto de perder el control, así que no sé cuánto voy a poder aguantar su influencia.

—¿Cómo consigues mantenerla al margen?

El ser giró lentamente la cabeza para mirar el rosal.

—De alguna forma pensar en ella me hace fuerte, me permite concentrarme.

Ahora fue Árgoht el que guardó silencio mientras tomaba una decisión. Algo en aquella criatura le hacía sentir cierta empatía. Tenía un porte orgulloso que revelaba que era algo más de lo que parecía. Su mera existencia era un gran misterio. Para despertar a aquel ser, tenía que haberse puesto en marcha mucha energía y eso era algo que le inspiraba una profunda curiosidad.

Ninguno de los dos hizo movimiento alguno, durante un tiempo que pareció una eternidad. El silencio que los rodeaba parecía querer oprimirlos y hasta los relámpagos parecían haber reducido su cadencia, como si la misma naturaleza estuviera expectante por lo que allí ocurría.

En ese momento comenzó a caer una fina lluvia que en unos instantes se convirtió en un chaparrón. El cuerpo de la criatura comenzó a descomponerse con el agua, convirtiendo la tierra en lodo, que se escurría en dirección al suelo.

—Habla ahora, Árgoht Grandël. No tengo mucho tiempo.



La lluvia caló rápidamente las ropas del hechicero, pero también contribuyó a refrescar su cuerpo y sus heridas, al tiempo que le aclaraba la mente. La criatura se descomponía y rehacía continuamente, como un baile de tierra y piedras, tan impresionante como sobrecogedor.

—¿Qué clase de criatura eres? —comenzó directamente Árgoht.

—No sé lo que soy, forastero. Seguro que tú sabes más de eso que yo. Simplemente soy lo que soy.

—Tu residencia es el centro de una sombra. Tu presencia aquí ha hecho mal y ha obligado a mucha gente a abandonar su hogar. Según ellos, eres responsable de la muerte de otros muchos y de sus ganados. ¿Es eso cierto?

Por un momento la mirada la criatura se clavó en la de Árgoht, estableciendo entre ellos un tenso lazo. Por fin, la desvió y bajó levemente la cabeza.

—Lo es —alzó de nuevo la mirada—. Dime, forastero, ¿tienes intención de ser de alguna ayuda, o simplemente quieres escuchar una buena historia para poder contarla, cuando vuelvas a Ereth con mi cabeza en tu petate?

—Eso dependerá de la historia que me cuentes. Si es buena, quizás la cuente para amenizar a la corte.

El ser fijó de nuevo su mirada en el hechicero. Tras unos segundos, emitió un sonido profundo y ronco, que surgía de lo más profundo de su pecho. La criatura se estaba riendo. Árgoht sonrió a su vez, y la tensión entre ellos disminuyó un poco.

—No sé en qué momento tomé consciencia de mí mismo. Solo sé que un día, sin más razón, comencé a existir. No sé qué era o dónde estaba antes, si había un *qué* o un *dónde* reales, aplicables a mi situación... Llegué a esta casa hace mucho tiempo, pero no sé decirte cuánto, pues no tengo forma de llevar el control del tiempo. Veo pasar los días sin forma de controlarlos ni medirlos a través de unos ojos que no son

míos.

Aquella criatura que ahora le hablaba, no tenía nada que ver con el hombre asustado y tembloroso que encontrara, un rato antes, en el interior del ser. Árgoht se preguntó si no sería el humano quien tomaba ahora fuerzas de la sombra. Quizás el miedo hubiera desaparecido porque había conseguido controlarla. Pero ¿por cuánto tiempo?

—Al principio solo había oscuridad a mi alrededor, pero poco a poco la luz fue entrando de alguna forma. Empecé a recordar sensaciones como si fueran ajenas a mí. Miles de escenas inconexas comenzaron a llenar mi cerebro de tal forma que pude recomponer un poco de mí mismo. Dejé de ser una sombra en el vacío, para entender que era un ser consciente y pensante. Pero la oscuridad que me envolvía era muy densa y no conseguía desvanecerla. Sentía cosas alrededor, como la lluvia o el sol, pero las percibía a través de los sentidos de otro. Este cuerpo que alberga mi mente es tan extraño para mí como puede serlo para ti. No tengo explicación para ello. Solo sé que en ocasiones consigo reunir la fuerza suficiente para hacerme con el control, pero sufro al ver lo que tengo alrededor, pues no es sino destrucción y maldad. Aun ahora, siento la sombra que me empuja, tratando de recuperar el control. La única luz que hay aquí dentro es la que me proporciona esa rosa —la criatura se giró en dirección al rosal—, que es la única cosa real que puedo llevarme cuando la oscuridad me arrastra. No sé lo que significa, pero me da fuerzas para luchar.

—¿Tienes nombre? —intervino Árgoht.

La criatura se quedó un rato en silencio, y el hechicero supo que intentaba recordar. Un gran pedazo de tierra de su cabeza se desmoronó y se hizo añicos en el suelo del jardín, pero enseguida comenzó a formarse de nuevo. Era algo desconcertante.

—No sé si alguna vez tuve uno, pero la sombra se reconoce a sí misma por la palabra *vahall*, aunque no sé si significa alguna cosa.

—Eres un talhom, una criatura de la oscuridad. De alguna forma, hay una esencia humana en tu interior, pero hasta que no sepamos si alguna vez tuviste un nombre, usaré *Vahall* para dirigirme a ti.

—No quiero que ese nombre me identifique —protestó el talhom, aunque no acompañó las palabras con gesto alguno. Era como si su cuerpo solo fuera un recipiente y no supiera usarlo para expresarse—. Es el nombre de la sombra.

—De momento no tenemos otro. Quiero llegar al fondo de este asunto, así que es muy importante que consigas mantener la oscuridad bajo control, al menos hasta que consigamos averiguar algo más.

—No puedo, es demasiado fuerte para mí.

—Tu voluntad puede imponerse, pero debes hacer un esfuerzo. Te ayudaré en lo pueda, pero desde fuera habrá poca cosa que yo pueda hacer. Además, estoy agotado y necesito descansar.

—Ve dentro —dijo la criatura señalando hacia la casa—. Puedes recuperarte

tranquilo, pues yo intentaré que la sombra te deje en paz.

Árgoht no pudo negarse, pues en verdad necesitaba reposar y recuperarse de las heridas infligidas durante la larga lucha. Sentía el cuerpo roto y agotado en todos los sentidos.

El meledino encontró una puerta sin tapiar, en uno de los laterales de la mansión. La luz procedente de la noche que reinaba en el exterior apenas permitía vislumbrar los contornos de los objetos, pero entró sin miedo. Los relámpagos que restallaban en el exterior introducían su luz entre los tablones de las ventanas, dándole alguna pista sobre el camino que podía seguir para hallar una estancia en la que descansar.

A pesar de todo, pudo sentir la magnificencia de la mansión. Lo rodeaba un olor viejo y espeso, la sensación de irreversibilidad del paso del tiempo convertida en una sorprendentemente fina capa de polvo, que se deposita en los muebles y flota iluminado por la escasa luz.

A medida que recorría la casa, Árgoht pudo apreciar algunos detalles. El interior, al contrario del exterior, estaba limpio y en perfecto estado. Las maderas estaban pulidas y sin rastro de la espesa capa de suciedad que él esperaba encontrar. Varios espejos enormes reflejaron su paso, todos ellos impolutos.

Finalmente, atravesó una puerta que daba a lo que parecía ser un pequeño salón. Lo que más le interesó fue la gran chimenea circular que se alzaba en el centro. Frente a ella, un enorme sillón invitaba al descanso.

Desde que había entrado, Árgoht se sentía rodeado de una energía extraña y antigua. Era difícil de descifrar, pero era oscura, densa, e impregnaba cada objeto, cada partícula del aire que respiraba. ¿Sería la misma energía que controlaba a la criatura? El instinto le dijo que sí, que las esencias de aquel extraño ser y la de la casa eran la misma. Tendría que permanecer alerta, pero por algún motivo que él mismo desconocía, estaba dispuesto a creer a la persona que habitaba la sombra y descansar, confiando en no tener ningún tipo de percance. Solo le inquietaba el no saber durante cuánto tiempo podría controlar a la bestia, que luchaba por recuperar su espacio. En cualquier caso, él necesitaba un par de horas.

El suelo, de pulidas baldosas, estaba cubierto por mullidas alfombras. En la chimenea descansaban un grupo de troncos fríos e inertes que, a una palabra suya, pasaron a ser un enorme fuego, que calentó su cuerpo mojado.

Ahora que había más luz para sus fantásticos ojos violeta, Árgoht pudo apreciar más detalles de la sala en que se encontraba. Se fijó, entre otras muchas cosas, en varios cuadros de armas, escudos heráldicos y espejos situados en las paredes, así como en lo ricamente tallados que estaban todos y cada uno de los elementos de piedra con los que estaban fabricadas las chimeneas, la que él tenía enfrente y otras, que se distribuían a lo largo de las paredes. Sus pasos, aun siendo ligeros y silenciosos, creaban ecos en el silencio sepulcral que poblaba toda la estancia.

Por fin, se sentó en un enorme y mullido sillón, y cruzó las piernas bajo un cuerpo que agradeció el reposo. Árgoht sintió cómo se relajaba y sus músculos doloridos se distendían.

A pesar de las palabras de la criatura, Árgoht prefirió no entrar en un trance profundo, para mantener los sentidos alerta por lo que pudiera ocurrir. El contacto con la Madre le resultó dulce y consolador, sintió la energía invadir su cuerpo y su espíritu, renovando parte de las fuerzas gastadas.

Salió del trance antes de lo que le hubiera gustado, pues habría necesitado varias horas más para recuperarse del todo. Sus heridas habían mejorado, pero necesitarían aún de algunos días para curarse del todo. Sobre todo el pulmón perforado, donde sentía como una espina clavada en el pecho que hacía que se le escapara el aire.

Cuando volvió a salir al exterior ya había amanecido. La lluvia había escampado aunque el jardín se encontraba empapado. El olor a tierra húmeda le llenó las fosas nasales y el aire aparecía claro y limpio, cómo solo puede sentirse tras una buena tormenta. El rosal permanecía inmutable en medio de todo, brillante y orgulloso.

—Vahall, ¿estás aquí?

En un principio no ocurrió nada; pero al cabo de unos instantes un murmullo de hojas que se agitaban bajo el rosal marcó el punto donde el talhom aparecería, componiendo su peculiar cuerpo de tierra, piedras y hojas podridas. Pero no era la figura humanoide con la que conversara unas horas atrás. De nuevo tenía ante él la forma grotesca y enorme que lo miraba con sus ojos rojos llenos de furia. Sin pensárselo dos veces, la criatura saltó hacia él y lo golpeó de lleno. Su cuerpo salió despedido varios metros hacia su izquierda. Por suerte, no golpeó contra nada sólido y la propia tierra le sirvió de freno al arrastrarse por ella.

—No uses mi nombre —rugió la criatura—, no tienes derecho.

Árgoht se puso en pie con dificultad y se encaró con el talhom.

—Me dio el derecho la única persona que puede hacerlo, y no eres tú. Tú solo eres la sombra que lo envuelve, su carcasa, solo que eres más fuerte y logras imponerte. Pero en el fondo solo eres un vehículo.

Puede que las palabras del meledino fueran en verdad ciertas, pero Vahall no estaba muy de acuerdo con ellas. Con un grito, se lanzó de nuevo hacia él. Árgoht ni se inmutó.

—Sé que puedes recuperar el control —dijo dirigiéndose a la conciencia que compartía espacio con la sombra—. Esta criatura es un reflejo, algo insignificante. Tú eres el que la controla a ella, no al revés. Hazte con ella.

El hechicero arriesgaba mucho, pero estaba convencido de que funcionaría. Sin embargo el talhom seguía avanzando hacia él, con el puño en alto convertido en una piedra maciza.

Justo en el instante en el que el golpe estaba a punto de golpear en el rostro del hechicero, la criatura se detuvo. Algo en su expresión cambió. La furia desapareció de su rostro y fue sustituida por la duda. Se llevó ambas manos a la cabeza y cayó de

rodillas.

Árgoht supo entonces que la persona había prevalecido de nuevo sobre la sombra.

—He visto a este cuerpo maldito hacer cosas horribles —dijo de pronto sin levantar la cabeza. Era como si la conversación del día anterior no se hubiera interrumpido—. Lo he visto todo sin poder hacer nada por intervenir. No tenía las fuerzas necesarias para enfrentarme a esta oscuridad que amenaza con invadirme el corazón.

El cuerpo de la criatura se fue encogiendo hasta adoptar la forma humanoide, que a lo que quedaba de ser humano en el interior le resultaba más familiar. Cuando el cambio se hubo completado, se puso de nuevo en pie y se giró, dándole la espalda al hechicero. Con pasos lentos, se acercó al rosal y se dejó caer de rodillas ante él.

—He visto morir a muchos a sus manos y no consigo encontrar una razón para ello. Es el mal por el mal, un intento de propagar la oscuridad. Mi corazón busca una razón más profunda para todo esto y, en ocasiones, creo que estoy a punto de avistar algo, pero enseguida se me esfuma, como una palabra en la punta de la lengua que a punto de ser recordada, al final se escapa.

—Tiene que haber una razón, eso es seguro.

—¿Cuál? —la voz ronca de Vahall adquirió un tono de desesperación.

—Aún no lo sé, pero debemos averiguar algo más sobre ti, y creo que parte de la explicación pasa por esa planta. ¿La plantaste tú?

—No. Antes de saber nada más solo soñaba. En esos sueños veía lo que la criatura estaba haciendo, pero además veía este rosal. Lo veía antes de que mis ojos, no los de la sombra, lo vieran. Creo que a medida que se fue aclarando mi pensamiento, la sombra fue perdiendo terreno. Pero todavía no la controlo por completo. Es muy fuerte. En algunos instantes en los que conseguía tomar el control he intentado acabar con su vida. He subido a las montañas y saltado desde altos riscos y mi cuerpo se desmenuzaba para volver a recomponerse, sin yo pensarlo siquiera. Me he tirado el río y he visto mi cuerpo disolverse en la corriente, pero seguía aquí de alguna forma que no alcanzo a comprender.

Las palabras del talhom se le acumulaban a Árgoht en la cabeza, sin ser capaz de encontrarle un sentido lógico. Sin embargo, se le había ocurrido una idea descabellada. Aún necesitaría muchos datos para confirmarla, pero ahora sabía que había una posible explicación, por muy sorprendente que pudiera ser.

—Tampoco estaban las nubes, que ahora nunca se van. Han ido extendiéndose a mí alrededor como una sucia tela de araña —el talhom miró hacia arriba—. Aún no sé qué significan.

—¿Recuerdas algo antes de despertarte dentro de ese cuerpo?

—No. ¿Debería?

—No lo sé, tal vez.

—Dime qué soy, por favor.

El tono de la criatura se había vuelto casi suplicante.

Árghoht dudó un momento.

—Aún no puedo decirte eso, pues no lo sé.

Entonces Árghoht notó algo extraño. La criatura estaba frente al rosal, a una distancia de medio metro. Todo su cuerpo estaba formado, como siempre, de tierra y hojas, con piedras sueltas aquí y allá. Arrodillado no podía apreciarlo bien, por lo que le pidió que se alzara.

Con dudas, la criatura se irguió. En ese momento Árghoht lo vio con más claridad. En el punto donde sus pies tocaban el suelo y llegando casi a la altura en que debería haber estado la rodilla si fuera un ser humano, el color y la textura del cuerpo cambiaban. El resto seguía siendo de color marrón tierra, pero esa zona era de un gris muy oscuro. Sus pies parecían haberse convertido en piedra.

—¿Me permites acercarme?

Vahall se puso en tensión un instante y su mirada se endureció, pero enseguida recobró la normalidad. Asintió con la cabeza y se quedó donde estaba, mientras Árghoht se acercaba, lentamente, hasta su posición.

Árghoht barrió la zona al pie del rosal con sus manos. Al principio con tanta suavidad, que solo movía hojas secas. Después con un poco más de ímpetu, removiendo una fina capa de barro. Bajo ella apareció lo que parecía ser una piedra plana y gris, oscurecida por el tiempo y la intemperie. Prosiguió apartando ramas y tierra, para despejar mejor la superficie. La piedra era totalmente lisa, aunque se notaba que era piedra natural, no tratada. Sin duda, estaba puesta allí deliberadamente, y la confirmación le llegó cuando sus manos pasaron sobre algo grabado en la piedra. Cuando Árghoht lo pudo observar, lo identificó como un escudo heráldico tallado de forma muy tosca, como si no se hubieran empleado las herramientas adecuadas, pero aun así se discernía su forma: un escudo circular, con una torre en el centro y una espada cruzada por delante. A los lados, dos aves rampantes con las alas abiertas.

En unos minutos había despejado tres piedras prácticamente iguales, a un metro de distancia unas de otras. Justo sobre la tercera nacía el rosal, enredando sus raíces con ella de forma que parecían un solo tronco.

—¿Qué son? —preguntó la criatura con voz tenue.

—Creo que son lápidas.

—¿Y qué hacen aquí?

En ese momento, Vahall dio un grito desgarrador. El hechicero lo miró, descubriéndolo arrodillado sobre el manto de hojas, con las manos agarrándose los lados de la cabeza.

En su cerebro, una imagen se le revelaba. La visión del escudo había despertado en él lo que parecía ser un recuerdo, viejo y oscuro, anclado en lo más profundo de su memoria. Solo podía distinguir imágenes sueltas, como destellos de luz. En ellas, veía el escudo bordado sobre cortinajes rojos. Alrededor, paredes de piedra pulida y ricos muebles exquisitamente labrados. La extraña luz solar lo bañaba todo. Por todas

partes oía risas y algarabía, y al mirar hacia el lugar del que procedía, vio niños jugando en un extremo del salón. A su lado, una hermosa mujer...

En ese instante la visión cambió y se vio al aire libre. El sonido de las risas fue sustituido por gritos de agonía y el entrecuchar de metal contra metal. Estaba en un campo de batalla, rodeado de hombres que peleaban a brazo partido. El olor de la sangre y el sudor lo impregnaba todo. Vio un hombre embozado con una armadura dirigirse hacia él y cómo él alzaba su brazo. Empuñaba una enorme espada, cuyo mango estaba ricamente tallado. Pudo distinguir en las alas de la guarda una imagen, la de los faisanes que flanquearan el escudo con la torre. En la visión, la espada seccionaba limpiamente la cabeza de su oponente.

A partir de ese momento, otras escenas se fueron sucediendo a toda velocidad, sin posibilidad de reconocerlas. Pero supo que en todas ellas aparecía el escudo con la torre y la espada.

Por fin, todo se detuvo y volvió a encontrarse en el oscuro jardín. El hechicero lo miraba, con una mezcla de curiosidad y preocupación en sus ojos.

La criatura jadeaba como si acabara de realizar un gran esfuerzo.

—Deduzco que has recordado algo —preguntó Árgoht, tras dejarle unos segundos para que se recuperara.

—¿Qué tiene esto que ver conmigo? —preguntó Vahall, con voz queda—. No es la primera vez que veo imágenes como esta. A veces, veo algún detalle de la casa, que me despierta una visión de ese tipo; pero nunca había sido tan fuerte y detallada como esta.

—¿Qué has recordado? —le preguntó Árgoht, a su vez.

La criatura le relató brevemente lo que había visto. El hechicero escuchó sin hacer preguntas, pero una conjetura comenzaba a tomar forma en su mente.

—Tengo que ir a buscar a alguien —dijo Árgoht cuando el talhom terminó de hablar.

—Pero...

Árgoht no hizo caso de las protestas y se dirigió a la puerta de entrada al jardín, cerca de la cual estaba amarrado *Karzan*. Vahall no dijo nada y lo dejó ir. Se había quedado clavado sobre las piedras, con la mirada perdida, quieto como una estatua.



Árgoht hizo sudar a *Karzan*, el cual después de haber reposado galopaba fresco y vigoroso. En poco tiempo tuvo a la vista la aldea de Pranthas, y en seguida estuvo a las puertas de la ciudadela. Tanto él como su caballo se alegraron de ver el sol de nuevo y sentir su calor en el rostro.

Se dirigió directamente al lugar en el que había dejado a Cheen, pero la plaza del pueblo estaba completamente vacía. De nuevo sintió el pesado silencio que lo cubría todo, que le oprimía las sienes y ponía una carga invisible sobre sus hombros. El caballo también parecía sentirlo y avanzaba con una lentitud que le era impropia.

El único rastro del muchacho parecía consistir en unos carbones fríos, bajo la galería en la que se suponía que debía estar, aquella en la que el hechicero había encendido la hoguera dos días antes. Desmontó y amarró a *Karzan* en la barandilla. Aguzando el oído, escuchó el sonido tenue de unos cascos de caballo. Con dificultad, siguió el rastro sonoro hasta casi las afueras del pueblo. Allí encontró la montura del chico, sin aparejo y pastando libre. Árgoht se acercó al animal, que lo reconoció y le permitió hacerlo sin ponerse nervioso. Se subió de un salto a su grupa desnuda y lo guio con suavidad, de vuelta al centro del pueblo, donde lo amarró junto a *Karzan*.

Como no sabía dónde empezar a buscar, lo hizo por el sitio más evidente. No quería dar un grito para llamarle, pues no sabía quién podía hallarse por los alrededores. Cheen podía haber sido raptado, pero supuso que lo ocurrido habría sido que el muchacho se había cansado de estar al aire libre, y había buscado refugio en el interior de alguna de las casas de madera. Aun así, prefirió ser prudente.

Entró en el edificio al que pertenecía la galería. No se había percatado antes, pero los tablones que tapiaban la entrada la última vez que él estuvo allí, estaban arrancados. Cheen debía estar allí dentro.

El interior del edificio estaba oscuro y lleno de polvo. La única luz que conseguía

entrar era la que se filtraba entre los tablones y definía unos claros haces que apenas iluminaban.

Se hallaba en un gran salón, en el que se destacaban varias mesas y sillas volcadas. A ambos lados, diversas puertas daban acceso a otras salas oscurecidas. Por lo que pudo vislumbrar, aquel edificio debió contener las oficinas de la autoridad local a las que se accedía por una escalera de madera, situada en la pared de su izquierda.

Nada más entrar supo que Cheen estaba allí, pues en el suelo cubierto de polvo vio sus huellas. Gracias a ellas, dedujo que el joven había entrado, había registrado el edificio y se había dirigido al piso superior. Las huellas entraban pero no salían.

Efectivamente, al poco escuchó un leve gemido en el piso superior y se dirigió sigilosa pero ágilmente hacia la escalera. Sus pasos apenas dejaban huella sobre el polvo.

En el piso superior los gemidos se hicieron más audibles y procedían de una habitación situada a la izquierda de la escalera, en la primera puerta. Árgoht entró por ella. Allí se encontraba el origen de los quejidos. La habitación estaba sumida en la oscuridad y hacía un calor sofocante. Cheen se encontraba tendido en el suelo, envuelto en su capa y en una manta. Estaba de espaldas a él, mirando hacia la pared.

Árgoht se apresuró a arrodillarse a su lado y, con suavidad, hizo rodar su cuerpo para verle la cara. Temblaba de pies a cabeza y su temperatura era muy elevada. Junto a él pudo ver el bulto que formaban los aparejos del caballo y su equipaje.

—Cheen... —murmuró preocupado.

El muchacho estaba inconsciente, pálido como un muerto y con los ojos enmarcados en profundas ojeras. Sus labios estaban agrietados por la temperatura. Cuando se separaron tenía buen color y, aparte de la herida del vientre, estaba saludable. ¿Qué le podía haber pasado?

Árgoht retiró la manta que envolvía al muchacho, pero a pesar de su excepcional visión, no podía apreciar los detalles, sumidos como estaban en la oscuridad. Se levantó de un salto y rompió los tablones de las dos ventanas de la habitación. Enseguida se llenó por completo de la hermosa luz del sol.

Volvió a donde estaba Cheen y descubrió el problema que le afectaba. La venda que le cubría la herida causada por los lobos mestizos había sido retirada, dejando a la vista una costra negra y viscosa, muy alejada de aspecto limpio y rosado que tuviera la última vez. La herida se había infectado muy rápido.

Árgoht había dejado todo su equipaje en la mansión, por lo que no tenía encima ninguno de los ingredientes con los que hacer una bebida. Sacó su cantimplora y vertió algunas gotas en los agrietados labios del joven. Puso las manos sobre su vientre y recitó algunos hechizos curativos. No eran su especialidad, por lo que su eficacia no era demasiado alta, pero esperaba que frenaran el avance de la infección hasta que lo llevara a la casa y pudiera aplicarle un ungüento, que se había mostrado muy efectivo en otras ocasiones.

—Vamos Cheen —dijo alzándolo, y colocó un brazo del joven por encima de sus propios hombros—. Nos vamos.

Con un esfuerzo, bajó a su compañero de viajes por la escalera, levantando nuevas nubes de polvo con cada paso. Cheen no recuperó el conocimiento ni por un momento y arrastraba los pies por el suelo como un muñeco. Por suerte, Árgoht era más fuerte y alto que él. De lo contrario, no habría podido cargarlo.

Árgoht volvió luego al edificio a por la silla del caballo y el equipaje del muchacho. Tardó lo que le parecieron siglos en preparar el animal. Subió a Cheen como pudo y lo amarró a la silla. Lo último que necesitaba era una caída que le rompiera algún hueso.

Aunque a un ritmo menor que a la ida, Árgoht puso a los caballos a buen trote. El cuerpo del joven se bamboleaba, pero el hechicero temía perder un solo minuto que podía suponer la vida o la muerte para él. Aun así, hizo una parada para dar de beber, tanto al joven, como a los caballos. Además, usó el agua fresca del Man-Ûrlin para lavar la herida de su vientre. Cheen gritó cuando el agua entró en contacto con su cuerpo febril, pero Árgoht estaba seguro de que le haría bien. Además, lavó la cara y el torso del muchacho antes de volver a envolverlo en su capa, subirlo al caballo y ponerse de nuevo en marcha.

El trayecto se le hizo eterno a Árgoht, pues al cansancio propio del viaje se le sumó la preocupación, poco habitual en él, por el estado del chico. Sentía que era su responsabilidad cuidar de él, sobre todo porque consideraba en gran parte su culpa que recibiera tan horrible herida. Se había relajado al internarse en la pradera y no había visto a tiempo a los lobos.

Por todo esto, sintió un gran alivio cuando por fin divisó la enorme mansión. En la puerta los esperaba el talhom, que había escuchado el galope de los caballos.

—¿Quién es? —preguntó con un gruñido, mostrando su desconfianza hacia el extraño.

—Después te explico quién es y por qué le he traído. Ahora necesito tiempo para curar su mal.

Bajó de su caballo de un salto y desmontó a Cheen. Estuvo tentado de pedirle ayuda a la criatura, pero su actitud indiferente le hizo replanteárselo. Él solo cargó con el joven.

—Dime por favor, dónde puedo encontrar una cama.

Vahall no se movió de donde estaba. Se limitó a mirarle fijamente desde su altura.

—Os lo ruego —dijo Árgoht, adoptando el modo más respetuoso de trato que pudo—, y no me pidáis que lo haga dos veces, pues ya una va más allá de aquello a lo que acostumbro.

El ser guardó silencio unos instantes más. Por fin, dijo:

—En la planta baja, a la derecha. La habitación de los sirvientes. Está limpia.

Árgoht se dirigió a la escalinata lateral, buscó la habitación y depositó en una gran cama con dosel a un Cheen inconsciente. Seguidamente, le quitó la ropa y la

arrojó a un rincón.

El extraño anfitrión los observaba desde el quicio de la puerta. Su cuerpo se había convertido en piedra amarillenta, igual que aquella que pisaba. A pesar de la situación, el meledino se preguntó de nuevo si sería un acto consciente o no.

—¿Dónde puedo encontrar agua limpia? —le preguntó.

—En la parte de atrás hay una fuente.

Árgoht salió corriendo y volvió unos instantes después con una cantimplora llena de agua limpia y fresca. Además, trajo consigo algunas de sus bolsas. Vertió un buen chorro de líquido sobre la herida ennegrecida y limpió sus contornos con un trozo de tela. Con ello consiguió quitar la tierra y el polvo del camino, adheridos al pus que enmarcaba la parte más encostrada de la lesión.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el talhom.

Árgoht rebuscaba entre sus pertenencias. Enseguida sacó varios saquitos de tela marrón. De cada uno de ellos extrajo diversas cantidades y las depositó en un pequeño cuenco.

—Fue atacado por unos lobos —dijo vertiendo agua sobre la mezcla, mientras veía, por el rabillo del ojo, que su anfitrión daba un respingo.

Removió y mezcló bien todos los ingredientes hasta conseguir una pasta de color claro que procedió a untar sobre los bordes de la herida primero, y sobre el resto después. Cuando hubo terminado, fue a buscar más agua y procedió a empapar en ella varios trozos de tela, que fue poniendo en diversas partes del cuerpo del muchacho con el fin de aplacar la fiebre.

El proceso duró varias horas, hasta que por fin consiguió rebajar un poco su temperatura corporal.

—Aún no está fuera de peligro, ni mucho menos, pero su temperatura ha disminuido. Eso permitirá a su cuerpo defenderse mejor de aquello que intenta invadirlo.

—Y tú necesitas descansar —dijo Vahall, que hasta ahora había permanecido fuera de la estancia para no molestar al hechicero.

—Sobre todo necesito comer. Mis hechizos curativos ya no son eficientes, pues su capacidad es limitada, pero consumen rápidamente mis fuerzas.

—Lo suponía. Sígueme —la criatura abandonó la habitación y Árgoht fue tras de él.

Lo llevó hasta un salón, adyacente a la habitación en la que reposaba Cheen, ya que supuso que el hechicero no querría apartarse demasiado de él. Sobre una larga mesa de comedor, diversos platos con alimentos de lo más variado les esperaban.

Árgoht miró a su anfitrión. Era evidente que él no había podido hacer aquella comida. Se sentó a la mesa, pero Vahall no lo acompañó. Saltaba a la vista que no necesitaba comer. Tras unos minutos de silencio, le preguntó:

—La casa te obedece, ¿me equivoco?

—No. No sé cuál es la razón, pero es así. Mis deseos se ven cumplidos al

instante, sin que yo haga nada al respecto. Estamos conectados de una manera que escapa a mi entendimiento.

Árghoht guardó silencio y terminó de comer, sin intercambiar ninguna palabra más. Cuando salía del comedor, estuvo tentado de mirar hacia atrás. ¿Vería desaparecer los restos de la cena? Debía de ser una magia muy poderosa si era capaz de lograr aquello, pero era evidente que el poder no salía del talhom. Por lo menos no todo. ¿Sería capaz de algo tan poderoso? Árghoht se inclinaba más por pensar en una mezcla de ambas cosas. ¿Canalizaba la criatura su poder a través de la casa, o era al revés?

El estado de Cheen, sin haber mejorado mucho, se había estabilizado. Seguía teniendo fiebre alta, y si no conseguía reducirla, las fuerzas se le escaparían cada vez más rápido hasta quedar completamente consumido. Parecía que la herida había mejorado muy ligeramente. La secreción de pus se había reducido, pero Árghoht no podía saber cuánto había bajo la oscura costra.

Dedicó un buen rato más a humedecer el cuerpo del joven con agua fresca, hasta que él mismo se vio demasiado cansado para seguir. Debía descansar y confiar en que la naturaleza y las fuerzas que Cheen pudiera tener hicieran su trabajo. Él había hecho todo lo que estaba en su mano y agotarse a sí mismo no le serviría de nada, ni a él ni al chico.

Así pues, se retiró a un rincón y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y las manos apoyadas sobre las rodillas, con las palmas hacia arriba. En unos minutos, había entrado en el trance que le permitiría recuperar la energía que había gastado durante ese día y los anteriores. Pero, al igual que la noche anterior, no se ausentó completamente. Parte de su consciencia seguía atenta a lo que ocurría en el dormitorio, aunque fuera de forma limitada. Esto ralentizaba un poco el proceso, pero le permitía estar al corriente de lo que ocurría a su alrededor, aunque fuera parcialmente. Por eso, tardó en escuchar los pesados pasos que entraban en el dormitorio y los murmullos que surgían de una garganta ronca. No había amanecido aún, pues la oscuridad envolvía toda la estancia. Tardó unos instantes en recuperarse del trance y, cuando lo hizo, vio a Vahall de rodillas junto a la cama de Cheen, tenía las manos sobre su cuerpo. Una tupida red compuesta de algo semejante a raíces de árbol salía de ellas y se enredaba en el chico, cubriéndolo casi por completo.

Árghoht preparó un rápido hechizo que separara a la criatura del joven, pero no llegó a lanzarlo. Cheen respiraba con normalidad y la criatura no parecía estar haciéndole mal alguno. Además, Vahall murmuraba una especie de letanía lenta y cadenciosa. Canceló el hechizo y observó la escena sin interrumpir, pues era evidente que estaba haciendo algo importante.

Estuvieron así, Árghoht observando en silencio y la criatura arrodillada a los pies de la cama con sus manos sobre el cuerpo de Cheen durante bastante tiempo. A veces cerraba los ojos y detenía el murmullo. Entonces, el silencio en la casa era total. Solo lo rompía algún esporádico gemido del paciente.

Por fin, apartó las manos del muchacho y se puso en pie.

—Un día —comenzó a decir con la mirada fija en sus propias manos extendidas—, atacé a un hombre joven. Mi ataque no acabó con su vida y, de pronto, me vi a mi mismo con aquel cuerpo frágil e indefenso entre mis brazos. Lo deposité en el suelo y puse sobre él mis manos para contener la hemorragia, que yo mismo le había causado en el pecho. Recuerdo que estuve mucho tiempo así, pues no sabía qué otra cosa podía hacer. Si tenía que morir, no lo haría solo. Recuerdo también que lloré, lloré con el corazón. Pero de pronto, el joven comenzó a agitarse. Me levanté de un salto y vi que su herida había dejado de sangrar y había comenzado a cerrarse.

Árgoht se acercó a la cama para mirar a Cheen. La herida que le atravesaba el vientre, hasta ahora ennegrecida y con pus, estaba visiblemente mejorada. Se encontraba más limpia y el pus había desaparecido. Además, el cuerpo estaba más fresco. La fiebre había remitido. El hechicero miró al talhom con asombro.

—¿Cómo lo has hecho?

—No puedo explicar esto como tampoco lo anterior. Es como es y así lo he asumido. Quizás tú quieras o puedas encontrar una explicación.

—Es increíble —dijo Árgoht realmente sorprendido—. He visto trabajar a algunos de los mejores sanadores del mundo y nunca me había encontrado con algo así. Tienes un gran poder, y me descubro ante él.

—No me admires todavía, forastero, pues me quedan muchas vidas que salvar antes de compensar todas aquellas que he destruido. Yo lo veo como una forma de equilibrar el inmenso mal que alberga este cuerpo maldito. Ahora debo descansar.

Con estas palabras, la criatura se marchó de la habitación. Árgoht la dejó ir sin decir palabra y volvió a centrar su atención en Cheen. Efectivamente, su estado había mejorado. Su respiración era casi normal, su color de piel era sonrosado y la herida estaba mucho más limpia.

El sol salió por fin y Árgoht se quedó en la habitación el resto de la mañana, sentado en un mullido sillón a la espera de cualquier cambio en el estado del muchacho, que no hacía sino mejorar. Era evidente que la herida aún tardaría mucho en cicatrizar, pero al menos la infección había desaparecido, por lo que su vida había dejado de correr peligro.

Por fin, Cheen se movió, se agitó levemente, y abrió los ojos.

El joven se sobresaltó, pues no reconoció el lugar en el que se encontraba ni el rostro que lo miraba.

—Tranquilo —le dijo Árgoht—. Todo va bien.

Tras unos instantes, en los que clavó sus asustados ojos en el hechicero, Cheen relajó la mirada y el entrecejo.

—¿Señor Árgoht?

—Así es, joven amigo —el meledino no pudo evitar sonreír.

—¿Estoy vivo, o esto es la antesala de la muerte?

—Estás bien y sigues vivo.

—¿Cómo es posible? —musitó—. Soñaba cosas horribles. Veía fuego y oía gritos a mi alrededor. ¿De verdad que no estoy muerto?

—No, estás tan vivo como yo.

—¿Cómo...?

Pero Árgoht lo interrumpió, con un gesto imperativo de la mano. Cheen dejó a medias la pregunta.

—Ahora no. Ahora debes descansar. Debes dormir sin pesadillas para que tu cuerpo termine de recuperarse. Has pasado una dura prueba y mereces un descanso.

Cheen se relajó un poco sobre la almohada. En unos pocos instantes, volvía a estar dormido.



—¿Es que te has vuelto loco, Shernan? —le gritó Jhama—. Llegas aquí después de tanto tiempo, sin avisar, sin yo saber si estabas vivo o muerto, trayendo contigo a una niña y me pides que me haga cargo de ella. Así, sin más.

Shernan cogió aire de nuevo. Estaba empezando a enfadarse. Jhama no atendía a razones y nada estaba saliendo como él esperaba.

—¿Tengo que contarte de nuevo la historia?

—¡No! Ya me la has contado dos veces. La conozco perfectamente, pero no veo qué tiene que ver conmigo.

—No conozco a nadie más que pueda hacerse cargo de ella.

—Hazlo tú mismo.

—Eso no es posible —Shernan bajó la cabeza, abatido.

Jhama se sentó en un viejo banco de madera, cansada también ella de dar vueltas por la habitación. La chimenea, abandonada a su suerte, estaba a punto de apagarse. La habitación, mientras avanzaba la tarde, comenzaba a oscurecerse, dándole el aspecto acogedor que Shernan recordaba y que tantos y tan buenos recuerdos le traía. Había pasado allí casi seis meses, después de conocer a aquella fantástica mujer en un mercado. La chispa que saltó entre los dos no tardó en convertirse en fuego, y unas semanas más tarde ya vivían juntos. Shernan necesitaba aquello, pero desde el primer día supo que pronto sentiría de nuevo la llamada del camino, que el peso de la espada le obligaría a ponerse otra vez en marcha. Aun así, disfrutó mucho el tiempo que paso junto a Jhama y llegó a ser casi feliz. A ratos, las sombras que pendían sobre él desaparecían por completo, dejándole imaginar un horizonte limpio en el que se veía a sí mismo con aquella mujer hermosa e inteligente y una gran familia alrededor. Pero pronto la realidad se cernía sobre él y volvía a sentir la presión de la fatalidad.

Ninguno de los dos dijo una palabra durante un buen rato. La niña jugaba en una

esquina, ajena a la conversación sobre ella.

—¿Por qué has tardado tanto en volver? —dijo ella derrotada. Una lágrima comenzó a recorrer su mejilla derecha—. Llevo mucho esperando. ¿Por qué has tardado tanto?

Shernan se tomó un respiro antes de responder. Sabía que la respuesta no le iba a gustar, pero tampoco tenía derecho a mentir.

—Porque no pensaba hacerlo.

Jhama soltó un sollozo y se tapó la cara con las manos. Telishe se levantó de su rincón al oír llorar a la mujer y se acercó a ella. Le quitó las manos del rostro y secó sus lágrimas con su propia camisa.

—No llores. Estás más guapa sonriendo —su voz era dulce y suave como solo puede serlo la de un niño.

Telishe no había visto todavía sonreír a Jhama, pero aquella frase se la decía Shernan cuando ella lloraba y casi siempre conseguía hacer remitir la rabieta. Ahora la niña la usaba para calmar a Jhama y, sorprendentemente, funcionó. La mujer sonrió, limpiándose los mocos con una manga de la camisa.

—Eres una niña muy buena —le dijo Jhama, tomando su rostro entre las manos y estampándole un beso en cada mejilla.

Shernan se acercó a la mujer y se puso de rodillas frente a ella. En ese momento Shernan pudo apreciarla otra vez, como hiciera hacía una eternidad. Pudo ver sus enormes ojos, sentir su olor y la textura de su piel. Por un momento, despertaron en él todas aquellas emociones que le hicieron quedarse a su lado.

—Sabes muy bien quién soy —dijo—, sabes bien lo que busco. Lo supiste cuando me conociste y lo entendiste cuando me amaste. No puedo descansar en paz, mi corazón alberga muchas tinieblas. Te amé y te sigo amando, pero no puedo permanecer aquí mucho tiempo. Siento haberte hecho daño, pero no supe hacerlo mejor. Ahora he vuelto por un motivo más importante que yo mismo y no te pido que me ames de nuevo, ni siquiera que me perdones. Solo te pido que aceptes este regalo inesperado y, si así lo deseas, me iré por donde he venido para que sigas con tu vida.

Jhama lo miró de arriba abajo como si lo viera por primera vez y se limpió las lágrimas de los ojos.

—Eres estúpido Shernan.

Y con esas palabras se lanzó a su cuello para abrazarlo como había querido hacer cada noche durante el último año.



Aún pasó otro día antes de que Cheen estuviera en condiciones de levantarse de la cama. La herida mejoraba a pasos agigantados; en ese tiempo, Árgoht y Vahall tuvieron ocasión de seguir hablando y especulando sobre el posible origen del talhom, así como del significado de aquellas piedras misteriosas que reposaban en el jardín.

—¿Por qué es tan importante el chico? —le preguntó en un momento dado.

Era mediodía y se encontraban en el jardín, disfrutando de un escaso rayo de sol que las nubes habían dejado llegar hasta el suelo. El meledino había observado que la densidad de los nubarrones había disminuido y se preguntaba si tendría que ver con el mayor control que la personalidad humana iba adquiriendo sobre la sombra de Vahall. En más de una ocasión la criatura se desmigajaba, adoptando infinidad de formas, como si le costara mantener su consistencia, mientras la esencia humana hacía verdaderos esfuerzos por controlar a la bestia que se albergaba en su interior.

—Yo soy un recién llegado a estas tierras, pero él ha vivido aquí toda su vida. Creo que podrá darnos información que nos ayude a despertar recuerdos en ti, igual que lo ha hecho la visión de las piedras bajo el rosal.

—Y hablando de eso, no creo que nos equivoquemos al pensar que son tumbas.

—Está claro que son lápidas, pero me interesa más saber por qué están aquí y quiénes están enterrados en ellas.

Árgoht pasó el resto del día velando al joven. De cuando en cuando, salía a dar paseos por el jardín con los pies descalzos. Esa era una forma de estar en contacto con La Madre, de sentirla, de unirse a ella. Esos paseos acababan siempre junto a las piedras. Era un enigma muy interesante. La ausencia de nombres, de símbolos religiosos... ¿Serían los antiguos propietarios de la mansión? ¿Por qué enterrarlos allí, en el jardín? Lo más común en situaciones como esa era que la finca tuviera un

pequeño cementerio particular o un panteón familiar. Árgoht dio una vuelta por los alrededores, sin encontrar nada que pareciera ni lo uno, ni lo otro. Además, ¿por qué las lápidas no estaban más trabajadas? Por el excelente aspecto de la mansión, sus propietarios debían haber sido personas poderosas. Entonces, ¿por qué unas lápidas de tosca piedra y no de mármol labrado, con un panteón a la altura de sus habitantes? Aquello no encajaba de ninguna forma.

Vahall tampoco era de gran ayuda. Pasaba grandes periodos de tiempo fuera. Árgoht no sabía qué hacía, pero tenía la esperanza de que ese tiempo lo dedicara la esencia humana a reforzar su control sobre la oscuridad. Si no lo conseguía, si tenían que estar continuamente vigilándose el uno al otro, aquel trabajo iba a ser más complicado de lo previsto. De todas formas, su falta de memoria lo convertía en alguien poco útil para la investigación.

Árgoht se preguntó si su trabajo habría concluido ya. Había encontrado el origen de la sombra que había vaciado el valle de Pranthas. ¿Seguiría siendo un peligro ahora que Vahall estaba más controlado? En verdad aún no podía garantizar la seguridad del valle, pues aún cabía la posibilidad de que la parte humana de la criatura perdiera la batalla contra la oscuridad y que esta se extendiera más allá de los límites del valle. No, tenía que estar seguro de que la situación estaba controlada, y si eso no fuera posible, tendría que acabar con él.

Pero algo más le hizo seguir adelante. Cuando se detuvo a intentar descubrir qué era, descubrió que era simple y llana curiosidad. Le gustaban los misterios, y aquel era bastante interesante. Tenía ganas de saber más de la historia de aquel ser sorprendente, así como de descubrir quiénes reposaban bajo aquellas lápidas. Sin embargo, esto último sería especialmente difícil de resolver, pues ni siquiera la exhumación de los cuerpos garantizaba una pista fiable. En cualquier caso, no alteraría el reposo de los muertos sin una buena razón. Ahora pertenecían a La Madre y algo muy grave tenía que ocurrir, para que él profanara aquellos sepulcros y se arriesgara a despertar la ira de Su Señora.

Pensaba en todo esto mientras tomaba una copa de licor de perla de río, una exquisitez que la casa le había regalado tras una orden rotunda de Vahall. Era una delicia.

Tan sumido estaba en sus reflexiones que no escuchó llegar a Cheen hasta que lo tuvo a un golpe de daga. Antes de que aquel pudiera decir una palabra ya se había reprimido mentalmente por alcanzar tal grado de relajación.

—Hola —dijo el joven acercando un sillón a la chimenea, que ardía vigorosa. De nuevo el salón estaba en sombras, pues la noche reinaba otra vez sobre ellos.

—Saludos —respondió Árgoht con una sonrisa—, ¿cómo te encuentras?

—Bastante bien.

En efecto, su aspecto era bueno. Su piel ya tenía un color normal y sus ojeras casi habían desaparecido. Necesitaba un buen baño, pero por lo demás parecía el Cheen de siempre. Además, las últimas horas de sueño habían terminado de eliminar la

fiebre de su piel. Llevaba el vientre vendado con una tela nueva y limpia.

Los dos se miraron durante algunos segundos sin decir nada.

—Me alegro mucho de que estés recuperado. Temí lo peor.

—Supongo que tengo mucho que agradeceros. Llegué a pensar que mi destino me alcanzaba y que había llegado al final de mi sendero. Pero se ve que me queda aún algo por hacer, y no habría tenido la oportunidad de no ser por vos. Por segunda vez, os debo mi vida, y no sé si algún día podré pagar mi deuda.

—Olvídate de eso por ahora y concéntrate en recuperarte bien.

—¿Dónde estamos? —preguntó el chico mirando a su alrededor.

—En mi casa.

La voz de Vahall llegó desde la puerta del salón, situada en lo que parecía una gran distancia en la oscuridad. De él solo se apreciaban dos puntos rojos suspendidos en el aire.

Cheen se llevó un susto de muerte y se puso en pie de un salto. Árgoht miró con una sonrisa cómo el muchacho se escondía detrás del sillón. Podía oír los pasos de la criatura mientras se acercaba a ellos, hasta que por fin entró en el círculo de luz que desprendía la chimenea y Cheen pudo verlo en toda su magnitud e imponencia. Árgoht pensaba que se desmayaría de la impresión.

—Tranquilo —dijo el hechicero—, nada debes temer de él.

—Es cierto —dijo la criatura. Había adoptado una forma lo más humana posible, pero su aspecto seguía siendo grotesco—, puedes salir. Deja que te vea.

A pesar de que no tenía pulmones que llenar, Árgoht casi pudo sentir que la criatura contenía el aliento mientras Cheen salía de detrás del sillón, hasta que vio que el color de su piel era normal y el vendaje estaba limpio.

—Me alegro mucho de verte bien. Es una gran satisfacción para mí —a pesar de sus palabras amables, su tono era neutro. Quizás aún no fuera capaz de mostrar emociones.

Cheen no sabía cómo responder. Estaba atónito con la mirada clavada en lo que para él, era algo inconcebible. Su corta experiencia vital nunca le había enfrentado a algo así.

Para que el silencio no acabara siendo incómodo, Árgoht intervino.

—Gracias a él estás aquí hoy. Su poder consiguió sanarte, no el mío. También a él debes tu vida, aunque quizás esta sea una carga demasiado pesada para ti.

Aún se mantuvo Cheen en un silencio anonadado, antes de que pudiera musitar un leve «gracias». Vahall, a la vista de la situación, decidió retirarse hasta que el joven recuperara la presencia de ánimo. Árgoht se lo agradeció y le pidió a Cheen que se sentara, para contarle todo lo que había ocurrido en los últimos días.

Cuando hubo terminado de narrarle los acontecimientos más recientes, Cheen se ruborizó por su reacción.

—Espero sacar algo positivo de este viaje, porque de momento solo he conseguido deudas y heridas —dijo con una sonrisa. Estaba vivo cuando creía que

debía estar muerto. En su actitud se manifestaba una nueva energía, una vitalidad renovada y fresca. De pronto, se le veía mucho más maduro y Árgoht, sin darse cuenta, ya había cambiado su actitud hacia él. Cada cultura y pueblo tiene su propia prueba de hombría. La suya propia había sido durísima, pero la del muchacho no lo había sido menos. Lo que había comenzado como un sencillo trabajo de guía para un corto viaje, se había convertido en una aventura que por dos veces había estado a punto de costarle la vida.

—Cada cosa llega a su tiempo, y tendrás tu oportunidad para saldar deudas. Pero ahora debes descansar.

Cuando Cheen se hubo retirado, Vahall volvió a entrar en la sala.

—No se lo tengas en cuenta —le dijo Árgoht—, es joven y está viviendo experiencias nuevas.

—Descuida —le respondió la criatura, restándole importancia—. Quiero que veas algo.

Árgoht siguió a su anfitrión por varios pasillos oscuros hasta que llegaron a una enorme escalera de mármol blanco. Junto a ella se encontraba una pequeña puerta de madera recia. La criatura la empujó y descubrió tras ella otra escalera, que descendía hacia lo que debía ser un sótano. La oscuridad quedó pronto ahuyentada por la luz de dos antorchas encendidas por el meledino, pues la criatura no parecía necesitar luz alguna para ver.

La escalera era muy larga y a medida que descendían la humedad se hacía más notable. Manchas oscuras de moho decoraban las paredes.

Por fin llegaron a una gran puerta de madera, reforzada con hierro. La cerradura había sido reventada a golpes.

El sótano no tenía nada de elegante ni lujoso. Era un trastero como otro cualquiera, sucio y lleno de polvo, sin nada que ver con el resto de la casa. Ninguna luz exterior permitía atisbar nada de lo que allí había, aunque Árgoht no le dio importancia, pues la criatura lo guiaba con paso firme. La luz de las antorchas era suficiente, aunque apenas iluminaba una pequeña zona a su alrededor. El sótano debía ser gigantesco, pues sus pasos resonaban en la oscuridad, como si de una caverna se tratara.

El talhom se detuvo frente a un mueble de madera, que se encontraba pegado a una de las paredes laterales. Cuando le acercó una antorcha, Árgoht vio que era una vitrina con el frontal de vidrio. En su interior, varias armas reflejaban la luz de las llamas como si tuvieran resplandor propio. En aquella densa sombra, parecían estar deseando recibir un poco de luz.

A ambos lados, dos maniqués portaban sendas armaduras completas, labradas con gran detalle y multitud de símbolos. Colgadas en la vitrina, Árgoht pudo ver dagas, escudos, espadas cortas, multitud de cuchillos... En el centro del mueble había

un hueco alargado y vacío. Árgoht no tuvo problemas para adivinar que era el espacio de una espada. De fondo, decorando el terciopelo rojo que les servía de marco, aparecía un escudo de armas. Árgoht lo reconoció como el mismo que decoraba las tumbas del jardín. Dos aves sostenían el escudo entre sus patas. En el suelo, descansaba hecha un puño una tela de terciopelo negro.

—Estaba cubierta con esa tela —dijo su anfitrión rompiendo el asfixiante silencio del sótano—. Hace mucho tiempo levanté una esquina, pero lo que había debajo no me llamó la atención. Ayer, cuando tuve la visión de un hombre con una espada, recordé esta vitrina y tuve que venir a verla. Cuando la destapé me asaltaron nuevos recuerdos, todos ellos escenas de fuego, sangre y batallas. Esas armas eran mías, pero ahora no significan nada para mí. Son objetos muertos, sin sentido.

—¿Esas visiones te han dado alguna pista fiable sobre tu pasado? —le preguntó el meledino.

—No, son escenas sueltas y no me han ofrecido detalles concretos. No puedo controlarlas ni manipularlas. Y no surgen cuando yo quiero. Ahora, por ejemplo, la visión de este mueble no despierta en mí ningún tipo de recuerdo.

Ambos se quedaron en silencio mirando la vitrina.

—Si eres capaz de recordar este mueble y lo relacionamos con tus visiones, creo que podemos deducir que esta casa te perteneció. Pero ese pensamiento me lleva a preguntarme por qué el escudo de armas que ahora tenemos delante, podemos verlo también en las lápidas del jardín.

Los dos se miraron durante unos instantes bajo la luz de la antorcha, compartiendo un pensamiento común. Parecía como si ninguno de los dos quisiera ponerlo de manifiesto.

—Pero antes de sacar conclusiones que podrían, a pesar de las evidencias, estar equivocadas, debemos ver lo que nos cuenta Cheen.

—¿Qué sabe ese chico que pueda ser tan esclarecedor?

—Tiene una historia que contar, pero mañana lo verás, pues prefiero que las palabras salgan de boca de quien las conoce mejor.

—De acuerdo, como deseas.

Dicho esto, salieron del sótano y volvieron a la mansión. Se despidieron y se fueron cada uno por su lado. Árgoht, a la habitación de Cheen, pues prefería pasar la noche junto a él, y Vahall, se encaminó de nuevo al exterior, a la fría noche. Árgoht supuso que a vagar un rato, a dar rienda suelta a su lado salvaje. Sospechaba que esas escapadas le ayudaban a descargar energía y mantener controlada su esencia más oscura. De momento, prevalecía en él su parte humana, pero Árgoht estaba seguro de que más valía no hacerlo enfadar...



Al día siguiente por la mañana, Cheen estaba casi completamente recuperado. El único vestigio de su enfermedad, aparte de la herida que le surcaba el vientre, era una leve debilidad, fruto de tantos días de fiebre y reposo en cama. Su aspecto era estupendo y daba la sensación de que el día había amanecido más brillante, que el sol era capaz de atravesar con más fuerza las nubes, que los días anteriores.

Nada más levantarse, había pedido permiso a Árgoht para dar una vuelta por la casa, comido por la curiosidad, para ver la gran cantidad de maravillas que esta contenía. Árgoht trasladó esta petición a Vahall, que se encontraba en el jardín, y este no puso pegos, siempre y cuando procurara ser cuidadoso. Así lo hizo y, como si fuera un niño pequeño, fue recorriendo cada habitación con cara de asombro. Para un joven de origen humilde como él, aquella mansión era lo más cercano al paraíso, lo que siempre había soñado. Paseaba las manos por las barandillas de las escaleras, por los marcos de los cuadros y los espejos, por el alféizar de las chimeneas, como para sentir la esencia de la casa, de sus materiales.

En uno de sus paseos tropezó con Árgoht.

—Siempre he querido ser constructor, y algún día podré hacer una mansión como esta. Es perfecta.

—No sabes tú cuanto —contestó el hechicero con una sonrisa. Pero el joven ya seguía su camino y no dio muestras de haber escuchado su comentario.

Por primera vez, pasado un rato, Cheen se unió a Árgoht y su anfitrión en el desayuno. Antes de que se sentaran a la mesa, el joven se dirigió a Vahall. Como en ocasiones anteriores, este solo observaba, pues no necesitaba alimento alguno.

—Aceptad mis disculpas, señor, por mi comportamiento de ayer. El señor Árgoht me ha contado todo lo ocurrido y sé que os debo la vida. Juro por mi honor que haré todo lo que esté en mi mano por pagar esa deuda.

—No tienes que disculparte, muchacho —respondió la criatura con su voz quebrada—, pues sé bien el aspecto que tengo. Solo espero que esa imagen que te has hecho de mí, cambie con el tiempo.

«Espero que consiga cambiar la imagen que tiene de sí mismo», pensó Árgoht.

—Podéis estar seguro de que ya ha cambiado —contestó, sin embargo, el joven.

El desayuno había aparecido de la nada, como todas las comidas en esos días, y tuvieron que darle al muchacho una pequeña explicación al respecto. Eso dio pie a que Cheen fuera puesto al día de todo aquello que le faltaba por saber. Lo único que Árgoht mantuvo en silencio fue la teoría que tenía sobre el origen de Vahall. Aún estaba muy fresca en su mente y necesitaba más datos para poder dar una versión completa de su idea.

—Cheen —dijo en cambio—, quisiera que me contaras de nuevo la historia que relataste poco después de salir de Ereth, estando aún en el Tir-Namân.

—¿La del viejo rey?

Árgoht asintió con la cabeza.

—Esa historia la conoce todo el mundo, ¿a quién puede interesar? —sus dos interlocutores le miraban fijamente, así que supuso que a ellos les interesaba—. Está bien. Recuerdo que nuestra conversación comenzó hablando del rey, y yo os comenté que en tiempos de Manlor I todo era diferente.

Árgoht asintió de nuevo y el joven continuó, pero algo en el rostro de Vahall cambió ligeramente.

—El rey era un hombre bueno, aunque con cierta tendencia al belicismo. Nunca pasaba épocas demasiado largas en el castillo, pues se dice que se aburría demasiado. Sobre todo en verano, lanzaba larguísimas campañas militares contra los territorios vecinos con alguna excusa, a veces justificada, a veces estúpida.

Pero a pesar de eso era un hombre justo con el pueblo. La gente le tenía mucho aprecio y se podía acudir a él para pedir justicia. Era un hombre sabio que conseguía elegir lo mejor en cada momento. Además, los rumores dicen que la reina estaba siempre a su lado en las decisiones más difíciles, para ayudarle a hacer lo correcto. También era una gran mujer.

Árgoht miraba de vez en cuando a Vahall, con la esperanza de ver nacer en él alguna reacción. De momento, solo observaba y escuchaba la historia del muchacho.

—Cada cierto tiempo —continuó Cheen—, el rey salía junto con su mujer, su hija y una pequeña escolta con destino a casa de su cuñada, la hermana de su esposa. Por lo visto la pequeña princesa se llevaba muy bien con la hija de aquella, y a sus padres les gustaba que pasaran tiempo juntas. Por supuesto, eran viajes privados y los realizaban de incógnito con la intención de pasar desapercibidos y poder relajarse de las tareas reales. Sobre todo la reina disfrutaba mucho de esas escapadas. Pero la última vez que salieron no regresaron. Fueron atacados por bandoleros en el camino, cuyo número era mucho mayor que el de su escolta, siendo pocos los que sobrevivieron. Entre ellos estaba el actual regente, por aquel entonces solo el general

Yurt, que casi no vive para contarlo.

Árgoht notó que la criatura comenzaba a agitarse inquieta en su sillón. Algo empezaba a bullir en su mente.

—Lo más curioso del caso, y lo que ha alimentado todo tipo de especulaciones desde hace cinco años, es que los cadáveres de los quince soldados de la escolta que murieron se quedaron tirados en el camino, pero los de la familia real se los llevaron... El ataque se produjo cerca del linde sur del Tir-Namân, y toda la región desde allí hasta las colinas Yermath y el pueblo de Qandarie fueron registradas, palmo a palmo, durante meses. Nunca se encontró ni a los asaltantes ni los cadáveres. Desde entonces, el gobierno lo lleva el rey Yurt, pero esa es otra historia...

—Vale, Cheen, creo que ya has contado lo que nos interesa —se giró hacia Vahall—. ¿Te dice algo todo lo que ha contado?

La criatura no respondió durante un rato. Estaba inmóvil mirando al suelo.

—No mucho —dijo por fin, lacónicamente—, pero unas pocas imágenes difusas han ido apareciendo en mi mente a medida que Cheen hablaba. Todos esos nombres me resultan muy familiares. Se atropellan en mi mente imágenes, pero están desperdigadas, sin nexos que las unan, nada revelador. Podría ser simplemente que conocía la historia igual que la conoce él. Pero no creo que sea así. Hay algo en esa historia que me toca de cerca. Lo siento en el corazón. Ese nombre, Yurt... Me suena mucho, como un recuerdo que se me escapa.

De pronto, soltó un ronco bramido.

—¿¡Por qué no puedo recordar!?! —gritó dando un golpe en la mesa que destrozó parte de ella; al instante su cuerpo ganó en tamaño con rapidez, al tiempo que la forma humana se hacía más indefinida, como si su agitación mental se manifestara también físicamente. Árgoht preparó en silencio un hechizo, por si la sombra recuperaba el control, pero el arrebato pasó y consiguió recuperar su forma y el dominio sobre sí mismo. El hechicero se recordó que no debía bajar la guardia.

La criatura miró lo que había hecho y alzó la mirada hacia sus acompañantes.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. Reconozco que esperaba que esa historia te inspirara algo más... También es posible que las palabras no activen tus recuerdos, sino las imágenes, cosas tangibles, de tu pasado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó—. ¿Sabes algo más?

—No, solo conjeturas que no quiero expresar en voz alta. Temo equivocarme y de ser así, no aportaría nada positivo a la situación. Lo siento.

Vahall bajó, desanimado, la cabeza.

Un buen rato después se encontraban los tres en el jardín. Necesitaban evocar en la criatura nuevos recuerdos y si, como sospechaba Árgoht, solo las imágenes lo conseguían, quizás recorriendo los terrenos aledaños, buscando algún detalle

revelador, consiguieran avanzar algo. Daba la sensación de que el manto de nubes era algo más difuso esa mañana, pues había más luz en el exterior y se podía entrever el sol en lo alto.

Sus pasos acabaron llevándoles, como casi siempre, a las lápidas al pie del magnífico rosal.

—Si esta casa es mía —comenzó a decir la criatura—, es posible que quienes estén enterrados aquí sean mi familia. Pero ¿por qué no aparecen sus nombres en las lápidas? Parece como si hubieran sido puestas ahí a toda prisa.

—Y así fue —dijo una voz desconocida detrás de ellos.

Los tres se giraron al unísono, como impulsados por un resorte. Apoyado sobre la piedra que flanqueaba la entrada había un hombre de aspecto sucio y desaliñado. Tenía una larga barba gris y un viejo sombrero calado, entre los cuales apenas había espacio para ver sus ojos. Su ropa denotaba que había realizado un largo viaje, pues estaba muy gastada y estropeada.

Un segundo después, el talhom estaba sobre él y lo tenía tumbado sobre la hierba. Con una mano le presionaba el cuello y con la otra, alzada, amenazaba con destriparlo.



Al final todo se reducía a esto. Dos espadas y dos hombres que se enfrentan el uno al otro por dinero. Eso era su vida desde hacía más de tres años: ir de torneo en torneo como la manera más fácil de ganarse la vida. Había recibido muchas heridas y había infligido muchas más. Incluso había quitado alguna vida, casi siempre por accidente, en alguna liza. Había descubierto más ciudades y pueblos de los que no sabía siquiera que existieran; y había conocido a muchos hombres y mujeres de las más variadas calañas.

Pero, al final, todo se reducía a aquel momento y aquel lugar. Dos espadas y dos hombres que podían ser familia luchando, quizás hasta la muerte, por un puñado de monedas.

Miró a su alrededor y vio las caras enrojecidas de entusiasmo de la concurrencia allí reunida para ver el espectáculo. Jaleaban y gritaban a cada uno de los contendientes, en muchos casos apostando más monedas de las que tenían. Esa noche habría más de un derrotado en aquella arena manchada de sangre. Si no ganaba, se quedaría sin comer hasta el próximo torneo. Y si ganaba quizás lo hiciera alguno de los que había apostado. Nadie ganaba nunca. Todo era perder.

El peso de la espada le provocaba un intenso dolor en el brazo derecho, cansado ya de sostenerla. Tenía ganas de soltarla, de que todo acabara con rapidez. Al fin y al cabo, ¿para qué vivir? Había fracasado en todo lo que se había propuesto en la vida. Había sido soldado para defender a los más débiles y a su rey, y había participado en una muerte deshonrosa. Era tan culpable como el que le dio la estocada mortal. Había amado a una mujer preciosa y tuvo la oportunidad de establecerse y formar una familia. También en eso había fracasado al dejarla atrás, hacía ya tanto tiempo que casi no recordaba su rostro. Lo que sí recordaba bien eran las últimas palabras que le dijera. «Está vez voy a volver». Y había querido hacerlo, pero no había podido.

Además, en el fondo sabía que su hogar era Ereth, y no Arkame. ¿Volvería algún día a cualquiera de los dos? No, si el rumbo que habían tomado las cosas no cambiaba de forma radical.

Pero había más. Se había jurado a sí mismo devolver aquella espada maldita a su legítimo dueño. Ahora, estaba más seguro que nunca de que era imposible que estuviera con vida en algún sitio. Sus recuerdos de aquella noche se hacían cada vez más difusos, como si el tiempo estuviera extendiendo un velo sobre ellos, que difuminaba sus contornos hasta el punto de confundir verdades con sombras y penumbras con destellos de luz. Nada de aquello tenía sentido ya. Miró a la derecha. Unos metros más allá descansaba su bolsa de viaje, que tantos kilómetros había recorrido a su lado. En ella reposaba la culpable de aquel periplo inútil. No la había sacado de su vaina desde aquella noche, ni siquiera para limpiarla. No quería ni verla, ni tocarla. Casi quería arrancarla de su memoria. Pero no podía, e incluso ahora parecía pesar sobre su espalda más que el peto que protegía el pecho del hombre, que ahora corría hacia él con su arma alzada, dispuesto a dar el tajo final.

A lo mejor esa era la solución. Dejar que alguien ganara esa noche. Acabar con todo por fin, y encontrar un descanso que se le mostraba tan esquivo. Se imaginó la situación y se vio a sí mismo tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre y arena. El hombre recibiría su pago y se iría a casa. ¿Qué pasaría con su bolsa? Alguien la encontraría y la saquearía. En ella encontraría solo una cosa valiosa, algo que jamás habría podido ni soñar. Y la vendería, y acabaría en manos de cualquier aspirante a caballero que bien podía destrozarla, solo por no saber usarla como era debido. Imaginarse aquella preciosidad mellada y oxidada casi le produjo ganas de llorar.

No, aquella espada debía volver a casa.

En ese momento su contrincante llegó hasta él. Shernan tuvo apenas tiempo de alzar su arma para defenderse. El caballero, ataviado con una coraza muy cascada, bajo la que sobresalía una camisola raída de color violeta y unos pantalones de cuero marrón, era mucho más grande y fuerte que él, por lo que el tajo le hizo perder el equilibrio y un latigazo de dolor le recorrió el brazo, hasta el punto de que estuvo a punto de soltar su espada. El hombre aprovechó para lanzarle una patada que terminó de derribarlo y le hizo soltar la espada que, de todas formas, de nada servía ya, pues la fuerza del impacto la había partido por la mitad.

Ahora estaba tendido en el suelo, y se sentía más sucio y viejo que nunca. Sin embargo, pensar en la espada y en devolverla a su lugar, a su hogar, le hizo sacar fuerzas de donde no creía tenerlas.

A un metro de él se encontraba su bolsa, tirada de cualquier forma. Cuando el caballero llegó hasta él, Shernan giró sobre sí mismo y alcanzó su fardo estirando el brazo todo lo que pudo. Un instante después sus cosas estaban desparramadas por la arena y, en sus manos, la empuñadura de la espada brillaba a la luz del sol de la tarde. Era una preciosidad, pero Shernan no tuvo tiempo de admirarla por mucho tiempo,

pues su oponente atacaba de nuevo y tuvo que sacarla de la vaina a toda prisa para poder defenderse. Hasta el caballero se detuvo un instante al ver la hoja majestuosa. No había perdido ni un ápice de su resplandor, y Shernan estaba seguro de que seguía tan afilada como el primer día.

De nuevo tuvo que alzar su arma para defender una estocada de su contrincante, pero en esta ocasión apenas si la sintió, pues la espada absorbió sin problemas toda la fuerza del impacto. El caballero se sorprendió con el cambio de actitud de Shernan. Hasta un segundo antes, se veía gastando las monedas del premio en las prostitutas de la ciudad, pero ahora las cosas habían cambiado, lo notaba en la mirada de Shernan.

En efecto, el contrincante al que creía abatido se abalanzaba ahora contra él con su arma en alto, una espada magnífica que deslumbraba con su brillo.

Shernan parecía otro. Su mirada había recuperado el fuego de la batalla, el ardor que lo había convertido en un excelente soldado. Todos sus años de entrenamiento militar y experiencia en combate salieron a relucir, y con tres movimientos ágiles y precisos, consiguió desarmar al caballero, abatirlo y presionar su garganta con la punta de la espada. El público estalló en gritos de júbilo.

—¿Te rindes? —le preguntó.

—¡Sí! —respondió el caballero venido a menos, sin dudarle ni un segundo.

Shernan retiró la punta de la espada y tendió la mano izquierda para ayudar al derrotado a ponerse en pie, cosa que aceptó y agradeció. El erethiano recogió del suelo la vaina de Êralin y devolvió la hoja a su reposo.

Mientras salía de la arena y los espectadores comenzaban a retirarse, un desconocido le preguntó a voz en grito:

—¿Por qué no la sacasteis antes?

Shernan se detuvo y alzó la cabeza, buscando el rostro que le había lanzado la pregunta, pero no fue capaz de encontrarlo. Sin embargo, aquella voz había planteado la cuestión que hasta ahora no se había atrevido a enfrentar. Llevaba mucho tiempo cargándola y nunca había querido sacarla, ni mucho menos usarla.

¿Por qué? Era la pregunta clave. Ahora, después de aquellos años de búsqueda inútil, por fin encontró la respuesta. Por fin supo a dónde tenían que llevarle sus pasos y por qué no había sido capaz de encontrar la paz.

Su legítimo dueño estaba muerto. Era absurdo albergar esperanzas al respecto. Ahora Shernan estaba en poder de la espada y sabía en lo más hondo de su ser que no era su propietario, que no era con él con quien debía estar. Ahora que se había convencido a sí mismo de que no lo encontraría vivo, debía dejar la espada en el lugar donde la encontró. Tenía que volver a Ereth y enterrarla donde debía estar el cadáver perdido. Perdido... incluso ahora, Shernan no podía explicarse que un cadáver se perdiera, pero era inútil seguir buscando una explicación. No quería cargarla ni un día más. Y en ese momento, la espada comenzó a ser un peso muerto que le provocaba dolor en los hombros y la espalda.

¿Por qué? Se preguntó de nuevo.

Shernan dudó un momento mientras observaba la espada. Ni siquiera apagado su brillo y bien guardada, parecía una hoja normal. Finalmente alzó la mirada al frente y comenzó a caminar de nuevo. Había una profunda determinación en sus ojos. Los que estaban cerca pudieron escucharle murmurar:

—Porque no es mía.



—¡Espera! —le gritó Árgoht corriendo hacia ellos, mientras preparaba un sortilegio de impacto que los separara. Lo lanzó justo en el momento en el que Vahall bajaba la mano. El golpe del hechizo lo arrojó a unos metros de distancia sin causarle el menor daño y se levantó de un salto, emitiendo un sonoro bramido. Parecía dispuesto a atacar al hechicero, y todos retuvieron el aliento, pero se contuvo y se quedó donde estaba. Su cuerpo palpitaba y se transformaba continuamente. El golpe lo había enfurecido. Árgoht tomó la palabra y se dirigió al inesperado invitado.

—Más vale que os expliquéis y que sea muy rápido, pues no creo que pueda contenerlo mucho tiempo.

El extraño se estaba poniendo en pie trabajosamente y se sacudía la ropa.

—Siento la intromisión, no era mi intención asustaros, señores míos. Vengo desde muy lejos y, al ver la verja abierta, me dejé llevar por la tentación y entré.

—¿Por qué? —preguntó el talhom con un rugido. Sus ojos rojos ardían de furia.

El extraño lo miró en silencio.

—Porque llevo años queriendo llegar aquí, a esta casa.

Dado que ninguno de los tres sabía nada de la mansión ni de por qué el talhom había llegado hasta ella, escuchar que alguien no solo sabía algo de ella, sino que quería llegar allí los dejó estupefactos. Por supuesto, Árgoht se cuidó mucho de mostrar esa impresión.

—¿Qué interés podéis tener aquí? —preguntó Vahall, que parecía recuperar poco a poco el control.

—En esta casa sellé mi destino. En ella hice la única cosa realmente buena que he podido hacer en mi vida. Esta casa me lleva llamando cinco largos años. Y todo ese tiempo llevo resistiendo esa llamada. Pero eso se acabó, y por eso estoy aquí.

El hombre sonrió bajo la tupida barba. Nada en su aspecto hacía pensar en él

como alguien peligroso, pero Árgoht había aprendido que la apariencia no siempre te daba las pistas necesarias para juzgar si una persona era de temer o no. Por ello, en silencio, lanzó un sencillo hechizo de detección de magia. Si aquel hombre intentaba usar algún tipo de poder, él lo sabría con suficiente antelación como para anticiparse.

Vahall se dirigió a él.

—Dinos quién eres y qué quieres, o no volverás a tener ocasión de hablar.

Cheen observaba toda la escena en un silencio sobrecogido, temiendo que aquello acabara muy mal.

—Me llamo Shernan Kröll.

De repente, pareció como si el tiempo se hubiera detenido. El talhom se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Sus ojos se abrieron como dos luceros rojos. De pronto, soltó un alarido tan alto y tan potente, que los tres hombres tuvieron que taparse los oídos. La criatura cayó de rodillas con las manos alrededor de la cabeza, como si le fuera a reventar. Árgoht intuyó algo, de forma que cuando la bestia saltó hacia adelante en dirección al viajero, liberó el complejo hechizo que había preparado y quedó inmovilizada en mitad del movimiento. El hombre se había encogido sobre sí mismo, sorprendido por la reacción de aquel ser extraño, de forma que tardó algunos instantes en percatarse de que estaba fuera de peligro. Por el momento.

Árgoht se situó entre ambos y se dirigió al primero.

—Es la segunda vez que tengo que hacer algo como esto. No quiero volver a hacerlo. ¿Podrás controlar tus impulsos para que yo pueda soltarte?

—Él... tiene algo que ver con todo esto... conmigo. Lo he visto, he visto su rostro manchado de sangre.

—Dejémosle hablar, ¿te parece?

—Estoy empezando a cansarme de tus ganas de hablar... —replicó el talhom.

Árgoht ignoró el comentario y se giró hacia Shernan Kröll.

—Habéis dicho algo cuando aparecisteis. ¿A qué os referíais exactamente?

Kröll se levantó y se sacudió la túnica.

—Cuando he llegado os estabais preguntando si las piedras habrían sido puestas ahí de cualquier manera, precipitadamente. Y lo que digo es que así fue.

—¿Y cómo se supone que sabéis eso? —interrumpió la bestia con otro gruñido.

Kröll lo miró directamente a los ojos y dijo:

—Porque las puse yo.

El silencio que cayó sobre todo el grupo fue prueba suficiente de la estupefacción que causaron esas palabras. El hombre miró a cada uno de los presentes a la espera de una reacción, de una invitación a continuar. Pero en los ojos de Árgoht encontró un pozo inescrutable, en los del talhom desconfianza y en los de Cheen el más sincero asombro.

—¿Vos las pusisteis? —preguntó Árgoht por fin, en tono seco, reacio a dar crédito a las palabras del desconocido. Era mucha casualidad.

—Así es. ¿Queréis escuchar mi historia? Creo que eso aclarará algunas de sus

dudas, si no he escuchado mal, en la parte que a mí me toca: desde la presencia de las piedras a la mía propia. Más allá de eso no podré aportar nada nuevo.

Diciendo esto, miró de arriba abajo al talhom, pero no mostraba temor ante aquel cuerpo extraño, sino curiosidad. Árgoht miró a la criatura, buscando su opinión.

—¿Qué piensas? ¿Debemos escucharle?

La criatura dudó un instante. Su cuerpo palpitaba en tensión.

—Escucharte a ti me ha resultado muy beneficioso. Pero os lo advierto —se dirigió al extraño—, convencedme a la primera o no estoy seguro de poder controlarme la próxima vez.

Shernan Kröll, consciente de la expectación que había causado, se quitó el sombrero, se atusó un poco el encanecido cabello, que le llegaba hasta los hombros, y se sentó en una piedra del jardín. Carraspeó y tosió antes de empezar.

—Perdonadme que me sienta, señores míos, pero he viajado mucho y necesito descansar. ¿Le negaréis a este viejo un vaso de vino para aplacar su sed?

Árgoht miró a Cheen y este corrió al interior de la casa para aparecer unos instantes después, con una jarra y un vaso. Él también estaba ansioso por conocer la historia que el extraño iba a contar.

Tras regalarse con dos buenos vasos del rosado líquido, el forastero pareció más animado y comenzó a hablar.

—Desde muy joven, mi ilusión fue siempre el ejército. Mi padre fue militar y mi abuelo también. Lo llevo en la sangre. Me enrolé en el ejército del rey desde que tuve edad suficiente, y para entonces mi padre ya me había enseñado casi todo lo que tenía que saber sobre el combate cuerpo a cuerpo y la estrategia militar...

—No nos aburras contándonos tu vida —gruño el talhom impaciente.

—Tened paciencia, por favor, pues creo que es importante. El caso es que toda mi vida ha girado entre campañas militares y guardias en las almenas de la fortaleza de Ereth. Era una vida monótona, aburrida en ocasiones, pero me gustaba mucho. Siempre era el primero en presentarme voluntario, el primero en obedecer las órdenes... Y esas dos cosas fueron las que me llevaron a la ruina y me han traído hasta aquí.

»Hace cinco años, salimos en una pequeña misión de patrulla. La había organizado Branton Oldsten como ejercicio, como entrenamiento. Teníamos que recorrer el Tir-Namân de norte a sur y estaríamos fuera algunos días. Se nos dio la ruta a seguir y diversos puntos a lo largo de ella, en los que tendríamos que estar en días y momentos concretos. Esto era la primera vez que lo hacíamos, pero el general nos explicó que era una prueba de organización y anticipación. Teníamos que planificar la ruta perfectamente para llegar a cada punto en el momento preciso.

»La patrulla fue un paseo. Nada extraño agitaba el bosque y apenas tropezamos con personas o incluso animales en todo el camino. Pero ninguno de nosotros podía imaginarse lo que nos esperaba. Unos días antes que nosotros habían partido de Ereth el rey y su familia, en uno de sus habituales viajes para visitar a su cuñada y su

sobrina. En el castillo había quedado el capitán Oldsten como máxima autoridad, pues el general Yurt Amnhol había ido como escolta del rey.

»El último punto de control de la patrulla estaba situado al sur, cerca de la linde del bosque. Cuando estábamos a punto de llegar, nuestro capitán nos detuvo a todos. Nuestro explorador había detectado algo, un poco más adelante. Según él, un grupo de bandidos apostados en el camino, sin duda esperando a algún grupo de viajeros a los que atacar. No lo dudamos ni un momento. Nos lanzamos a por ellos todos a una. Nosotros éramos unos cincuenta hombres, ellos apenas unos veinte, pero la batalla fue cruenta. Cayeron muchos de los nuestros antes de que pudiéramos reducir a su grupo. Ellos iban con ropas de viaje, pero debajo de esas prendas muchos llevaban armaduras cortas, y sus armas eran de respetar. Cuando todo hubo terminado y comenzamos a recomtar cadáveres, se nos vino el mundo encima. Todos los caídos, tanto de un bando, como del otro, eran compañeros nuestros, amigos. Nadie entendía nada, hasta que vimos al general Yurt entre los heridos. Habíamos atacado a la escolta del rey. Entre los cadáveres, el del propio rey Manlor, la reina *lady* Kara y su hija pequeña.

»No podía creer lo que había pasado, ni entender cómo había ocurrido. Había sido un terrible malentendido, pero algo me resultaba de lo más sospechoso. El explorador que los había detectado era acompañante habitual de la escolta del rey en otros de los viajes, tenía que haber sido capaz de reconocer a la comitiva real. No tenían aspecto de bandidos, ni mucho menos. En todo caso, de viajeros civiles, como era su intención aparentar. He tenido cinco años para pensar en ello, y sigo sin tenerlo claro.

»Enseguida Yurt, a pesar de sus heridas, tomó el mando. Cuando pidió un voluntario, como siempre, me presenté el primero. Era un impulso en mí, y jamás me podría haber imaginado la orden que me iban a dar.

»Habían separado y envuelto en telas los cuerpos. A su vez, del grupo se había separado los tres cadáveres reales. Señalándolos, el general me ordenó que me los llevara lejos, donde nadie pudiera verme, y les prendiera fuego. Pensé que se me caería el alma al suelo, pero no podía negarme. No solo porque conocía bien las represalias de una negativa a cumplir una orden, sino porque hacerlo era aquello para lo que había sido educado desde pequeño.

»Así que cogí el carro en el que habían depositado los cuerpos y me puse en marcha. Mi corazón lloraba de angustia e incertidumbre, y tomé la decisión más importante de mi vida: decidí que, por primera vez en toda mi carrera, iba a desobedecer una orden. No había podido evitar la muerte del rey al que servía, pero no iba a permitir que su memoria se esfumara en humo. Buscaría un buen lugar para enterrar los cuerpos.

»Y lo encontré.

Kröll había contado su historia caminando de un lado a otro por el jardín. Ahora se

había detenido al pie del rosal, junto a las tres lápidas de piedra. Los demás lo escuchaban incrédulos, mirándolo sin saber qué pensar. La criatura se agitaba como si no fuera capaz de mantenerse en un mismo sitio.

—Aquí descansan el rey Manlor el Temible, su esposa *Lady Kara* y su hija, la princesa Kasha.



Había vuelto. Por fin, después de cinco años, estaba de nuevo en Ereth, en el escenario de su deshonra. De todos los lugares que había dejado atrás en su viaje, a este era al que él menos posibilidades tenía de regresar. Pero ahora estaba allí. Y no estaba solo. Se había llevado una buena sorpresa al ver a aquellas personas en la casa. Había esperado en el exterior, escuchando e intentado decidirse a entrar.

Su regreso había sido muy duro. Había tardado más de lo que había creído posible. Su corazón le decía que tenía que regresar, pero su cerebro intentaba convencerle de lo contrario. Temía las represalias del actual rey por su deserción. Debido a ello, se detenía con frecuencia, a veces durante varios días, intentado vencer su indecisión. Pero siempre vencía el corazón y reanudaba el viaje, dispuesto a asumir las consecuencias de sus actos. De todos ellos.

Durante el viaje, mientras recorría en solitario bosques, desiertos y algún mar, a cuya agitación había acabado no solo acostumbrándose, sino cogiéndole el gusto, se había reencontrado consigo mismo, llegando casi a hacer las paces con su malograda conciencia. Casi había conseguido convencerse de que la muerte del rey no había sido culpa suya y de que sus remordimientos eran injustificados. Se había limitado a cumplir órdenes durante el ataque del Tir-Namân y había sido capaz de desobedecer cuando su conciencia se había puesto en contra.

Pero por encima de todo seguía torturándolo el no saber qué había sido del cadáver del rey. Había pasado noches en vela intentando darle respuesta a esa trascendente cuestión, pero la respuesta se le escapaba una y otra vez. Por último, había dejado de buscarla, y eso le había dado una sensación de paz y serenidad que casi creía desconocer.

Habían sido cinco años muy largos y complicados. Ahora regresaba a su tierra y encontraba a desconocidos donde no debía haber nadie, hablando de algo que no

debían conocer. Y él, en vez de enfrentarse a ellos y buscar explicaciones, había soltado todo lo que llevaba guardando durante cinco años. Una historia que solo Jhama llegó a conocer, aunque no fuera capaz de terminar de entenderla. Aquella había sido su carga, y ahora había conseguido soltar una parte de ella. La sensación de la que disfrutaba era como rejuvenecer veinte años o comenzar a respirar de nuevo, tras haber estado sumergido, casi, hasta el punto de la asfixia.

¿Y por qué aquella horrenda criatura que había estado a punto de destriparlo no despertaba temor en él? Sentía que era lo que debía ser y que todo estaba donde tenía que estar. Su intuición le decía que las piezas comenzaban a encajar, aunque no fuera capaz de ver el dibujo de la tela cuyos retazos se situaban en su sitio. Era una sensación inexplicable, pero algo en todo aquello le parecía de lo más normal.

Entonces, el talhom estalló.



La criatura alzó la cabeza en dirección al cielo nublado y lanzó un grito tan desgarrador que obligó a los demás a taparse los oídos, e hizo que los caballos se encabritaran y salieran huyendo por la puerta de entrada. Cuando el rugido se extinguió en su garganta, cayó de rodillas al suelo y después lo siguió el resto del cuerpo, hasta que quedó tendido, ovillado y tembloroso como un niño pequeño. Árgoht supo, al fin, que las suposiciones estaban empezando a convertirse en certezas.

De pronto, el talhom se puso en pie de un salto y corrió hacia las tumbas, se acuclilló ante ellas y empezó a escarbar como poseído.

—¡Lo recuerdo! —gritó—. ¡Lo recuerdo todo!

Se detuvo y volvió la mirada hacia Kröll de una forma tan feroz que Árgoht supo que, si se lanzaba contra él, esta vez no habría hechizo inmovilizador suficientemente poderoso como para detenerlo. Su cuerpo había perdido definitivamente la forma humana, por lo que el meledino supuso que la sombra estaba a punto de recuperar el ansiado control.

Además, no sabía si debía hacerlo. Aquello se había convertido en algo personal. Durante lo que parecieron horas permaneció así, mirando al forastero y quieto como una estatua. Entonces, desvió su atención y siguió escarbando. Nadie se atrevía a decir nada. Cuando empezó a cavar bajo la tercera lápida, Kröll habló.

—Ahí no encontrarás nada.

La bestia se detuvo.

—¿Por qué? —preguntó con un gruñido.

—En ese agujero no hay cuerpo. El cadáver del rey desapareció.

—¿Desapareció? —preguntó Árgoht.

—Tropecé y me golpee la cabeza contra la escalinata. Cuando desperté, el cuerpo

del rey Manlor había desaparecido y yo tenía una brecha en la frente. Recuerdo ver los escalones manchados de sangre.

El silencio se apoderó de todos. El talhom se puso en pie lentamente y se acercó a Shernan Kröll. Su cuerpo había duplicado su tamaño y el extraño lo miró, ahora sí, con terror en los ojos, sabedor que podía estar a punto de morir. Las piernas del ser se anclaban al suelo a través de decenas de raíces que nacían de ellas, para ir a enterrarse en la tierra, desaparecer y empezar de nuevo. Toda su fisonomía parecía agitarse llena de vida.

—Explícate.

—Creo que él no tiene nada más que explicar —intervino Árgoht—, pero quizás yo pueda aportar algo a toda esta incertidumbre, rey Manlor. Porque sois vos, si mucho no me equivoco.

Por fin lo había dicho en voz alta. Llevaba tiempo dándole vueltas a esta teoría, y creía que no iba a tener forma de contrastarlo hasta que llegó Shernan Kröll. Ahora todo estaba claro. Sin embargo, los demás no parecían tan convencidos con esa alternativa, pues lo miraban de arriba abajo como si se hubiera vuelto completamente loco.

—No —respondió el talhom bajando la mirada hacia sus manos de barro—. No te equivocas, aunque no entiendo cómo es posible.

Árgoht pudo ver la reacción que estas palabras tuvieron en el recién llegado. Su rostro se había quedado pálido y su boca, abierta, parecía querer desencajarse.

Shernan no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Aquella criatura era su rey? No era posible.

—Os propongo entrar dentro —dijo Árgoht—, para que pueda exponeros mi teoría con un poco más de comodidad. Además, creo que todos necesitamos una buena copa de vino.

A regañadientes, la criatura aceptó y unos minutos más tarde se encontraban en el salón, en el que ya estuvieran antes Árgoht y el talhom, sentados con una copa de vino en las manos.

—Tú eres Manlor —comenzó a decir Árgoht.

—Recuerdo cosas, casi todo diría yo. Y sí, lo soy, pero aún hay densas nubes en mi cerebro donde estoy seguro que se me ocultan cosas importantes. ¿Cómo he llegado a convertirme en esto? —preguntó, mirándose las manos—. Y tú —miró a Kröll—, no sé si debo matarte por participar en la muerte de mi familia, o darte las gracias por preservar nuestros cuerpos de las llamas. Dejaré, pues, esa decisión para más adelante.

Shernan no fue capaz de responder. Se había quedado como paralizado.

—Ahora todo encaja, rellenando la laguna que se produjo en tú mente —dijo Árgoht, también mirando a Shernan—. En el momento que te golpeaste, me atrevo a decir que la casa dio nueva vida al cuerpo del rey, usando la sangre que derramaste sobre la escalinata como catalizador, uniendo la tierra y materia orgánica que rodeaba

tu cuerpo para darle nueva forma.

—Esta mansión era mi vivienda de veraneo. Nadie más sabía de su existencia, excepto algunos miembros de mi escolta privada. Pasé muchos días aquí. Buenos tiempos.

—Creo —continuó el hechicero—, que el impacto energético que supuso tu injusto asesinato y la sangre vertida por Kröll despertaron viejas fuerzas que se trasladaron a tu cuerpo y despertaron a la mansión. Pero por alguna razón, pervirtieron tu organismo. Las fuerzas de la muerte son muy inestables, y siempre hay una parte positiva y una parte negativa. Tu parte positiva te devolvió una falsa vida. La parte maligna de esa energía te convirtió en una criatura antinatural. Sin embargo, tu fuerza y tu carácter conseguirán mantener tu parte oscura en la sombra, que es su hábitat natural.

Todos escuchaban a Árgoht embelesados. Para aquellos poco acostumbrados a la magia y las energías que mueven el mundo, aquel tipo de explicaciones solían provocar ese efecto. El meledino estaba habituado a ello. Pero de todos, Shernan era el más afectado. ¿Su rey, aquel que llevaba cinco años buscando, era aquella criatura infernal? ¿En aquello se había convertido un hombre bueno y justo? No podía ser cierto...

Pero parecía que el talhom tenía otra inquietud:

—Vahall no es mi nombre, pues, sino el de este ser obscuro. Manlor, sí, ese es mi nombre...

Daba la sensación de no terminar de creerlo del todo. Y rebuscaba en su mente los sentimientos que ese nombre despertaba.

—¿Por qué? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Por qué quisieron matarme? ¿Y quién dio la orden? Está claro que fue todo muy bien orquestado.

—Nuestra patrulla la organizó Branton Oldsten... —dijo Kröll a duras penas.

—Oldsten... Uno de mis más fieles amigos...

La criatura se tapó la cara con las manos. Tras unos instantes, se marchó a toda prisa. Los demás lo siguieron y lo encontraron de nuevo arrodillado frente a las tumbas.

—¡Ellas no habían hecho nada! —gritaba—. Su único delito era estar a mi lado.

Parecía a punto de derrumbarse de dolor y las lágrimas que sus ojos malditos no podían verter eran sustituidas por pedazos de tierra que se desprendían de su cuerpo, para desmigajarse al caer al suelo. Como siempre, cada pedazo que caía era rápidamente sustituido, aunque en momentos como aquel en los que la concentración de la criatura se centraba en algo exterior a ella, no recuperaban su forma correcta y parecía ir recomponiéndose a retales, hasta adquirir un aspecto caprichoso.

Los demás le dejaron que se desahogara. Árgoht suponía que, ahora que había recordado quién era, las demás imágenes de su pasado irían invadiendo su cerebro como un torrente, y podía vivir unos momentos muy inestables. Entonces, como para corroborar su teoría, el talhom se puso en pie como un resorte, y sin decir una

palabra, echó a correr en dirección a la pradera.

En sus ojos, Árgoht vio algo que no le gustó en lo más mínimo. Al momento se puso en marcha él también.

—¿A dónde vais, señor? —preguntó Cheen preocupado—. Sería mejor dejarlo solo...

—Temo lo que pueda hacer en ese estado. Prefiero tenerlo a la vista.

Un segundo después *Karzan* galopaba siguiendo las instrucciones de su jinete, que veía claramente el rastro del talhom y su sombra informe en la distancia. A pesar de que habían salido con escaso margen de diferencia, la criatura ya le había tomado una buena ventaja. Corría muy rápido dando grandes saltos.

Aquello se le estaba escapando de las manos y nada tenía que ver con su misión original. Sin embargo, ahora que estaba metido en ello debía seguir adelante y ver hasta dónde llegaba. Ahora se arrepentía de no haber dado por terminado el trabajo cuando se lo planteó por primera vez. Pero comenzaba a sentirse responsable de lo que pudiera ocurrir, pues era consciente de que él era el único que podía detener a Vahall si fuera necesario.

Y esta podía llegar a ser esa ocasión, la de terminar con todo antes casi de que hubiera tenido tiempo de encontrar una solución, pues se había lanzado en dirección contraria al río, sentido suroeste. Por aquella zona, que tan mala fama había adquirido con el paso de los años, muy pocos se atrevían ya a pasar. Sin embargo, de cuando en cuando, algún comerciante retrasado en su viaje y con prisa por llegar, decidía acortar camino y atravesar el valle de Pranthas. Árgoht vio, a lo lejos, que una de esas caravanas se cruzaba directamente con el rastro que iba dejando el talhom en su carrera. Seguramente, él los había visto desde lejos y, como un animal enloquecido, se dirigió hacia lo único que vio moverse.

Aunque pareciera increíble, le estaba sacando ventaja, incluso con *Karzan* a todo galope. La criatura se dirigía directamente hacia la caravana que, no tan lejos ya, avanzaba con sus integrantes ajenos a lo que se les venía encima. Árgoht temía que aquel a quien Kröll había mencionado, moviera a Manlor a cometer una estupidez salvaje, corroído como estaba por la ira y la confusión.

Unos minutos más tarde, llegaron hasta sus oídos llevados por el viento sonidos de gritos y rugidos. Los caminos de ambos, caravana y bestia, se habían cruzado con estrépito. Árgoht obligó al caballo a dar aún más de sí y, para su sorpresa, lo consiguió.

Poco después llegó a donde Vahall había irrumpido el camino de aquellos inocentes. Varios hombres fuertes lo amenazaban con picas y espadas. Lo rodeaban manteniendo la distancia y formando un círculo en cuyo centro se encontraban él y un niño pequeño que este mantenía entre sus brazos. Alrededor, varios hombres yacían tirados en el suelo, aunque Árgoht no pudo saber si continuaban o no con vida. El talhom parecía fuera de sí. Amenazaba al niño con una mano erizada de ramas con grandes espinas cerca de la garganta, mientras lo sostenía con la otra. El pequeño, que

apenas tendría diez años, había perdido el sentido y se mecía inerte en los enormes brazos de la criatura. Sus ojos rojos brillaban más que nunca.

¿Qué pretendía hacer? Con aquello no iba ganar absolutamente nada. Estaba cegado por la ira y solo buscaba sangre. Sin embargo, no acababa con la vida del niño. Se mantenía allí, bramando y lanzando gritos al aire, pero sin llegar a hacer nada. Árgoht entendió entonces que la verdadera lucha estaba teniendo lugar en su interior. Una vez más, el ser humano luchaba contra la sombra. Si no fuera así, aquellos hombres, mujeres y niños estarían ya muertos y sus cuerpos esparcidos por la pradera.

Árgoht detuvo a *Karzan* y se bajó de un salto. Nadie le prestó atención hasta que estuvo casi frente a la criatura. Oyó entonces cómo la gente murmuraba preguntándose quién era ese loco y qué iba a hacer.

—Manlor —le dijo sin alzar la voz.

El talhom no le prestó atención, más bien al contrario, acercó un poco más la mano al cuello del niño. Su cuerpo era ahora inmenso, mucho más alto que el del hechicero, y apenas podía encontrarse en él una forma humanoide. La parte de él que hacía de piernas, sosteniéndolo en pie, estaba formada por un denso amasijo de raíces, que se calvaban profundamente en la tierra.

—Manlor —repitió, de nuevo con un tono sereno.

Esta vez la criatura reparó en su presencia y bajó la mirada hacia él. Por un momento pareció reconocerlo. Entonces, lanzó un grito al cielo, profundo y prolongado, que hizo que los hombres que los rodeaban dieran un paso atrás, atemorizados. Árgoht, por el contrario, se mantuvo impasible.

—Este no eres tú, no eres una bestia. Piensa. Imponte a tu lado salvaje. No eres un asesino.

Árgoht supo que sus palabras habían tenido efecto en el momento que la criatura soltó al niño y se lanzó contra él, todo su cuerpo regado de espinas. Manlor debía estar perdiendo la batalla.

Pero Árgoht estaba preparado para aquello. Pronunció tres palabras sencillas: *Mentahur-ahl-Nemhot*, al tiempo que extendía ambas manos hacia aquella mole de tierra que se aproximaba a él. Un poderoso haz de energía salió de sus manos, denso y brillante como un pequeño sol, que hizo que todos los miembros de la comitiva se echaran al suelo. Vahall no hizo ningún esfuerzo por esquivarlo, por lo que el rayo impactó directamente en su pecho. Para su sorpresa, un enorme agujero se abrió en su torso, pero era tal la inercia que llevaba en su movimiento, que apenas si redujo su velocidad. Cuando impactó contra él, el agujero estaba prácticamente recompuesto.

Ambos rodaron por el suelo convertidos en un solo ser, golpeándose mutuamente. Por supuesto, los golpes que Árgoht lanzaba apenas tenían efecto, mientras que los de Vahall podrían haber derribado montañas. Si no conseguía marcar las distancias, el meledino moriría.

Los mercaderes, en vez de salir corriendo para huir de la lucha, parecían estar

cada vez más cerca, ansiosos por presenciar aquella escena sobrenatural. Por ello, en uno de sus envites, el talhom lanzó el cuerpo del hechicero directamente contra un grupo de hombres, que cayeron rodando por el suelo. En ese momento fue cuando fueron conscientes de la gravedad de la situación, y comenzaron a retroceder. Pero era tarde, pues Vahall se había aproximado a ellos y empezó a golpear a diestro y siniestro, igual a mujer que a hombre.

Esto dio a Árgoht una oportunidad de recuperar el aliento y una idea se despertó en su cerebro. Recordó dos sencillísimos conjuros que podrían acabar con aquella situación rápidamente. Preparó ambos y lanzó el primero justo en el momento en el que la criatura alzaba a una mujer inconsciente en brazos y se preparaba para lanzarla por los aires. El hechicero pronunció unas palabras y un segundo después el cuerpo del talhom comenzó a derretirse. Toda la tierra contenida en su grotesco cuerpo comenzaba a transformarse en barro, adquiriendo un estado casi líquido. Sus brazos perdieron consistencia y dejaron de sostener a la mujer, que cayó al suelo desmadejada. Vahall miraba a su alrededor sin saber qué estaba ocurriendo. En ese momento, y antes de que su rival pudiera formarse otro cuerpo recurriendo a otros elementos de su entorno, Árgoht lanzó el segundo de los hechizos. Su efecto fue que una esfera de energía translúcida surgió en el aire sobre el charco de lodo que comenzaba a formarse y este comenzó a ser aspirado por la burbuja, hasta que todo el ser estuvo contenido en ella.

De pronto se hizo el silencio. Todos los presentes lo miraban, desconcertados.

—¿Qué hacéis? —preguntó el hechicero dirigiéndose a los asombrados espectadores—. Salid de aquí. No podré contenerlo mucho tiempo.

Lo que vio, sin embargo, le asombró más que cualquier cosa que hubiera hecho el talhom hasta ese momento: las mujeres se habían retirado, pero los hombres se estaban armando, algunos con espadas cortas, otros con simples palos o herramientas.

—¡Matad a esa bestia repugnante! —gritó una voz.

Árgoht reaccionó con rapidez y en un abrir y cerrar de ojos se giró, abrió los brazos y pronunció unas palabras. Un segundo después, tres flechas se detenían en el aire al impactar en una fina tela luminosa que había surgido de las palmas abiertas del hechicero y que les servía como escudo. Inmediatamente, una explosión silenciosa de energía barrió a los atacados que se habían convertido en atacantes. Todos sin excepción quedaron sentados en el suelo empujados por la fuerza del impacto que, sin embargo, no les hizo ningún daño.

—No me obliguéis a dañaros, pues esto no tiene nada que ver con vosotros. El niño está bien y también vosotros.

Efectivamente, los hombres y mujeres que estaban tirados en el suelo cuando llegó, y aquellos que habían caído después, ya se estaban recuperando. Árgoht supuso que estarían doloridos durante algunos días, pero no tenían heridas graves. A pesar de su experiencia, una gota de sudor corría por su sien. Si no conseguía amedrentar o convencer a esas personas, estaba seguro de que podrían acabar con él. Tardarían y se

llevaría a muchos por delante, pero acabarían sometiéndolo pues les superaban con creces en número.

Por suerte, la gente no habituada a la magia era muy fácil de asustar. Unas pocas chispas y luces unidas a algo de verdadero poder, solía ser suficiente para que un grupo numeroso se echara para atrás.

En efecto, poco a poco el grupo se fue disolviendo y comenzó a retroceder con una mezcla de miedo e incertidumbre en sus miradas. Unos instantes más tarde estaban todos montados en sus carros y se alejaban a toda prisa de la escena, mirando hacia atrás con desconfianza, como si temieran un ataque postrero.

Entonces Árgoht, por fin solo, se encaró de nuevo con la esfera de energía que aún flotaba sutilmente en el aire, con el talhom en su interior. Este se había recompuesto usando el lodo en el que se había transformado la tierra y golpeaba inútilmente la burbuja. En cada punto de impacto, un resplandor de energía brillaba durante un segundo, para luego dispersarse por el resto de la superficie.

—No eres un asesino. Ya no. Eres Manlor, un hombre bueno, un guerrero que sabe lo que es el honor y el valor. Esto no es propio de ti.

Vahall fijó sus ojos rojos en él. Si en aquel momento hubiera estado a su alcance, lo habría destrozado. Pero dejó de golpear la esfera, lo cual era un avance. Había conseguido que se concentrara.

—Manlor, si es realmente ese tu nombre real, me estoy empezando a cansar de convencerte de que debes controlar a Vahall. La sombra no eres tú.

Poco a poco el talhom se fue relajando y su cuerpo comenzó a reducir su tamaño y recuperó su forma humanoide.

Por fin, Manlor tomó el control y habló de nuevo sentándose en el fondo de la burbuja con las piernas cruzadas, como un niño que espera pacientemente una reprimenda.

—Te pido disculpas una vez más.

—La próxima vez que tenga que luchar contra Vahall será a muerte, y su fin será también el tuyo. No puedo permitirme estar continuamente controlando tu propia oscuridad. Ese es tu cometido.

—Lo entiendo —dijo Manlor bajando la cabeza.

Con una palabra, y una vez estuvo seguro de que la situación volvía a estar controlada, Árgoht deshizo el hechizo y la burbuja se rompió, esfumándose en el aire como si miles de pequeñas chispas explotaran de pronto ante sus ojos. Después, llamó a *Karzan*, que no se había alejado demasiado, e hizo girar a su montura para echar a andar de regreso a la mansión. Tras unos segundos de vacilación, Manlor lo siguió y Árgoht puso al caballo al trote. A su lado, la criatura seguía el ritmo sin problemas.

Poco tiempo más tarde, a un ritmo algo más lento, y tras un buen rato sin que ninguno de los dos abriera la boca, fue Manlor quien rompió el silencio.

—Has elegido un buen animal para esta aventura.

Árgoht recordó entonces que *Karzan* había sido el caballo del rey, su animal de confianza. A lo mejor por eso se mostraba tan tranquilo en su presencia.

—No lo elegí yo, pero sí que es un animal excelente.

—No encontrarás otro mejor en muchos kilómetros a la redonda. Proviene de una casta real, tiene en sus venas la sangre de los mejores caballos que haya habido en las cuadras de este reino. Sus días se acaban, pues fueron muchos años los que me sirvió valientemente, pero veo que aún hay mucha energía en él.

—Así es —respondió el hechicero—. Es un leal compañero.

Entonces hizo otra pregunta, cambiando completamente de tema.

—¿Por qué has salido en pos de mí? No me debes nada. Merezco la muerte por todo el dolor que he causado, y esos hombres me la habrían dado de buen grado.

—No te confundas, no lo he hecho por ti. Es posible que buscaras efectivamente la muerte, pero si hubiera habido una refriega seria, tu instinto de supervivencia habría prevalecido sobre tu parte racional. Y ellos no te habrían abatido, tú lo sabes bien, y te habrías llevado contigo la vida de un buen número de inocentes que nada tienen que ver con lo que te ha pasado a ti o a tu familia.

Manlor siguió caminando en silencio.

—Gracias de todas formas —dijo por fin—, aunque solo sea por evitar que pesen más muertes en mi maltrecha conciencia. Además, tener a ese pequeño en mis brazos me hizo despertar otro recuerdo que a punto estuvo de devolverme al oscuro estado en el que me encontraba, en mis primeros tiempos tras mi... —dudó un instante, como si le costara expulsar las palabras—... mi muerte.

—¿Y cuál es, si te apetece contarlo?

Manlor se detuvo y Árgoht, hizo lo propio.

—Mi reina, *Lady Lara*, estaba embarazada, y los augurios decían que sería un varón. Mi primer hombretón. Era la ilusión de toda mi vida: un caballerito que pudiera sucederme en el trono cuando mis pies dejaran de sostenerme y llegara al final de mi sendero. Pero ahora... ¡Ahora no tengo nada! —bramó—. Volveré a Ereth, buscaré a cada uno de los responsables y acabaré con ellos. Ya no tengo una vida que me importe conservar, así que por lo menos obtendré mi venganza.

Árgoht se detuvo en seco y miró a Manlor, con expresión escrutadora.

—Las fuerzas que te han devuelto a la vida son excepcionalmente poderosas —le dijo—. Tanto, que incluso a mí me cuesta entenderlas del todo. Te han otorgado poder y fuerza. ¿Crees que el universo pondría en movimiento tanta energía, solo para que tú puedas llevar a cabo tu venganza?

—¡Sí! —respondió Manlor, altivo.

—Si piensas eso es que sabes muy poco. En armas y batallas serás un gran experto, pero en los asuntos verdaderamente importantes de la vida eres aún ignorante, y eso puede acabar resultando mortal para ti, dado que ahora eres el fruto del esfuerzo de La Madre por devolver el equilibrio a esta región de su verde piel.

Manlor guardó silencio, durante un buen rato después que escuchó las palabras de

Árghoht. Ya la mansión aparecía ante su vista con el río brillando a la luz del atardecer que comenzaba a cernirse sobre el mundo.

—Sé que después de lo que he hecho no es el mejor momento para preguntarte esto, ¿quitarás la llama de las proximidades del rosal? Me pone nervioso saber que aún está allí...

Árghoht miró a la criatura con suspicacia.

—Lo dejaré aún un poco más. Creo que de esa forma te estoy ayudando, pues el miedo es un buen aliado. Tu miedo a perder el rosal te hará más fuerte. Y a mí me protegerá aún un poco más...

—A veces veo a mi mujer y mi hija en mis sueños. Esos días me siento más fuerte y la sombra se repliega a un rincón. Pensar en ellas, igual que la rosa, me ayuda a ser más fuerte.

—La misma energía que recompuso tu cuerpo absorbió también algo de la esencia de ellas, que ahora forman parte de ti. De alguna forma, están ahí contigo. Usa su fuerza cuando sientas que vas a caer en la debilidad.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó, más aplacado—. ¿Con qué objetivo han sido de nuevo mis pies puestos a andar sobre la tierra?

—A eso no puedo responder, pero cada cosa llegará cuando tenga que llegar. Ese día, ni antes ni después, lo sabrás.



Shernan esperaba sentado en la escalinata de la entrada principal. A su lado, Cheen guardaba un silencio tan profundo como el suyo propio. A sus pies, las hojas marchitas del jardín se agitaban con suavidad mecidas por el aire frío. Estaba inquieto, llena su mente de ideas extrañas.

Incapaz de estar un segundo más sentado, se puso en pie y se dirigió hacia las tumbas. Allí estaban las mismas piedras de cinco años atrás. Aquellas que habían provocado su autoexilio, que le habían obligado a recorrer el mundo con las venas inflamadas de arrepentimiento y culpa. Ahora que había vuelto, lo que se encontraba era que su rey se había convertido en una bestia. El hechicero les había advertido de que las energías que se habían puesto en marcha para permitir aquella aberración eran muy poderosas y difíciles de entender. Tenía razón, por lo menos en su caso. El soldado no era capaz de entender cómo era posible aquello. Y había sido su sangre, vertida sobre la blanca piedra de la escalinata, la que había dado comienzo a todo. ¿Debía sentir orgullo o culpa? Lo que le había ocurrido a Manlor, si en verdad era él, ¿era una bendición o una maldición? Por lo que sabía hasta ahora era una maldición que solo había traído dolor a su vida y a las de los habitantes de Pranthas.

¿Encontraría una justificación que le tranquilizara el espíritu? Tenía la esperanza de encontrar allí la paz, que durante tanto tiempo le había sido esquiva, pero lo único que había hallado eran más preguntas.



No tardaron mucho más en llegar a la mansión. Árgoht se había asegurado de que nadie les seguía. La caravana, lejos a sus espaldas, casi se perdía en la distancia. Desde allí se podía ver aún la columna de polvo que levantaban las ruedas de los carros y los cascos de los animales.

Árgoht se fijó en el manto de nubes que cubría el cielo. Estaba cercano el anochecer, pero al igual que por la mañana, notaba cómo se iba aclarando un poco más a cada momento que pasaba. A ese ritmo, era posible que a la mañana siguiente hubieran desaparecido del todo. Además, las nubes ya no producían relámpagos. Árgoht tenía la teoría de que surgían de la presencia de la sombra, generadas por la parte oscura de las energías que le habían dado la vida y habían activado a la mansión. Todo sobre La Madre tiene dos caras, una pura y una impura. Manlor había estado dominado durante mucho tiempo por la parte impura, que se hacía llamar a sí mismo Vahall. De un tiempo a esta parte la pureza había empezado a hacerse hueco hasta que se había hecho con el control, en el momento en el que Manlor había recordado su pasado. Su sangre real pesaba mucho en su corazón. Y la capa de nubes había respondido a ese cambio en la misma medida y con igual brusquedad.

Llegaron a la mansión y encontraron a Cheen y a Kröll en uno de los salones, encendiendo la chimenea, pues la temperatura descendía tan rápido como el sol.

Cuando entraron, Shernan se dio la vuelta bruscamente, como si le hubieran sobresaltado. En un segundo, había desenvainado la espada que colgaba de su cintura. Su aspecto, sucio y demacrado, eran engañosos, pues seguía conservando toda su agilidad y destreza. Tanto Árgoht como Manlor se detuvieron donde estaban.

—¿Cómo te atreves a alzar contra mi un arma bajo mi propio techo?

—¿Tu techo? Para mí solo eres un usurpador que se ha agenciado una casa que no es suya. Hasta ahora solo tengo tus palabras y sus suposiciones —dijo señalando al

hechicero con la espada.

Árgoht decidió en ese momento que aquello ya no le concernía. Sintió cómo a su lado Manlor se tensaba, no sabía si para defenderse o para atacar. Entonces, para su sorpresa, se relajó y bajó la cabeza.

—Siempre has sido un hombre pragmático, Shernan. Recuerdo eso de ti. Sé que eres una buena persona dispuesta a hacer lo correcto y lo que consideras justo. Recibí buenos informes sobre ti, y tu nombre había sonado en más de una ocasión para un ascenso a capitán.

La punta de la espada de Shernan empezó a temblar ligeramente. Manlor continuó sin moverse del sitio.

—Recuerdo que estuviste conmigo y con mi familia aquí, en esta casa. Fue una primavera lluviosa y pasamos casi todo el tiempo bajo techo. Recuerdo que jugabas con mi hija Kasha al escondite para entretenerla y consolarla por no poder salir al jardín. Eres un buen hombre.

Shernan escuchaba sin saber qué pensar. Si se dejaba llevar por aquellas palabras... ¡Quería creerlo! Pero era tan inverosímil... Si fuera cierto, su búsqueda, aunque en vano, había tenido sentido. No había errado al suponer que el rey tenía que seguir vivo. Si era cierto, había perdido cinco años en una búsqueda vana, cuando el objeto de la misma seguía allí, en aquella casa.

Pero aquellas palabras solo podía pronunciarlas alguien que conociera la historia, que hubiera estado allí aquella primavera. Quería creer en aquella criatura.

—De acuerdo —dijo al fin, bajando al mismo tiempo la espada y la cabeza—. Quiero creerlos.

Manlor se acercó a su antiguo soldado y puso sus manos de piedra sobre los fuertes hombros del guerrero. Sintió cómo se tensaban sus músculos, pero no hizo el menor movimiento para librarse de él.

—Soy yo, Shernan, créeme y sígueme como hiciste tantas veces en el pasado. Ya no tengo autoridad sobre ti, pero espero volver a ganarme tu respeto.

Algo más tarde y a una orden de Manlor, una copiosa cena apareció en ese mismo salón y los cuatro se sentaron en torno a la mesa, más pequeña que la del comedor, situada cerca de una de las paredes. Una vez más, el talhom permaneció de pie y un poco apartado de la mesa. Este le había pedido a Árgoht que no revelara nada de lo que había ocurrido con la caravana de mercaderes. Se avergonzaba de haber amenazado la vida de aquel niño y no quería que nadie más conociera el acontecimiento. Lo que sí hizo fue contar el recuerdo que había tenido sobre el que habría sido su futuro hijo.

—Lo siento mucho, alteza —dijo Cheen, conmovido.

Árgoht se sorprendió de lo rápido que el chico había asumido la supuesta verdad de la historia. No se había planteado otras opciones, ni si quedaba algo del auténtico

rey Manlor en aquella criatura renacida. Sin embargo, ya le había devuelto su título y su corona.

—No me llames así.

El talhom fue algo brusco en su respuesta y el joven se sintió azorado. Sin embargo, no se percató de ese detalle.

—Eso me da el pie que necesito para contar lo que dejé a medias con vuestra desbandada de esta mañana —dijo Kröll llevándose un vaso de zumo de calabaza a los labios. Se secó la boca con una servilleta que en sus manos sucias parecía fuera de lugar.

—Cuéntame todo lo que recuerdes, te lo suplico.

—Vos viajabais varias veces cada temporada. La explicación es que ibais a descansar a casa de la hermana de la reina, *lady* Maisha Lantar, pero nadie sabía dónde estaba el destino de esos viajes. Lo mantenían muy en secreto porque temían por la vida de ella y de su hija, la sobrina del rey.

Manlor abrió mucho los ojos.

—Mi sobrina... Eso no lo recordaba...

—Sí, y no ibais vos a verlas a ellas, sino que ellas venían a veros a vos. Aquí, en esta casa. Lo sé porque, como bien habéis recordado hace un rato, en una ocasión tuve la suerte de sustituir a un compañero de vuestra escolta habitual. Me hicieron jurar por mi honor que no contaría jamás a nadie nada de lo que viera aquí ni la situación de la mansión. El castigo era la deshonra, el destierro y quizás, la muerte. Y por mi madre que nunca lo hice. Pero gracias a ese viaje supe a dónde debía traer los cuerpos cuando...

No terminó la frase, se quedó en silencio y bajó la cabeza, para no recordar su propia vergüenza.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Todos intentaban asimilar la información que acababan de recibir. Si el rey Manlor tenía una sobrina, una descendiente viva, el trono de Ereth era suyo por derecho. Como consecuencia, el ascenso al poder por parte de Yurt había sido ilegal aunque, si la existencia de la niña se había mantenido en secreto, había pecado de ignorancia, y no de maldad.

—Esa niña debería estar sentada en mi trono, y no Yurt Amnhol —dijo Manlor al cabo de un rato. Su voz había cambiado de tono, como si se le hubiera ocurrido la solución a un terrible problema—. Es necesario que el pueblo la conozca, que sepan que aún hay sangre de mi sangre sobre el mundo para sustituirme. Es evidente que yo no voy a poder recuperar el trono para mí mismo, pero sí puedo hacerlo para ella. El rey Yurt lo aceptará de buen grado, es más, se sentirá complacido con la noticia.

Árgoht no estaba tan seguro y no compartía esa confianza. Había visto a muchos alcanzar el poder y aferrarse a él con más fuerza que a un pecho de mujer. El poder corrompe hasta el más noble corazón.

—Creo más bien —dijo—, que tendrás que usar mucho poder de persuasión para que un hombre, habiendo adquirido y ejercido el poder absoluto durante cinco años,

lo ceda voluntariamente a una niña cuya existencia nadie conoce y cuya ascendencia es un misterio.

Manlor dudó un instante.

—Estoy de acuerdo —intervino Kröll—, no será fácil. Tengo tantas ganas como vos de que se restituya la justicia, pero quizás sea mejor dejarlo correr...

—¡Nunca! Ahora entiendo por qué estoy aquí, cuál es mi objetivo —alzó un puño, desafiante—. Voy a restablecer mi linaje sobre el trono, voy a devolver las cosas a su sitio. Es más...

Miró a Árgoht como si se le hubiera ocurrido una idea grandiosa. El hechicero llevaba bastante tiempo esperando la pregunta que seguro vendría a continuación.

—Tú podrías deshacer la maldición que pesa sobre este cuerpo maldito —dijo alzando la voz, como si hubiera descubierto algo grandioso, un precioso tesoro—. Podré sentarme yo mismo en el trono, podré volver a gobernar.

Manlor miraba fijamente con sus ojos rojos a Árgoht y guardó silencio, a la espera de que este respondiera.

—No puedo hacerlo.

Aguardó, mientras Manlor intentaba asimilar la noticia.

—¿Y por qué no? Eres un brujo, es vuestro trabajo.

Árgoht lo miró fijamente, molesto por ser cuestionado.

—Las fuerzas que yo manejo están más allá incluso de tu capacidad de entendimiento. Hacer lo que me pides plantea varios problemas, aun cuando descubriera la forma de conseguirlo —habló muy despacio, con tono contenido y paciencia, como si se dirigiera a un grupo de niños, y no a un rey, un militar experimentado y un joven inteligente—. El primero y más importante es que la energía que te ha devuelto la vida —porque, no lo olvides, estabas muerto—, provino de la misma Madre, y ni en sueños se me ocurriría contradecir su voluntad o tan siquiera modificarla. El segundo problema es que no estoy seguro de cómo reaccionaría tu cuerpo, si retirara esas energías que son vida y maldición al mismo tiempo para ti. El tercero, no menos importante, es que no quiero hacerlo. Mi trabajo aquí ha terminado. El misterio está resuelto. Volveré a Ereth, recogeré mi pago y me iré por donde vine.

El silencio se apoderó una vez más de todo el grupo tras escuchar las palabras del hechicero. Cheen, deseando mantenerse al margen, hizo como que seguía comiendo sin prestar atención, pero era evidente que tenía mucho interés por escuchar la respuesta de Manlor. Sin embargo, el que habló fue Shernan Kröll. Su mirada había recuperado la determinación.

—Yo os ayudaré. Juntos encontraremos a vuestra sobrina y a los responsables de vuestra muerte. Volveréis a reinar como os merecéis. Encontraremos una forma de devolveros a vuestro estado anterior.

—Gracias, amigo —respondió Manlor—. Supongo que has decidido creer en mis palabras. Eso significa mucho y vuestro optimismo es un aliciente para mí. Y vos —

se dirigió de nuevo hacia Árgoht, adoptando el trato respetuoso que hasta ahora había evitado—, ¿no podríais ayudarme en esto? Si no lo hacéis por sentido de la justicia, al menos dadme la oportunidad de ofrecer un pago. Cuando haya recuperado el poder, estará en mi mano daros lo que me pidáis.

—Lo siento, pero el sentido de la justicia es muy relativo. Estoy convencido de que Yurt piensa que su postura es la más justa. Respecto al pago, no creo que estéis en condición de prometer nada —Árgoht también había adoptado el tono más respetuoso, que era lo más correcto—, pues vuestra situación es demasiado precaria. Lo siento, pero este asunto ya no me incumbe.

Y con estas palabras, se levantó de la mesa y salió del salón.



Esa noche, Árgoht decidió dormir. No descansar en trance, sino dormir realmente, en la cama y cómodamente. Estaba agotado y su cuerpo estaba al borde de la extenuación. El trance le ayudaría a recuperar energía y poder, pero había ocasiones en las que necesitaba dejar descansar a su organismo, dejar que él mismo curase sus heridas. Su mente tardó en darse cuenta de lo que le hechicero pretendía, poco acostumbrada a ello, e insistía en permanecer despierta. Además, Árgoht temía abrir su mente a las visiones que sabía, vendrían a asaltar su descanso.

Poco a poco, presa del cansancio, por fin el sueño fue invadiendo su cerebro como si fuera un licor espeso recorriendo lentamente el tablero de una mesa hasta llegar al borde y caer al suelo. Desde que cayó dormido, los sueños se apoderaron de él, como si estuvieran ansiosos por entrar en su cabeza en una de las pocas ocasiones que tenían.

Fueron multitud, y pasaba de uno a otro continuamente. Ahora estaba en un acontecimiento vivido muchos años atrás y al segundo siguiente estaba en una visión completamente abstracta y sin sentido aparente. En uno de ellos, el más vívido, el hechicero vio una escena caótica, donde el sonido de una batalla llenaba los oídos y el olor de la sangre saturaba su nariz. Estaban a la sombra de lo que parecía ser una gigantesca montaña, había humo alrededor, y hombres caídos por todas partes. En el centro de aquella escena, el ser oscuro, con el cuerpo pegajoso por la sangre que lo salpicaba, bramaba alzando los brazos al cielo. A sus pies había un bulto envuelto en telas sucias. Varias lanzas se clavaron en ese instante en el cuerpo de Manlor y cayó de rodillas al lado del bulto. Entonces, el punto de vista cambió y vio al talhom desde atrás cayendo al suelo, ya sin fuerzas, agotada la energía que le daba vida. Desde esa posición podía ver con mayor claridad el bulto y lanzó una exclamación al ver que era el cadáver de Cheen. Graves heridas surcaban su cara hasta el punto de que le

costó algo de esfuerzo reconocerlo.

Sin embargo, a pesar de lo terrible de la escena, él se sentía de maravilla. Sentía el poder recorrer todo su cuerpo como una corriente eléctrica, como si estuviera poseído por la mismísima Madre. Le dolía ver el fin de sus nuevos compañeros, pero al mismo tiempo se regocijaba en esa sensación de superioridad, de no tener límites en este mundo.

Un segundo después despertó, con un extraño peso en el corazón. Se dijo para sus adentros que por algo había decidido dejar de dormir. Su mente era especialmente permeable a los sueños. Eran muy reales y, en alguna ocasión, habían llegado a ser premonitorios, cosa que Árgoht detestaba profundamente, pues consideraba a los adivinos y la adivinación en general patrañas y cuentos para dormir a los niños. Árgoht se reprochó haberse dejado llevar por la comodidad de la cama precisamente en un día en el que había tomado una decisión algo polémica. No le convenía tener sueños esa noche, y debió haberlo previsto, pero lo cierto era que su cuerpo estaba muy recuperado, notaba sus costillas casi curadas y cómo sus heridas se cerraban con rapidez.

Dándole vueltas a lo que había visto, se quedó un rato en la cama. Había elegido un dormitorio cualquiera de los muchos que tenía la casa. Era una estancia amplia y exquisitamente decorada. Árgoht estaba poco acostumbrado a dormir en camas como aquella durante sus viajes, así que remoloneó un poco disfrutando de la sensación ficticia de tener un hogar.

Por fin, se vistió y salió de su dormitorio cuando apenas el sol comenzaba a despuntar. Ya había perdido mucho más tiempo en Pranthas del que le habría gustado. Como había dicho la noche anterior durante la cena, solo deseaba volver a Ereth, cobrar, y ponerse de nuevo en camino. Quizás el sueño solo era una representación mental de cómo se temía él que acabaría toda aquella historia de Manlor, a poco que la situación se torciera un poco. Pero no podía dejar que su curiosidad tomara el control. Ahora que ya había desvelado el misterio de la identidad de la sombra, su misión había terminado. Manlor tenía capacidad suficiente para mantener bajo control su oscuridad, y si no era así, pronto dejaría de ser problema suyo. Él había sido contratado para descubrir qué acechaba en el valle y destruirlo si era necesario y, a día de hoy, la muerte de la criatura no era una necesidad. Además, si su teoría se confirmaba...

Pensando en esto llegó al jardín a ver el estado en el que se encontraba *Karzan* y sus pensamientos se dispersaron. Recordó entonces que lo había dejado el día anterior ensillado y con las alforjas colgadas. Con un suspiro, se preparó para soportar el mal humor que seguro tendría el animal. Sin embargo, lo que se encontró en la entrada del jardín fue algo muy distinto.

Allí estaban todos, perfectamente ataviados con ropas de viaje y los caballos aparejados. Manlor tenía cada vez más control sobre su cuerpo, y eso se traducía en que podía moldear mejor la materia para dar forma a su fisonomía. *Karzan* estaba

junto a ellos, radiante y feliz.

—Anoche me tomé la libertad de desensillarlos, señor —le dijo Cheen—. Vos os habíais olvidado y me parecía que necesitaba descansar, para estar listo para el viaje de hoy.

—Gracias —respondió Árgoht con un gesto de la cabeza—. Eres muy amable. Veo —dijo, dirigiéndose a Manlor—, que también partís.

—Así es —respondió—. Pero nuestro itinerario es algo distinto al vuestro, pues hemos decidido dar un pequeño rodeo. Recogeremos a mi sobrina antes de dirigirnos hacia el norte. Si no recuerdo mal, vive en Trennant, un pequeño pueblo situado a media jornada de aquí en dirección sureste. Eso nos retrasará un día entero, pero tampoco es que tengamos prisa. Permitidme que os lo pregunte, ¿nos acompañaréis?

Árgoht se lo pensó un momento. Miró a Cheen, que charlaba y reía con Shernan Kröll. Parecía haber hecho buenas migas con él. Si se lo preguntaba, ¿el chico iría con él o con ellos? Creía saber la respuesta. Él estaba acostumbrado a estar solo, y reconocía que su compañía no era demasiado alegre. Sin embargo, ¿era justo que el chico se viera envuelto en lo que podía acabar convirtiéndose en un conflicto, sin tener nada que ver en ello? Había otra cosa que le hacía dudar: sí él llegaba con aquella comitiva dispuesta a derrocarlo del poder y el rey decidía plantar cara, ya podía despedirse de su pago.

—Cheen —llamó Árgoht antes de responder. El joven se acercó—. En esta historia tú eres el que menos pinta, así que creo que es justo que decidas qué hacer. ¿Deseas que viajemos directamente a Ereth tú y yo solos, o deseas participar en esta aventura? Lo que sea, decídelo libremente y por propia voluntad.

El muchacho dudó un momento, intentando decidir entre la acción o la seguridad. Con una sonrisa pícaro, concluyó:

—Creo que vivir alguna aventura me vendrá bien, si no os parece mal.

En ese momento revivió la escena que había visto en su sueño y la congoja se apoderó de nuevo de su corazón. Sin embargo, nada podía decirle sobre lo que había visto ni podía oponerse a su decisión. Si su sendero se acababa, él no podría evitarlo. Sin embargo, podría tener una oportunidad si conseguía estar presente en el momento exacto en que se materializase su visión. Quizás fuera cuestión de apenas un segundo, un parpadeo que podría significar la diferencia entre la vida y la muerte.

—En absoluto —respondió Árgoht—. No eres mi sirviente, sino mi guía, y lo has hecho bien. Pero he decidido que nuestros caminos, no se separen aún. Cabalgaré con vosotros y aprovecharé vuestra compañía, aunque sea un día más.

—Me alegra mucho oír eso, amigo —dijo Manlor—. Vuestra compañía nos hará mucho bien. Pero antes de partir, por favor, acompañadme.

Los cuatro volvieron a entrar en la casa y se dirigieron al sótano, donde ya estuvieran Árgoht y Manlor con anterioridad. En este nuevo recorrido por la casa el hechicero notó un cambio. Era algo muy sutil, apenas una sensación, una sombra que desaparece cuando la miras directamente. Sin embargo, no pudo identificarla como

algo real, algo tangible, y lo dejó guardado en su mente para volver a ello si hacía falta en otra ocasión. Habían llegado frente a la vitrina con las armas.

Shernan se puso tenso de pronto. Pudo distinguir con claridad, aun a la luz de las velas, el hueco vacío en el armario, la sombra inversa en el espacio que debía ocupar una espada, la espada del rey.

—Coged lo que os parezca. Yo ya no voy a poder darles uso.

Por un momento los cuatro miraron la armería sin decidirse a dar un paso. Sorprendentemente, el primero en tomar la iniciativa fue Cheen, no sin antes lanzarle a Árgoht una mirada dubitativa. Se acercó a la vitrina y cogió una pequeña espada corta, sencilla y sucia, y un peto de cuero tachonado que se probó enseguida, comprobando que, aunque le iba grande, tenía unas cinchas que le permitían ajustárselo bastante bien.

Árgoht no pudo evitar sonreír al verlo con aquel aspecto.

El siguiente fue Shernan, que se quitó su propio peto de cuero y tomó uno más adecuado, metálico y con el escudo de Ereth en el pecho. Tomó también una daga bellamente labrada.

—¿Cogeréis algo, Árgoht? —le preguntó Manlor—. Aunque no nos acompañéis, aceptadlo como un regalo.

—Nunca uso armas —respondió el meledino. De cualquier manera, no habría aceptado tomar ninguna de aquellas.

Desanduvieron el camino y volvieron a salir a la luz del sol. Hicieron los últimos preparativos y se pusieron en marcha.

—En verdad no sé para que quiero yo esto —le dijo Cheen a Árgoht, refiriéndose a su nueva espada.

—No sabemos lo que nos va a deparar el camino, y está bien que lleves alguna protección.

Cheen miró el arma como si no supiera muy bien qué hacer con ella.

—No sé manejarla. Nunca he tenido una espada...

—Tú agárrala con fuerza —intervino Shernan—, y no la sueltes por nada del mundo. A partir de ahora es tu mejor amiga.

Cheen hizo caso al soldado y la agarró por el puño. Sintió que le pesaba mucho, pero le gustaba su tacto y el aspecto que tenía en su mano. Fantaseó un poco y se vio a sí mismo luchando en importantes batallas con aquella arma.

—Ya eres todo un hombre, así que cuando todo esto acabe te convertiré en un buen espadachín.

El joven no supo que responder, así que se limitó a sonreír de oreja a oreja, ilusionado ante la perspectiva de aprender a luchar.

La casa quedó de nuevo cerrada con la enorme piedra que bloqueaba la reja de entrada, pero esta vez Árgoht no tuvo nada que ver en ello. La criatura la empujó con

facilidad para situarla en su sitio, para salir después trepando el muro con agilidad felina.

En ese momento, Árgoht miró hacia atrás y sus ojos se fijaron en un punto del muro, como si quisiera penetrarlo con el pensamiento, y es que realmente buscaba el punto en el que la pequeña llama que le servía de salvoconducto ardía pacientemente bajo el rosal. Con un guiño, la esfera que la rodeaba desapareció y el fuego se extinguió en el aire como si nunca hubiera existido.

En la parte sur de la mansión, a unos cientos de metros del muro perimetral, un puente privado cruzaba el río sobre un pequeño remanso. Sin llegar a ser tan magnífico como el que cruzaron para llegar a la aldea de Pranthas, era de muy buena factura y elaborado en piedra gris muy pulida. Sin embargo, el tiempo y el abandono habían causado estragos en él y se encontraba bastante maltratado por la intemperie.

—Recuerdo ver guardias apostados aquí —dijo Manlor—. La casa estaba siempre protegida por personas leales, que se hacían pasar por sus dueños en las escasas ocasiones en las que alguien llegaba hasta ella.

Los demás asintieron en silencio y continuaron adelante. El hechicero observó regocijado cómo, bajo ellos, el río lamía las orillas. El agua estaba cristalina y reflejaba la luz del sol que, como sospechara la tarde anterior, comenzaba a asomar por entre las nubes, con brillos que dañaban los ojos. Manlor, en vez de acceder al puente, decidió cruzar por el agua. El hechicero se detuvo, intrigado por cómo reaccionaría su cuerpo de tierra al contacto con el agua. Lo que vio superó todas sus expectativas. Desde el momento en el que puso un pie en el río, la corriente comenzó a deshacer la tierra, pero el cuerpo del talhom no perdió la forma, sino que esta se iba componiendo de líquido transparente. Cuando hubo llegado al centro del río de su cuerpo terroso solo quedaba un rastro en la agitada superficie y todo él era ahora agua, desde la cabeza a los pies. Además, no se hundía, sino que parecía caminar sobre ella con toda naturalidad. Cuando hubo cruzado la corriente y pisó de nuevo en tierra, el efecto fue el contrario, y en unos instantes hubo recuperado su forma más común: tierra, piedras y raíces componían su cuerpo. Cada vez que se producía uno de aquellos cambios, Árgoht se maravillaba de la existencia de tal poder, de que esa energía se hubiera despertado de las entrañas de Thera.

Terminaron de cruzar los demás sobre el puente y pronto dejaron el río atrás. Como ya pensara Árgoht en una ocasión, no sabía cómo la energía que se había manifestado por los alrededores había afectado a la calidad del líquido, por lo que decidieron llevar las cantimploras llenas de agua sacada de la mansión. Asimismo, las bolsas y alforjas estaban bien provistas de alimentos que Manlor había invocado en el salón comedor. Como siempre, la casa había provisto con prodigalidad. Sin embargo, Árgoht volvió a tener una sensación extraña cuando la probó. La notó menos sabrosa que días anteriores, como si se estuviera poniendo rancia. Pensando que eso podría ser una pista que justificara su nueva teoría, lo guardó en sus recuerdos para más adelante.

Una brisa fresca acompañó al grupo durante buena parte de la mañana. El día estaba soleado y los cuatro se encontraban de buen humor. El único que no lo manifestaba era Árgoht. Los demás charlaban animadamente. Incluso Manlor escuchaba con atención las historias que Shernan contaba de sus viajes por el oeste después de que desertara del ejército. Por lo poco que llegó a sus oídos, había sido una decisión muy difícil, dada su tradición familiar. Pero lo que había hecho no le había dejado otra opción. Además, le había permitido conocer mucho más de Thera, mucho más de lo que había siquiera creído jamás que llegara a existir, y eso le había enriquecido mucho. Antes de partir, se había lavado y rasurado las mejillas hasta dejar solo una perilla gris y bien cortada. El cambio había sido espectacular: del hombre mayor que habían encontrado en la puerta el día anterior, sucio y cansado, a un soldado de porte orgulloso y aspecto de caballero. A ello contribuía que Manlor le había permitido buscar algo de ropa en los roperos de la mansión. Ahora vestía pantalón de viaje con una camisa de tela ligera. Sobre ella, un peto de cuero. La espada, sin duda la misma que usara durante su ejercicio militar, quedaba cubierta por la pesada capa de color verde oscuro que cubría sus hombros. Se había deshecho del ajado sombrero y ahora su pelo, lavado y también recortado, se mecía libre al son de la brisa.

También Cheen había renovado su ropa. Ya no vestía como un sirviente, pues su condición había cambiado desde el día en que se había apuntado a aquel viaje de forma voluntaria. Ahora era uno más y también se había aseado y cortado el pelo. También él vestía ropas de viaje, un peto de cuero y una capa, en este caso gris oscuro.

Árgoht observaba la escena unos metros por detrás. No conseguía quitarse de la cabeza la escena que viera en su sueño. ¿Se dirigían sus compañeros hacia la muerte? ¿Debía intervenir y decirles lo que había visto? ¿Había sido esa visión un anticipo de una de las Claves, esos acontecimientos que servían de inflexión en su búsqueda del Destino? Hasta ahora, en su vida solo había presenciado una Clave. Había sido hacía muchos años, y prefería no recordarla. Desde entonces había estado atento, pues en cualquier momento podía encontrarse en otra. ¿Cuántas Claves debía vivir antes de hallar su Destino, ese acontecimiento que era a la vez finalidad y justificación de su existencia? Había leído sobre magos que vivían cientos de ellas, en vidas excepcionalmente largas, antes de encontrar su objetivo. Otros, en cambio, habían necesitado apenas un par de ellas, con lo que sus vidas quedaban plenas demasiado pronto. El Destino es un amante caprichoso pero firme. Cuando él dice hasta aquí, es hasta aquí, y ni un metro más allá.

Se había hundido en sus reflexiones hasta el punto de que no se dio cuenta que Cheen se había descolgado, y ahora cabalgaba a su lado.

—¡Señor Árgoht! —dijo alzando la voz.

Árgoht parpadeó, como si despertara de una siesta, y miró al muchacho.

—¿No me oíais? Llevo un rato llamándoos.

—Lo siento, estaba distraído —respondió el hechicero.

—No importa. Os preguntaba si vos conocíais las tierras del oeste, de las que tantas cosas interesantes cuenta el señor Shernan.

—Así es —respondió—. Mis pasos me han llevado allí en varias ocasiones. Hay ciudades muy hermosas y paisajes sorprendentes.

—Contadme algo, os lo ruego.

Árghoht dudó un instante, pues era reacio a contar cosas de sí mismo, pero llegó a la conclusión de que una pequeña anécdota no supondría ningún problema. Además, el afán de conocimiento era algo que el hechicero admiraba profundamente.

—Existe una ciudad llamada Malehgar. Es la capital de un reino inmenso, mucho mayor que el reino de Ereth, que tan grande te parece a ti. Una ingente cantidad de personas habita en él, en grandes ciudades y no en pequeñas aldeas como aquí. La gente tiene otras ocupaciones aparte de la agricultura, pues existen comediantes de profesión, así como escribanos y sanadores que se ganan la vida con ello. Las mujeres son hermosas y sofisticadas, cultas y educadas. Y no solo en la corte, sino a nivel de la calle la gente es amable y cordial. Además, por supuesto, en el oeste habitan los grandes dragones.

Cheen abrió mucho los ojos, asombrado.

—Entonces, ¿existen de verdad?

—En efecto. Son unos seres extraordinarios en todos los sentidos, pero sobre todo en tamaño e inteligencia. Te recomiendo que, si algún día llegas a estar ante uno de ellos, lo trates como a un igual y no como a un animal, pues ofenderás profundamente su intelecto y jamás recuperarás su confianza.

—No creo que llegue a estar jamás frente a uno, aunque me encantaría... —dijo Cheen, con la mirada perdida y tono soñador.

—Quedan muy pocos y son muy difíciles de encontrar, pero nunca se sabe, amigo. Nunca se sabe.

Avanzaban a paso lento pero constante, sobre todo cuando tuvieron que volver a sortear las colinas Yermath. No supuso un gran esfuerzo, pero ralentizó mucho su marcha por las continuas subidas y bajadas. Ahora atravesaban de nuevo la pradera en dirección sureste. El terreno no era tan llano como en la zona más al norte, sino que se ondulaba como un mar fósil detenido en mitad de una marejada. La hierba aparecía salpicada de árboles aquí y allá. En la distancia, se vislumbraba una pequeña arboleda. Cuando preguntó por ella, Kröll le explicó que tras ella se encontraba el pueblo de Trennant. No encontraron sendero alguno, cosa que agradó a Árghoht, que prefería mantener a Manlor lejos de la mirada de la gente durante todo el tiempo posible. Al respecto, Cheen le explicó que la ruta tradicional estaba bastante más al norte, cruzando en diagonal la pradera y formando una línea recta desde el Paso del Mulo hasta Trennant. Inventar alguna excusa para su pequeña comitiva no habría sido

complicado. Sin embargo, justificar la presencia de Manlor supondría responder muchas preguntas. Además, no quería arriesgarse a que surgiera una situación que rompiera el delicado control que Manlor mantenía sobre Vahall, la sombra. Debían pasar desapercibidos tanto como pudieran. Por ello, cuando el cielo se cubrió y comenzó a llover suavemente, empezó a vigilar con más frecuencia su retaguardia, pues sus huellas se marcaban con más claridad en el terreno mojado. Sin embargo, la lluvia ayudaría a evitar que los divisaran en la distancia. Un pro y un contra para algo que, de todas formas, era tan inevitable como incontrollable. Además, el chaparrón les ofrecía una nueva visión de la pradera, que parecía envuelta en una densa niebla que le otorgaba un aspecto tenebroso.

A Shernan Kröll le gustaba la lluvia. Siempre había pensado que era la mejor forma de permanecer en contacto con la tierra que les daba de comer, de renovar las raíces y sentirse parte de un todo más grande que él mismo; delante suyo, a unos pocos pasos, avanzaba la criatura. Lo miraba y a veces aún dudaba de lo que sus ojos le mostraban. Había decidido creer en él, pero aun a pesar de sus palabras del día anterior, no estaba del todo convencido. Quería creer, pero le era difícil confiar en aquella criatura.

Decidido a vencer sus dudas, avanzó unos pasos y se situó a su altura. Manlor lo recibió con sus ojos brillantes refulgiendo entre las gotas de lluvia. Su cuerpo iba dejando grandes charcos de lodo a cada paso. Shernan se sorprendió al ver la gran cantidad de actividad que se desarrollaba en él mientras su cuerpo se deshacía y recomponía continuamente. Parecía estar mirando una charca rebosante de vida que se removiera bajo la superficie. No pudo evitar una sonrisa cuando un gusano salió de su ojo izquierdo para caer al suelo y perderse en la húmeda tierra.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó el talhom a modo de saludo.

—Pensaba en que si los habitantes de Pranthas os hubieran visto mojado como ahora, en vez de huir de vos os habrían adoptado.

Shernan pensó de pronto que la broma podía sentar mal a la criatura, pero para su sorpresa, esta gruñó levemente en lo que supuso debía ser una risa, pero que bien podía ser una amenaza. Sin embargo, su mirada daba a entender con claridad que se trataba de lo primero.

—No estoy en mi mejor momento —respondió Manlor. De nuevo aquella risa inquietante—. En estas circunstancias me cuesta mantener mi cuerpo con una forma precisa. El instinto me pide que deje que se deshaga.

—¿Podrías vivir sin una forma física? —se asombró de nuevo el soldado.

—Sí tendría una forma, pero esta estaría desperdigada y no sería compacta como ahora. Formaría parte del lodo y de los charcos del suelo. Es menos agotador para mí.

Los dos guardaron silencio, pues Shernan no podía decir nada al respecto. En cambio, decidió cambiar de tema:

—¿Qué creéis que nos encontraremos en Trennant?

—No lo sé —respondió Manlor—. Ha pasado mucho tiempo y es evidente que yo

ya no soy el que era. Aun así, espero poder convencer a *Lady Maisha* para que crea mi historia. Si no, estoy perdido y no me quedará ninguna oportunidad de hacer justicia.

Ambos quedaron en silencio un buen rato. El sonido de la lluvia repiqueteando contra el suelo, embarrado y gris, apagaba cualquier otro ruido.

—Aún no os lo he dicho —dijo de pronto Shernan—, pero siento mucho lo que os ocurrió y sobre todo haber sido partícipe en ello. No me excusaré diciendo que cumplía órdenes. No tengo justificación alguna y solo espero que podáis perdonarme, para vivir en paz el resto de mi vida.

Manlor lo miró intensamente, como intentando adivinar algo o leer entre líneas.

—No te guardo ningún rencor —dijo por fin—. Al contrario, de no haber sido por ti, no tendría esta oportunidad. Te estoy agradecido y, si lo necesitas, te doy mi perdón de todo corazón.

Shernan sintió entonces cómo sus hombros se relajaban. De pronto pareció como si su sangre explotara dentro de su cuerpo para llegar a cada rincón dotándolo de una nueva energía. Llevaba cinco años esperando escuchar esas palabras y por fin había llegado el momento. Había sido absuelto.

—Gracias —murmuró, mientras una lágrima se disimulaba con las gotas de lluvia que empapaban sus mejillas.

El silencio cayó de nuevo entre ellos durante largo rato. Shernan estaba casi convencido ya de la identidad de Manlor. Dudar de ella significaría que el perdón que le acababa de otorgar el talhom carecería de validez, y eso era algo que no podría soportar. Aun así, algo le impedía sacar la espada de su espalda y entregársela a su legítimo dueño. ¿Se sentía con algún derecho sobre ella? ¿Era ese el motivo de su reticencia? No, decidió, pero había algo en lo más hondo de su pecho que le retenía. Necesitaba alguna señal más clara aún. Llegaría el momento, y él estaría atento para interpretarlo correctamente.

Para distraerse de estos pensamientos, le preguntó a Manlor algo que tenía dando vueltas en su mente sin cesar.

—¿Es muy duro... —Shernan dudó—, morir?

Se arrepintió enseguida de haber preguntado, pero Manlor apenas reaccionó con la pregunta, como si la esperase.

—Me he esforzado —respondió—, pero no puedo recordar nada del tiempo que estuve muerto, si lo estuve alguna vez, o del momento del... cambio.

—Lo siento, era una pregunta estúpida.

—No es estúpida, pero sí peligrosa. Nadie debería saber cómo es la muerte. Esa información podría llevar a cualquiera a la locura.

No tropezaron con ningún otro viajero, y a media tarde ya tenían *Trennant* a tiro de piedra. Agradecieron la llegada a la arboleda pues, aunque no era muy espesa, sí que

evitaba en parte que siguieran mojándose. La lluvia, débil pero constante, les había calado en la ropa y en el ánimo. Cabizbajos y en silencio, entraron en el pequeño bosquecillo.

Durante todo el camino Manlor se había mostrado amable pero taciturno, aunque no podía evitar participar en las conversaciones de Cheen y Shernan. En el fondo, parecía sentirse feliz de poder conversar con otras personas después de cinco años de ostracismo y soledad. Aquellos parecían haber aceptado la presencia y la palabra del supuesto rey sin reservas, de tal forma que estaban convencidos de que podrían restaurarlo en el trono de Ereth.

Árgoht tenía serias dudas al respecto.

El terreno cubierto de árboles era bastante irregular, en consonancia con la llanura que lo precedía, con gran cantidad de arbustos y rocas que sobresalían del suelo, negras como dientes de pordiosero. Pronto divisaron el otro extremo de la pequeña y poco densa arboleda. Árgoht se detuvo.

—Manlor —lo llamó, y este se detuvo, pues avanzaba con agilidad felina unos metros más adelante—. Debéis quedaros aquí. Vuestra presencia sería... difícil de explicar, por decirlo suavemente.

La criatura abrió la boca para dar lo que parecía que iba a ser una negativa, pero enseguida volvió a cerrarla. Se detuvo a pensar unos segundos y respondió por fin, bajando la cabeza y con el orgullo herido.

—Lo entiendo.

Era fácil olvidar que había sido un soberano, un rey que liderara ejércitos enteros a la batalla. Había sido un hombre acostumbrado a dar ordenes y no a recibirlas. Aun así, parecía aceptar las indicaciones de Árgoht con humildad, aunque a veces le costara aceptarlas, como en esta ocasión.

—Pero antes pararemos un rato y descansaremos —dijo Árgoht—. Necesitamos estar frescos, pues no sabemos lo que vamos a encontrar en Trennant.

Y así lo hicieron. Descansaron algo más de una hora y se pusieron de nuevo en marcha, esta vez los humanos solos.

—¡Árgoht! —llamó Manlor, y se acercó hasta el hechicero que detuvo su caballo—. Maisha es una mujer muy testaruda y orgullosa. Será difícil hacerla creer en la historia que le vais a contar, pero hay dos palabras que conseguirán que os preste atención.

Árgoht escuchó estas dos palabras con semblante serio.

—¿Reaccionará ante ellas? —preguntó después.

—Debería hacerlo.

Ninguno dijo nada más, y Manlor se limitó a observar cómo se alejaban cuando lo dejaron bajo la roca, con la promesa de quedarse allí y esperar su vuelta.



Desde el lindero del bosque, una suave pendiente descendía hasta el pueblo de Trennant. Era una aldea más pequeña que Pranthas, más humilde. Toda ella parecía haber crecido de forma radial en torno a una pequeña plaza que contenía el único pozo a la vista. Al contrario que Pranthas, ningún río regaba los campos, así que el agua de riego debía proceder en su totalidad de ese pozo. Y había muchos campos a la vista. Alejadas del centro del pueblo, aparecían diversas granjas rodeadas de gran cantidad de tierras de cultivo, sin duda la principal fuente de sustento de la escasa población. Como ya le sucediera en Pranthas, se despertó en Árgoht un profundo deseo de estabilizarse, de quedarse en un sitio como aquel, tranquilo y hermoso, y dejar de viajar de una vez por todas. Más si cabe aquí, que se respiraba vida en las chimeneas humeantes y los labriegos que veía en los campos, tras los animales de tiro. Pero, como tantas otras veces, sabía que eso era imposible, así que lo desechó de su mente y golpeó suavemente con los talones el flanco de *Karzan* para que echara a andar en dirección al pueblo. Cualquiera que los viera pensaría que eran simples viajeros buscando descanso y alimento.

Encontraron un sendero muy usado, que se internaba en el bosque dos docenas de metros más hacia el sur, y se incorporaron a él. Antes de llegar al pueblo, el camino cruzaba varios campos de cultivo en los que pudieron ver cebada, trigo y otros cereales. Saltaba a la vista que era una tierra fértil y rica. Más hacia el sur podían verse pastando rebaños de unos animales de granja indistinguibles en la distancia. Era una población próspera, probablemente de reciente fundación, que Árgoht supuso no tardaría en crecer y convertirse en un pueblo muy animado.

El centro del pueblo estaba compuesto por un puñado de casas de piedra y madera. Debían ser frecuentes las visitas de forasteros, pues nadie los miraba con recelo ni suspicacia. La situación de Trennant servía como escala para los viajeros

procedentes del sur antes de llegar a la capital del reino. Además, su aspecto no era nada llamativo, por lo que era fácil deducir que no venían a causar problemas.

Se dirigieron directamente hacia la plaza, dando por sentado que allí encontrarían alguien a quien preguntarle por la cuñada del rey. En efecto, en seguida descubrieron una pequeña taberna algo destartalada con un cartel en el que ponía «*El Molinero*». Ataron los caballos junto a la puerta, entraron y ocuparon una mesa cerca de la puerta. Era un local fresco, con aroma a madera húmeda y carne cocida. El lugar estaba bastante más limpio que otras tabernas similares que Árgoht había conocido en sus viajes. Sin llegar a ser molesto, un ronroneo constante de voces llenaba el espacio del salón de comidas. Poco después de que hubieran ocupado su mesa, una guapa camarera, con el cabello rubio desaliñado pero de aspecto grácil y saludable, se acercó para tomar nota de la comanda.

—Buenos días, señores míos, ¿qué os puedo ofrecer?

Tenía una voz dulce y melodiosa, más propia de un bardo que de una pueblerina.

—Llevamos varios días viajando —mintió Árgoht—, por lo que nuestras gargantas están secas y nuestros estómagos hambrientos. ¿Qué podéis ofrecernos?

La camarera les hizo un breve resumen de lo que podían comer y beber, con la voz monótona de quien repite una cantinela muchas veces al día.

Los tres hicieron sus pedidos, consistentes en licor de hoja de cedro para Shernan, y cerveza de maíz para el mago y Cheen. Para comer pidieron varios platos de carnes diversas.

La comida tardó bastante en llegar y Árgoht aprovechó ese tiempo para observar su alrededor. Todos los presentes en la posada, que no pasaban de nueve personas entre comensales y residentes en la barra, parecían concentrados en sus cosas. Si su presencia había causado alguna curiosidad, esta ya se había disipado. Cuando por fin llegó la comida, todos se dispusieron a ella tranquilos y relajados, aunque no podían evitar mirar hacia la puerta cada vez que alguien entraba o salía. También pudo observar las miradas que Cheen le echaba a la camarera, pues se le iban los ojos cada vez que pasaba cerca de su lado. Tanto, que la conversación que mantuvieron durante la comida, escueta e intrascendente, no llegó a sus oídos más que a frases sueltas.

Por fin, cuando sus platos y jarras estuvieron vacíos, la camarera volvió a acercarse a ellos. Esta vez, Cheen se quedó descaradamente embelesado mirándola. Shernan, sentado a su derecha, le dio un codazo y el muchacho desvió la mirada, poniéndose colorado.

—¿Deseáis algo más? —preguntó la chica.

—Creo que es suficiente por hoy para nuestros estómagos, poco acostumbrados a tan exquisitos alimentos.

—Gracias —respondió la camarera algo atribulada, y le dijo cuánto tenían que pagar.

Árgoht rebuscó en una pequeña bolsa que llevaba oculta bajo la capa y entregó el pago a la muchacha, añadiendo una más que generosa propina. Cuando ya la

muchacha se daba la vuelta para atender otra mesa, Árgoht le preguntó como quien no quiere la cosa:

—¿Conocéis a Maisha Lantar?

La camarera se puso algo más seria y le miró con desconfianza.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Necesitamos localizarla —respondió escuetamente el hechicero.

—Lo siento, pero no acostumbramos a hablar de nuestros vecinos con forasteros.

Y dicho eso, se dio la vuelta y le dejó con la palabra en la boca.

—Vaya —dijo Shernan, divertido—, qué gente tan celosa de su intimidad.

—¿Podéis dejarme intentarlo? —preguntó Cheen azorado.

Árgoht dudó por un instante. No era tan importante contar con la colaboración de la chica, pues seguramente encontrarían alguna otra persona que les dijera dónde encontrar a la mujer, pero decidió que si el joven quería intentar acercarse a ella, no podía negarse.

—Como quieras —le respondió—. Te esperamos fuera.

Cheen se dirigió a la barra, mientras los otros dos salían al sol de la tarde que comenzaba a morir más allá de las nevadas cumbres del monte Tartak.

—Hola otra vez —dijo dirigiéndose a la camarera, que estaba de espaldas a él, colocando unas botellas de dudoso contenido.

Ella se giró solícita, pensando que era un cliente, pero al ver de quién se trataba mudó el semblante y retiró la sonrisa, que sin duda iba dedicada a otra persona.

—¿Qué quieres? —preguntó secamente—. No nos gustan los entrometidos por aquí, así que no te molestes en insistir.

—Siento que pienses eso de mí, pues no te acercas ni remotamente —Cheen sabía que no podía decirle la verdad a esta desconocida, pero tenía que encontrar una historia creíble si quería lograr su colaboración.

—Explícate pues.

Cheen se puso un poco colorado. La mirada de la chica, con unos preciosos ojos del color de la miel, se clavaba expectante en él mientras cruzaba los brazos delante de unos pechos que se insinuaban bajo un desgastado delantal.

El muchacho dudó un momento. Le dolía tener que mentir, pero de momento no tenía otra opción. Así que bajó la vista para que la chica no leyera su expresión, suspiró, y le dijo:

—Maisha Lantar es mi tía.

Levantó la vista para ver la reacción de la joven. Pero esta se mantenía inexpresiva.

—Hasta hace poco tiempo he creído que era el único que quedaba de mi familia —continuó Cheen—, pero ahora he descubierto que mi padre tenía una hermana. He intentado localizarla desde hace años, y por fin he descubierto que vive aquí. Es Maisha Lantar y es la única familia que me queda. Si tú no quieres ayudarme, lo entenderé y no te molestaré más, pero encontraré a alguien que me diga algo, porque

he viajado mucho para llegar hasta aquí y no voy a rendirme porque una niña se ponga pesada.

A pesar de que las últimas palabras habían sido duras, las había dicho con una sonrisa para demostrar que lo decía en broma. No podía creer que le hubiera salido de forma natural una mentira tan grande, y se avergonzaba un poco. Si por lo menos conseguía hacerla reír, se sentiría mejor, aunque la broma era un poco arriesgada y fácil de malinterpretar. La muchacha bajó los brazos, los apoyó en la cintura, y suspiró.

—No me mientas —le dijo—. Es una historia muy bonita, y si es mentira vas a salir de aquí empapado en licor.

Cheen cogió aire y dijo, con gran pesar:

—No te miento.

La camarera guardó silencio un buen rato mientras seguía secando vasos con un trapo mugriento, dudando de si creer o no la historia que acababa de escuchar. Por fin, con un suspiro, le dijo:

—Maisha vive a las afueras por la salida del este, en una enorme granja. La distinguirás por su color verdoso, pues es la única con esa pintura. Espero que tengas la decencia de no decirle que te lo he dicho yo.

—Tranquila —le dijo Cheen con una enorme sonrisa—. Me has ayudado mucho y si necesitas cualquier cosa no dudes en decírmelo, pues te debo un gran favor.

—Lo recordaré —dijo ella, que no pudo evitar sonreír a su vez. Aquel chico le parecía muy agradable, a pesar de que no terminaba de creer la historia que acababa de contarle. Tenía aspecto de buena persona, y eso fue lo que le hizo finalmente confiar en él. Además, le había observado durante la comida y le había pillado varias veces mirándola. Le había parecido muy tierno y tímido. Y además, muy guapo.

Cheen se levantó de un salto y se dio la vuelta para marcharse. Entonces recordó algo y se dio la vuelta.

—Gracias —le dijo algo apresuradamente—. Y por cierto, me llamo Cheen.

Le tendió una mano. Ella dudó una vez más, pero el encanto del chico había causado un escalofrío en ella y le había llegado a algún pequeño rincón del corazón.

Por fin, ella alargó la suya y apretó la de él.

—Atrisha.

Cheen salió de la posada con una enorme sonrisa de satisfacción en el rostro. Por primera vez desde que saliera de Ereth acompañando a Árgoht, había podido hacer algo útil. Hasta el momento solo había sido una carga para el hechicero: herido por lobos y enfermo después, solo había supuesto retrasos en el viaje. Pero ahora había podido aportar su granito de arena.

Sus compañeros lo esperaban junto a los caballos.

—Supongo que ha ido bien —preguntó Shernan leyendo su rostro.

—Maisha vive en una granja pintada de verde a las afueras en dirección este.

Árgoht miró al cielo. El sol ya casi se había ido tras la arboleda, alargando las sombras de los árboles, de forma que ya casi cubrían el pueblo.

—No es momento para hacer visitas, y menos aún de la naturaleza de la nuestra. Busquemos dónde pasar la noche y mañana acudiremos a esa granja.

—¿Por qué no regresamos al bosque? —preguntó Kröll.

—No quiero levantar sospechas, y seguro que ver a tres personas entrar en el bosque al anochecer y salir de nuevo por la mañana las levantaría. Creo que ahí estaremos bien.

Árgoht señaló con el dedo una casa de tres plantas de madera, situada junto a la posada, en cuya puerta podía leerse un cartel en el que se ofrecían habitaciones limpias.

—Pero nuestro compañero se preocupará —dijo Cheen, evitando decir en voz alta el nombre de la criatura, pues era bien conocido y no podían saber quién dirigía sus orejas hacia ellos.

—Yo se lo comunicaré.

Sin una palabra más, se dirigió a la casa y se perdió en la oscuridad del interior. Shernan y Cheen se miraron un momento y siguieron los pasos del hechicero.



Cualquiera que esa noche hubiera salido a pasear por el tranquilo bosquecillo que rodeaba Trennant, habría corrido el riesgo de llevarse un susto de muerte. Eso estuvo a punto de pasarle a un muchachito que jugaba con sus amigos a ser valiente. Habían apostado a que no sería capaz de llegar hasta la Piedra Grande y volver durante la noche y sin echar a correr. Vale que el nombre del lugar no era demasiado original, pero era lo que tenía que ser: dos palabras que la definían inequívocamente. Era una piedra y era grande, luego el nombre de Piedra Grande era de lo más adecuado.

Pero ese día no era el más adecuado para entrar en el bosque y dirigirse a ese punto concreto, pues el joven iba a encontrar bajo ella algo que sus ojos no habían visto ni volverían a ver jamás.

Caminaba con paso seguro por el camino más transitado, aquel que pasaba a unos cincuenta metros de la piedra. Ya la noche había caído y la arboleda se había llenado de los ruidos menos frecuentes de su fauna. Grillos, búhos, roedores... Toda esa fauna amiga de la noche que tan mala fama tiene solo por tener la oscuridad como hábitat natural. Pero nada de eso afectaba al muchacho. Acababa de entrar en la adolescencia, tenía las hormonas a todo volumen y, sobre todo, tenía muchas ganas de demostrar que ya era casi un hombre.

Así pues, avanzaba a grandes zancadas, sin ocultar ni silenciar sus pasos. Su respiración resonaba a muchos metros de distancia. Era un chico de anchas espaldas y brazos fuertes, y eso le proporcionaba una gran seguridad. Llegaría a la Piedra, haría una muesca para que a la mañana siguiente los otros pudieran comprobar que había llegado hasta allí y volvería a salir tan campante, sin que el pulso se le acelerara siquiera.

Por fin llegó al punto en el que tenía que dejar el camino e internarse en el bosquecillo. No era muy denso en aquella zona y si hubiera sido de día, habría podido

ver su objetivo desde allí. Pero ahora la oscuridad lo envolvía todo y se tenía que guiar más por su memoria que por la poca luz que la luna y las estrellas le proporcionaban.

Apenas se hubo separado quince metros del sendero, algo hizo que se le pusieran los pelos de punta. Hasta sus oídos llegaba el sonido de una voz que murmuraba. Se detuvo en seco a escuchar, pero solo los árboles mecidos por el viento alteraban la noche. Comenzó a andar de nuevo reprendiéndose a sí mismo, pero a los pocos metros volvió a oírla, esta vez con más claridad. Esta vez le había parecido que había dos voces, una que hablaba y otra que respondía. No podía ser. Nadie entraría en el bosque a estas horas de la noche. A no ser... El joven mostró una sonrisa traviesa. ¿Serían sus amigos que se habían adelantado para darle un susto? O mejor aún, ¿sería alguna parejita romántica deseando un poco de intimidad?

Aflojó el ritmo y midió más sus pasos para intentar hacer el menor ruido posible. Cualquiera de las dos opciones le daría la oportunidad de hacer una buena travesura. Si eran sus amigos esperándolo, sería él quien los asustara a ellos. Pero si era una pareja, la diversión podría multiplicarse. Casi se le escapa una risotada de emoción de solo pensarlo...

Ahora sí que veía la Piedra, y seguía oyendo los murmullos, cada vez más cercanos. No veía nada, así que, o estaban bien escondidos o estaban al otro lado de la roca. Se acercó muy despacio. Cuando ya estaba al pie de la roca, que se alzaba sobre él más de dos metros, notó un tenue resplandor que procedía del otro lado. El chico se llevó una decepción. ¿Serían sus amigos tan torpes como para tener una luz encendida? Aquello acabaría demasiado rápido con la diversión... Aun así, todavía podía darles un buen susto. Rodeó la piedra muy despacio, con mucho cuidado de dónde ponía los pies para no pisar ninguna rama que delatara su posición. Las voces se intensificaron al otro lado. Una voz era grave y profunda, la otra más modulada pero muy seria.

Por fin, llegó al otro lado de la piedra y se asomó, dispuesto a saltar en cualquier momento para pillar a sus amigos en plena conspiración, pero se quedó sin aliento antes de iniciar cualquier movimiento, su piel perdió el color y se le erizó el vello en todo el cuerpo.

Ante él, había una criatura enorme. Sentada en el suelo era tan alta como él. Se encontraba de espaldas (gracias a todos los dioses), pero lo que más inquietó al muchacho fue lo que había frente a ella y de dónde salía la segunda voz. Era una especie de globo luminoso que flotaba en el aire mientras despedía vaporosos espumarajos de luz densa, como si fueran las llamas de un fuego. En el centro, el rostro de un hombre, teñido del color malva de la luminiscencia, hablaba en tono quedo.

El joven se quedó de piedra cuando el hombre de la luz dejó de hablar y miró hacia él. Acto seguido, el talhom se giró bruscamente, y se clavaron en él dos ojos rojos y brillantes. El chico no pudo aguantar más y lanzó un grito que resonó en el

bosque silencioso. Inconscientemente, sus pies comenzaron a moverse y corrió más rápido de lo que lo había hecho nunca, sin dejar de gritar y manotear. Estuvo a punto de tropezar varias veces, pero de milagro conseguía mantener el equilibrio y continuar su carrera frenética.

Cuando salió del bosque, sus amigos lo esperaban tendidos en el suelo y revolcándose por culpa de la risa, que no les dejaba respirar. Habían escuchado sus gritos y ahora lo veían salir como un poseso de la arboleda. Era más de lo que podían aguantar. El chico pasó de largo sin frenar su espantada en dirección al pueblo. Cuando sus amigos consiguieron recuperarse, fueron tras él para poder burlarse un poco más.

—Esto nos va a complicar las cosas —dijo Árgoht, evidentemente preocupado.

—¿Por qué? —preguntó Manlor—. Solo es un chaval insignificante, no nos traerá problemas.

—Contará lo que ha visto, y puede que alguien le crea. En ese caso, querrán venir a ver si hay algo de cierto en su historia. Debeis iros ahora mismo...

—Vamos brujo, déjate ya de formalismo conmigo.

Árgoht guardó silencio durante unos instantes, sorprendido, antes de continuar.

—De acuerdo, pues. Busca otro sitio donde ocultarte. Nosotros te encontraremos. Será mejor irnos cuanto antes. Mañana por la mañana veremos a Maisha y a mediodía estaremos de nuevo en camino. No podemos retrasarnos más.

—De acuerdo.

—Hasta mañana entonces. Ten cuidado.

Con estas palabras, el globo de luz se apagó y Manlor volvió a quedarse solo, con la única compañía de las sombras.



Trennant tenía todo el aspecto de un pueblo en crecimiento, con bastante movimiento de viajeros. La habitación que le había correspondido a Árgoht (Shernan y Cheen habían ocupado una habitación conjunta), estaba limpia y decorada con muy buen gusto, señal de que solía acoger visitantes con frecuencia. A su vez, la presencia de extranjeros suponía que el pueblo era lugar de paso, quizás incluso se estuviera convirtiendo en referencia, pues era la última escala antes de llegar a la ciudad de Ereth. Árgoht no lo sabía, pero si no lo tenía ya, pronto tendría su propio mercado, y ese sería el impulso definitivo.

Habían decidido levantarse al alba, por lo que el ama de la pensión tuvo que apresurarse mucho en despojarse de las sábanas para atenderlos. Árgoht había narrado a sus compañeros lo ocurrido la noche anterior cuando entró en contacto con Manlor.

—Supongo que Manlor se buscará otro escondite —dijo Cheen durante aquella conversación, la noche anterior.

—No creo que nadie lo encuentre fácilmente. Lo de ayer ocurrió porque estaba concentrado hablando conmigo —contestó Árgoht—, pero aun así prefiero que nadie se fije en nosotros ni recuerde nuestros rostros.

Cheen pensó que a lo mejor era algo tarde para eso. Por lo menos, el suyo propio debía estar bien marcado en la retina de la camarera de la posada. El joven se descubrió a sí mismo pensando en ella varias veces durante la noche, que por lo demás transcurrió sin ningún tipo de incidente. Por precaución, Árgoht había activado en las puertas de ambos dormitorios sendos hechizos de alarma. Si alguien intentaba forzarlas, él se despertaría automáticamente. Aunque eso no ocurrió y descansó con placidez, sumido en un trance profundo y reparador.

La mañana llegó sin rastro de la lluvia del día anterior. Árgoht cambió su ropa

húmeda por otra seca y limpia. El descanso, el cambio de ropa y la agradable mañana que saludaba al abrir la ventana, a pesar de que el sol apenas había despuntado, le hicieron sentirse de un excelente humor.

A los demás parecía haberles pasado algo similar, pues sus rostros mostraban muy buen aspecto cuando se encontraron en el pasillo.

El precio que pagaron por las habitaciones fue bastante asequible y además incluía el desayuno, que resultó estar compuesto de gachas de avena y tostadas de pan casero. Ambas cosas regadas con un vino muy suave. El hechicero, poco dado a las bebidas alcohólicas, y menos a tan temprana hora, prefirió beber agua, que salía fresca y transparente del pozo.

Cuando el sol comenzaba su recorrido diario, el grupo había desayunado y estaba en marcha en dirección este con la esperanza de que la granja color verde, que había descrito la camarera Atrisha, fuera fácil de localizar.

La aldea comenzaba poco a poco a llenarse de actividad a medida que ellos caminaban hacia la salida este, que no era otra cosa que un camino empedrado de apenas unas docenas de metros, que conectaba la plaza con los campos que se encontraban en esa dirección. Y es que salir del pueblo no suponía un gran problema pues, desde que se atravesaba la primera línea de casas, ya casi se estaba a las afueras y uno se internaba en los campos de cultivo y las granjas, dejando atrás el pequeño centro del pueblo.

Las escasas personas con las que se cruzaron apenas si les prestaron atención y las que lo hicieron, solo fue para saludarles amablemente, con un gesto de la cabeza y una sonrisa.

—Parecen buena gente, estos trennianos —dijo Cheen—. Tengo entendido que hasta hace unas décadas este pueblo apenas era un puñado de casas mugrientas. A medida que Ereth ha ido creciendo y las rutas comerciales se han ido desarrollando, Trennant se ha convertido en ruta de paso y ha generado ingresos que a su vez han devenido en prosperidad. Pero la población se había mantenido constante hasta la desbandada producida en Pranthas, que ha supuesto una nueva vida para Trennant, pues mucha gente ha preferido venir aquí antes que a Ereth. Allí no había sitio ni trabajo para todos, y hay a quien la capital le resulta demasiado grande.

Árgoht estuvo a punto de echarse a reír al pensar en aplicar el concepto «demasiado grande» a Ereth. Solo su ciudad natal, Meledel, era cuatro veces mayor. Y más al este las había aún más grandes.

No les costó nada encontrar la granja. Era una enorme mansión rodeada de campos de lo que Árgoht reconoció como cebada y avena. En ellos ya se veía actividad de personas que comenzaban su jornada laboral. El grupo se internó en un bien cuidado camino que comenzaba con un cartel de madera en el que ponía «*Granja Lantar*». El camino estaba flanqueado por campos de altas espigas. Unos cincuenta metros más allá, se alzaba la casa. Esta era, efectivamente, de un color verde pálido y con un enorme porche de madera sostenido por enormes columnatas,

al que se accedía mediante varios escalones de piedra blanca y pulida. Había mucho dinero invertido en aquella casa. Por encima del porche se elevaban dos plantas con enormes ventanales y un precioso techo a dos aguas, de tejas de color tierra.

Frente a la puerta, una mujer madura pero de muy buen aspecto intentaba poner orden entre los numerosos cojines, que llenaban un largísimo banco que recorría gran parte del porche, apoyado contra la pared. La mujer iba vestida con ropa de trabajo, pero no parecía ser una sirvienta. Cuando vio llegar a los extraños, se puso en pie y los miró de arriba abajo, orgullosa. Tenía el porte de una reina.

Árghoht se adelantó unos pasos.

—Buenos días mi señora. ¿Tengo el honor de dirigirme a *lady* Maisha Lantar?

La mujer los miró uno por uno, escrutando el aspecto de cada uno de ellos.

—Eso depende de quién pregunte —respondió, desconfiada, tras unos segundos.

—Pregunta Árghoht de Meledel, y necesitamos encontrar a *lady* Maisha Lantar para tratar un asunto de severa importancia. ¿Sois vos?

En ese momento, la puerta de la casa se abrió de golpe y por ella salieron tres hombres armados con espadas cortas y petos de cuero. Asimismo, de los laterales de la mansión y de los campos de espigas que habían dejado a la espalda, surgieron otros cinco hombres igualmente armados, que rodearon a los tres en unos segundos.

—Yo soy, pero tendréis que explicarme qué deseáis de mí antes de que os eche por las malas. No soy conocida por mi paciencia.

Árghoht se sorprendió de lo rápido que se habían situado en torno a ellos. Estaban esperándolos, eso saltaba a la vista.

—Vaya, veo que las noticias vuelan —Árghoht había esperado poder tener una conversación algo más consistente antes de recurrir a la opción que le había dado Manlor, pero el momento había llegado sin avisar—, pero eso no será necesario, *milady* —señaló con la mirada al hombre armado que tenía más cercano—. Tengo un mensaje de alguien que os conoce bien, alguien que desea ver a la Pequeña Estrella.

El cuerpo de la mujer se puso completamente rígido. Parecía que había recibido una descarga eléctrica, en vez de haber escuchado unas simples palabras.

Tras unos instantes, se recuperó ligeramente y, con labio tembloroso, dijo:

—Vosotros —dirigiéndose a los hombres que los rodeaban—, guardad las armas. Yo me encargo.

Lentamente, reacios a obedecer, aquellos que debían ser la escolta de la dama se relajaron y se hicieron a un lado, mientras envainaban sus armas.

—Venid conmigo —dijo *lady* Maisha a sus inesperados visitantes, con tono seco y cara de pocos amigos.

El interior de la casa era tan espectacular como el exterior. Decorado con exquisito gusto mediante maderas talladas, denotaba que en ella vivía gente de un alto poderío económico y social. En el centro del gran salón al que accedieron había una chimenea

redonda encendida. En torno a ella, diversos sillones de varios colores y tapizados. El suelo estaba cubierto con exquisitas alfombras de diversas texturas y en las paredes destacaban gran cantidad de estanterías con libros, prueba de que la mujer que tenían enfrente no era ninguna pueblerina. De otras estancias de la casa se escuchaba el sonido de voces, que surgían de la servidumbre que se encargaba de las tareas domésticas. Era un lugar muy acogedor, bien iluminado por ventanales, que dejaban pasar la luz de la mañana para inundar toda la estancia.

—Sentaos por favor —dijo *lady* Maisha, muy seca a pesar de su cortesía.

Los tres obedecieron. Enseguida, una joven se acercó a la mujer. Hablaron un segundo entre susurros y volvió a perderse por una puerta al fondo de la estancia. *Lady* Maisha se sentó frente a ellos.

—He mandado traer una botella de vino, pero antes de ofreceros mi hospitalidad tendréis que decirme dónde habéis oído ese nombre. De la respuesta que me deis dependerá el rumbo que tome esta conversación.

—Esas palabras —dijo *Árgoht*—, han salido de boca del único hombre que las usaba.

—¡Eso no es posible! —gritó la mujer—. Esa persona murió hace mucho tiempo.

—Eso dicen —respondió *Árgoht*—, pero yo digo que las cosas no siempre son lo que parecen.

El meledino sabía lo ambigua que era esa respuesta y que podía llevar a una mala interpretación.

La mujer perdió la compostura por un momento. Perdió el porte orgulloso y pareció querer tenderse en el sillón, como si necesitara coger aire. En su rostro se reflejaba la incertidumbre, la lucha interior entre la parte que quería creer lo que le acababan de insinuar y la parte que no se atrevía a dar crédito.

—Lo que vos me decís es completamente imposible —dijo tras unos segundos—, si os estoy entendiendo bien.

—Sin ninguna duda, y el hecho de que yo conozca esas palabras es prueba suficiente. Solo él las usaba para referirse a su hija. ¿Estoy en lo cierto?

La mujer dudó nuevamente un instante y se levantó bruscamente. Comenzó a pasear por el enorme salón. En ese momento, la sirvienta apareció con una escudilla, cuatro preciosas copas y una jarra con un líquido verdoso.

—Gracias —le dijo *lady* Maisha, cuando hubo dejado la bandeja sobre una mesita frente a sus invitados—. Que nadie nos moleste.

—Sí, señora.

Todos la siguieron con la mirada mientras se retiraba por la misma puerta por la que había entrado y la cerraba tras ella.

—Solo una persona en Ereth conoce mi relación con esa otra persona. ¿Os envía el rey Yurt? ¿Es algún tipo de broma?

—*Milady*, os aseguro que no bromeo y no, no vengo de parte del rey. Mi mensaje proviene directamente de vuestro cuñado y tío de la Pequeña Estrella.

—No os atreváis a usar de nuevo esas palabras. ¡Ese hombre está muerto! Explicaos antes de que pierda la paciencia.

Cogió una copa vacía, la llenó del extraño líquido verde, y dio un largo trago. Cheen, vergonzoso, tomó también una e imitó el gesto.

—La historia es larga y difícil de creer, pues intervienen en ella fuerzas poderosas de escasa popularidad. Pero sí puedo deciros que Manlor os necesita.

Lady Maisha dio un respingo involuntario al escuchar el nombre de un hombre al que creía muerto desde hacía cinco años, a pesar de que llevaban hablando de él desde el principio de la conversación. Dio otro trago de la copa y, aclarándose la garganta, volvió a hablar.

—¿De veras queréis que crea que Manlor sigue con vida? ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—Esa historia es, como os digo, bastante larga y para creerla habrá cosas que debáis ver con vuestros propios ojos, pues mis palabras no serían suficientes. Además, lo correcto sería que os la contara él mismo. Pero sí os diré que tenemos motivos para creer que desde la corte se tramó una conspiración para derrocar al rey y acabar con su vida. Ahora se nos presenta la ocasión de enmendarlo, pero es de vital importancia que me creáis y os dispongáis a ayudarnos. Vuestra participación es vital.

La mujer se irguió de nuevo en el sillón, recuperando parte de la pose autoritaria que había perdido al oír el nombre de Manlor. Parecía estar armándose para decir que aquello no iba con ella. Que Manlor llevaba muerto cinco años y era imposible que siguiera vivo. Se armaba para echarlos de allí con amabilidad y dureza. En ese momento, presintiendo que eso iba a ocurrir, Shernan intervino.

—Mi señora —*lady Maisha* soltó el aliento y lo miró, algo molesta por la interrupción. Era una mujer poco acostumbrada a que la dejaran con la palabra en la boca—, dadnos tan solo la oportunidad de demostraros que lo que decimos es cierto. No venimos de parte de nadie ni urdimos trampa alguna. Los motivos que nos han traído a perturbar vuestra paz son nobles y honrados. Yo mismo pertenecí a la guardia del rey Manlor y tuve la desgracia de participar en el ataque destinado a acabar con su vida. Le tendieron una trampa. A él y a todos los demás. Fue un plan muy bien trazado y perfectamente ejecutado. Los remordimientos por lo que hice aquel día, por participar en aquello, aunque no fuera consciente de lo que hacía, me hicieron abandonar estas tierras durante cinco años. Ahora he vuelto y tengo la oportunidad de reparar el daño que hice.

La mujer dudó de nuevo y volvió a ponerse en pie para pasear por el salón. Necesitaba pensar. Llevaba todos estos años temiendo que alguien apareciera en su puerta para decirle que sabía quién era y el secreto que guardaba. Un secreto que podía acabar con el actual reinado. Ahora tres hombres esperaban pacientemente una respuesta. ¿Y si era una trampa? Pocas personas conocían el secreto, ¿cómo podían saberlo ellos, si no venían de parte de Yurt o del mismísimo Manlor, si es que esto era posible? Por otro lado, Yurt tenía formas de comunicarse directamente con ella a

través de personas de absoluta confianza. ¿Era posible, pues, que Manlor estuviera vivo en alguna parte?... No podía ser, se negaba a creerlo.

—Conozco la mansión de Pranthas —continuó Shernan—, conozco el secreto que guardaba con celo *lady* Kara, que no era otro que el bebé que crecía en sus entrañas.

Lady Maisha se detuvo en seco. Los ojos parecían querer salirse de las órbitas.

—¿Cómo se supone que podéis conocer toda esa información? —preguntó bruscamente.

—En una ocasión formé parte de la escolta real en una de las visitas del rey.

Estas palabras parecieron tranquilizar y convencer un poco a *lady* Maisha, que reanudó su paseo inquieto por el salón. Sus pasos apenas resonaban, amortiguados por las alfombras. Nadie dijo una palabra, respetando el silencio reflexivo en el que parecía haberse sumido la mujer. Por fin, se sentó de nuevo en el sillón, tomó su copa, dio un sorbo y se encaró con ellos.

—¿Dónde está el rey Manlor, si como decís sigue con vida? —preguntó bruscamente—. ¿Por qué no ha venido él en persona?

—Os espera en el bosque. No quería dejarse ver, por motivos que supongo entenderéis y por otros que no imagináis, pero que se harán evidentes cuando os encontréis frente a él —respondió Árgoht.

Lady Maisha guardó silencio unos instantes, tras los cuales soltó un hondo suspiro.

—De acuerdo —dijo por fin—. Demostradme que lo que decís es cierto. Pero mi hija se quedará aquí hasta que pueda confirmar vuestras palabras. Me llevaré a mis hombres de confianza. Si me mentís, no tendréis tiempo de arrepentiros de haber venido hasta mi casa.

—Como queráis, *milady*, pero os ruego que limitéis a dos o tres personas vuestra escolta, pues veros marchar demasiado acompañada podría levantar alguna suspicacia, y es importante que pasemos lo más desapercibidos posible. Os doy mi palabra de que nada debéis temer de nosotros. Os aseguro que con dos acompañantes será suficiente. Y por el bien de todos, que sean valientes y tengan el espíritu sereno.

Lady Maisha era una mujer fuerte y segura de sí misma, acostumbrada a destacar en un mundo de hombres y a que su opinión fuera respetada. Sabía distinguir cuándo un hombre mentía o tenía intenciones ocultas. Algo en este extraño le producía seguridad, como si de su boca no pudieran salir falsedades.

—Confiaré en vos, de momento. Esperadme fuera, enseguida me reúno con vosotros.

Los tres hombres se levantaron y salieron por la puerta principal, mientras que la mujer lo hacía con paso decidido por la parte trasera.

La mañana había avanzado un poco y comenzaba a hacer calor. Después de la lluvia del día anterior los campos habían amanecido húmedos y el aire estaba impregnado de un agradable aroma a tierra mojada con hierba fresca.

No tuvieron que esperar mucho antes de que *lady* Maisha apareciera por un lateral

de la gran casa, ya montada sobre un impresionante caballo de color negro que bien podía rivalizar en imponencia con *Karzan*. Haciendo caso a *Árgoht* a pesar de su reticencia, tras ella venían solo dos hombres también a caballo que fueron presentados como *Lorren*, de aspecto fiero, cabello castaño que le llegaba hasta los hombros y un cuerpo recio de gran musculatura, y *Rismer*, de aspecto menos fornido, pero con una fiereza en la mirada que lo hacía tan temible como su compañero. Ambos llevaban espadas colgadas al cinto y escudos a los flancos de las monturas. El hechicero montó en *Karzan* y los demás lo imitaron.

—Detrás de vos —dijo *Árgoht* inclinando la cabeza y cediendo el paso a la señora. Esta puso a su caballo en movimiento por el sendero rodeado de espigas que conducía a la salida de sus tierras.

Decidieron dar un rodeo por las afueras del pueblo, algo que, por otro lado, no les retrasaría mucho respecto al recorrido en línea recta atravesando el pueblo, gracias al escaso tamaño de la aldea. La mujer accedió, aunque desconfiaba a cada paso de que pudiera tenderse una trampa. Su corazón le hacía confiar en *Árgoht*, pero su experiencia vital y su posición le hacían dudar de todo y de todos. Su escolta no dejaba de mirar en todas direcciones buscando cualquier indicio de peligro. Lo único que encontraron por el camino fueron algunos vecinos que saludaron amablemente a la señora, sin detenerse a mirar dos veces la comitiva.

En poco tiempo llegaron al bosquecillo y se internaron en un punto al norte del pueblo, lejos del sendero principal. Cuando hubieron avanzado algunos cientos de metros hacia el interior, *Árgoht* detuvo su caballo.

—Disculpadme un momento.

Cerró los ojos, alzó las manos frente a su pecho, una con la palma orientada hacia el frente y la otra hacia sí mismo, y pronunció unas palabras que en los oídos de los demás sonaron como: *Artizh-orn-Manlor-tha*. Unos segundos después, una esfera de luz color malva comenzó a aparecer frente a sus manos.

—¡Eres un mago! —exclamó la mujer sorprendida y algo atemorizada. El caballo retrocedió algunos pasos debido al tirón involuntario que dio de sus riendas. Sus hombres avanzaron para situarse frente a ella al tiempo que desenvainaban sus armas.

—Eso no será necesario —dijo *Cheen* conciliador—. Os lo seguro. Ved que de nosotros solo *maese Kröll* lleva armas, y no las ha sacado en ningún momento. No corréis peligro alguno.

La mujer, llevada por la curiosidad, se abrió paso entre sus hombres para ver mejor, aunque mantuvo una distancia prudencial. Su escolta, sin embargo, conservó las armas en la mano. La magia era muy rara por aquellas tierras, apenas alimento de leyendas, y eran muy pocos los que habían sido capaces de verla con sus propios ojos. Por ello, su práctica desencadenaba el rechazo propio del desconocimiento.

Enseguida, una imagen apareció en la esfera de luz. *Árgoht* la veía con claridad, pero para los demás estaba difuminada y no podía distinguirse apenas nada.

—Estamos al norte —dijo el hechicero brevemente, y la esfera de luz se apagó de

nuevo. Se dirigió de nuevo hacia los demás—. Él nos encontrará. Busquemos un sitio algo más oculto de miradas indiscretas. Estamos a pleno día y cualquiera puede pasar por aquí.

—Eso no es cierto —dijo *lady* Maisha—. La gente del pueblo rara vez se interna en el bosque por otro sitio que no sea el sendero principal. No creo que tengamos problemas.

Aun así, se internaron varios metros más en la arboleda hasta situarse entre un grupo de rocas altas y uno de árboles algo más apretados de lo normal. Se bajaron de los caballos y los amarraron a los troncos mientras ellos seguían caminando un poco más.

—Ahora, si me lo permitís —dijo Árgoht dirigiéndose a los escoltas—, os rogaría que guardarais vuestras armas en sus vainas. No quiero que nadie salga herido solo por un ataque de nervios o una decisión precipitada. No os asustéis.

Los hombres miraron a *lady* Maisha, que asintió con la cabeza para que obedecieran. Y lo hicieron justo a tiempo, porque unos segundos después comenzaron a escuchar los pasos de algo que avanzaba hacia ellos a través de la maleza. Debía estar muy cerca, aunque hasta ese momento no habían escuchado nada a parte de los sonidos propios del bosque. Inconscientemente, apoyaron la mano sobre el pomo de sus espadas. Con una mirada, la mujer les hizo tranquilizarse y esperar a ver qué ocurría.

Al igual que la magia era algo extremadamente difícil de presenciar, las criaturas oscuras estaban relegadas a los mitos y los cuentos de terror para niños. Manlor apareció frente a ellos despacio y con prudencia, sabedor de las reacciones que generaría su visión en personas normales, en aquellos que habían vivido sus vidas tranquilamente en casa, con sus familias y sus trabajos, sin más preocupación que lo que iban a comer al día siguiente. Su cuerpo, a pesar de haber adoptado una forma lo más humanoide posible con sus protuberancias y salpicado de fragmentos de roca, no disimulaba sus ojos rojos, que causaban una impresión difícil de olvidar. A pesar de su prudencia, tanto la mujer como los dos hombres soltaron sendos gritos de terror y retrocedieron por instinto varios pasos hacia atrás. Rismer tropezó y cayó sobre su trasero, sin dejar de gritar. El otro hombre cedió al impulso y sacó su espada, situándose de nuevo delante de *lady* Maisha.

—¡No! —dijo el talhom—. Por favor, no os asustéis.

Cheen, en un impulso ingenioso poco apropiado para la ocasión, pensó que era un poco tarde para eso, pero se contuvo de decir nada.

Efectivamente, la mujer no pudo evitarlo y echó a correr mientras gritaba:

—¡Una trampa! ¡Una trampa!

Tal fue la sorpresa de la reacción de *lady* Maisha que sus dos escoltas pronto la perdieron de vista entre la maleza. Ella, mientras, corría presa del pánico sin rumbo fijo. Nunca había visto una criatura tan horrible y aterradora, y le faltaba el aliento tan siquiera para gritar. No podía apartar de su mente aquellos dos puntos rojos.

Entonces tropezó de frente contra una piedra. Fue un golpe brutal, pero más suave de lo que cabía esperar dado el desenfreno de su carrera. Por la fuerza del golpe cayó hacia atrás y quedó sentada sobre un manto de hojas caídas. Cuando quiso levantarse vio aquello contra lo que había chocado y estuvo a punto de desmayarse. Era la criatura. Había corrido más que ella y la había alcanzado. Estaba muerta. Ya se la imaginaba abalanzándose sobre su cuerpo y despedazándola con sus manos...

—Maisha... —dijo entonces el talhom en voz baja, casi en susurros—. No te dejes engañar por mi aspecto.

Ella no dejaba de gemir, mientras retrocedía apoyándose en las manos.

—Por favor, Maisha, escúchame. Soy yo, Manlor.

Lady Maisha se detuvo un instante. Había algo en aquella voz... No era la voz en sí misma, pues esta era desgarrada y gutural, pero sí en sus inflexiones, en su forma de pronunciar las palabras. Le resultaba familiar. Levantó la cabeza hacia la criatura. Esta le tendía la mano, pero no para agarrarla, sino extendida con la palma hacia arriba. Pretendía ayudarla a levantarse.

A medida que fue entendiendo que no pretendía hacerle daño, se fue tranquilizando y con ello su respiración se fue haciendo más regular. La criatura seguía de pie frente a ella, esperando a que aceptara su extravagante mano.

—Debes creerme, soy yo. Nos conocemos desde hace años. Hemos compartido muchas cosas...

La mujer consiguió superar por fin su terror y extendió la mano hacia la de la criatura, apenas capaz de creer lo que sus ojos estaban viendo. Había perdido el habla por completo. Estaba anonadada, con la misma proporción de miedo que de curiosidad y asombro.

En el momento en que apoyaba su palma sobre la de ella aparecieron por su espalda los dos escoltas con las espadas en todo lo alto y gritando, dispuestos a plantar batalla.

—¡No! —dijo ella con firmeza—. ¡Estoy bien!

Los dos hombres se detuvieron indecisos, sus rostros sudorosos por la carrera y la tensión.

—Guardad las armas, todo va bien —y mirando de nuevo a Manlor dijo—, ¿verdad?

—Nada debes temer de mí —confirmando él—, a pesar de que mi aspecto no contribuya demasiado a que me des un voto de confianza.

Con estas palabras ayudó a la mujer a levantarse del suelo. Lo hizo con extrema suavidad, como si estuviera atendiendo a un niño herido.

—Volvamos con los demás —dijo él—. Tengo muchas cosas que contarte.

Lady Maisha se limitó a asentir con la cabeza, con los ojos clavados en aquella enorme criatura que decía ser aquel a quien una vez había llamado Rey. ¿Podía ser él de verdad? ¿Había vuelto, de alguna manera, de la tumba? ¿O no había muerto nunca? Supuso que pronto tendría respuesta a todas aquellas preguntas que se

arremolinaban en su cerebro.

Lorren y Rismer observaban la escena anonadados. Ellos solo veían una bestia capaz de desmembrarlos sin apenas esfuerzo, que aferraba la mano de su señora y que esta la miraba, embelesada, como a un amante cariñoso. No sabían cómo actuar. Su instinto, entrenado por muchos años de servicio en el ejército, les decía que tenían que abalanzarse sobre el talhom y destruirla antes de que tuviera tiempo de actuar. Pero su señora les había ordenado esperar, y eso debían hacer.

En ese momento llegaron también Árgoht y los demás. Encontraron a *lady* Maisha pálida por el miedo, pero su rostro mostraba un ceño fruncido, fruto de que había cedido más a la curiosidad que al pánico.

—Sé que necesitas una explicación —decía Manlor—, y si me das la oportunidad te la brindaré. ¿Querrás escucharme?

La mujer se había quedado sin palabras, así que asintió muy brevemente con la cabeza. Tenía el pelo alborotado y una manga del vestido se le había desgarrado durante la carrera.

Entre Árgoht, Manlor y Shernan, relataron a *lady* Maisha lo que sabían y también lo que suponían sobre la actual situación de Manlor, su asesinato y vuelta de la muerte, su vida durante los últimos cinco años, sus sospechas de que Branton Oldsten había dado la orden de matar al rey... todo. Manlor tuvo que recurrir a muchos recuerdos del pasado para convencer a la mujer de quién era realmente. Ella aguantó estoicamente el aluvión de información que estaba recibiendo, aunque a ratos se venía abajo su coraza y mostraba su estupefacción con el rostro descompuesto.

—Y por eso te necesitamos —dijo Manlor cuando hubieron acabado. *Lady* Maisha estaba aún más pálida que al principio—. A ti y a tu hija, mi heredera. Como podrás ver, yo no estoy en condiciones de sentarme de nuevo en el trono de Ereth, pero ella sí.

Mientras ellos hablaban, Cheen, Rismer y Lorren se habían entretenido encendiendo un pequeño fuego y compartiendo las pocas existencias que tenían. Preferían mantenerse al margen de la conversación. Una vez pasado el susto inicial, los dos hombres se habían relajado un poco, aunque no le quitaban ojo a la criatura ni a su señora.

—Me resulta difícil creer que Branton esté detrás de todo esto... —decía *lady* Maisha, negando con la cabeza.

—Es la única explicación —respondió Manlor con su voz rasgada—. Él era el único que quedaba en el castillo que conocía nuestra ruta y nuestro destino.

—Sí, pero no termino de ver la utilidad que tu caída pudo tener para él.

—Ha dejado de luchar —intervino Shernan—. Ahora es un burgués apoltronado. Un retorcido sentido del honor podría haberlo llevado a no querer retirarse explícitamente. Pero es solo una conjetura.

—¿Qué me dices? —preguntó Manlor—. ¿Estás dispuesta a permitir que nuestra Pequeña Estrella asuma la posición que realmente merece?

—No lo sé. Ahora vivimos bien. Tenemos una buena casa y una buena vida. Tenemos todo lo que necesitamos, y Yurt se encarga de que así sea.

—¿Eso qué significa? —dijo Manlor con un respingo.

—Significa que el rey nos mantiene, que nos manda dinero y cubre nuestras necesidades. Desde tu... muerte, se ha encargado de nosotras, y no tenía por qué hacerlo. Ha sido bueno con nosotras, y me dolería hacerle daño.

—No lo entiendo —dijo Shernan—. ¿Por qué gastaría Yurt sus esfuerzos y dinero en mantener a la cuñada del rey muerto? Tu presencia a él no le afecta de ninguna forma.

—Yo me preguntaba lo mismo, hasta que llegué a la conclusión de que lo hacía por remordimientos. Él no pudo evitar que te mataran, y esta es la única forma que tiene de limpiar su conciencia.

Todos se quedaron en silencio durante un rato, absorto cada uno en sus propias cavilaciones.

—Hay otra opción —dijo por fin Manlor con tono grave—. Él sabe quién es ella en realidad. Es de los pocos que conocen la verdad.

Lady Maisha se puso seria, pero lanzó una mirada muy significativa a Manlor. De nuevo el silencio se instaló entre ellos, pero lo rompió *Árgoht*, que había entendido lo que significaba aquella mirada: era aquella que se dirigen dos personas que conocen un secreto, uno terrible.

—¿Eso qué significa exactamente?

Una nueva mirada entre ellos. Entonces, Manlor habló con tono resignado.

—*Lady Maisha* no es hermana de la reina. Yo la conocía antes de desposarme con *lady Kara*. Fuimos muy buenos amigos durante bastante tiempo, pero siempre se mantuvo en secreto. Mi padre, rey por aquel entonces, no veía con buenos ojos mi amistad con una plebeya, pero no tenía fuerzas para impedírmelo, pues su amor por mí no conocía límites. Pero un día, nuestra amistad fue un poco más lejos.

—Vaya, qué giro tan interesante de los acontecimientos —dijo *Árgoht*, sarcásticamente.

—¿Por qué? —preguntó Shernan, que no había terminado de entender la situación.

—Porque el rey Manlor el Temible tenía una hija secreta.

El silencio que se abatió sobre ellos era pesado como una losa de piedra. Todos habían escuchado las palabras de *Árgoht*, y eran ciertamente difíciles de creer. Cheen no pudo evitar intervenir en la conversación.

—¿Eso significa que hay una heredera legítima?

—Sí —respondió *Árgoht*.

—¡Genial! —se entusiasmó Cheen, pero al ver las caras de los demás, cuyas expresiones en nada parecían de alegría, se contuvo—. ¿No?

—En teoría es una buena noticia —dijo *lady* Maisha—, pero no tenemos forma de demostrarlo.

—Además, eso justifica el interés de Yurt en vos. Si mucho no me equivoco, no era la conciencia lo que le llevaba a ser tan atento, sino el interés. Si alguien descubría que la niña era heredera, podría peligrar su puesto en el trono. Colmándoos de atenciones conseguía vuestra lealtad. Y vuestro silencio.

Ella bajó la cabeza. Alguna vez había pensado en ello, pero nunca quiso planteárselo muy en serio por miedo a que chocara contra su orgullo, el que recibiera dinero del rey solo para que guardara silencio sobre la relación que la unía al viejo regente, aun cuando ella pensaba que Yurt creía la mentira de que su hija era solo su sobrina.

—Eso cambia las cosas —dijo Manlor, y Árgoht asintió con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó la mujer.

—Él conocía la existencia de la niña y su posición real en la línea sucesoria. Sin embargo, nunca ha hecho nada por situarla en el trono. Al contrario, ha intentado, aunque sutilmente, ocultarla. Se siente cómodo en el castillo de Ereth y nos va a costar convencerle de que lo abandone.

—Quizás podamos llegar a un acuerdo con él —dijo *lady* Maisha—. Al fin y al cabo, vuestra furia debe caer solo sobre Branton, con lo que quedaría zanjado el asunto de vuestra venganza. Tal vez el rey Yurt esté dispuesto a gobernar como regente hasta que la niña tenga la mayoría de edad, cediéndole después el trono.

—Es posible —dijo Manlor, pensativo—, pero poco probable. El poder es un plato muy dulce, y el que lo prueba difícilmente lo deja escapar sin pelear. En cualquier caso, no perdemos nada por intentarlo.

—En cualquier caso —interrumpió Árgoht—, aquí sentados no resolveremos nada. Debemos ponernos en camino lo antes posible. Sigo preocupado por el joven que nos vio ayer. *Lady* Maisha, debéis iros ya. Volved con la niña y con el menor equipaje posible. Poned una excusa creíble para vuestra ausencia, aunque no tenéis que ocultar que os dirigís a Ereth, pues es un destino más que lógico para cualquier asunto cotidiano. Solo estos dos hombres que os acompañan vendrán con vos. No necesitamos más.

Dicho esto, *lady* Maisha se marchó seguida de cerca por su escolta. Árgoht y Manlor los miraban marchar.

—¿Se echará atrás? —preguntó Árgoht.

—Si no ha cambiado demasiado en estos cinco años, no lo hará.

—Tengo una curiosidad... ¿Qué opinaba vuestra reina de esta situación tan peculiar? ¿Se sometió a vuestro juego al consentir que se la considerara su hermana?

—Sois demasiado curioso para lo poco que os gusta hablar de vos mismo —respondió Manlor, suspicaz—. Pero os diré que *lady* Kara era una mujer excepcional. Desde el principio estuvo al tanto de la existencia de Maisha, y era consciente de que aquello ocurrió antes de que ella llegara a mi vida. Lo asumió con entereza y no tuvo

problema en participar en esta pequeña farsa. De hecho, al final eran prácticamente hermanas.

Mientras esperaban a que *lady* Maisha regresara, la tarde iba acercándose a marchas forzadas. Todos estaban inquietos y escrutaban las sombras del bosque, a la búsqueda de cualquier indicio de presencia humana en las inmediaciones. Árgoht tenía intención de esperar a la noche, pero necesitaba comprobar una cosa primero.

Se retiró bastante de la posición de sus compañeros, pues necesitaba soledad y silencio. Necesitaba entrar en contacto con La Madre una vez más. Buscó un sitio cómodo y agradable y se sentó en él como tantas otras veces: con las piernas cruzadas, pero esta vez las manos las apoyó sobre el suelo alfombrado de hojas y con las palmas hacia abajo. Cogió aire profundamente varias veces y comenzó los pasos previos de su meditación.

Poco a poco, miles de sonidos e imágenes comenzaron a invadir su cerebro. Podía escuchar los chillidos de unas crías de ardilla pidiendo comida, el susurro de las hojas al rozarse unas con otras... Los sonidos más habituales en cualquier arboleda; pero también podía escuchar los pasos de las miles de hormigas que caminaban incansables en busca de sustento, el sonido de la savia circulando por las entrañas de los árboles. Podía ver a través de cientos de ojos avizores, escuchar con miles de oídos infinitamente más agudos que los suyos. En el momento en que su concentración llegó a su punto más alto ya era parte del bosque, igual que lo era una piedra o un tronco. Era un elemento más y la naturaleza lo abrazaba en su seno y le permitía conocer sus secretos. A través de este conocimiento pudo ver un pequeño grupo de hombres armados con hoces y azadones. Eran apenas cinco o seis, incluyendo al chico que los había visto la noche anterior y sus amigos.

Como sospechaba, alguien había prestado oídos a sus palabras y se disponían a entrar en el bosque a ver cuánto había de verdad en ellas. Con toda la rapidez que pudo sin correr riesgos, Árgoht volvió de su trance, no sin antes realizar el ritual imprescindible de agradecimiento a la Madre, que le había permitido participar de sus misterios. Cada vez que lo hacía sentía una especie de nostalgia difícil de explicar. La sensación de plenitud que experimentaba en aquellos trances le hacía sentirse completo y en consonancia con todo lo que existía. Era como estar en el útero materno, caliente y seguro. En cambio, la realidad era agresiva y fría.

Tenían que irse cuanto antes.

Por suerte, la expedición que se había iniciado para encontrarlos se dirigiría al punto en el que vieron a Manlor y Árgoht la noche anterior. O sea, bastante más al sur. Con toda probabilidad, *lady* Maisha llegaría antes, y por una ruta que haría muy difícil que se cruzaran.

Después de que Árgoht les explicara la situación, prepararon a los animales, para no perder ni un segundo cuando Maisha regresara.

—¿Confías en ella? —preguntó Árgoht a Manlor en un momento de la espera.

—Mientras fue familia mía pude confiar en ella. La prueba está en que supo guardar silencio todo este tiempo sobre la verdadera identidad de mi hija. Si no ha cambiado demasiado, si la protección de Yurt no le ha granjeado también su lealtad, podremos confiar en ella sin reparo. Si no es así y ahora está enviando mensajeros a Ereth para contarle nuestros planes al rey, estamos muertos.

—Entonces lo único que podemos hacer es esperar. De todas formas, debemos estar preparados para cualquier cosa. Si nuestro plan le parece descabellado, no volverá sola.

Así pues, pasaron el tiempo como pudieron, a la espera del regreso de *lady* Maisha. Cada minuto que pasaba le parecía a Árgoht que era demasiado, pues en cualquier momento podían encontrarlos.

Ya el meledino comenzaba a impacientarse y ponerse de muy mal humor, cuando escucharon por fin el sonido de cascos de caballo que se acercaban desde el este. La tarde languidecía rápidamente hacia la noche.

Unos minutos después apareció entre la maleza el caballo de *lady* Maisha, que había recuperado su porte orgulloso. Tras ella, surgió otro animal, algo más pequeño y menos impresionante que el de la mujer que lo precedía, porque quien viajaba en ella era una joven. Era una muchacha delgada de pelo castaño y algo rizado. Mostraba el mismo aspecto orgulloso que su madre, pero su mirada era más insegura, más propia de una muchacha. Seguramente la mujer ya le había advertido sobre lo que iba a encontrarse, pues aunque emitió un gritito ahogado y los ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas, no dio ninguna otra muestra de miedo ante la presencia de la criatura. Lo que a Árgoht más le sorprendió fue la reacción del caballo, que apenas se inmutó, sin duda excelentemente entrenado.

Cerrando el grupo, llegaban Lorren y Rismer y un tercero nuevo. Los tres vestían ahora armadura y tenían mucho mejor aspecto.

Lady Maisha se bajó del caballo y tras ella lo hizo su hija. Los tres hombres permanecieron montados.

Manlor miraba a la joven sin poder moverse del sitio. Se puso en pie despacio sin quitarle la vista de encima. Esta, que notaba el peso de aquellos ojos rojos, se removía algo inquieta, en pie y a la espera de que hablara su madre.

—Creo que lo correcto, pasado tanto tiempo, es volver a presentarnos. Manlor, esta es tu hija...

Manlor dio un paso al frente antes de que *lady* Maisha terminara las presentaciones, interrumpiéndola. La joven se sobresaltó y retrocedió un paso. Con otro paso, ya se encontraba frente a ella. Se agachó y se quedaron cara a cara. Ella aguantaba estoicamente el escrutinio. Una diminuta gota de sudor se deslizó por su sien. Todos los presentes contenían el aliento.

—Esta no es mi hija —dijo por fin Manlor, apartándose de ella y encarando a la mujer con aspecto agresivo. La tensión en el ambiente creció varios puntos en un segundo—. ¿Me tomas por estúpido? La muerte habrá deformado mi cuerpo, pero mi mente sigue entera, y con ella han vuelto mis recuerdos. No pretendas engañarme, mujer. Mi hija tiene los ojos marrones, y esta usurpadora —señaló a la chica con un dedo amenazador—, los tiene azules.

El silencio cayó sobre ellos como una losa, mientras todos lo presentes observaban a la muchacha. En efecto, sus ojos eran azules como el mar. Unos ojos preciosos, por cierto, que ahora miraban a *lady* Maisha bañados en temor y dudas. Esta no apartaba la mirada de Manlor.

—Lo siento —dijo por fin—, pero tenía que estar segura.

En ese momento, el tercer hombre de la escolta se bajó del caballo ostentosamente. Con paso firme y decidido se acercó hasta donde estaba *lady* Maisha y se detuvo a su lado. Con un gesto, se quitó el yelmo y de debajo de él surgió una larga cabellera rubia que hasta ese momento había permanecido oculta. Una preciosa joven se escondía bajo aquella armadura, una chica delgada pero bien formada, con un rostro de rasgos firmes y líneas rectas. Enmarcando una nariz fina y delicada, dos enormes ojos marrones miraban a Manlor desafiantes.

El talhom se quedó mirándola fascinado.

—¡Atrisha! —murmuró Cheen junto a Árgoht, que se había mantenido unos pasos al margen. Este lo miró inquisitivamente, y el joven volvió a hablar sin levantar la voz pero con impaciencia, como si fuera algo evidente que Árgoht debía recordar.

—¡Es la camarera! Me dijo su nombre después de que os fuerais.

Árgoht volvió a mirar a la joven. Debido a la poca atención que prestara a aquella camarera el día anterior no tenía un recuerdo demasiado fiable de ella, pero estaba seguro de que no se parecía en nada a la muchacha hermosa y digna que ahora le plantaba cara a una criatura que, al lado de su figura menuda y frágil, parecía gigantesca.

—Tiene el porte de una reina —murmuró Manlor con apenas un hilo de voz.

—Manlor —dijo *lady* Maisha—, esta es tu hija Atrisha.

Ambos volvieron a mirarse, hasta que ella habló.

—Mi madre me ha contado vuestra terrible historia por el camino, pero mucho me temo que solo ha sido un resumen y que me quedan muchas más cosas por saber. Lo siento si no os trato como a un padre. Supongo que lo entenderéis.

La voz de la muchacha era fría al decir esas palabras, como lo fueran con Cheen cuando intentaba que le dijera el paradero de *lady* Maisha. Después su tono había cambiado, pero hasta aquel momento se había mostrado inflexible.

—Le mentí —le susurró Cheen a Árgoht, apesadumbrado—, y me parece la clase de persona que me sacará las tripas cuando se entere. Parecía muy diferente en la cantina...

A pesar de la gravedad de la situación, Árgoht no pudo evitar sonreír al ver la

sincera angustia que mostraba el muchacho. La mentira había surgido por un motivo más que justificado y nada le podía haber hecho sospechar la verdadera identidad de la chica, así que no tenía razones para sentirse mal. Aun así, temía el momento en el que ella se encarara con él para recriminárselo.

Entonces, el hechicero decidió que había terminado el tiempo de las presentaciones.

—Los detalles de esta historia os los podemos ir contando por el camino. Debemos marcharnos, pues ya hay gente que se ha puesto en movimiento para encontrarnos.

Así pues, todos volvieron a sus monturas, e iniciaron la marcha en la oscuridad, que ya se había cerrado sobre Trennant.

Quiso la casualidad que al día siguiente de la marcha del grupo de Árgoht, una joven grifo hembra acudiera a aquel pequeño bosque. Llevaba en su tripa tres retoños a punto de nacer y le sobrevino el parto antes de llegar a las montañas Tartak-oth, lugar habitual de crianza para estas hermosas criaturas. Por ello, descendió y buscó refugio en una angosta cueva cerca del linde sur. Desde allí, por el efecto sonoro del eco de las cuevas, sus gritos de parto llegaron hasta el pueblo.

Muchos años después, aún se seguiría contando la historia del grupo de valientes que se habían internado durante días en la arboleda para dar caza a una horrible bestia que amenazaba la seguridad de todo el pueblo de Trennant. Cada ruido que escuchaban, cada movimiento que sentían parecía provenir de la criatura.

Como nunca la encontraron, se dio por sentado que había huido, aterrada por el aspecto y la fiereza de los hombres que la perseguían. Desde ese día aquellos y el joven que la viera por primera (y única) vez, pasaron a convertirse en héroes locales y el pequeño bosquecillo sin nombre que rodeaba el pueblo pasó a llamarse Tir-Örnam, el Bosque de la Bestia.



—Vuelve a casa.

Lady Maisha se había detenido al llegar al linde norte del bosquecillo y se había rezagado a propósito con Crisna, la joven sirvienta que se había hecho pasar por Atrisha, en el pequeño engaño que tuvo que interpretar para confirmar, en parte, las palabras de Manlor.

—Pero, mi señora, yo deseo acompañaros —respondió ella suplicante.

—No puede ser. Debes encargarte de la casa y ser fuerte en mi ausencia, aunque espero no sea demasiado larga.

—Pero mi sitio está a vuestro lado...

—Ni una palabra más. Es necesario que sea así, y así será.

La joven bajó la mirada, convencida de su derrota. Toda su vida la había pasado junto a *lady Maisha* y Atrisha. Separarse de ellas le producía una gran pena.

Lady Maisha continuó hablando.

—Debes dar a entender que volveremos pronto, en un par de días, para que los demás no hagan preguntas. Si me fuera a retrasar más de la cuenta, intentaré enviarte un mensajero con instrucciones. Tranquila, sé que lo harás bien.

La joven levantó la vista de las manos, que se apretujaba sin cesar por culpa de los nervios, y le sonrió a su señora.

—Muchas gracias, señora, lo haré lo mejor posible.

Atrisha se acercó a ellas para despedirse, y madre e hija vieron cómo Crisna se internaba en el bosque y se perdía de vista.

—No me gusta dejarla al cargo de todo... —dijo *lady Maisha*.

—Lo hará bien.

Permanecieron en silencio unos minutos. Entonces, Atrisha miró hacia el resto del grupo, que había seguido avanzando y ya se había internado un trecho en la llanura,

que se extendía como un suave manto de seda verde a sus pies. Al fondo, podía verse la sombra del Tir-Namân a más de medio día de camino.

—¿Qué opinas tú de todo esto, madre? —preguntó la joven por fin—. Necesito que seas sincera conmigo. Hasta ahora hemos tenido una buena vida en Trennant. ¿Por qué tenemos que hacerlo? ¿Quién es esta gente para llegar aquí y destruir nuestras vidas?

Lady Maisha tardó unos segundos en responder.

—Si mucho no me equivoco, esa criatura fue tu padre en un tiempo, como ya te dije de camino.

—Me dijiste que iba a conocer a mi padre por fin y que este era una bestia inmundada. Llevaba años queriendo conocerle, y ahora resulta que más me habría valido no hacerlo jamás.

Lady Maisha se puso seria.

—Este mundo se rige por fuerzas que ni tú ni yo entendemos. Ese hombre murió, fue asesinado, y ahora ha vuelto. Se le ha dado una segunda oportunidad para restaurar el mal que le causaron. Debemos ser respetuosas con esas fuerzas, aunque escapen a nuestra comprensión. Tengo el presentimiento de que aquí se han puesto en marcha energías que van a cambiar muchas cosas, y esos cambios nos pueden llevar a la cima del reino de Ereth. A lo mejor ahora no lo valoras, pero algún día lo harás.

Atrisha miró a su madre de hito en hito. Nunca le había escuchado hablar de esa forma, tan ambiciosa.

—De acuerdo, seguiré tu juego de momento, pero no pretendas que simule que esa bestia es mi padre, porque perderás tu tiempo.

Dicho esto, puso su caballo en marcha y a paso lento se internó en la llanura. *Lady Maisha* se entretuvo aún un segundo más, observando a su hija con ternura. Le parecía increíble lo bien que se estaba tomando toda esta situación, dado el poco tiempo que había tenido para asumir el cambio y la poca información de que disponía todavía. Le preocupaba que pudiera reventar en algún momento, saturada por la historia que todavía no conocía de Manlor, pero esperaba que cuando llegara el momento, fuera capaz de controlar la situación.

Ella nunca pensó en llegar a ser reina, ni siquiera cuando se había enamorado del por aquel entonces príncipe Manlor, pues sabía que difícilmente su relación llegaría a buen puerto. Pero ahora que se le planteaba la oportunidad, no iba a dejarla escapar fácilmente. Su hija era menor de edad, por lo que si conseguían situarla en el trono, tendría que ser ella quien gobernara hasta que alcanzase la mayoría establecida para poder ser reina. Era una perspectiva de lo más gratificante...

Al contrario que en las inmediaciones del valle de Pranthas, las colinas habían dejado paso a un terreno liso y muy cómodo por el que avanzar, si bien seguía plagado de rocas dispersas y maleza baja. Justo a mitad de camino, una única colina rocosa se

alzaba, con aspecto inexpugnable e imponente. Un lugar idóneo para hacer un alto y descansar, según les explicó Cheen, que conocía bien la zona. De no ser ahí, solo algún que otro árbol esporádico otorgaba algo de sombra en la que refugiarse de las horas más duras de calor. *Lady* Maisha se acercó a *Árgoht*, poniendo ambos caballos al mismo paso. Habían recorrido ya algunos kilómetros, pero apenas habían vuelto a hablar desde que comenzaran la marcha. Al igual que antes, marchaban alejados del camino principal con el fin de evitar cruzarse con viajeros ocasionales.

—¿Cuándo pararemos? —preguntó la mujer.

Árgoht la miró como si no comprendiera la pregunta.

—No pretenderéis caminar toda la noche, ¿verdad?

El meledino no quería entrar en discusiones respondiéndole que aquello era justo lo que había pensado hacer, motivo por el cual mantuvo la boca cerrada. Una cosa era caminar solo con Cheen, porque podían cambiar el paso con facilidad, y otra formar un grupo grande como aquel, que ya contaba con ocho miembros. No podía pedir a toda aquella gente que se adaptara a su paso, o a su ritmo de descanso.

—Por supuesto, *milady*, que no. Descansaremos dentro de poco. Me gustaría avanzar todo lo posible.

Esta respuesta pareció satisfacer a la mujer, pero se mantuvo junto a él. *Árgoht* detectó una mirada tímida e inquisitiva a la vez.

—Preguntad sin miedo —dijo él, adivinando que algo rebullía en su mente.

La mujer se sonrojó ligeramente.

—Solo me preguntaba, y no me respondáis si no queréis, qué lleva a un hombre como vos a embarcarse en un asunto como este, tan trivial y anodino a ojos de un ser poderoso. Conozco la fama que tenéis los magos, sé que os dedicáis a cosas grandes que afectan al destino del mundo, y todo eso...

Hizo un gesto vago con la mano para subrayar el «y todo eso», como si la vida de un mago estuviera solo llena de momentos trascendentes. Era una visión muy común entre la gente que no había conocido nunca a un hechicero. Su leyenda había crecido en épocas en las que habían escaseado mucho. Podían pasar siglos sin que uno apareciera sobre la tierra.

—Somos seres humanos como cualquier otro, y también tenemos nuestros ratos tranquilos, incluso aburridos. Por desgracia, también como cualquier ser humano, tengo que ganarme la vida. Mi relación con Manlor empezó cuando el rey Yurt me pidió que fuera al valle de Pranthas a investigar qué fuerza oscura había expulsado a toda la población. La encontré, pero seguro que el buen rey se va a llevar una sorpresa cuando descubra cuál era la causa.

—Y una vez descubierta, ¿qué os hace seguir aquí? ¿Por qué no recogéis vuestro pago y os marcháis?

Árgoht miró a la mujer con sus penetrantes ojos violeta, sorprendido por su perspicacia. Había leído su situación con una facilidad asombrosa.

—Tengo mis propios motivos y son algo complejos de explicar.

Estaba seguro de que aquella gran mujer sería capaz de entender perfectamente esos motivos, los sueños, el Destino, si él se lo explicara. Tenía capacidad para eso y para más. Pero era poco proclive a compartir ciertas cosas con la gente, sobre todo aquello relacionado con su Destino. Acompañar al grupo podía ser muy importante para él o una falsa alarma, dependiendo de lo cercano a la realidad que hubiera estado su sueño.

En cualquier caso, era asunto suyo y de nadie más.

—Entiendo vuestras reservas, y concuerdan muy bien con lo que se dice de vosotros. Muy apegados a vosotros mismos y reacios a contar sus propias historias.

Árgoht guardó silencio.

—Contadme pues otra cosa —continuó ella—, ¿qué esperáis que ocurra cuando Manlor, esa criatura maldita e informe, entre en la ciudad y reclame su trono? No le permitirán llegar ni a la puerta de la muralla. Su aspecto no es nada agraciado y no creo que contéis con que pase desapercibido.

—Espero que sea muy buen actor —respondió Árgoht, y sonrió a *lady* Maisha. Quería terminar con la conversación, pero no quería ofenderla con una mala respuesta.

Ella pareció entenderlo y continuó su camino junto a él, en silencio. Pero cuando ya Árgoht creía que se había dado por vencida, preguntó de nuevo:

—Contestadme aunque sea una curiosidad. ¿Lo haréis?

—Preguntad primero y yo consideraré si habrá una respuesta.

—¿Es cierto que vivís cientos de años?

—Es cierto —contestó escuetamente el hechicero—, pero depende del Destino que nos haya tocado. Algunos hechiceros lo han alcanzado prematuramente, han cumplido su objetivo, y han abandonado el mundo. Ni pronto ni tarde: cuando han cumplido su Misión. Otros en cambio, viven muchas vidas antes de que llegue su momento.

—Y vos... —se atrevió a continuar *lady* Maisha, algo tímida, a pesar de que detectó el tono de disgusto que comenzaba a teñir la voz del hombre. Sabía que estaba yendo demasiado lejos, pero no podía evitar preguntar. Quizás nunca tuviera otra oportunidad, y aquella era información muy valiosa—, ¿cuántas vidas?

—Mi señora... —Árgoht no tuvo necesidad de responder que no pensaba seguir hablando del tema, pues Atrisha se dirigía hacia ellos, que iban más rezagados, a buen paso.

—Madre, ¿pararemos a descansar?

Lady Maisha miró a Árgoht, instándolo a que diera él una respuesta. Este observó el cielo, ya completamente oscuro, el horizonte con la enorme colina rocosa se veía ya bastante cerca, y decidió que era un buen momento. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, en dirección a la mujer.

—Sí, cariño, respondió la mujer. Descansaremos aquí.

Un buen rato después, una pequeña fogata iluminaba los rostros de todos los miembros del grupo. Sobre ella, dos conejos de buen tamaño, cortesía de las habilidades combinadas de Manlor y Sherman.

Sherman se afanaba en la cena mientras en su cabeza cientos de pensamientos se cruzaban. Estaba casi plenamente convencido de la identidad de Manlor, pero no podía evitar tener dudas. Miraba a aquella criatura y le resultaba imposible creer que hubiera un humano en su interior.

Durante el trayecto recorrido, había mantenido varias conversaciones con él sobre antiguas campañas militares, introduciendo sutilmente algunos datos difíciles de conocer si no se había participado en ellas. Manlor recordaba cada ataque, cada incursión, cada retirada, y hablaba de ellas con auténtica pasión. Y era en esos momentos en los que no dudaba de su identidad.

Pero aún se resistía a mostrarle a Êralin, todavía escondida entre sus pertenencias. ¿Por qué lo hacía? Ni siquiera él lo sabía. En varias ocasiones había estado a punto de sacarla y mostrársela, pero entonces le asaltaban nuevas dudas y lo postergaba para otro momento. Estaba seguro de que, cuando llegara el momento, lo vería claro ante sus ojos.

Por su parte, Manlor había visto en él un vestigio de su pasado, una prueba de que era real y de que había algo por lo que luchar. Además, Cheen parecía haberse hecho un buen hueco entre ellos, y si bien en general Manlor era de carácter taciturno y hablaba poco, cuando lo hacía se lanzaba y no tenía reparos en contestar las preguntas del muchacho sobre su reinado, o acerca de antiguas batallas. Cheen parecía ser un pozo de curiosidad muy difícil de llenar. De todas formas, desde que habían salido del bosquecillo también el joven había permanecido muy callado. Árgoht sospechaba los motivos de su introspección, pero solo se vieron confirmados cuando presenció, gracias a sus buenos sentidos de la vista y el oído, la escena que se desarrolló durante la cena.

Cheen estaba sentado un poco alejado del grupo, que se había reunido en torno al fuego para contrarrestar en la medida de lo posible el frío aire nocturno que agitaba la llanura. Cuando los conejos estuvieron preparados, Atrisha se levantó y escogió dos buenos trozos. Se levantó y se acercó a donde estaba el muchacho, sentándose a su lado. La cara de Cheen bien podría haber merecido un poema épico si quien observaba hubiera sido un trovador y no un hechicero. Su sorpresa fue tal que a duras penas consiguió coger de manos de la chica el trozo de carne que le ofrecía, y por poco no acabó rodando por la hierba.

—Gra... Gracias —tartamudeó él.

—No hay de qué. Llevo tiempo queriendo hablar contigo.

Iba vestida con una túnica larga de color azul claro, cubriéndose los hombros con una pesada capa de viaje. A pesar de las aventuras corridas, Cheen tragó saliva. Aquel era el momento. Iba a reprocharle sus mentiras.

—Eres el chico de la taberna, ¿me equivoco?

Ahí estaba. Lo mejor que podía hacer era decir la verdad y esperar a que amainara el temporal.

—Sí, lo soy, ¡y os lo puedo explicar todo!

Ella alzó rápidamente un dedo manchado de grasa y se lo puso en los labios.

—No hace falta, no te lo he pedido. Entiendo tu postura. Nada podía haberte hecho sospechar quién era yo. Por la parte que me toca, me alegro de que me hayas mentido, porque si la camarera hubiera sido otra, esa mentira nos habría protegido de más preguntas a mi madre y a mí. Además, tuve tiempo de sobra de avisar a mi madre de que unos desconocidos andaban preguntando por ella.

Cheen no sabía qué responder. Se había quedado sin habla y con la boca abierta. Una vez más, el trozo de carne a punto estuvo de caérsele de las manos.

—Eso sí —continuó ella—, el cotilleo sobre el nuevo sobrino de mi madre, y primo mío por lo tanto, habría sido muy divertido de explicar.

Atrisha prorrumpió en risas cubriéndose la boca con la mano. Él consiguió reponerse de la sorpresa inicial y, primero tímidamente y luego con más naturalidad, acompañó a la chica en la carcajada.

—No tuve mucho tiempo para pensarlo, me salió así de improviso. De todas formas, aceptad mis disculpas.

Ella hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto, y le dio un enorme bocado a su trozo de conejo. Siguieron comiendo un rato más hasta que ella le preguntó:

—¿Y tú qué papel juegas en todo esto?

La pregunta le cogió un poco desprevenido y tuvo que parpadear un par de veces, inseguro de haber entendido bien. En verdad, hasta ahora no se lo había planteado. Se había introducido en esta aventura casi sin darse de cuenta. De hecho, le habían introducido por la fuerza al asignarlo como acompañante de Árgoht hacía ya una eternidad. Nada de todo esto había sido por voluntad suya.

—Pues mi historia es fácil de contar —dijo por fin, tras pensar unos segundos—. Yo trabajaba en las caballerizas del castillo de Ereth y, bueno, supongo que aún es ese mi cometido... También hacía algún que otro recado sin importancia. Fui asignado como acompañante y guía del señor Árgoht. Cuando las cosas empezaron a cambiar y el encargo que le hizo el rey al señor Árgoht dejó de tener sentido, me ofreció volver a casa, pero yo decidí quedarme. Y eso me ha traído hasta aquí. Sigo ejerciendo mi función, aunque me da la impresión de que él ya no me necesita como guía. Ahora es él quien nos guía a nosotros, así que supongo que ahora mismo lo único que hago es volver a casa, pero por otro camino.

Atrisha lo miró a los ojos, tratando de ver si esa naturalidad que mostraba el chico era real o fingida.

—Solo soy un simple sirviente —concluyó con una sonrisa—. Pero ahora las cosas han cambiado. Si vos os sentáis en el trono os serviré a vos en vez de al rey Yurt.

—Ah, sí, eso. Casi lo había olvidado. Hasta ayer era una simple camarera intentando deshacerse del peso de una familia acomodada para buscar mi lugar en el mundo, y hoy soy una heredera que va de camino a la capital del reino para sentarme en un trono que ni si quiera he visto jamás.

—Pues eso se parece bastante a encontrar vuestro lugar en el mundo —dijo Cheen entre risas.

La chica rio también lanzándole el hueso de conejo, único resto de lo que fuera una buena pata. Pero enseguida se puso seria de nuevo.

—Tengo miedo. ¿Por qué iban a aceptarme como reina si nadie me conoce, nadie sabe siquiera que existo? Además, no sé nada ni de leyes, ni de protocolo, ni de nada que tenga que ver con la corte. Mi sitio no está allí.

—¿Por qué vais entonces? —desde que Cheen había visto bajar a Atrisha del caballo en el bosque y había descubierto quién era, no podía dejar de tratarla como si fuera una señora. El tratamiento respetuoso le salía de dentro.

—Mi madre cree que es mi destino. Mi oportunidad, algo que no se puede dejar escapar. Y en el fondo tiene razón, es el sueño de cualquiera. Pero no estoy segura de que el cambio me guste demasiado.

—No creo que nadie tenga derecho a obligaros a ir. De todas formas, si queréis mi humilde opinión, si sois hija del rey Manlor, lleváis la corona en la sangre. Sois de la familia real aunque no lo supierais o ni siquiera lo queráis. Estoy de acuerdo en que es vuestro destino. Además, estoy convencido de que seréis una buena reina.

Atrisha se ruborizó ligeramente, lo que sumado al baile de sombras que las llamas generaban en su rostro, le dio un aspecto esplendoroso. Esto a su vez no hizo más que conseguir que Cheen también se sintiera algo azorado.

—¿Cómo puedes saber eso? No me conoces de nada...

—Tengo buen ojo para juzgar a la gente, creedme. Lo haréis muy bien.

Los dos se quedaron en silencio mirándose las manos. Sobre todo Cheen, que no estaba acostumbrado a hablar de esa forma con nadie. Pero Atrisha tenía algo que le hacía ser él mismo, aunque dijera a veces cosas inapropiadas.

Tras unos minutos de silencio, Cheen sintió que tenía que decir algo. No quería que el momento se rompiera, pues estaba muy a gusto sentado allí, apartado de los demás y junto a una chica amable, guapa e inteligente. Era una situación muy poco frecuente en su vida, y quería disfrutarla un poco más.

—Entonces, ¿me perdonáis la mentira que os dije?

Atrisha lo miró sin responder unos segundos, jugando a hacerse la interesante.

—Solo lo haré con una condición.

—¿Cuál? —respondió atropelladamente el joven—. Haré lo que sea.

—Que dejes de hablarme como si fuera una princesa y me tutees.

Cheen se quedó de piedra. Pedirle eso era como pedirle que le pegara a un anciano, algo que iba en contra de su educación y su naturaleza.

—Lo... lo intentaré —respondió tras titubear unos segundos.

—Estupendo —dijo ella—. Ahora será mejor que nos vayamos a dormir.

Dicho esto, se levantó y dio un paso para dirigirse hacia la fogata. Entonces, de repente, se giró sobre sus talones como si hubiera olvidado algo, se agachó y le dio a Cheen un fugaz beso en la mejilla. Le miró a los ojos un instante y se despidió, deseándole buenas noches.

Cheen se quedó como una estatua de hielo, sin saber ni qué hacer, ni qué decir y sin apenas acordarse de respirar. ¿Atrisha acababa de darle un beso? ¿O se había dormido y estaba soñando? No, todavía podía sentir el calor de sus labios en su mejilla y el olor de su cuerpo en su nariz. No podía creérselo, y aún permaneció sentado en aquella posición un buen rato intentando asimilar todo lo que acababa de ocurrir.

Un poco más lejos, entre las sombras, Árgoht contemplaba al atribulado muchacho con una gran sonrisa en la cara. Cheen era un buen chico, de eso no cabía duda. Mirándolo, sabía que estar allí era lo correcto. Si había alguna posibilidad de que su visión se hiciera realidad y él corriera peligro, haría todo lo posible por estar junto a él para protegerle. Sabía a ciencia cierta que era un pensamiento poco frecuente en él, que procuraba no preocuparse sino de sí mismo, pero también estaba seguro de que no iba a poder evitarlo. Así pues, ni siquiera lo intentó. Se reunió con los tres hombres de armas presentes, los dos escoltas y Shernan, para establecer turnos de guardia. Aún tenía en la memoria el ataque de los lobos mestizos y quería estar preparado. Además, no sería de extrañar que toparan con alguna patrulla de la guardia de Ereth, dado que no habían mostrado precaución alguna a la hora de encender fuego y dar a conocer su posición. Valía más tener los ojos abiertos; Manlor ya se alejaba en la oscuridad, y como en ocasiones anteriores, Árgoht no se cuestionó a dónde iba o qué hacía. Suponía que el esfuerzo que le costaba contener la sombra de Vahall tenía que ceder a ratos, y aprovechaba estos momentos para liberarse de esa carga. No sabía cuán lejos se iría para dar riendo suelta a esa maldad, pero esperaba que fuera lo suficiente como para no herir a nadie. Además, eso le serviría como práctica y poco a poco sería más capaz de mantener el control.

Comenzó el ritual para establecer contacto con La Madre y se dispuso a descansar un buen rato.



Al día siguiente, cuando el sol comenzaba a despuntar, ya Árgoht tenía sus cosas listas y estaba preparado para continuar la marcha. La mañana había amanecido fresca y había llegado mientras él concluía el turno de guardia. El cielo despejado anunciaba un día caluroso. Arrebujado en su capa revisaba que las cinchas de *Karzan* no estuvieran demasiado apretadas. La brisa matinal agitaba su cabello negro, dejando al descubierto un pequeño tatuaje en la parte posterior de su cuello: era el símbolo de La Madre, fuente de su poder y de su conexión con Ella. Pocas personas en el mundo lo habían visto nunca, pues Árgoht siempre lo llevaba oculto bajo el pelo suelto.

Con la punta de la bota despertó a Shernan y a Cheen, mientras que para *lady* Maisha y Atrisha tuvo un trato más delicado. Manlor aún no había vuelto, aunque eso no suponía ninguna diferencia. Se pondrían en marcha sin él, pues podría alcanzarlos más adelante.

En silencio, cada uno fue recogiendo sus cosas con cara de sueño mientras Árgoht esperaba, ya montado sobre *Karzan*. Prestando un poco de atención pudo detectar varias miradas de complicidad entre Cheen y Atrisha, si bien en ningún momento cruzaron palabra. Shernan se puso a su lado, también ya montado sobre su caballo y listo para partir.

—Buenos días.

Árgoht respondió con un asentimiento.

—¿Haremos el resto del camino de un tirón? Calculo que podríamos estar en Ereth mediada la tarde, si mantenemos el paso.

—Estaba pensando en detenernos allí —Árgoht señalaba la colina rocosa que se interponía entre ellos y el Tir-Namân—. Las mujeres no están demasiado acostumbradas a los caballos, y prefiero no forzar demasiado sus energías.

La sombra de aquella colina le inspiraba un sentimiento extraño. Mirándola, le daba la sensación de que tenían que pasar por allí, pero al mismo tiempo creía que debían evitarla. Era como si algo invisible los esperara allí, algo peligroso, algo... indefinible, pues no había nada a la vista en varios kilómetros a la redonda.

—Damnder-ith, la Madre Piedra. Dice la leyenda local que esa enorme masa rocosa es el cuerpo de una gran gigante de piedra que vivía en el Tir-Namân cuando este ocupaba todo el territorio, desde aquí hasta el valle de Pranthas, a excepción de la extensión en la que ahora nos encontramos. La gigante tenía un bebé en pleno desarrollo. Un día, mientras se preparaba para recibir la aurora y se dirigía hacia su cueva, la joven criatura echó a correr y se internó en los llanos. La madre corrió tras él, pero el sol ya estaba saliendo, y no llegaría a tiempo de alcanzarlo para volver a la sombra de su refugio. Aun así siguió corriendo, haciendo temblar la tierra en varios kilómetros a la redonda. Justo en el momento en el que salían los primeros rayos del sol, la giganta alcanzó al bebé y lo rodeó con su cuerpo. De esa forma, fue ella la que recibió la luz y se convirtió rápidamente en piedra. Pero dentro quedó, protegido del sol, el pequeño gigante, vivo pero atrapado por el cuerpo y el amor de su madre. Se dice que aún hoy a veces la tierra tiembla y es el gigante ya adulto, que intenta salir de su caparazón de piedra.

—Bonita historia —contestó simplemente Árgoht. No quería echar a perder la leyenda diciéndole que realmente el proceso de petrificación de los gigantes es bastante lento, y habría tenido tiempo de volver a la sombra, aunque con algunos daños. Él lo sabía de primera mano, y lo había descubierto del modo más difícil, pues sin conocer ese dato, intentó en una ocasión usar la salida del sol como ventaja y se llevó una desagradable sorpresa cuando el gigante al que se enfrentaba siguió luchando con él a plena luz del día.

Por fin, el resto del grupo estuvo listo para partir y se pusieron en marcha. Manlor seguía sin aparecer, lo que produjo un cierto desasosiego en Árgoht. Una cosa era que merodease durante la noche, y otra que anduviera por ahí a plena luz del día. Tendría que confiar en el buen juicio del viejo rey.

Durante el camino, el calor que al romper la mañana solo se intuía cayó sobre ellos como una manta, haciéndolos sudar y avanzar en silencio. Cheen aprovechaba cualquier oportunidad para acercarse a Atrisha, con la intención de intentar comprender el beso de la noche anterior. Quería hablar con ella, pero cuando se acercaba solo conseguía sacarle palabras de cortesía. Tardó algún tiempo en entender que su actitud se debía a la presencia de su madre. En la conversación del día anterior *lady* Maisha no estaba escuchándoles, pero ahora sería muy difícil apartar a la madre el tiempo suficiente como para poder tratar el tema. Así pues, decidió dejarlo correr de momento.

Sin embargo, la pregunta que le hiciera la joven la noche anterior le había dejado algo preocupado. En verdad, ¿qué le hacía seguir a aquellos hombres? ¿Por qué, cuando se le había dado la oportunidad de elegir, se había decantado por la aventura?

Nadie sabía cómo terminaría esta historia. ¿Y si el rey no se atenía a razones y se producía una disputa sangrienta? ¿Llegarían las cosas hasta ese punto? ¿Cómo le afectaría eso a él?

Estas cavilaciones distrajeron al muchacho durante gran parte del camino, pero no consiguió llegar a conclusión alguna. Quizás solo era su espíritu aventurero el que le había llevado hasta allí, sus ganas de formar parte de algo más grande que unas caballerizas. De momento, se contentaría con permanecer allí y seguir el camino que le marcara Árgoht. Ya se vería a dónde le conducía.

De momento ese camino les dirigía directamente hacia aquella gran colina de piedra, con aspecto de verruga en mitad de la explanada de césped brillante, que se movía como una marea mecida por el viento.

Poco tiempo después, el grupo entró en la sombra de la gran masa rocosa. Eso les alivió un poco el calor, pero en cambio, se despertó en Árgoht otro sentimiento. Era como un escozor detrás de los ojos, algo indefinible que lo inquietaba. Era como si aquel lugar le resultara familiar, como si ya hubiera estado allí. Había algo, presentía que podía ocurrir algo malo, pero no había a la vista nada que pudiera hacerles daño. «Pero hay algo», se decía Árgoht. Quizás era cierta la leyenda de la gigante y lo que sentía era la magia que la había convertido en piedra. ¿Podría durar su residuo tanto tiempo? No. Tenía que ser otra cosa. Ya casi habían llegado al pie de la colina, donde habían decidido descansar antes de abordar el último tramo del camino, que les llevaría directamente hasta Ereth.

Entonces, un ruido comenzó a escucharse. Era un retumbar bajo y monótono que parecía surgir de la misma piedra que tenían delante. Todo el grupo se detuvo a escuchar. El sonido era muy familiar para todos.

—¡Caballos! —gritó Shernan Kröll.

Instintivamente, el grupo se cerró en torno a *lady* Maisha y Atrisha, los miembros más débiles. ¿De dónde venía el sonido? Enseguida lo supieron. Por ambos lados de la colina de piedra comenzaron a aparecer soldados montados que iban acercándose a ellos formando un amplio círculo. Los estaban rodeando usando la pared de piedra para acorralarlos. En pocos segundos, una treintena de hombres armados con lanzas y espadas los cercaba por todas partes. Se detuvieron a una distancia de unos diez metros en perfecta formación. Aunque tenían las espadas envainadas y las lanzas apuntando al cielo, su aspecto era de lo más amenazador. La maniobra tenía que haber sido planeada con antelación, pues habían salido en el momento justo, sin darles tiempo a enviar un observador al otro lado de la colina de piedra, donde debían estar apostados a la espera de su llegada. Un miembro del grupo se destacó y avanzó, deteniéndose a unos cuatro metros de distancia del hechicero, clavando su mirada protegida por un yelmo, en los ojos violeta de aquel.

—Tú —dijo señalándolo con el dedo—, eres el brujo que se hace llamar Árgoht Grandël. Tengo órdenes de detenerte y llevarte ante el rey.

Árgoht sostuvo su mirada unos segundos, antes de responder.

—En una simple frase habéis conseguido insultarme, ofenderme y sorprenderme —respondió. Estas palabras cogieron al caballero por sorpresa y bajó su dedo, perdida algo de su confianza. Era seguro que quien le hubiera enviado tenía que haberle explicado quién era y lo que podía hacer, de lo contrario no habría traído a tantos hombres consigo.

—Me habéis ofendido, pues yo no me hago llamar de ninguna forma. Árgoht es mi nombre, y concedo a cada uno la libertad de llamarme como le plazca. Además, me habéis insultado usando ese tono conmigo, que de nada os conozco y no os he dado el derecho a tutearme. Haríais mejor en usar un tono más respetuoso si pretendéis que yo os respete. Por último, me habéis sorprendido con las órdenes que traéis. ¿Puedo saber de qué se me acusa?

Árgoht percibió en los demás leves sonrisas, fruto de la inquietud que mostraba el soldado tras escuchar semejante parrafada. El meledino no había titubeado en lo más mínimo ante la supuesta autoridad del hombre, y esta se derrumbó como un castillo de arena.

Percibiendo las sonrisas y para ocultar su propio temor, el soldado desenvainó su espada y dirigió la punta hacia Árgoht. No podía dudar delante de sus hombres, por mucho que le hubieran contado historias terribles sobre lo que el brujo podía hacer. Un leve temblor agitaba la punta del arma alzada.

—¡Se os acusa de secuestro! Soltad todas vuestras armas y entregaos sin resistencia.

A nadie le pasó desapercibido que había dejado el tuteo en el lugar donde antes estuviera la espada. En el fondo, a pesar de que les superaban en número y armamento, aquellos hombres les temían. Mejor dicho, le temían a él, a Árgoht.

El hechicero supo de pronto que si no tenía mucho cuidado, aquellos hombres se dejarían vencer por su miedo, y la reacción no sería huir. Les atacarían como gatos acorralados contra una pared. Lo más curioso de la situación era que los acorralados eran ellos y que su propio poder podría detenerlos un tiempo y derrotar a algunos, pero al final acabarían abatiéndolos, y con ellos a las dos mujeres. Mirándolas de reojo observó que ambas estaban muy tiesas y orgullosas sobre sus monturas. Si aquellos hombres querían luchar, ellas darían tanta guerra como el que más.

—No he secuestrado a nadie —dijo Árgoht con el tono de voz más neutro que pudo, para evitar provocar más al soldado.

—A ellas —el hombre desplazó la punta de su espada para señalar a *lady* Maisha y su hija.

—Nadie nos ha secuestrado —dijo la primera con tono también sereno. Sin duda, ella había percibido la situación tan bien como Árgoht—. Estamos aquí por nuestra propia voluntad.

El hombre dudó un momento. Se veía que la espada le pesaba, porque la dejó caer al costado del caballo, aunque sin relajar la fuerza con la que la tenía agarrada.

—Señora, este hombre es un poderoso mago. Os ha embrujado para que lo sigáis

de buena gana, pero sea lo que sea que os ha dicho, es mentira.

—No lo es. Sabemos muy bien quién es este hombre, como vos lo llamáis, y tened por seguro que hablo por mi propia boca y es mi cabeza sobre mis hombros la que me hace repetir esto: estamos aquí voluntariamente, y no somos víctimas de secuestro alguno.

El hombre dudó un momento, mirándolos a todos. Aquello no era lo que esperaba. Esperaba encontrarse con un grupo que pelearía, que usaría la magia, que no atendería a razones, dirigido por un terrible hechicero que no dudaría en usar su poder para matarlos a todos: iba a ser una carnicería. Pero nadie se movía. ¿Cómo debía actuar? Al final, volvió a fijar su atención en Árgoht, ignorando las palabras de la mujer.

—Eso tendréis que explicárselo al rey. Os he dicho que soltéis vuestras armas. Nos acompañaréis por las buenas o por las malas.

Árgoht trataba de pensar con rapidez. Mientras ellos no se movieran, aquellos soldados no perderían los nervios, así que quizás pudiera obtener una salida dialogada. ¿Debía dejar que los escoltaran hasta Ereth? Al fin y al cabo se dirigían hacia allí. Ante el rey podrían aclararlo todo. Yurt, a pesar de lo poco que le había tratado, se había mostrado hombre con el que se podía hablar. Tal vez consiguiera convencerlo de su error, y de que sus intenciones no eran viles. La propia *lady* Maisha podría hablar con él. Quizás fuera la única salida. Cualquier otra significaría luchar contra aquellos hombres, que nada tenían que ver con el asunto que se traían entre manos.

Entonces se dio cuenta de que su razonamiento tenía un punto débil.

Justo en el momento en el que pensaba en él, y como si lo hubiera invocado, escucharon un gruñido profundo y desgarrado. La mirada de puro terror que vio en el soldado le dijo que su temor se confirmaba. Manlor había elegido el peor momento para regresar. Había aparecido en la colina rocosa, unos metros sobre el grupo y a la espalda de Árgoht. Se giró y vio el enorme cuerpo convertido en piedra y con los ojos rojos brillando más que nunca.

«¡No!», quiso gritar Árgoht, pero era demasiado tarde. Los caballos comenzaron a piafar y a desbocarse, descabalgando a varios de los soldados. *Karzan* parecía ser el único que se mantenía sereno. En un segundo, Manlor había caído sobre el grupo de soldados que quedaba más a la espalda y la izquierda de Árgoht. Aquellos que tenía de frente y que empezaban a controlar a sus animales los miraban con un terror indescriptible mientras Manlor arrancaba brazos y cabezas, abandonado a su salvajismo. Vahall había tomado el control, o Manlor se lo había cedido voluntariamente, y ante el ataque, los soldados podían reaccionar de cualquier manera. Y lo hicieron de la más probable.

—¡A por ellos! —gritó el que había estado hablando con Árgoht—. ¡Matad a esa bestia!

Todos reaccionaron a la voz familiar de su superior y se lanzaron contra ellos

como si fueran la bestia misma. No sabía si habían deducido que el talhom formaba parte de su grupo o si simplemente atacaban por instinto, dando rienda suelta al temor que le tenían al hechicero y ansiosos por defenderse de algo que no comprendían.

Árgoht tuvo apenas un segundo para pronunciar un hechizo de protección sobre ellos al tiempo que con un gesto mágico derribaba a tres hombres de sus monturas. No quería matar a nadie, pero algo le decía que aquella situación iba a acabar muy mal.

Entonces lo supo, y fue como si una descarga eléctrica le recorriera la columna vertebral. Era aquella escena la que había presenciado en su sueño, aquella batalla. Cheen iba a morir allí, bajo aquella masa informe de piedra y fruto del terror injustificado de un grupo de hombres bien armados y muy mal informados.

Árgoht no tenía armas, así que solo tenía sus hechizos para defenderse. La magia era un arma muy poderosa, pero también requería concentración y tiempo para elaborar los hechizos. En una batalla campal, un hechicero no tiene ninguna oportunidad. En las guerras, su sitio estaba lejos del campo de batalla, en un sitio en el que pudiera observar la escena sin estar directamente involucrado en ella. Ahora, Árgoht se veía en una situación en la que no tenía tiempo suficiente para pronunciar hechizos complejos, sino que se tenía que limitar a aquellos cortos y de escasa preparación que apenas causaban algo más que confusión. Con esos hechizos conseguía mantener a sus oponentes alejados de él y de las mujeres, también desarmadas, y poco más.

Cheen no era un soldado ni un guerrero, y su defensa se limitaba a una espada corta que apenas conseguía manejar sin cortarse. Por lo tanto, eran Shernan, Rismer, Lorren y, sobre todo, Vahall, los que luchaban de verdad. De hecho, el talhom no estaba protegiéndolos, sino que peleaba por su cuenta, completamente descontrolado. Sus rugidos debían estar oyéndose en kilómetros a la redonda. Mezclados con ellos, los gritos de los soldados y el de las espadas chocando.

Árgoht reconoció en aquellos soldados a algunos de los jóvenes que acompañaban al general Oldsten la mañana que se lo había encontrado a las puertas de la fortaleza.

«Mal día para aprender», pensó, apesadumbrado.

Sus compañeros, aun a caballo, conseguían a duras penas contener a aquella muchedumbre. Sin embargo, le dieron algo de tiempo para concentrarse y preparar un buen hechizo. No acabaría la lucha, pero sería un paso importante.

—*Tel-amert-okan* —dijo, pronunciando las palabras muy lentamente, al tiempo que barría con su mano derecha una zona cercana a ellos, como si estuviera bendiciendo a parte del grupo de atacantes.

De pronto, un gran número de hombres de aquellos que habían quedado en la zona de influencia del hechizo, tras dejar los ojos en blanco y lanzar una queda exclamación, perdieron el conocimiento y cayeron de sus monturas. Esto dio algo de pausa a la lucha y tiempo a sus compañeros para respirar pues los caballos,

súbitamente liberados, buscaban cualquier sitio por el que escapar del caos, muchas veces pasando por encima de aquellos que luchaban a pie y derribando a otros que habían conseguido permanecer montados.

La consecuencia final del hechizo había sido unos doce hombres abatidos por el encantamiento propiamente dicho, y otros cinco o seis derribados por la huida de los animales desbocados. A su vez, contando los que habían sido abatidos por su grupo, quedaban enfrentándose a ellos apenas un puñado de diez personas, algo más asequible para sus compañeros.

Pero la mayoría se enfrentaba a Vahall, que había conseguido derribar ya a una docena de hombres. Pudo ver con consternación que muchos de ellos estaban bañados en sangre y mutilados. Muertos. Pero la criatura también estaba herida en su cuerpo terroso. Tenía grandes zonas deshechas fruto de los golpes recibidos y no tenía tiempo suficiente para recomponerse.

Utilizó diversos hechizos para abatir algunos hombres más y reducir el número de aquellos que luchaban contra él. Por un momento no supo si salvaba la vida de la bestia o la de los hombres.

El grito desgarrador de una voz familiar le hizo girarse bruscamente. Atrisha gritaba con las manos cubriéndose el rostro. Un poco más allá descubrió la causa de su angustia: Cheen había sido abatido. Estaba tendido en el suelo con una herida sangrante en la cabeza. Sobre él, un soldado blandía una espada dispuesta a dar el golpe de gracia. Una furia repentina, solo similar a la de Manlor, llenó su alma con un sabor agridulce. Lanzó a *Karzan* contra él, pero no llegaría a tiempo. Alzó una mano con la palma en la dirección del soldado al tiempo que gritaba unas palabras. Al momento, un cegador rayo de luz blanca salía de su mano e impactaba en su cuerpo. No hubo sangre. El hombre se derrumbó desmadejado sin tener tiempo siquiera de soltar el aire de sus pulmones, ahora sustituidos por un enorme agujero del tamaño de una sandía grande.

Árgoht bajó a tierra de un salto sin esperar a que *Karzan* se detuviera y se acercó a Cheen, que yacía inmóvil en el suelo. «Se está cumpliendo», pensaba sin cesar. Por suerte, el muchacho aún estaba vivo, aunque respiraba penosamente. Atrisha apareció a su lado.

—Coge una prenda y véndale la herida. Quédate aquí con él. No te muevas de su lado.

Ella se limitó a asentir, nerviosa y asustada. Nunca había estado en una situación como aquella y estaba a punto de desbordarse. Pero ahora tenía un objetivo: tenía que mantener vivo a Cheen. Ya no había lugar para el miedo.

Los gritos seguían a su alrededor. Árgoht vio caer también a Lorren, pero no podía saber si estaba muerto o solo herido. Pronto su arma la tomó *lady* Maisha, y con una decisión imperturbable la alzó con mano firme. Un segundo después se enfrentaba con uno de sus atacantes. Boquiabierto se quedó Árgoht al comprobar que la mujer no solo se defendía con destreza, sino que consiguió hacer retroceder al

soldado y, por fin, desarmarlo y dejarlo inconsciente con un buen golpe, efectuado con el canto de la espada contra el lateral derecho de su cabeza.

Aun así, aquello estaba desbocándose. Tenía que buscar la forma de ponerle fin cuanto antes, pues Vahall se debilitaba a marchas forzadas y sus heridas se multiplicaban con rapidez. Si seguían así, con el talhom cada vez más cerca de quedar abatido, Cheen inconsciente, Lorren posiblemente muerto y los demás defendiéndose como podían, serían derrotados en muy poco tiempo.

En ese momento sintió la presencia de un caballo a su lado y, cuando se giró hacia él, casi topó con el mango de una enorme espada que sobresalía de una de las alforjas. Dejó de escuchar y de sentir nada de lo que ocurría a su alrededor. Sus ojos se habían clavado en la excelente manufactura del puño y solo deseaba sostenerla en sus manos. Sin saber porqué, sintió un profundo y repentino deseo de tenerla entre sus dedos, de tocarla y admirarla, aunque era la primera vez que la veía. Estiró el brazo y alzó el arma aún metida en su vaina. La extrajo y se detuvo unos segundos a observarla. Sabía que ese tiempo perdido en mitad de la batalla podía costarle la vida, pero aun así no pudo reprimirse. La espada estaba grabada con lo que él distinguió como viejas runas, que sin embargo no fue capaz de reconocer.

El arma salió de su funda como si estuviera deseosa de hacerlo, con la suavidad del cuero bien engrasado. La empuñadura, recubierta de cuero, culminaba con una joya verde oscura, casi negra a pesar de la luz que la iluminaba. La guarnición, hecha de lo que parecía ser plata pura, tenía grabadas dos aves con las garras levantadas, mirándose mutuamente desde un lado al otro. Entonces, una enorme cantidad de energía le recorrió el brazo y se le extendió por todo el cuerpo, erizándole el cabello y acelerándole el corazón. Era la primera vez que sentía algo así. Agarró el arma con las dos manos, pues temía que esa misma energía se la arrancara de entre los dedos y una nueva oleada le dejó sin respiración. Se sentía como si hubiera abierto los ojos por primera vez, como si el aire entrara por primera vez en sus pulmones. Sentía que renacía. La hoja resplandecía con una luz azul que le obligaba a apartar la vista.

De pronto, el filo comenzó a vibrar, tan fuerte que pensó que se le iba a escapar de las manos para echarse a volar y perderse de vista. Pero no fue eso lo que ocurrió. En cambio, una súbita explosión de energía surgió de la unión de la espada y sus manos, barriendo todo lo que encontraba a su alcance en muchos metros a la redonda.

Después, el silencio. La batalla había terminado. Todos a su alrededor yacían en el suelo. Era el único que quedaba en pie, y sería por poco tiempo, pues sentía que la cabeza le daba vueltas y estaba a punto de desmayarse.

Un segundo después, no quedaba movimiento alguno a la sombra de Damnderith.



Cuando abrió los ojos, sintió un mareo que, unido al zarandeo al que lo sometía Shernan Kröll, le hizo incorporarse levemente. Enseguida, una arcada le subió desde las entrañas, haciéndole vomitar sobre la hierba. La cabeza le daba vueltas y se sentía como si le hubieran dado una paliza de muerte, con todo el cuerpo dolorido. A su lado, inerte como cualquier otra, la espada yacía como si también ella hubiera perdido el conocimiento. Por un momento, Árgoht no recordó qué había ocurrido, pero en seguida los recuerdos lo invadieron de nuevo.

Aquella sensación de poder, aquella fuerza vital, era difícil de olvidar. Él había hecho aquello con la ayuda de la espada, pero no sabía cómo. Ni si quiera era consciente de que podía usar tal cantidad de energía. Se había sentido más vivo de lo que lo había estado jamás.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Shernan.

Árgoht lo miró. Tenía muchos cortes y magulladuras, pero por lo demás, parecía estar bastante bien.

—Aún no lo sé —respondió el hechicero mientras se ponía en pie con dificultad. Ahora no tenía tiempo de pararse a investigarlo ni de analizar a fondo lo que había ocurrido. Tendría que dejarlo para otro momento.

Todos a su alrededor seguían tendidos en el suelo, inconscientes.

—Tenemos que irnos ahora que podemos —dijo Kröll. Árgoht aún estaba algo aturdido, pero consiguió asentir con la cabeza.

Entonces, el soldado vio la espada junto al cuerpo del meledino, aquella que durante años había guardado y protegido estaba ahora tirada en el suelo, sobre la fría tierra, lejos de su vaina protectora. Parecía esperar que alguien la recogiera y la guardara en su sitio. Shernan fue a coger la funda y regresó corriendo, la recogió y la guardó con cuidado.

La mirada que se cruzó entre ambos hombres estaba cargada de significados, de preguntas la de uno y de secretos la de otro. Ambos sabían que tendrían que hablar sobre aquello, pero ahora lo importante eran los demás.

Entre los dos despertaron a sus compañeros. Descubrieron que un leve movimiento los despertaba, así que pronto estuvieron todos en pie, aunque aturcidos y confundidos. A Cheen lo encontraron junto a Atrisha, que seguía con la mano apoyada sobre la tela y cubriendo la herida de la cabeza del chico. Parecía que había dejado de sangrar. Cuando se despertó solo notaba un fuerte dolor de cabeza. De todas formas, aquella herida sería mejor vigilarla. De los dos hombres de la escolta, Lorren no consiguió despertar. Tenía un tajo importante en el costado que le había costado la vida. Rismer, aunque levemente herido, se recuperaba sin problema.

Los caballos estaban desperdigados por los alrededores. Cogieron los suyos y los demás los desensillaron y los azuzaron, para que se alejaran. De esa forma a los soldados les costaría más alcanzarlos cuando se despertaran y decidieran seguirlos. Árgoht se estremeció al pensar en cuántos de ellos no se despertarían, pero ahora no tenía tiempo de lamentarse. Tenían que irse.

Manlor apareció de pronto frente a ellos, surgiendo de la tierra, recomponiendo su cuerpo. Aunque ya todos lo habían presenciado, no dejaba de sorprender a sus compañeros de viaje. Árgoht se preparó para combatir de nuevo, pues no podía saber quién controlaba a aquella masa de piedras.

—Lo siento —dijo, y enseguida supieron todos que era Manlor quien hablaba. Gracias a su formidable tamaño, sus rostros quedaban a la misma altura a pesar de que uno iba a caballo y el otro a pie—. Es la segunda vez que me dejo llevar por la furia. A veces no puedo controlarlo, y mi parte maldita toma el control.

—No te excuses por algo que es inevitable. Eres lo que eres, y eso tendremos que asumirlo hasta que encontremos una solución, si es que lo hacemos algún día. De todas formas, tendrás que ser más fuerte en el futuro, imponer tu personalidad sobre la bestia. Uno de esos arrebatos podría matarnos a todos.

Manlor bajó la mirada al suelo, avergonzado.

—Lo intento, pero cuando me dejo llevar por la furia siento algo parecido al placer, a la sensación de estar haciendo algo correcto. Es como si diera rienda suelta a mi verdadera naturaleza.

—No olvides que, debajo de todo ese aspecto oscuro, eres un ser humano. Eres un hombre convertido en bestia, no al revés. Harías bien en no olvidarlo.

Durante un buen rato siguieron en silencio el uno junto al otro.

—Gracias por todo. Aunque sé que tus motivos no son altruistas y que, si sigues junto a nosotros es porque tienes tus propias razones, me alegro de que estés aquí.

Árgoht se sentía como si le hubieran pisoteado todo el cuerpo. A duras penas consiguió montar a *Karzan*. El contacto con la espada le había hecho sentir vivo y fuerte, pero ahora que el efecto había pasado, su cuerpo se resentía de la repentina

corriente de energía que había saturado de poder todas sus fibras. Pero a pesar de las consecuencias, durante el tiempo que tuvo la espada en sus manos se sintió como si él fuera el ser más poderoso del mundo. Se vio a sí mismo capaz de hacer cualquier cosa, de lanzar el más potente de los hechizos... Había revivido la escena de su sueño. Era algo terrorífico, pero incluso por encima del dolor, sabía que estaba deseando volver a tocarla, volver a tenerla entre sus manos. Pero tenía que ser fuerte. Hasta que no supiera qué había causado aquella explosión de energía, no pensaba sacar de su funda protectora el arma, que Shernan se había encargado de guardar bien lejos de su vista.

Había sido capaz de cambiar la escena que había visto en su sueño, cosa al alcance de muy pocos. Había cambiado el futuro, incluso el destino del chico. Y lo había conseguido gracias a esa espada. Si su poder era tan grande como para alterar un acontecimiento preescrito, más le valía tener mucho cuidado con ella. Debía estudiarla muy bien antes de volver a usarla. También era consciente de que el arma no era suya, pero sea como fuere, tarde o temprano, esperaba tener la oportunidad de investigarla. ¿Por qué tenía Shernan Kröll una espada como aquella?

Árgoht entendió de pronto que acababa de vivir una Clave. En la vida de un mago se manifiestan cada cierto tiempo para orientar su camino en la dirección de su Destino. Podían ser acontecimientos sencillos, algo apenas imperceptible, o algo brutal y de proporciones gigantescas. En este caso había sido algo intermedio, y ahora le tocaba a Árgoht desentrañar su significado.

Hasta la fecha, el meledino solo había vivido una Clave, y era algo a lo que rara vez le dedicaba sus pensamientos. Cuando llegó el momento, supo que estaba viviendo una por una especie de cosquilleo detrás de los ojos, como si su cuerpo estuviera siendo recorrido por cientos de pequeñas corrientes de energía. Ahora había sentido algo similar. ¿Tenía aquella espada algo que ver con su Destino? ¿O era otra cosa? Tendría que buscar tiempo para pensar en ello.

Aceleraron bastante la marcha cuando tuvieron Ereth a la vista. A su izquierda se veía el Tir-Namân como una masa sombría, cuya sombra se alargaba a medida que la mañana había ido dejando paso a la tarde. Por alguna razón, Árgoht tenía prisa por llegar. Una especie de urgencia enfermiza le hacía azuzar más al caballo, hasta el punto de casi ponerlo al galope.

Era evidente que el rey Yurt tenía espías en Trennant. Tenía que habersele ocurrido antes. Si Atrisha era en verdad quién decía y el rey lo sabía, era lógico pensar que la tendría vigilada para mantenerla lo más controlada posible. Cualquier otro se habría limitado a eliminar a las dos, madre e hija, sin contemplaciones, para evitar cualquier amenaza a su posición. Esto hacía suponer que Yurt no consideraba a la niña una verdadera amenaza. Debía de estar muy seguro de poder mantenerlas bajo control, de lo contrario hace tiempo que estarían muertas.

Entonces se le ocurrió al meledino una idea preocupante: ¿El ataque de la colina habría tenido esa finalidad? ¿Habría sido una excusa para acabar con madre e hija

mediante el argumento de la refriega? Yurt ya estaba al corriente de su pequeña excursión, y era probable que sospechara algo.

Quizás la orden que les había dado a los hombres que los habían atacado era cierta y solo lo acusaba de secuestro. Pero lo dudaba. El rey Yurt debía estar temiendo un ataque a su autoridad.



Cuando ya tenían Ereth a un tiro de piedra, y antes de que fueran visibles desde las murallas de la fortaleza, Árgoht hizo detenerse al grupo. A partir de ese momento estarían muy expuestos y Manlor llamaba demasiado la atención.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió Manlor, con su voz desgarrada. Su mirada estaba muy apagada y la fijaba al suelo con mucha frecuencia. Estaba avergonzado por lo que había ocurrido en Damnder-ith. Se había dejado llevar por la furia, algo que creía tener superado. Si las suposiciones del mago eran ciertas, su cuerpo cada vez tardaría más en recuperarse, a medida que su energía se fuera agotando.

—Llamas mucho la atención y así no podrás entrar en la ciudad. Quiero hechizarte para crear una ilusión y que tu aspecto sea el de un hombre normal. ¿Estás dispuesto? De lo contrario tendrás que quedarte...

—¡Sí! —dijo él, interrumpiendo—. Quiero tener un aspecto normal aunque solo sea por un rato. Además, no pienso permanecer aquí esperando a los acontecimientos. Esta vez no me quedaré atrás.

—El hechizo consume mucha energía de los dos. A mi me la gastará cuando lo recite, pero a ti te la irá gastando poco a poco hasta que no tenga suficiente para autoabastecerse. No te la robará toda, tranquilo, así que no te matará, pero tendrás que detenerlo antes de que te deje demasiado debilitado.

—¿Detenerlo, yo?

—Sí. Una vez que el hechizo haga efecto, depende de ti pararlo. Solo tienes que concentrarte en volver a tu aspecto real y lo harás.

—De acuerdo. Hazlo.

Los dos se alejaron del grupo para apartarse un poco de la vista y se refugiaron como pudieron entre unos arbustos. El proceso fue largo, cosa que preocupaba a

Árgoht, pues quería llegar a la ciudad antes de que cerraran las puertas a la llegada de la noche. Árgoht intentaría que, ya que él quería volver a tener aspecto humano, fuera lo más parecido posible al Manlor original, pero como nunca lo vio antes, solo podría guiarse por la descripción que aquel le hizo de sí mismo. Altura, complexión, color de pelo y ojos... Cuanto más detallada mejor. Cuando Árgoht creyó tener datos suficientes, comenzó los preparativos para el hechizo, cosa que conllevaría la mayor parte del tiempo y gasto de energía para sí mismo. Manlor esperaba pacientemente, sentado sobre una pequeña roca.

Se le notaba inquieto, a pesar de que no abría la boca para no importunar al hechicero. Quería volver a sentirse normal, aunque fuera por poco tiempo y solo como fruto de una ilusión.

Por fin, tras un rato que a Manlor le pareció una eternidad, de las palmas del brujo, así como de sus ojos cerrados, comenzaron a surgir leves destellos blancos, de forma intermitente al principio, y más estables cada vez a medida que iban ganando intensidad. La luz blanca fluctuaba como una criatura viva y sus colores empezaron también a cambiar, creando unos efectos luminosos que habrían causado sensación en cualquier corte.

Entonces, Árgoht abrió los ojos súbitamente al tiempo que extendía sus manos hacia el talhom. Tanto de ellas como de sus ojos surgieron haces de luz que parecían revolotear en el aire en dirección a él, como si fuera el viento quien los movía y no la voluntad del hechicero. Por un momento, la criatura temió el contacto de aquella luz con su piel e intentó retroceder asustado, pero los haces acabaron por alcanzarlo y resultó que la sensación fue de lo más agradable. Manlor, más tranquilo, extendió una mano para tocar el primer haz que se acercaba a él. Más y más haces de luz fueron llegando a él, hasta que todo su cuerpo estuvo rodeado de luces multicolores. Manlor se dejó llevar cerrando los ojos, hasta que notó cómo la energía empezaba a disiparse. Esperó a que hubiera desaparecido por completo y abrió los ojos. Se miró las manos y se quedó sin respiración. Eran tan blancas y tersas como las de cualquier otro humano, pero al tocárselas sentía tacto terroso y sucio. Era una sensación muy extraña, y tenía que recordarse a sí mismo que solo era una ilusión.

—Sois en verdad muy poderoso —le dijo a Árgoht con admiración, los ojos, ahora de aspecto humano, muy abiertos—. Podríais gobernar el mundo entero.

—De momento me conformaré con salir con vida de esta pequeña aventura. Mañana ya veremos —respondió Árgoht con una sonrisa. Se sentía bien, tanto por el éxito del complicado hechizo como por el sincero asombro de Manlor. Siempre le gustaba observar la reacción de la gente ante la verdadera magia—. Vamos, enseñémosles a los demás vuestro nuevo aspecto.

Cuando llegaron junto a los demás, encontraron a Rismer de rodillas en el suelo y con las manos alzadas, mientras recitaba algún tipo de oración. Era una sencilla letanía de protección contra los malos espíritus. Árgoht la reconoció y su sonrisa se ensanchó aún más. Era muy sencilla, pero más poderosa de lo que muchos creían.

En el momento en el que Manlor apareció a la vista de los demás, *lady Maisha* dejó escapar un gemido ahogado.

—¿Manlor? —preguntó con voz casi balbuceante.

—Soy yo —respondió él, feliz aunque dubitativo—. ¿Cómo estoy?

—Pareces... Te pareces mucho... Casi eres tú mismo.

En efecto, a pesar de contar solo con una descripción, Árgoht había conseguido un parecido asombroso con el Manlor real. Había logrado imitar el tono de piel dorado, el verde de los ojos, el porte orgulloso y ancho de espaldas... Las pequeñas diferencias podrían justificarse con los cinco años pasados.

Shernan tampoco podía salir de su asombro. Por fin, después de cinco años de búsqueda, tenía ante él al verdadero Manlor. Los ojos se le llenaron de lágrimas, presa del alivio y la emoción. No se había equivocado al buscarlo durante tanto tiempo, solo había errado el lugar.

Entonces supo que había llegado el momento. En ese instante, con la verdadera imagen de su rey ante él, supo que tenía que desprenderse de su carga, que tenía que devolverla al que, ahora más que nunca, estaba convencido de que era su propietario legítimo.

Alrededor del nuevo Manlor se arremolinaban los demás, deseosos de saber más acerca de aquel prodigio, si bien el meledino no mostraba el más mínimo interés en responder preguntas. Shernan se acercó y todos fueron guardando silencio, al ver la determinación y la seriedad en la mirada del soldado. Cuando llegó ante el viejo rey, hincó una rodilla al suelo y se quitó el petate de la espalda.

—Shernan, ¿qué haces? —le preguntó Manlor.

Sin responder, el erethiano sacó de su bolsa el paquete de tela que contenía la espada, que había sido para él la carga más pesada que había tenido que llevar. Con parsimonia, desenvolvió el arma.

Manlor contuvo la respiración al ver lo que Shernan le ofrecía, con las palmas hacia arriba y la cabeza gacha.

—Mi señor, esto os pertenece. Perdonadme por haberla cogido, pero no podía permitir que quedara allí tirada, en la mansión, al alcance de cualquiera. Siento habérselo ocultado, pero no podía estar seguro de que fuerais vos y no podía arriesgarme a entregársela a un impostor. Ahora lo veo claro.

Manlor no sabía qué responder. Tenía ante sus ojos a Êralin, *La Cazadora*, su emblema, el símbolo de su autoridad. La había olvidado por completo junto con tantas otras cosas, y ni siquiera el hueco vacío en la armería le había hecho reflotar el recuerdo. Pero ahora que la tenía delante recordó cada batalla, cada tajo y cada gota de sangre vertida con aquella arma espléndida.

Muy despacio y con los ojos muy abiertos, estiró el brazo y tomó la espada por su empuñadura. Con la otra, retiró la vaina. Cuando estuvo liberada, el sol impactó en ella, lanzando multitud de reflejos plateados en todas direcciones. Sintiendo el peso entre sus manos, casi se sintió de nuevo la persona que fuera. Pudo revivir la

sensación de poder, la satisfacción del enemigo derrotado, el placer de cantar victoria. Se vio a sí mismo vivo de nuevo.

—Êralin —murmuró casi sin poder creerlo. Entonces miró de nuevo a Shernan—. Has llevado a Êralin todos estos años sobre tus hombros, cuidándola y protegiéndola. Es lo que necesitaba para volver a sentirme yo mismo. No puedo explicarte con palabras cuanto significa para mí. Levántate por favor, amigo mío. No hay relación de vasallaje entre nosotros, pues ya no soy rey, y si algún día vuelvo a serlo, te libero de ella. Eres mi hermano, mi sangre, a partir de este momento. Y eso incluye a mis descendientes —terminó, mirando a Atrisha.

Lady Maisha y *Atrisha* observaban esta escena sin dar crédito a lo que estaban viendo. La mujer se acercó a *Manlor* y alzó la mano para tocar su mejilla, pero la retiró enseguida cuando sintió lo que realmente había bajo la ilusión.

—Vaya —dijo decepcionada—, sois muy bueno, hechicero, pero no lo suficiente.

—Mis habilidades son humildes en comparación con el poder que haría falta para convertirlo de nuevo en humano. De momento, bastará con esto para poner en práctica mi plan.

—¿Y cuál es ese plan, si se puede saber?

Árghoht los miró a todos, alternativamente.

—Nos limitaremos a tocar a la puerta y les pediremos que nos dejen entrar.



La tarde caía con rapidez, sembrando la ciudad de sombras, cuando el grupo llegó hasta las murallas de la fortaleza. No eran murallas altas ni demasiado recias, pero vistas desde abajo impresionaban lo suyo. Sobre las almenas brillaban decenas de antorchas que luchaban contra el fresco viento vespertino para mantenerse encendidas. Se dirigieron directamente al acceso sur, un robusto portón de casi tres metros de altura.

—¡Alto! —gritó uno de los guardias, mientras cerraba el paso al castillo.

Ereth era una ciudad rica y con gran afluencia de viajeros que acudían al enorme mercado de la ciudad, reconocido por su excelente fruta y su verdura, producto de una tierra generosa y fértil. Sin embargo, el acceso a la fortaleza era otra cosa distinta. La ciudad estaba abierta a todo el mundo, pero la entrada al castillo estaba muy restringida para los forasteros.

Nadie reparó en ellos mientras ascendían la pequeña pendiente que atravesaba la aldea a los pies de la fortaleza y llegaban a su puerta. No habían tenido la suerte de llegar en día de mercado, pues en esa jornada la seguridad se relajaba, fruto de la cantidad de personas que llegaban de pueblos cercanos.

El soldado que les había cerrado el paso era el más viejo de los cuatro que flanqueaban el gran portón de recia madera. Todos ellos estaban ataviados con armaduras cortas, sin yelmo, y armados con espadas largas colgando de la cintura además de alabardas en las manos. Los alabarderos de la guardia real eran muy apreciados en la corte, considerados los soldados mejor preparados. Sin embargo, su presencia como guardia del castillo hacía que en raras ocasiones entraran en combate, si no era para defender la ciudad de algún ataque. Y hacía muchos años que aquello no ocurría.

Más allá de la puerta, alzado, el impresionante rastrillo asomaba sus dientes como

colmillos clavados en la roca de la muralla.

—¡Decid quiénes sois y qué os trae a Ereth! —rugió de nuevo el guardia.

Árgoht tomó la palabra.

—Venimos a ver al rey Yurt. Acompañamos a mi señor y solicitamos audiencia.

Árgoht hizo una leve reverencia al tiempo que señalaba hacia atrás, al único hombre del grupo montado a caballo, pues los demás animales habían quedado amarrados en el bosque, y que se cubría la cabeza con una capucha. Se sentaba erguido con porte orgulloso.

—Decid primero vuestros nombres.

Entonces el caballo avanzó antes de que Árgoht pudiera abrir la boca para responder la mentira que tenía preparada. El hombre montado se retiró la capucha con la mano y se agachó ligeramente en dirección al guardia.

—¿Es que no reconoces a tu rey?

El soldado se quedó petrificado en el sitio que ocupaba. Árgoht observó con satisfacción que a los otros les pasaba lo mismo. Creían estar viendo un fantasma, un ser vuelto de entre los muertos. La paradoja de la situación era que eso era cierto, y el hechicero no pudo evitar una sonrisa para sí mismo.

—Es... Es imposible —balbuceó el guardia, incrédulo—. Vos estáis... estáis...

—¿Muerto? —interrumpió Manlor.

El soldado solo pudo asentir con la cabeza, la frente perlada de sudor.

—Pues yo creo que no lo estoy. Sin embargo, tú sí lo estarás dentro de poco si no nos dejas pasar.

El soldado no podía creer que estuviera metido en ese lío. Hasta ese momento la tarde había sido tranquila, rozando el punto del aburrimiento. Estaba deseando terminar su turno, ir a cenar a su casa y pasar la noche revolcándose en el catre con su mujer. Ahora se enfrentaba con un problema de los gordos y lo supo desde el primer instante. Miró a sus tres compañeros de guardia, pero estos se limitaron a encogerse de hombros, tan sorprendidos y asustados como él.

—¡Vamos! No tengo todo el día. Necesito ver a Yurt —Árgoht notó que Manlor había tenido la astucia de no llamarle rey Yurt, como si ese título a él no le afectara.

Era bien sabido en Ereth que el cadáver del rey Manlor nunca había aparecido, por lo que su presencia no era algo absolutamente imposible de creer. El guardia, finalmente, decidió que no sería él quien negara el paso al auténtico rey. Pues si la persona que tenía delante era quién decía ser, los días del rey Yurt en el trono estaban contados. Era un simple soldado, pero no era tonto. Además, ahora que se fijaba, el caballo del rey era un animal más que conocido.

—¡Tú! —le dijo a uno de sus compañeros, aún pálido de la impresión—. Ve a anunciar al rey que alguien solicita audiencia.

Entonces se apartó y dejó paso libre a la comitiva, y Manlor volvió a cubrirse la cabeza con la capucha para entrar. Había funcionado la farsa, pero era mejor no tentar a la suerte y arriesgarse a que alguien lo delatara antes de tiempo. Tenía la frente

empapada en sudor, así como la espalda.

Árgoht sacó dos conclusiones importantes de aquel primer encuentro: por un lado, el aspecto de Manlor era suficientemente parecido al original como para hacerse pasar por él, pero con las diferencias suficientes como para que no fuera reconocido si no se hacía hincapié en ello. Por otro lado, los guardias no lo habían detenido con la acusación de secuestro, luego no había sido dada una orden de captura general. Esto sorprendió al hechicero, pues era evidente que el grupo se dirigía hacia allí. ¿Por qué no se había avisado a los guardias de que podía aparecer ante las puertas? ¿Sería aquella una excusa para apresarlos y los verdaderos motivos serían otros? ¿Estaría Yurt intentando evitar que *lady* Maisha llegara con Atrisha a la capital?

Sumido en esas reflexiones estaba Árgoht cuando el grupo atravesó las puertas y accedió al gran patio, que servía de antesala para la inmensa fortaleza que era el castillo de Ereth. Alrededor podían verse toda clase de personas yendo de aquí para allá: sacerdotes, sirvientes, cortesanos... Como capital del reino, la ciudad presentaba una gran agitación a diario.

Manlor no pudo reprimir un escalofrío al volver a entrar en la que fuera su ciudad. Entre aquellas piedras había pasado los mejores años de su vida, había conocido el amor, había criado a una hija y había concebido un hijo... que no llegó a nacer. Ahora estaba a su lado la única descendiente viva que le quedaba, la cual sin embargo no era fruto del amor que sentía por *lady* Kara. Volver a pisar aquellas piedras era desconcertante y multitud de recuerdos invadieron su mente, obligándolo a hacer un gran esfuerzo por reprimir las lágrimas.

En ese momento se dio cuenta el antiguo rey de su verdadera situación. Había sido asesinado por una orden dada desde esta fortaleza, había vuelto a la vida convertido en una criatura maldita que había aterrorizado a su propio pueblo y ahora estaba ahí, con una apariencia prestada para no sembrar el pánico entre la población. Tenía que reconocerlo: su sitio ya no estaba allí. Estaba viviendo una fantasía. Nunca podría volver a ocupar el trono, ahora lo sabía. Entonces, ¿qué derecho tenía a venir a desestabilizar el reino? Miró a Atrisha, que contemplaba todo cuanto la rodeaba con la mirada curiosa de quien ha visto algo con muy poca frecuencia. ¿Debía poner a aquella niña en el compromiso de aceptar algo tan enorme como una corona?

—Árgoht —dijo en voz baja, agachándose para dejarse oír por el hechicero. Este alzó la mirada—. No estoy seguro de que esto sea una buena idea. Deberíamos volver y pensar un poco más nuestras opciones...

Pero era demasiado tarde, pues una comitiva ya se acercaba a recibirlos. Eran cuatro soldados armados a cuya cabeza estaba el mismísimo Branton Oldsten. Árgoht percibió cómo Manlor apretaba los dientes con fuerzas, para contener el impulso de lanzarse sobre él en ese mismo momento. Árgoht se alegró de que lograra contenerse, pues de lo contrario todas sus opciones de desenmascararlo y poner a Atrisha en el trono se esfumarían.

Y él se quedaría sin su pago.

Shernan estaba en una situación similar a la de Manlor. Después de exiliarse voluntariamente, volvía a su hogar. Estaba de nuevo entre las murallas que le habían visto crecer, entre las que se había convertido en soldado, las que había patrullado en tantas noches frías. Aspiró una bocanada de aire y llenó sus pulmones con el perfume de la roca blanca y la tierra. Estaba en casa y todo estaba como lo había dejado, hacía una eternidad.

—¡Vaya, vaya! —era Branton Oldsten, que en ese momento llegaba ante ellos y se detenía a escasos metros. Su armadura, aunque algo ajada, brillaba bajo la luz de las antorchas ya encendidas. Al ver aparecer al general, los curiosos comenzaron a sospechar que algo iba a ocurrir y comenzaron a agruparse alrededor de ellos—. Si es el brujo. ¿O debo decir señor brujo? Me alegro de que hayáis decidido entregaros por propia voluntad. Supongo que el grupo que envié para deteneros ha sido vencido. Solo espero que hayáis sido piadoso, porque habrá sido el último buen acto que podréis hacer. Nosotros no tendremos piedad alguna con vos. Soltad a la mujer y a la niña y entregaos sin ofrecer resistencia.

Árgoht analizó la situación con tanta rapidez como pudo. Aunque frente a él solo tenía a cuatro soldados y al general, estaba seguro que entre los muros de la fortaleza había muchos más. Habían acudido pocos para no asustar a la población. Sin embargo, observó que todo el personal apostado en las murallas estaba también en guardia, con los arcos armados y las espadas en las manos.

—Como podéis ver, estas dos mujeres están aquí sin ataduras de ninguna clase. Obedeceré vuestra orden —se dirigió con la mirada a *lady* Maisha—. *Milady*, podéis iros, pues sois libre.

En el fondo, a Árgoht le hacía mucha gracia la situación. La mujer miró al hechicero sin saber qué hacer, pero no se movió de donde estaba. Ni ella ni Atrisha.

—Nunca he dejado mi libertad en manos de nadie y esta ocasión no es una excepción —dijo ella dirigiéndose a Branton—. Estoy aquí por decisión propia y este hombre no solo no me ha forzado a acompañarle, sino que he sido yo quién le ha pedido que venga conmigo, para servirme de guía y consejero.

Árgoht aplaudió mentalmente la astucia de Maisha. Con esas palabras había conseguido que la atención se centrara exclusivamente en ella, pues todos los presentes tenían gran curiosidad por saber qué motivos podrían haber traído a aquel grupo hasta ellos. La tensión se desvaneció un poco cuando Branton volvió a hablar.

—Tengo muy poca confianza en los magos, mi señora. Nada me hace pensar que no estéis controlada por su gran poder. Sin embargo, tengo por costumbre ofrecer el beneficio de la duda, y eso haré en este caso. Decidme qué os trae aquí en tan dudosa compañía y después juzgaremos de nuevo la situación.

Nadie se fijaba en el hombre montado a caballo, en todos los aspectos el más peligroso del grupo, tanto por su poder como por las implicaciones que su presencia traería. Quizás el mensajero no había dicho lo que había presenciado en la puerta o el general no había dado crédito a sus palabras. La atención de todos se centraba en *lady*

Maisha y en Árgoht.

—Solicito audiencia con el rey Yurt —dijo *lady* Maisha con altivez.

—Exponedme vuestro caso y yo decidiré si el rey debe ser molestado o no. Pero antes, quiero ver el rostro de todos vosotros.

Estas palabras iban dirigidas, ahora sí, a Manlor, que seguía encapuchado y cuyo rostro las sombras hacían difícil de discernir. Ahora la atención de todos los curiosos se centró en él, como si Branton fuera el director de algún tipo de espectáculo y pudiera decidir en cada momento hacia dónde dirigir la mirada del público.

Manlor miró a Árgoht, quien sutilmente le autorizó con un asentimiento. Entonces, alzó las manos y retiró muy despacio la tela que le cubría la cabeza. Árgoht tuvo que reconocer en silencio que sabía cómo crear expectación. Había dicho que tendría que ser buen actor para entrar en el castillo y aunque no lo había dicho en serio, había resultado ser uno excelente.

Cuando su rostro quedó a la vista, un murmullo recorrió la multitud en torno a ellos. Aunque nadie podía estar seguro, aquel hombre se parecía mucho a un rey muerto. Incluso Oldsten retuvo el aliento durante un segundo, asaltado por la duda. *Lady* Maisha aprovechó el momento para volver a hablar.

—Este hombre es Manlor, vuestro legítimo rey, que regresa para exigir que le sea devuelto aquello que es suyo y que le ha sido arrebatado.

El murmullo de la multitud se convirtió entonces en un grito atronador, cuando cientos de voces comenzaron a hablar al unísono. Nadie se atrevía a afirmar o negar rotundamente aquella afirmación. Aquel hombre se parecía de una forma asombrosa, pero... ¿Sería él?

Branton se recuperó con rapidez.

—Buen intento, pero no sois muy buena, mi señora. Es verdad que este hombre se parece, pero debo recordaros que el rey Manlor murió hace cinco años. Que yo sepa, los muertos no pueden volver a la vida.

—Es cierto, pero yo os digo que es verdad. Concededme audiencia con el rey y os lo demostraré.

—No —dijo Branton—, no molestaré al rey con los delirios de un grupo de payasos salidos de algún triste espectáculo. Además, con esta usurpación habéis deshonrado el recuerdo del rey Manlor. ¡Guardias, detenedlos!

En ese momento la muchedumbre se agitó. Por fin llegaba el momento de acción que tanto ansiaban.

Todo el grupo miró a Árgoht para saber qué hacer, y él negó con la cabeza. No quería causar allí una masacre, y eso sería lo que ocurriría si Manlor perdía el control sobre su hechizo y retornaba a su forma real. Pero cuando los soldados se dirigían hacia ellos, Manlor hizo algo que dejaba bien claro su gran experiencia en asuntos políticos. Con movimientos deliberadamente lentos para que todos lo vieran, echó la mano al cinto y sacó a Êralin de su vaina. De entrada, Árgoht se asustó. Si los soldados apostados en las almenas veían en ello un ataque, estarían muertos en unos

segundos. Sin embargo, la extrema lentitud de sus actos había conseguido que todos miraran con curiosidad morbosa lo qué estaba haciendo. Por fin, la espada salió de su funda y brilló con los reflejos de las antorchas, mientras Manlor la alzaba apuntando con ella hacia el cielo, para que todos la vieran bien. Habían pasado cinco años, pero nadie había olvidado a *la Cazadora*. Y no solo reconocieron la espada. Viendo la escena en su conjunto, aquel hombre, con la espada del rey en la mano, montado sobre el caballo que tantas veces llevara a Manlor a la guerra y con un aspecto propio de un monarca, era lo más parecido al rey Manlor el Temible que habían visto desde hacía mucho tiempo.

De nuevo con gran lentitud, Manlor fue bajando la espada hasta que su punta estuvo dirigida hacia el rostro de Branton, que había palidecido. También él tenía la sensación de estar viendo una escena llegada del mismísimo mundo de los muertos.

—Amigo mío —comenzó a decir Manlor. Debió costarle un gran esfuerzo de contención no intentar matar en ese mismo instante a aquel hombre, que había dado la orden de asesinarlo—, tú que tantas veces me acompañaste a la batalla y tan rígidamente te aferrabas al código del honor, tú que siempre fuiste reconocido por tu buen juicio, ¿llevarás esta situación hasta el punto en el que una masacre sea inevitable? Ante ti tienes a uno de los más poderosos magos que haya pisado jamás esta tierra y a tres guerreros avezados en la lucha. Eso sin contarme a mí, pues a pesar de los cinco años pasados, no he olvidado cómo luchar. ¿Lo haréis? Sin duda, tus hombres podrán acabar con nosotros, pero ¿qué precio estás dispuesto a pagar?

Manlor guardó silencio para observar el efecto que tenían sus palabras, y no pudo sentirse más satisfecho. Todos se habían quedado petrificados. El general parecía turbado, indeciso de su propia medida. El orgullo podía llevarle a no retractarse, así que Manlor se lo puso fácil.

—No hemos venido a causar mal alguno, así que consideradnos invitados y no cautivos. Iremos con vosotros de buena gana sin necesidad de usar la fuerza.

Dicho esto, guardó la espada, con un ágil movimiento esta vez, y esperó la respuesta de Branton. Este observaba a la multitud, a sus guardias y al grupo que tenía enfrente alternativamente.

—Sea —accedió. Se dirigió a sus hombres—. Escoltad a estos hombres y a las señoras a la sala de recepciones —volvió a mirar a Manlor—. Consultaré con el rey si acepta recibiros. No puedo hacer más.

Manlor asintió con la cabeza para dar su aceptación a las palabras y se apeó de *Karzan*, mientras se sujetaba a Êralin al cinto. Varios soldados se situaron alrededor de ellos y los guiaron al interior de la fortaleza. La multitud comenzó a dispersarse indecisa, sin saber si debían sentirse contentos o defraudados. En cualquier caso, se hablaría de aquella noche durante años.

En un momento del camino, Árgoht le susurró a Manlor:

—¿Uno de los magos más poderosos...? ¿Avezados en la lucha...? Sois un gran farsante.

Manlor respondió con una enorme sonrisa divertida. En el fondo, se lo estaba pasando genial con aquella pantomima. Le gustaba ser de nuevo el centro de atención, aunque su único deseo era poner sus manos alrededor del cuello de Branton.



—Mi señor, en la sala de audiencias alguien solicita veros.

El rey Yurt se había retirado ya a su estudio, dejando a un lado los asuntos reales para dedicarse a sí mismo y a su mujer. Llegaba la hora, muy deseada por él, de dejar de ser rey y convertirse en hombre. Los restos de la cena aún reposaban sobre una lujosa bandeja, apoyada en una mesita destinada a ese efecto. Todavía el rey no se había despojado de su atuendo de diario.

—No son horas de audiencia, que vuelvan mañana.

El estudio era una estancia sencilla cuyas paredes estaban cubiertas de libros, con su centro dominado por una gran chimenea. Árgoht habría reconocido el lugar, pues en él había recibido el encargo del rey de acudir al valle de Pranthas. El rey se encontraba enfrascado entre las páginas de un viejo libro encuadernado en cuero. Era su costumbre relajarse con una buena lectura antes de irse a la cama, cosa que solía hacer bastante tarde debido precisamente a su afición, que le abstraía de tal forma que perdía la noción del tiempo.

Había permitido el acceso a Branton Oldsten merced a la amistad que los unía, pues a esas horas el rey no recibía a ninguna otra persona.

—Es el brujo.

Estas palabras captaron toda la atención del rey, que dejó lo que estaba haciendo para mirar a su general. En sus ojos se veía una expresión que quizás fuera rabia o quizás miedo. En cualquier caso, no quedó indiferente.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó casi gritando.

—Es complicado de explicar, deberíais bajar a recibirlo. Viene con alguien que os interesará ver.

—¿Por qué no ha sido detenido? Ese hombre es peligroso y retiene contra su voluntad a *Lady Maisha* y a su hija. Quiero verlo en el calabozo ahora mismo.

—Yurt —dijo Branton, paciente—, te aconsejo que bajes y veas la situación con tus propios ojos, antes de decidir nada.

Algo en la expresión y la mirada de su amigo hicieron que el rey guardara silencio. Tanta insistencia y misterio no eran normales en él, por lo que debía ser algo importante. Así pues, no hizo más preguntas y acompañó al general a la sala donde le esperaba la mayor sorpresa de su vida.

Cuando entró en la sala, *Lady Maisha*, Cheen, Atrisha y Shernan hicieron una reverencia ante la presencia del rey, pero tanto Manlor como Árgoht permanecieron erguidos.

—Señor Árgoht —dijo sin esperar un instante—, vuestra presencia aquí solo puede significar una cosa. Habéis matado a los hombres que envié para capturaros. Así pues, los cargos contra vos aumentan gravemente. Al secuestro se une ahora el asesinato. ¡Guardias, prendedle!

Los guardias que los acompañaban dudaron. Era la segunda vez que recibían esa orden, pero esta vez procedía del propio rey, así que dos de ellos dieron un salto al frente y cada uno aferró al hechicero por un brazo. Este se dejó hacer, pues sabía perfectamente que *lady Maisha* haría exactamente lo que hizo. Avanzó hacia el rey y se arrodilló ante él.

—Mi señor, este hombre nada tiene de secuestrador ni de asesino. Como ya le he explicado a Branton, estamos aquí por propia voluntad, tanto mi hija como yo misma. Nadie nos ha secuestrado.

El rey se agachó para tomar la mano de la mujer y ponerla en pie, con fingida cortesía.

—¿Entonces qué hacéis con él y a qué habéis venido? —su acento era de naturalidad, tan fingida como su pose. De reojo no podía dejar de mirar a Manlor, que había vuelto a cubrir su cabeza con la capucha de la capa. Era una verdadera descortesía en presencia del rey. Aunque su rostro era visible, no era posible apreciar bien sus rasgos.

—Eso lo responderé yo —Manlor se adelantó un paso.

Árgoht temió que Manlor estuviera demasiado lanzado. Había tenido éxito con su perorata ante el gentío y Branton, pero una palabra de más ante el rey podía costarles muy cara.

Manlor se detuvo a unos metros del rey y se quitó la capa, dejándola caer a sus pies. El aliento escapó del pecho de Yurt como si fuera a morir allí mismo. Ante sí tenía el fantasma de un muerto. Pero eso era imposible. Él mismo había visto morir al rey Manlor delante de él, junto a su esposa y su hija. Aquello tenía que ser un engaño.

—¿Qué clase de broma es esta? —bramó—. Guardias, detened a estos hombres. ¡Esto es un insulto!

Cada segundo que pasaba observando el rostro de aquel hombre que decía ser Manlor, más seguro estaba de que se trataba de un fraude. En verdad tenía cierto parecido, pero había conocido muy bien a Manlor, pues habían compartido muchas

aventuras y buenos ratos, y el hombre que tenía delante mostraba diferencias más que notables.

Árgoht lo percibió y se reprendió a sí mismo por haber permitido que Manlor entrara con ellos. Una cosa era engañar a una masa de personas en un patio en sombras y otra a un hombre inteligente como el rey Yurt, en una sala más iluminada.

Esta vez sí reaccionaron los guardias con celeridad y apresaron también a Manlor. Aunque este se resistió levemente, Árgoht no hizo amago alguno. Un enfrentamiento allí en aquel momento les costaría la muerte a todos.

El rey se dirigió a él con cara de pocos amigos.

—Buen intento, brujo —esta última palabra la pronunció de forma que resultara despectiva—, pero no podrás derrocarne con tanta facilidad. Tu plan se ve venir a la legua. Buscas un hombre que se parezca al difunto rey Manlor, traes a su sobrina y a su cuñada y pretendéis que yo me levante del trono y se lo ceda sin más, con toda amabilidad. Si creías que era estúpido, te has equivocado gravemente. Ahora ese error te costará la vida. Pero no logro entender qué sacas tú de todo esto...

—Mucho me temo —le respondió Árgoht, sereno—, que quien comete un error sois vos. Este hombre es en verdad Manlor y su única ambición, es restablecer la línea sucesoria legal.

—¡Manlor está muerto! —bramó el rey.

—La muerte tiene muchas formas, y la vida busca la manera de expresarse. Creedme cuando os digo que os merece la pena escuchar aquello que se os quiere decir.

El rey Yurt ignoró las palabras del meledino y se dio la vuelta bruscamente, haciendo ondear su capa tras de sí. Se dirigía al fondo de la sala, en la dirección desde la que había venido.

—No quiero oír una palabra más al respecto —dijo sin darse la vuelta—. Conoceréis las delicias de mis calabozos hasta que decida qué debo hacer con vosotros y qué castigo es el más apropiado.

Dicho esto, todos los soldados presentes rodearon al grupo, apuntándolos con sus armas. Para Árgoht no habría sido difícil desarmarlos a todos, pero aquella no era su guerra. De momento dejaría que las cosas fueran como tenían que ser, y más adelante decidiría cuál era el curso de acción más adecuado.

Los demás también dedujeron rápidamente que con la fuerza no resolverían aquella situación y no ofrecieron resistencia. Branton Oldsten se acercó a ellos y los escrutó detenidamente, antes de hablar.

—Debo admitir que casi me convencéis, brujo, pero habéis sido desenmascarado. La horca será poco castigo para vos. Os tenía por buena persona y hombre inteligente, pero esto ha sido una chapuza.

—No dudéis de mi inteligencia y yo no lo haré de la vuestra —respondió Árgoht—, pues me atrevo a vaticinar que mi destino no es la muerte de vuestra mano. De aquí a mañana podéis llevaros alguna sorpresa.

Branton se rio a carcajadas, pero no añadió nada más al asunto. En cambio, se dirigió hacia *lady* Maisha, a quien habían dejado sin atar.

—Mi señora, vuestro sitio no está con estos traidores. No me cabe duda de que habéis sido engañada con malas artes para que sigáis a estos desalmados, capaces de involucrar a una buena mujer inocente como vos; pero ahora que han sido desenmascarados, podréis volver a vuestra vida normal y vuestras ocupaciones. Ocuparéis vuestros aposentos habituales. Por vuestra propia seguridad os recomiendo que no los abandonéis hasta que esta situación quede solventada.

Ellas no dijeron nada, pero era evidente que estaban confusas. Ante ellas se abría la oportunidad de hacer como si todo aquello no hubiera ocurrido. ¿La aprovecharían? De momento permanecieron en silencio, mientras los guardias las dirigían hacia una puerta lateral, distinta de aquella por la que había salido el rey. La mujer miraba a Árgoht sin saber qué hacer, y este le respondió con la mirada que siguiera adelante. Siempre estarían mejor en un dormitorio que en una celda. Además, estaba seguro de que su cautiverio sería el mismo que el de ellos, pero con sábanas de seda. Atrisha, en cambio, a quien miraba era a Cheen, y su mirada reflejaba una profunda pena.

Finalmente, ambas salieron de la sala bien escoltadas y se perdieron de vista.

Los guardias que quedaban, a una orden de Branton, se acercaron para atar a los cuatro hombres. Si llegaban a tocar a Manlor la ilusión se descubriría, pues el tacto de su cuerpo lo delataría.

—Mi señor —se adelantó Árgoht dirigiéndose al general—, no es necesario usar ataduras con nosotros. Hemos venido aquí en son de paz y no tenemos ninguna intención de provocar una trifulca. Aceptaremos el cautiverio hasta que podamos demostrar que nuestras demandas son justas, pero siempre que se nos trate con el debido respeto. Aunque vos no lo creáis, este hombre es el auténtico rey Manlor, y merece el trato adecuado. Como muestra de buena voluntad, permitiré que me atéis a mí y de esa forma os aseguraréis de que no use mis artes contra vos.

Aquellas situaciones solían parecerle muy divertidas a Árgoht. La inmensa mayoría de la población no sabía de los magos sino lo que les cuentan cuando niños los más ancianos del lugar, o lo que escuchan en las leyendas. Así pues, lo que realmente se sabe de ellos es bien poco. Él se aprovechaba a menudo de esta ignorancia, como en este caso. Si quisiera, podría lanzar diversos hechizos interesantes sin necesidad de desatarse las manos, pero eso nadie lo sabía. De hecho, el general Branton parecía bastante convencido al respecto, y en el fondo no estaba seguro de la falsedad de la identidad de aquel hombre que se hacía pasar por Manlor, por lo que más le valía tratarlo con el debido respeto, no fuera que en efecto resultara ser el legítimo rey.

Con un gesto de la cabeza aceptó las palabras del hechicero.

—De acuerdo, pero os lo advierto: un movimiento extraño, un paso en falso, y no os daré oportunidad de rechistar —se dirigió a los demás—. Vosotros, confiaré en

vuestra inteligencia, pero debéis entregar vuestras armas.

Todos depositaron sus armas en el suelo. Incluso Manlor, aunque a regañadientes, y se dejaron guiar por los guardias a punta de espada, después de ver cómo amarraban con fuerza las muñecas de Árgoht a su espalda.

El recorrido hacia los calabozos fue largo y oscuro. En la mayor parte de la fortaleza habían sido ya apagadas las antorchas, y solo quedaban encendidas las de las zonas de patrulla de la guardia. El soldado que marchaba en cabeza junto a Branton llevaba la suya propia, con la que iba alumbrando el camino. Suerte que Árgoht podía ver en la oscuridad, porque de lo contrario habría tropezado varias veces, como lo hicieron los demás.

Por fin, llegaron a una profunda mazmorra, tras descender varios tramos de sucias escaleras que contrastaban con la pulcritud del resto de la fortaleza. La humedad podía sentirse en el ambiente y las paredes estaban cubiertas de moho. Grandes manchas negras salpicaban la piedra allí donde el agua la saturaba. Introdujeron a cada uno de los prisioneros en una celda y las cerraron con llave. Cuando uno de los carceleros se acercó a Árgoht para desatarlo, el general lo detuvo.

—Déjalo atado. No me fío de él.

Se dio la vuelta y comenzó a subir por las escaleras, que habían descendido para llegar al calabozo. Tras ellos quedaron cuatro guardias, para custodiar a los prisioneros con evidente desgana. Árgoht les había visto sortearse quiénes debían quedarse.

—A veces los ojos dicen la verdad mejor que las palabras —la voz era la de Manlor y salía de su celda. Árgoht estaba sorprendido de lo bien controlado que tenía el hechizo que le había lanzado. Incluso la voz estaba bien conseguida—. Deberías fiarte más de lo que ves, viejo amigo.

Las palabras iban dirigidas a Branton, que al escucharlas se detuvo en seco.

—¿Qué has dicho? —preguntó, girándose y regresando hasta situarse frente a la celda de Manlor. Árgoht pudo verlo todo porque su celda quedaba justo enfrente.

—Sabes bien lo que he dicho porque me has escuchado hacerlo otras veces. Tus ojos te dicen que soy Manlor, pero te niegas a aceptarlo. Soy yo, Branton, amigo mío, que he vuelto. Nos corrimos juntos muchas juergas y participamos en muchas batallas...

—¡Cállate! —Branton desenvainó su espada y la apuntó directamente a la garganta de Manlor. Este había dado en el clavo. El general dudaba.

—¡Manlor está muerto! —continuó rugiendo.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está su cadáver? Sabes muy bien que nunca lo encontraron. Y no lo hicieron porque no lo había.

Árgoht comprendió que Manlor pretendía desestabilizar a Oldsten. Estaban convencidos de que la orden de asesinarlo había salido de él mismo. ¿Se retractaría

ahora que lo tenía de nuevo delante? ¿Confesaría? Estaba ansioso por saber cómo terminaba aquello. En las otras celdas, Cheen y Shernan escuchaban con atención.

—Tiene razón —intervino este último, que había permanecido en silencio hasta ese momento—, y deberíais escuchar.

Branton lo miró.

—¿No me reconocéis? Serví a vuestro lado durante muchos años. ¿Tanto he cambiado en los últimos cinco?

El general se situó frente a su celda y acercó una antorcha a los barrotes. De pronto, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Kröll? ¿Shernan Kröll?

—Así es.

Branton dio un paso atrás.

—¿Qué clase de engaño es este? Esta mañana estaba tan feliz y tranquilo, y apenas unas horas después tengo ante mí a dos auténticos fantasmas.

—No somos fantasmas —dijo Shernan, pacientemente—. Somos reales. Estamos vivos. La noticia de mi muerte, de la que ahora me entero por vuestra boca, fue falsa. Deserté por propia voluntad.

Branton dio otro más hacia atrás.

—Esto es una locura, estoy viendo visiones —se giró hacia Árgoht—. ¿Qué me haces, brujo? ¿Juegas con mi mente?

—En absoluto —contestó secamente.

—Escúchame —habló Manlor de nuevo—, si hay aquí algún traidor eres tú, viejo amigo. Intentaste asesinarme, mandaste a Kröll y a toda una patrulla a por mí y mi familia.

Oldsten abrió mucho los ojos. Parecía realmente sorprendido.

—¿Cómo dices?

Pero en ese momento se dio cuenta de que estaba hablando muy alto. Su voz resonaba por toda la mazmorra. Sus hombres, en vez de vigilar a los prisioneros, estaban atentos a la conversación, ansiosos de alguna revelación interesante.

Cuando Manlor fue a hablar de nuevo, el general le interrumpió.

—No quiero oír nada más y sería mejor que os callárais, pues vais a estropear aún más vuestra situación. ¡Guardias! Al próximo que diga una sola palabra le cortáis la lengua. Tenéis mi permiso.

Entonces se dio la vuelta de nuevo y comenzó a subir por la escalera a toda prisa, dejando a los prisioneros con la palabra en la boca.



El rey entró en sus habitaciones como una exhalación y cerró tras él dando un portazo. Los sirvientes que preparaban la cama y la chimenea para caldear la habitación antes de que el rey llegara para acostarse, se sobresaltaron por la brusquedad de sus actos y por la hora temprana, temiendo una reprimenda por no tenerla lista. Sin embargo, lo único que le escucharon decir fue que salieran de allí, y a buen seguro que nunca antes habían corrido tanto como en esa ocasión.

Lady Yuley se encontraba reclinada en el alféizar de la ventana, muy hermosa con una bata blanca de hilo y el hermoso pelo negro recogido en una larga trenza que le llegaba casi hasta la cintura, lista ya para irse a dormir. Esperaba pacientemente a que sus sirvientes terminaran de preparar su lecho.

Yurt comenzó entonces a pasearse por la habitación, como un perro enjaulado.

—¿Estás bien, amor mío? —preguntó la mujer, preocupada.

—Sí —respondió él, procurando controlar el tono para no desahogar su furia sobre ella—, no te preocupes. Tengo que pensar.

Lady Yuley captó el tono de sus palabras y prefirió guardar silencio. Para no molestar a Yurt, se dedicó a terminar la tarea que los sirvientes habían dejado a medias. El rey la ignoró por completo, perdido en sus pensamientos.

Aquello no podía ser obra de nadie más que de aquel odioso hechicero. Le había hecho un encargo muy sencillo, y ahora se arrepentía profundamente. Nunca debía de haber metido a ese hombre en los asuntos de su reino. Sabía que era peligroso y tenía que haber intuido que traería desgracias a su casa. Y es que la presencia de aquel ser aparecido no podía ser sino un truco, una blasfemia. Manlor estaba muerto, y no había vuelta de hoja para eso. Él mismo había visto su cadáver. No podía estar vivo. Además, todos los soldados que participaron en aquella... maniobra, estaban fuera de circulación: desterrados en supuestas misiones a muchos kilómetros de distancia,

comprados con baronías también suficientemente lejos, o muertos. ¿Podía estar todo esto orquestado por alguno de ellos, resentido? Volvía a arrepentirse de su buena voluntad por no haberlos matado a todos. Pero en aquel momento eso habría resultado muy sospechoso y suscitado demasiadas preguntas.

Además estaba el asunto de Maisha. ¿Por qué venía esa mujer después de tanto tiempo a reclamar nada? La había mantenido muy bien estos cinco años. Se sobreentendía que ese mantenimiento compraba su alejamiento de los asuntos reales. Estaba claro.

Y ahora estaban en aquella fortaleza las dos únicas personas que podían destronarlo. El pueblo adoraba a Manlor, a pesar de que había llevado el reino a la práctica ruina y pasaba más tiempo fuera guerreando, que preocupándose de los asuntos domésticos. Era un mal gobernante, y sin embargo la gente seguía hablando de él como alguien a quien él mismo nunca podría emular. Hasta el momento, solo había tenido que luchar contra la sombra de Manlor y apenas había podido salir victorioso. No sabía si sería capaz de vencer a su presencia. Pero ¿era realmente él? Yurt tuvo que reprimir un grito de frustración, fruto de la incertidumbre y la duda.

Unos golpes en la puerta hicieron que detuviera su paseo nervioso.

—¿Quién es? —gritó.

La puerta se abrió un poco y por el resquicio apareció el rostro sonrosado del general Branton.

—Pasa, Branton —dijo el rey con tono contenido.

—Mi señor...

—Déjate de formalismos amigo, necesito tu opinión en este asunto. ¿Crees que ese hombre pueda ser el mismísimo Manlor?

Oldsten traía en sus manos a Êralin, y la depositó en una esquina del estudio. Yurt no le prestó la más mínima atención.

—No lo sé, pero se le parece muchísimo —respondió el general—. Han pasado cinco años. Todos hemos cambiado mucho en este tiempo. Si es un farsante, a mi me engañó —bajó la mirada, avergonzado.

—Toda la puesta en escena ha sido bien planeada. *Karzan*, Êralin, Maisha... Esto lleva mucho tiempo planeándose.

—¿Qué pinta el brujo en todo esto? A él esta historia no le favorece ni le perjudica.

—Los brujos son imprevisibles. Lo sabía antes de recurrir a él y ahora lo constato. A saber qué le habrá prometido ese supuesto fantasma.

Yurt se acercó a una mesita al fondo del dormitorio, en la pared opuesta a la de la cama. Era un hermoso mueble labrado por hábiles manos. Sobre ella, varias copas y una botella de vino. La cogió, sirvió dos buenos tragos y tendió una copa a su amigo.

Durante un rato los dos hombres se limitaron a beber en silencio. Branton se sentó en una butaca acolchada, pero el rey permaneció de pie y seguía paseándose.

—Ese hombre —dijo por fin el general—, me ha dicho que yo di la orden de

asesinarlo.

Yurt pareció haber recibido un puñetazo. Se giró tan rápido hacia su amigo, que parte del contenido de su copa acabó regando la alfombra a sus pies.

—¿Cómo?

—Dijo que yo ordené su asesinato, que envié una patrulla contra él. Yo sé que solo fue un desafortunado accidente, pero aun así ha conseguido que me sienta mal. Por otro lado, los pocos que conocen la versión no oficial de la historia están repartidos por todo el mundo o muertos.

—De alguna forma debe haber llegado la historia a sus oídos.

—¡Claro! —Branton se levantó de un salto—. ¡Kröll! Shernan Kröll está con ellos.

—¿Quién es?

—Uno de los soldados que formaba parte de la guardia aquel día.

Ahí estaba. Ese hombre tenía que ser la respuesta, el cerebro de toda aquella payasada que podía estallarle en las manos si no la llevaba con tacto... o con excepcional firmeza.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Lo siento, pero la cosa está clara. Ese farsante tropezó con Kröll, a quien creíamos muerto, escuchó su historia y pensó que podía aprovechar su parecido con Manlor para satisfacer sus ambiciones. Después, ambos se encontraron con Árgoht, que decidió unirse a la fiesta. Asunto resuelto.

Yurt reanudó su paseo mientras reflexionaba. Aún había algo que se le escapaba en toda aquella historia. Tropezó su mirada con *la Cazadora* que, en una esquina del estudio, brillaba débilmente a la luz de las antorchas, como si se estuviera guardando su auténtica luz para cuando estuviera en manos de su verdadero dueño. Ese impostor llevaba consigo a Êralin. ¿De dónde la había sacado? Shernan debía de haberla guardado todo este tiempo. Recordaba haberla buscado en la escena del combate, pero nunca pudo encontrarla.

¿Y si era realmente él? Era una posibilidad de lo más remota y apenas se atrevía a planteársela, pero era necesario hacerlo. Si lo era y podía demostrarlo, el pueblo exigiría que devolviera la corona, echando a perder el trabajo que había realizado en los últimos años. Había trabajado duro para convertir el reinado belicoso de Manlor en uno más próspero y rico, más abundante. A lo mejor si le daba la oportunidad, el pueblo se pondría de su lado... Aunque era poco probable. Durante siglos, el poder había sido un derecho de sangre. Él había podido obtenerlo excepcionalmente cuando murió Manlor porque no dejó familia con vida. No tenía hermanos, por lo que tampoco sobrinos, y su hija y su hijo nonato habían fallecido con él. Así pues, él era la persona más idónea, dado que era la mano derecha del rey, su hombre de confianza. En aquel momento nadie había puesto en tela de juicio su ascenso, pero esta nueva situación desestabilizaría todo el reino.

Tenía que cortar por lo sano. No podía arriesgarse a que alguien prestara oídos a

aquellos embusteros. Debía actuar aprisa, antes de que la imaginación del populacho se inflamara. Él conocía muy bien el poder que podía ejercer el pueblo cuando decidía alzar la voz. No. Tenía que ser cuanto antes.

—Branton —dijo, mirando al hombretón y deteniendo su deambular—, te voy a dar una orden y necesito que la ejecutes cuanto antes.

—Por supuesto, mi señor —respondió el hombre, sumiso.

—Esos hombres pueden causarnos un problema terrible si consiguen hacerse oír. Aunque sus reivindicaciones sean falsas, habrá gente que los escuche. Su voz no puede llegar al pueblo.

Branton entendió lo que su rey le pedía. No era la primera vez ni sería la última que le tocaba hacer el trabajo sucio. Lo tenía asumido como precio por ocupar la posición que tenía. Sin embargo, era algo que detestaba. Él no era un asesino, y tenía que recordarse muchas veces a sí mismo que era lo mejor para el reino. Aun así, tenía una duda.

—Una sola pregunta, Yurt. Esa chica, Atrisha, es en efecto familia de Manlor. No tenemos derecho a negar su ascenso al trono si decide invocarlo.

El rey Yurt se puso serio y miró a su general con una mirada de fiereza desconocida en él. El general se sobresaltó.

—Nadie tiene conocimiento de ese parentesco, Branton. El propio Manlor se preocupó mucho de mantenerlo en secreto para protegerla a ella y a su madre de posibles enemigos. Ahora nadie sabe que tenía una sobrina, y no seremos nosotros quienes lo hagamos público. ¿Está claro?

Branton permaneció en silencio, aunque bajó la mirada, entristecido.

—¿Piensas matarlas también? —preguntó, tras unos segundos—. Porque si es así desde ahora te digo que no estoy dispuesto a hacerlo.

El rey escrutó el rostro de su amigo y vio que hablaba en serio. En aquellos ojos descubrió la inquebrantable determinación que hacía de él tan buen amigo, consejero y militar. Era un buen hombre.

—No voy a pedirte nada que tu sentido del honor rechace. No voy a matar a *lady* Maisha ni a su hija, puedes quedarte tranquilo. Creo más en la persuasión y el soborno que en la espada, eso ya lo sabes. Ellas han sido involucradas en esto con promesas, así que yo prometeré a *lady* Maisha algo tan grande, que no podrá negarse a ponerse de mi lado.



Dormir a los guardias no le llevó el más mínimo esfuerzo a Árgoht. Unas simples palabras fueron más que suficientes para que quedaran fuera de combate durante bastante tiempo. La escena fue bastante divertida, a pesar de la difícil situación en la que se encontraban. Los guardias fueron cayendo uno a uno en un estado similar al de una gran borrachera, haciendo cosas muy graciosas antes de derrumbarse uno tras otro en una especie de coma, aunque no corría peligro la vida de ninguno de ellos.

Cheen fue el que mejor se lo pasó. Casi no había hablado desde que habían llegado a Ereth, y eso preocupaba al hechicero. Era consciente de que su obligación para con él ya había concluido, pues se había apuntado a aquella aventura para intentar cambiar el rumbo de la visión que había tenido durante su sueño. Ahora eso había pasado y si seguía allí era por propia voluntad. Nada lo retenía aparte de la curiosidad por ver cómo acababa todo aquello. De todas formas, se dijo, si la cosa se torcía y se producía un derramamiento de sangre, le gustaría estar allí para echarle una mano al chaval.

Lo cierto era que le había cogido cariño.

—¿Y bien? —preguntó Manlor, interrumpiendo su pensamiento—. ¿Cómo salimos de aquí?

—Cada cosa a su tiempo. Antes hablemos un poco.

—¿Sobre qué? —interrumpió Shernan—. Tú mismo viste cómo el general Branton evitó la pregunta de Manlor. Es evidente que lo cogimos desprevenido y como no sabía qué responder a preferido salir huyendo. ¡Estoy deseando que caiga en mis manos!

—Cada cosa a su tiempo —repitió Árgoht—. Cheen, tú conoces el castillo mejor que nosotros. ¿*Lady* Maisha y *Atrisha* serán fáciles de localizar?

Cheen pareció activarse al escuchar el nombre de la chica. Árgoht había advertido

que se había despertado en el muchacho algún sentimiento hacia la chica, pues desde que le habían separado de ella su mirada había cambiado y se le notaba especialmente preocupado.

—Sí, no creo que me cueste demasiado. En el ala norte están los dormitorios destinados a los invitados del rey. Supongo que las habrán instalado allí. ¿Qué harán con ellas?

—No lo sé, pero no creo que corran peligro inmediato. Si Yurt quisiera matar a Maisha y Atrisha, ha tenido cinco años para hacerlo. Le interesa más retenerlas vivas para usarlas contra Manlor si llega el caso.

—Es verdad, hasta ahora nada nos hace pensar que el rey pueda cometer un acto despreciable con ellas. Estoy seguro de que si logramos demostrar la identidad de Manlor, cederá su puesto a la legítima línea sucesoria.

Árgoht no estaba tan seguro de eso. Había visto a lo largo de su vida a muchos buenos hombres obtener posiciones de poder y cambiar radicalmente su personalidad, hasta el punto de cometer los más terribles actos con tal de conservar sus privilegios.

—El poder corrompe con mucha facilidad, Shernan. Más nos vale temernos lo peor del rey Yurt. Ya habéis visto una pequeña muestra: no quiso saber nada de lo que le veníamos a decir y desde que se mencionó la línea sucesoria nos quitó de en medio sin contemplaciones. Mucho me temo que no tardaremos en ser eliminados.

Cheen intervino.

—El rey Yurt es un hombre bueno. No creo que vaya a matarnos así, sin más. Nos someterá a un juicio justo y en él podremos demostrar que lo que decimos es cierto...

Cheen se interrumpió ofendido cuando las carcajadas de Shernan llenaron el vacío de la mazmorra. Tras unos segundos dejó de reír y, con una sonrisa sarcástica, le dijo:

—¿De verdad crees que el rey nos hará un juicio justo? El rey hará lo que sea para conservar el trono y nosotros somos hormigas que querrá pisar con muchas ganas. A Maisha y Atrisha las conoce desde hace años, quizás fueran incluso amigos, y me inclino a pensar que por eso siguen vivas. Pero nosotros... Será fácil desacreditarnos cuando ya estemos muertos. Nadie recordará mañana las palabras de Manlor en el patio, nadie recordará el brillo de su espada ni el nombre del caballo que montaba. Mañana seremos historia, una simple anécdota.

—No puedo creer eso del rey. Llevo sirviéndole años, ¡le conozco! No sería capaz de algo así.

—Piensa lo que quieras, eres joven y estás en tu derecho. Ojalá tengas razón.

Cheen guardó silencio, con el ceño fruncido y circunspecto. Era solo un muchacho que empezaba a conocer cómo funcionaba el mundo en el que había nacido. Comenzaba a descubrir que era mucho más grande y complicado de lo que él pensaba.

—Lo primero —comenzó a decir Árgoht, concentrándose en la situación—, será rescatar a *lady* Maisha y a Atrisha. Después iremos a por Branton. Quizás tengamos

la oportunidad de hablar y explicar lo que sabemos del general. Es posible que el rey nos escuche y esto acabe pacíficamente.

Mientras hablaba, sus manos se movían con lentitud, como si estuviera haciendo un dibujo en el aire. Cuando terminaron de moverse, susurró unas palabras y las cuatro puertas que los retenían se abrieron con un chasquido. Aunque ninguno había percibido el momento exacto ni cómo lo hizo, sus manos estaban libres desde hacía un buen rato.

«¿Hay algo que este hombre no pueda hacer?», se preguntó Manlor, algo intranquilo. En cualquier caso, tenía suerte de que estuviera de su lado. Sin embargo, no había olvidado su intención primera de dejarlos a su suerte y seguir su camino. Si aún estaba con ellos era por sus propias motivaciones y, aunque sospechaba que algo tenían que ver con Cheen, no conseguía vislumbrar qué sacaba él en claro de todo aquello.

Los soldados que los custodiaban, aún dormían cuando los cuatro hombres les pasaron por encima, cogieron varias antorchas y se perdieron escaleras arriba.

El ascenso fue tan largo como lo fue la bajada, solo que ahora, además la sensación se incrementaba debido a la prisa que tenían por llegar arriba. Debían apresurarse para rescatar a las mujeres lo antes posible, pues tenerlas como rehenes otorgaba a Yurt mucha ventaja. Árgoht sabía que nada les debía, pero él ya estaba tan metido en esto como los demás y si ellas estaban allí, era porque tanto Manlor como él las habían convencido.

Por fin llegaron al final de la escalera, que se encontraba cerrada por una recia puerta de madera. Junto a ella, otra puerta más pequeña. Cuando Árgoht se aproximó a la cerradura de la más grande, Cheen le detuvo.

—Primero esta —dijo señalando la puerta pequeña—. Recuerdo haber tenido que bajar aquí alguna vez para limpiar. Ahí dentro guardan las pertenencias de los presos.

—Es cierto —dijeron Shernan y Manlor al mismo tiempo, y se miraron divertidos.

A Árgoht se le incendió la mirada ante la posibilidad de ver de nuevo a Êralin. Cuanto más tiempo pasaba, más fuerte sentía la necesidad de volver a tenerla entre sus manos, de sentir su peso y su poder.

Consciente de este impulso, el hechicero sacudió la cabeza para deshacerse de él. No podía distraerse ahora con trivialidades. Con un leve gesto y una palabra, la cerradura saltó por los aires. Cheen empujó la puerta y accedieron a una pequeña estancia oscura de la que salió un fuerte olor a humedad y encierro. La luz que portaba el muchacho generó infinidad de reflejos cuando bañó con ella la multitud de objetos allí guardados. Había todo tipo de armas: espadas, arcos, escudos, armaduras... Muchas de ellas estaban viejas y oxidadas, inservibles a simple vista, pero había otras muy aptas para el uso. A su derecha, apoyadas sobre la húmeda pared, encontraron sus pertrechos.

Las armas que les habían quitado a ellos eran la espada de Shernan y Êralin, así

como la espada corta que llevaba Cheen y la espada larga y el escudo de Rismer. Todas estaban junto con las bolsas de viaje de los cuatro, pero a Êralin no la encontraron por ninguna parte.

Árgoht sintió un gran desasosiego en el corazón a pesar de intentar con todas sus fuerzas alejar aquellas sensaciones.

—Ese sucio de Branton debe de habérsela quedado —dijo Manlor con rabia, mientras rebuscaba entre las armas viejas. No estaba en aquel cuarto.

Cuando quedó claro que no la encontrarían allí, Manlor tomó otra espada que estaba en bastante buen estado, así como un escudo y una daga. Shernan completó su equipamiento con otro escudo y una espada corta, además de su espada larga. Cheen, por su parte, tomó también una hermosa daga. El joven se quedó mirando sus dos armas como hiciera antes de partir de Pranthas, algo dubitativo.

—En Damnder-ith, lo hiciste muy bien —dijo Shernan leyéndole el pensamiento.

—Sí, pero fue por necesidad y no pude abatir a ninguno de nuestros atacantes. Apenas pude defenderme y ya visteis cómo acabé. Aún me duele la herida.

Shernan se acercó a él y le puso una mano sobre el hombro para darle ánimo, pero no añadió nada más.

Cuando los tres estuvieron listos, miraron a Árgoht, que se había quedado en el umbral. Él no habría sabido decir si tenían aspecto de guerreros o de granjeros, pero en cualquier caso sintió un peso en el corazón. Aquellas armas significaban que habría sangre, y eso era algo que él detestaba con todas sus fuerzas. «No sabemos lo que nos va a deparar el camino», le había dicho a Cheen. Resultaba que lo que se habían encontrado era la muerte. Él, que a través de su magia estaba en conexión continua con La Madre, sentía cada forma de vida que desaparecía como si fuera la suya propia, y aquellas muertes las llevaba como un lastre en su espíritu.

—¿No te armas? —le preguntó Shernan.

—No —respondió, saliendo de su reflexión—. No lo necesito. Y espero que vosotros tampoco.

No podía sospechar lo equivocado que estaba, pero lo sabría enseguida.

Cuando salieron y se dispusieron a afrontar la gran puerta que conectaba con el resto de la fortaleza, oyeron murmullos en la mazmorra. Les llegaban muy apagados, pero indicaban que los guardias comenzaban a recuperar el sentido. Quizás ya estuvieran incluso de pie intentando despejar sus cabezas. Debían darse mucha prisa.

Por tercera vez, Árgoht usó su magia para abrir la puerta. Esta se abrió hacia afuera, y la empujó con suavidad. La noche estaba ya bastante avanzada, por lo que era probable que no encontraran a nadie en las inmediaciones. Aun así, cualquier precaución era poca.

Cuando el hechicero terminó de abrir la puerta se quedó atónito. La puerta daba a un amplio distribuidor en el que confluían tres grandes pasillos. La estancia, al contrario de lo que esperaba, estaba completamente iluminada y no solo no estaba vacía, sino que estaba llena de gente. De soldados armados. Y al frente, el general

Branton Oldsten. Tanto él como sus soldados mostraban el mismo rostro de desconcierto que Árgoht. A su espalda, sintió como sus compañeros contenían una exclamación de asombro.

Frente a ellos debía de haber al menos treinta hombres armados y equipados, y Árgoht comprendió enseguida a dónde se dirigían. Habían salido de la mazmorra justo a tiempo, pues aquellos hombres se dirigían a sacarlos de su prisión y, con toda probabilidad, a ejecutarlos. Si esta no era la explicación, ¿qué hacía ese pequeño ejército en mitad de la noche rondando por la fortaleza, con su superior de más alto rango al frente?

Branton se recuperó pronto del estupor de ver a sus objetivos frente a él, libres y armados. Solo eran cinco, pero sabía lo que podían hacer. El chico no sería una molestia, pero los demás eran otro cantar. Shernan Kröll era un experimentado soldado de la vieja escuela, experto en armas y combate cuerpo a cuerpo. En comparación con las nuevas hornadas de soldados, jóvenes e inexpertos debido a su falta de horas en combate real, aquel hombre era un soldado excepcional. Después tenía a Manlor, el antiguo rey (si sus palabras eran ciertas, y él, al contrario que el rey Yurt, se inclinaba a pensar que sí), que había nacido con una espada entre las manos y su experiencia en combate, su fuerza y brutalidad eran legendarias. Junto a ellos un hombre desconocido pero de aspecto temible y muy bien armado, que debía ser un mercenario. Y estaba el brujo, el más peligroso de todos. Branton apenas lo conocía aparte de las palabras que cruzaron durante el banquete, aquella primera noche y la mañana siguiente, pero había escuchado historias sobre él y ya tenía algo de experiencia con los de su clase. Árgoht era el más temible de cuantos hombres se había cruzado en toda su vida.

—¡El brujo! —gritó por fin el general a sus hombres—. ¡Abatid al brujo!

Los soldados tardaron unos segundos en reaccionar. También ellos habían escuchado historias, y se mostraban reacios a atacar abiertamente a alguien a quien suponían tan poderoso.

Por fin, uno de ellos desenvainó su espada y se lanzó al ataque. Los demás siguieron su ejemplo. Pero ya Árgoht había tenido tiempo de preparar un hechizo y Shernan, Manlor y Rismer habían tenido tiempo de situarse a su lado. Cheen se quedó algo más rezagado.

Lo que tanto había temido, y deseado evitar, por fin iba a ocurrir.

Árgoht liberó la energía de su hechizo. No había tenido tiempo de preparar uno más potente, en parte por la sorpresa y en parte por la rapidez de reacción de los soldados. Si hubieran sido aún más rápidos, no habría tenido tiempo de preparar nada.

Los dos soldados que iban al frente salieron despedidos hacia atrás cuando la onda de energía que Árgoht les envió chocó contra sus pechos. En su caída arrastraron a los dos que tenían detrás. No era gran cosa, pero le daría algo de tiempo para preparar algo más poderoso.

De pronto, el silencio de la noche se llenó con el ruido de las espadas al chocar y el jadeo de los hombres, enfrascados en una lucha que podía ser a muerte. Por el rabillo del ojo, Árgoht vio que por la escalera que dejaban atrás aparecían los guardias de la mazmorra. Aún estaban debilitados y somnolientos, por lo que no serían rival para el joven Cheen, inexperto en la lucha pero muy ágil y decidido, que se encontraba en la retaguardia cuando aparecieron. Árgoht no podía ayudarlo ahora, tendría que afrontar esa prueba él solo.

Árgoht completó su segundo hechizo y el combate casi se detuvo a su alrededor. Una espada envuelta en llamas apareció en su mano. Lo hizo lentamente, desde el mango hasta la punta. Cuando estuvo completa era casi del tamaño de un hombre pequeño, pero tan ligera como el aire. Árgoht la aferró con las dos manos y el fuego que la envolvía comenzó a subir por sus brazos. En vez de prender sus ropas, se depositaba sobre ellas adquiriendo formas precisas. Unos protectores para los antebrazos, unas hombreras, un peto... El fuego continuó descendiendo por su cuerpo para formar una faldilla y unas grebas. Finalmente, ascendió hasta su cabeza y la envolvió por completo. Durante unos segundos su rostro desapareció tras las llamas, hasta que estas comenzaron a retirarse para dejar al descubierto solo dos ojos violetas, que miraban con una furia como aquellos impúberes soldados no habían visto jamás.

Las llamas rodeaban ahora el hechicero formando una armadura de fuego. Todos se quedaron boquiabiertos observando la transformación de Árgoht. Tenía un aspecto impresionante, y varios de los soldados retrocedieron algunos pasos presas del temor.

Árgoht esperó unos segundos a que todos lo vieran bien, que creciera el temor entre sus enemigos. Por fin, dio un paso al frente, y con un grito, atacó al que tenía más cerca, atravesando su pecho con un tajo largo pero poco profundo. No moriría, pero estaría un buen rato entretenido apagando las llamas que se adherían a su cuerpo y amenazaban con convertirlo en una antorcha humana. Entonces los demás, más movidos por el miedo que por el valor, reanudaron la lucha.

Branton no podía creer lo que acababa de ver. El brujo estaba envuelto en llamas y era capaz de seguir peleando. Debía de estar delirando. Se había quedado en la retaguardia para organizar a su pequeño ejército. ¿Debía llamar pidiendo refuerzos? Sus enemigos eran solo cinco y ellos eran treinta, ¿necesitaría pedir ayuda? Branton era un hombre orgulloso, así que no pediría ayuda a no ser que fuera estrictamente necesario.

Pero las cosas no pintaban nada bien para sus soldados, que retrocedían acobardados ante la imagen aterradora del brujo ardiente dando tajos sin parar, con tanto fuego en su mirada como alrededor de ella. Incluso él se sentía intimidado. Pero no podía permitir que un solo hombre, brujo o no, acabara con todos sus soldados. Debía entrar en acción. Sacó de su vaina una enorme espada y se puso el yelmo que llevaba bajo el brazo. Su aspecto también era impresionante. El casco tenía la forma de un reptil alado. Su imagen con el yelmo puesto y la espada en alto era algo que

muchos de sus enemigos veían con terror, como última visión en este mundo.

Apartó con decisión a sus soldados a empujones y se situó frente al hechicero. Cuando este reparó en su presencia detuvo su espada para analizar a este nuevo contrincante.

Árgoht sabía que una cosa era luchar contra jóvenes soldados inexpertos y otra muy diferente hacerlo contra todo un general curtido en cientos de batallas a vida o muerte. No vencería al general Branton, y él lo sabía. A pesar de su escaso número, sus compañeros conseguían mantener a raya a sus enemigos. Sin embargo, se agotaban con rapidez. No podrían continuar mucho más. Su propia energía, aquella que mantenía el hechizo en funcionamiento comenzaba a decaer, haciendo que la intensidad de las llamas que lo rodeaban se debilitase.

—¡Esto no es necesario! —gritó para hacerse oír entre el jaleo de espadas en movimiento.

Pero Branton no le hizo caso y alzó su espada para dejarla caer sobre Árgoht con la fuerza de un oso. El hechicero consiguió esquivar el ataque, pero el guerrero se rehizo con agilidad sorprendente y lanzó un tajo de costado que a duras penas logró detener.

—¡Escúchame! —volvió a intentarlo Árgoht.

En ese momento un cuerpo pasó casi volando a su lado y vino a caer a sus pies. Era Rismer, que yacía inconsciente a sus pies con el pecho ensangrentado. Estaba vivo y consciente, pero apenas conseguía aliento para respirar. Si lo dejaba allí, acabaría pisoteado y muerto. Pero Árgoht no tuvo tiempo de pensar más en ello, porque en ese momento un grito desgarrador, gutural y profundo, inhumano, resonó en los pasillos de la fortaleza.

Árgoht cerró los ojos, reacio a creer lo que acababa de escuchar. El momento que más había temido había llegado. La batalla se detuvo de nuevo a su alrededor. Incluso Branton Oldsten se quedó inmóvil. Cuando se giró hacia la persona que había proferido el grito, vio justo lo que sabía que iba a ver: Manlor estaba arrodillado en el frío suelo, tenía un gran tajo en el pecho, pero de él no manaba sangre alguna. Pero lo más inquietante no era eso. Su cuerpo comenzaba a deformarse, a palpar, sus contornos se desvanecían y, como si de una nueva piel se tratara, comenzó a surgir bajo su blanca piel otra oscura y de color tierra.

Árgoht esperaba que eso ocurriera de un momento a otro. En una batalla cómo aquella, Manlor no iba a poder mantener la concentración demasiado tiempo. Lo sorprendente era que la hubiera conservado hasta ese momento. Ahora, sus defensas habían caído. En unos segundos, Manlor, el falso humano, adoptó su verdadera forma: el talhom, aquella criatura maldita nacida de fuerzas oscuras, había ganado la batalla contra Manlor y le había arrebatado el control de su propio cuerpo, y por lo que pudo ver en sus brillantes ojos rojos, estaba más enfadado que nunca. «Malo, muy malo», pensó Árgoht, abatido. Todo su trabajo se venía abajo frente a sus ojos. Ahora que se conocería la verdadera naturaleza de Manlor, nadie aceptaría su palabra.

Habían perdido.

Manlor se irguió en toda su estatura, pues su cuerpo creció por encima de las cabezas de todos, adoptando para formarse los materiales que sus pies tocaban en ese momento, de tal forma que lo que los aterrados soldados tenían enfrente era una masa de piedra casi blanca, maciza y pesada, que se movía con vida propia.

Vahall lanzó al aire otro bramido. Eso fue todo lo que los soldados necesitaban para decidirse a salir huyendo.

Pero el talhom ya estaba descontrolado. La personalidad de Manlor que mantenía a Vahall amarrado había quedado relegada de nuevo por culpa del dolor y la rabia. Ni siquiera la visión de la rosa podría controlar ahora aquella fuerza. Ahora solo estaba el monstruo. Y estaba enfadado.

Los soldados, despavoridos, huían en todas direcciones cuando Manlor se lanzó a por ellos. De un solo manotazo derribó a dos, que cayeron al suelo desmadejados como muñecas rotas. De un salto alcanzó a otro y con sus manos le arrancó la cabeza del cuerpo sin esfuerzo. Sus gritos se mezclaban con los de los guardias aterrorizados, conscientes de que se hallaban en presencia de la muerte.

Perdido todo control, Manlor se lanzó en persecución de los soldados que huían, perdiéndose pronto de vista al doblar una esquina del pasillo, que comenzaba frente a la puerta que daba a los calabozos.

Branton observaba a su alrededor sin poder dar crédito a lo que veía. Sangre y cuerpos tirados por todas partes. Habían acudido allí a cumplir una orden relativamente sencilla y se habían visto metidos en una batalla campal inimaginable.

—Branton —lo llamó Árgoht. Como este no escuchara, perdida su mirada en el pasillo por el que había desaparecido la bestia, lo agarró por el hombro al tiempo que anulaba el hechizo que lo protegía, para que su cuerpo recuperara su aspecto normal, y lo giró hacia sí—. ¡General!

Por fin el hombre reaccionó. Su mirada cambió del susto a la ira más profunda.

—¡Tú! ¡Eres el culpable de todo esto!

Quiso alzar la espada para continuar su combate a pesar de que ya Árgoht no iba armado. Con un movimiento fugaz, el hechicero agarró a Branton por la garganta, pegando su nariz a la de él. Reducida drásticamente la distancia entre ellos y sorprendido por la velocidad de su oponente, el guerrero no pudo alzar el arma.

—¡Escuchadme! —casi gritó, también él estaba comenzando a enfadarse—. Esa criatura es en verdad Manlor, pero ahora está fuera de control. Mientras esté así es capaz de cualquier cosa y matará a todo aquel que encuentre en su camino. Cuando su mente se despeje un poco, y no puedo adivinar cuando ocurrirá eso, su prioridad será encontraros y mataros, pues sabe que sois responsable de su muerte. Yo no tengo nada contra vos ni tengo intención de seguir esta lucha. Voy a ir en pos de Manlor, pues alguien tiene que detenerlo, y espero que me ayudéis. Si no estáis dispuesto, más os valdrá matarme ahora mismo, pero sabed que nadie hay aquí que pueda contener la furia de esa criatura.

Era una apuesta arriesgada, pero Árgoht supo por la mirada del hombre que no era un asesino. Que no mataría a un hombre desarmado que no plantaba batalla. El estupor y la furia habían desaparecido de su mirada, sustituida por una determinación más propia del guerrero que se suponía que era.

—Eres hábil con las palabras y rápido en la persuasión, brujo. Os acompañaré a detener a esa bestia inmundada que habéis metido en mi casa, pero os aseguro que nuestra lucha no ha terminado.

Árgoht asintió.

—Sea.

Entonces se dirigió a Cheen:

—Encárgate de Rismer. Está herido y necesita cuidados. No merece morir aquí tirado. Es un buen hombre.

El joven asintió, aliviado de no tener que verse de nuevo involucrado en aquel combate. Lo que Árgoht no vio fue la fea herida que el joven tenía en un costado y que le manchaba de sangre la ropa. Cheen no dijo nada para no distraer al hechicero, pero unos instantes después ya había perdido el sentido, debido a la hemorragia.

Shernan se reunió con ellos y los tres se lanzaron a la carrera en pos de Manlor. Tenían que pararle antes de que provocara una carnicería.



Lady Maisha se consideraba una mujer fuerte e inteligente. Había sabido llevar sobre sus hombros el peso de un secreto que podía marcar el destino de todo un reino. Había sido capaz de elegir el camino adecuado para ella y para su hija, para garantizar la seguridad y el bienestar de ambas.

Cuando Manlor murió, Maisha se vio perdida, desamparada y sin ningún punto al que aferrarse. Desde que Atrisha nació había temido y esperado a la vez este momento. Manlor siempre había cuidado de ellas, había velado porque su secreto permaneciera debajo de la alfombra. Incluso la reina Kara había aceptado la situación y había actuado de la manera más correcta, siempre respetando e incluso queriendo a la hija bastarda de su marido.

Pero ahora estaban solas. Igual que lo estuvieron en aquellos días posteriores a la muerte de Manlor. Fue una época dura, y ahora la recordaba como días de gran incertidumbre. Se sorprendió mucho cuando el nuevo rey, Yurt Amnhol, la mandó llamar a la fortaleza de Ereth. Maisha no sabía qué esperar de aquel llamamiento, pero sabía muy bien que no podía ignorarlo.

Partió hacia Ereth con todo lo que tenía en aquel momento: ella misma y su hija. Siempre fue una mujer humilde que no quiso aceptar de Manlor sino lo indispensable para sobrevivir dignamente. Pero Yurt cambió eso. Las citó a las dos en el castillo y la hizo pasar a sus aposentos personales.

—Esta es una conversación que debemos mantener en privado, pues las paredes de este castillo aún oyen demasiado.

Dejaron a la pequeña Atrisha al cuidado de *lady* Yuley, y Maisha se quedó a solas con Yurt. Se conocían muy bien, pues era muy común que acompañara a Manlor durante las ocasiones en que acudían a verse en la Mansión de Pranthas. Maisha sabía que era un buen hombre, valiente y decidido, que siempre la había tratado con

respeto.

A pesar de ello, se sentía abrumada. Yurt había adoptado para sí los aposentos del rey fallecido, incluido su estudio privado, como ocurría desde hacía siglos, y a pesar de la estrecha relación que mantuviera con Manlor, ella nunca había estado allí. El lujo que la rodeaba, plasmado en delicados tapices y muebles de exquisita manufactura, el aroma a esencias y agua limpia y la enorme biblioteca no hacían sino contribuir a que se sintiese cada vez más incómoda. Las habían llevado allí fuertemente escoltadas, aunque la distancia que habían recorrido era muy corta. Durante el trayecto tuvo tiempo de ver una magnífica visión del salón de audiencias, una planta más abajo. A lo largo de toda la pared circular que conformaba el gran salón, una planta por encima, una gran galería decorada con exquisitas columnas y suelos de mármol daba acceso a las estancias privadas del rey, aunque su dormitorio se encontraba aún más arriba, inaccesible desde aquel punto. Decenas de puertas cerradas como ojos dormidos las miraban pasar impertérritas, hasta que llegaron a la sala del estudio.

—Conozco vuestro secreto —le dijo de sopetón aquella vez.

Yurt le había pedido que se sentara en un precioso sillón de terciopelo rojo y él hizo lo propio en otro similar. Cuando escuchó sus palabras, Maisha se aferró al brazo de su asiento con tal fuerza que la piel bajo las uñas se le puso pálida.

—No os asustéis. ¿Creíais que Manlor no se lo había contado a nadie? Era un buen hombre, pero necesitaba confiar en alguien.

Maisha no fue capaz de responder. El secreto sobre la paternidad de Manlor para con Atrisha era su carga, y de nadie más.

—No temáis, mi señora, que nada desvelaré. Precisamente os he hecho venir para tranquilizaros al respecto. No quiero que ni vos ni vuestra hija corráis peligro alguno. Nadie más lo sabe, y nadie más lo sabrá jamás. Es importante que esto siga oculto para conservar la seguridad de ambas. Si esto se sabe, muchos intentarán usaros como moneda de cambio, extorsionaros o, incluso, eliminaros. ¿Entendéis lo que trato de deciros?

Maisha asintió. Las palabras de Yurt eran amables, como siempre lo fueran antes de ese día.

—Yo me encargaré ahora de cuidaros. Os enviaré dinero y provisiones, os daré una buena casa y nadie sospechará de vos. Nadie sabrá nunca nada que pueda ponerlos en peligro. Tenéis mi palabra.

Maisha salió de aquella reunión tranquila, con el futuro asegurado y su silencio comprado.

Ahora, cinco años más tarde, se daba por fin cuenta de lo que había hecho. Había vendido muy barato el destino de su hija, privándole del sitio que le correspondía ocupar.

El rey Yurt había preparado muy bien la escena y el momento para que su estado mental fuera el más débil posible. Retrasó la entrevista para que creciera en ella la

incertidumbre y eligió un sitio que *a priori* podía parecer el más confortable, pero que para una persona que no hubiera estado allí podía resultar el lugar más sobrecogedor del mundo. Sabía que sus nervios le impedirían pensar con claridad, y así fue. Consiguió de ella justo lo que quería.

Y ahora estaba allí, frente a ella, queriendo comprarla de nuevo.

Varios soldados las habían acompañado a su habitación, pequeña pero acogedora. Estaba decorada de forma sencilla, aunque con la opulencia que a Yurt tanto le gustaba demostrar. Varios espejos más de los necesarios y las paredes cubiertas de tapices hasta tal punto que casi se superponían unos con otros, daban clara muestra del carácter del rey.

Las habían tratado con todo respeto, pero habían cerrado la puerta tras ellas. Estaban en una prisión, igual que lo estarían Manlor y Árgoht. ¿Cómo se había dejado embarcar en aquella absurda aventura? Ella estaba muy bien en Trennant, escondida a la vista de todos. Nadie sospechaba de su relación con la corona de Ereth, nadie podía relacionarlas con Manlor. Y sin embargo, había abandonado una vida cómoda por la vana promesa del trono de boca de dos desconocidos. Era tan impropio de ella... Ella, que se consideraba tan inteligente, se había dejado engañar una vez más.

Pero... ¿Y si lo que decían era cierto? ¿Y si en verdad Manlor había sido asesinado y la orden había salido de la fortaleza? En cualquier caso, nunca lo sabrían.

—Mi oferta es buena, Maisha, y lo sabéis —le decía Yurt, sentado frente a ella, ambos en sendos butacones, igual que en aquella lejana ocasión hacía cinco años—. Os estoy ofreciendo ser baronesa, tener vuestro propio castillo y más tierras de las que jamás soñasteis tener. Seréis tan rica y poderosa como el más veterano de los nobles y podréis acudir a la corte sintiándoos una más. Banquetes, bailes, festejos... Todo accesible para vos. Lo único que tenéis que hacer es olvidaros de esta pequeña excursión y volver a casa. Olvidar los nombres de esos traidores y seguir vuestro camino.

Yurt había cambiado en estos cinco años. Por aquel entonces era un buen hombre y su mirada era honesta y sencilla. Ahora sus ojos brillaban con una astucia y una ambición que nunca antes viera en él. Pero la situación era similar a la de aquella otra ocasión, aunque esta vez Atrisha estaba presente. Yurt intentaba de nuevo comprar su silencio.

—Madre —intervino la joven—, ¿por qué tenemos que volver? El trono es mío por derecho de sangre. No voy a renunciar ahora a cambio de un puñado de derechos. Fuiste tú quien me convenció a mí.

Yurt había pretendido que ella se quedara fuera, pero la muchacha había insistido, dado que era su futuro lo que iban a discutir.

—Las cosas no son tan sencillas —respondió el rey claramente molesto por tener que tratar con una niña asuntos de ese calibre—. Tu madre sabe que nunca obtendrá el trono. Nadie sabe el lazo que os une a Manlor y nadie creerá la historia de ese

brujo. Además, sabed que seguir en vuestra postura os llevaría directamente a la horca, bajo cargo de traición.

«Ahí está», pensó Maisha. Por fin Yurt había soltado su amenaza. Empezaba a preguntarse cuánto tardaría. Lo había hecho con una gran sonrisa y con un tono conciliador y amable, pero acababa de amenazarlas de muerte a las dos.

—No me asus... —comenzó a decir Atrisha, pero el rey se puso en pie bruscamente.

—¡No olvides con quién estás hablando! —gritó señalándola con el dedo.

Atrisha guardó silencio, sobrecogida. No esperaba esa reacción del rey y la cogió desprevenida. Maisha también lo miró como si se tratara de un desconocido, y en parte así era. Atrisha se sentó en la cama y Yurt lo hizo un segundo después, en su sillón. Cogió aire profundamente para recuperar el control y volvió a dirigirse a Maisha.

—Será hija de un rey, pero no es más que una mocosa insolente. Harías bien en enseñarle a comportarse correctamente.

El cerebro de Maisha era un torrente de emociones. Siempre supo que el trono de Ereth era una puerta que no se abriría para ella. Había aceptado con resignación su posición a la sombra de Manlor, quien se había esmerado mucho en mantenerla dentro de su círculo, en la medida de lo posible. Pero ahora se le había dado la opción de ver cumplida aquella fantasía y se la habían vuelto a arrebatado. Era aceptar la derrota o... ¿morir? ¿Yurt las condenaría a muerte, o se limitaría a encerrarlas a las dos de por vida? Tenía que pensar en su hija por encima de todo. Todo aquello no era más que un espejismo fantástico, una ilusión... Tenía que afrontar la realidad.

Levantó la mirada, que durante todo el tiempo que dedicó a reflexionar había mantenido clavada en la mullida alfombra donde reposaban sus pies.

—De acuer...

Antes de que pudiera terminar la frase, llegó a través de la puerta el sonido de un estruendo y gritos. Algo golpeó contra la puerta con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerla saltar de sus goznes.

El rey maldijo y se puso en pie de un salto al tiempo que cogía su espada, que descansaba en su funda apoyada en la esquina más cercana a la cama, junto a Êralin. Se dirigió hacia la puerta y la abrió. A sus pies cayó un cuerpo desmadejado, como si tuviera rotos todos los huesos del cuerpo. Su sangre pronto dejó un gran charco en el suelo de piedra.

Atrisha gritaba, histérica. Cuando Maisha consiguió alzar la mirada del cadáver la posó más allá del cuerpo del rey, que se había quedado paralizado en el umbral.

Ahí afuera se había desatado el caos.



Seguir el rastro de Manlor no fue difícil: muebles destrozados, cristales rotos y cadáveres de soldados, iban trazando el rumbo. Árgoht, Branton Oldsten y Shernan Kröll corrían tras él, aunque les estaba costando mucho darle alcance. Por el camino el general había dado la alarma, por lo que casi todas las tropas presentes en el castillo estaban ya dedicadas a la búsqueda.

Su carrera les había llevado a la segunda planta.

A pesar de que parecía que iba sin rumbo fijo, Árgoht fue capaz de trazar una pauta.

—Está buscando una salida. Quiere volver al aire libre. Aquí no está cómodo, necesita más espacio.

Al tiempo que decía esto se acercó a una ventana.

—¿Por qué no usa la puerta principal? —preguntó Branton, jadeando a causa del esfuerzo. Llevaba mucho tiempo lejos de la acción y la inactividad comenzaba a pasarle factura.

—Está perdido. No es capaz de recordar el camino. Su mente está trastornada y saldrá por el primer hueco que vea apto para su tamaño.

Efectivamente, la ventana a la que se habían acercado era demasiado pequeña para que la bestia pudiera pasar su enorme cuerpo. Árgoht se asomó justo a tiempo para ver que la criatura salía despedida, atravesando una enorme cristalera.

—Ha llegado al salón de bailes de esta planta —dijo el general, apesadumbrado.

Árgoht no respondió. Manlor había caído dos plantas más abajo en mitad del patio. Un pequeño grupo de guardias trataba de cortarle el paso, pero no lo entenderían demasiado tiempo.

Incluso desde allí, Árgoht pudo ver que Manlor tenía varias heridas serias en su cuerpo. Era evidente que apenas era capaz de regenerarse.

—Vamos —dijo—, tenemos que evitar que llegue al bosque.

Retrocedieron, descendiendo por las escaleras hasta llegar a la planta baja. Por todas partes había hombres desconcertados que no sabían a dónde ir ni qué estaba ocurriendo. Branton fue reclutando a todos aquellos con los que se cruzaban. En poco tiempo tenían con ellos a una veintena de hombres.

Llegaron al enorme vestíbulo y Árgoht se lanzó a través de las puertas abiertas. Justo antes de cruzar se detuvo en seco, mirando a Branton.

—Será mejor que vos os quedéis aquí —le dijo—. Que no os vea.

—¿Por qué? —gritó el aludido—. No impediréis que mate a esa bestia.

—Pretendo evitar que él os mate a vos. Si os ve, vendrá directo a atacaros.

—¿Y eso por qué? Somos muchos, entre todos lo detendremos. No vendrá a por mí.

—Sí lo hará, porque sabe que de vos surgió la orden de su asesinato. Desea mataros por encima de todas las cosas. Incluso con su cerebro en estado salvaje recordará eso.

—Pero... —Branton balbuceó—. ¡Eso no es cierto!

—Sí lo es —intervino Shernan—. Vos nos disteis la orden de patrullar aquella zona concreta, de vos provinieron todas las instrucciones sobre la ruta que debíamos seguir y los puntos exactos en los que debíamos detenernos. ¡No mintáis!

Branton se puso serio y se abalanzó contra Shernan con la espada en alto.

—¿¡Quién eres tú para acusarme, desertor!?! —aprisionó a Kröll contra una pared y le presionó la espada contra la garganta—. Yo amaba a mi rey. Lo quería como a un hermano y lloré su muerte más que nadie en este condenado reino. Ni tú ni nadie tiene derecho a poner en duda mi lealtad hacia él y me batiré a muerte con todo aquel que vuelva a insinuar que yo tuve algo que ver con su muerte.

Árgoht observó toda la escena con mucha atención. Si aquello era cierto, la situación podía dar un giro inesperado. Shernan intentó hablar, apenas con un hilo de voz.

—¿Quién... entonces?

Pero el general no tuvo ocasión de responder, pues una algarabía de gritos los devolvió a la realidad de la situación. El general soltó a Shernan y siguió a Árgoht, que ya atravesaba las puertas para salir a los jardines.

Manlor seguía matando sin control. Los cuerpos de los soldados, algunos muertos y otros heridos, estaban desperdigados por todo el patio. La criatura se había transformado de nuevo y su cuerpo estaba formado ahora por la misma piedra gris que los adoquines del suelo. Estaba a punto de huir de nuevo en dirección al Tir-Namân, atravesando el portón que permanecía abierto. Si llegaba allí, casi podían darlo por perdido. El bosque era demasiado grande y Manlor sabía desenvolverse en él a la perfección. Tardarían meses en localizarlo de nuevo, suponiendo que volvieran a verlo alguna vez.

—¡Vahall! —gritó Árgoht desde la escalinata de acceso al castillo.

Al oír mencionar su nombre, el talhom se giró para localizar la fuente. Sus ojos brillaban más que nunca. Estaba fuera de sí por completo. Pero debajo de aquellos ojos estaba el auténtico Manlor. Árgoht tenía que conseguir sacarlo de nuevo a la luz y relegar a la bestia a las sombras.

—¡Manlor! —volvió a llamar el hechicero, y al mismo tiempo pronunció una sencilla palabra que, paradójicamente, generaba un hechizo muy potente. De las manos extendidas de Árgoht surgió un deslumbrante rayo de luz azul que impactó directamente en el pecho de la criatura haciéndola caer hacia atrás. Rápidamente se puso de nuevo en pie y lanzó un grito al aire de frustración o dolor.

Árgoht sintió cómo se le escapaba con el hechizo una gran cantidad de energía, pero el efecto había sido menos potente de lo que esperaba.

—General, ordenad a vuestros hombres que se sitúen entre Manlor y el bosque, aunque a bastante distancia. Quiero que cuando mire en esa dirección, vea algún tipo de obstáculo. Cerrad el rastrillo y situad una buena línea de hombres fuera.

—¿Vas a dejar a esa bestia encerrada aquí con nosotros?

—Fuera será peor —respondió el hechicero.

Branton asintió, aún dubitativo, y se puso en movimiento, con lo que Árgoht volvió a concentrarse en Vahall, que se lanzaba en su dirección dispuesto a arrancarle la cabeza. El hechicero cerró los ojos para concentrarse y susurró nuevas palabras. Cuando sintió el cosquilleo en la nuca, esa pequeña sensación que le indicaba que la energía estaba lista para ser soltada, abrió los ojos con una mano extendida hacia delante y dijo: *Silbar-nam-ateht*. Manlor estaba apenas a dos metros de distancia. Si hubiera tardado un segundo más lo habría tenido justo encima. Ahora, debido al efecto del hechizo, estaba quieto ante él, suspendido en una parálisis física que le impedía cualquier movimiento. De nuevo, sintió Árgoht la energía fluyendo de sí mismo hacia fuera, para mantener el sortilegio en funcionamiento.

—Manlor —le dijo a la criatura—, ¡escúchame!

La única respuesta fue un nuevo bramido. Se estaba enfadando cada vez más, gastando al igual que él la energía que lo mantenía.

Una gota de sudor comenzó a resbalar por la sien del hechicero.

—Sé que puedes oírme tú, Manlor, hombre entre las sombras. Sé que puedes controlarlo, que esta forma no es la tuya. ¡Sal! ¡Hazte con el control!

Esta vez la expresión de la criatura cambió. El brillo de sus ojos menguó, aunque de forma muy sutil. Estaba escuchando.

Pero Árgoht se agotaba. Su mano erguida ante él comenzaba a temblar por el esfuerzo. Ya sudaba copiosamente.

—Controla a esta bestia, Manlor, rey de Ereth, pues tu fuerza es mayor que la suya. Escucha a tu mujer y tu hija, que están ahí contigo.

Esta vez el cambio fue más notable, el brillo rojo de sus ojos casi desapareció para convertirse en un leve resplandor. La criatura sacudió la cabeza, como si estuviera despertando de un mal sueño. Manlor luchaba por hacerse con el control de

la bestia, y parecía que iba a ganar.

Pero entonces Árgoht sintió cómo sus fuerzas fallaban. La energía que necesitaba para mantener a Manlor inmóvil se esfumó y cedió al agotamiento. Cayó de rodillas ante la criatura, totalmente a su merced.

El talhom estaba de nuevo libre. Por un momento fugaz, el hombre encerrado dentro estuvo a punto de lograr salir a la superficie, pero le había faltado un segundo para conseguirlo. Ahora sus ojos volvían a ser rojo fuego y tenía a Árgoht a sus pies, agotado y derrotado. Dio un paso con la mano alzada, dispuesto a golpearle sin piedad. Necesitaba sacar un poco más de energía, solo un poco más...

—Madre —susurró—, solo un poco más...

Ya tenía a la criatura encima cuando consiguió pronunciar un último hechizo. Realizó un movimiento de barrido con la mano y Manlor salió despedido como si hubiera recibido un golpe con un ariete. Fue a chocar contra un muro del castillo, derribando gran parte sobre él y quedando casi sepultado por las piedras.

Árgoht cayó al suelo, tendido con la espalda contra la fría piedra del patio. Sobre él, las estrellas brillaban con fuerza. Notaba su pelo empapado en sudor y le dolían todos los músculos del cuerpo. Necesitaba descansar, conectar con La Madre para recibir de ella la fuerza necesaria para seguir su búsqueda. En cambio, solo quería dejarse llevar por el sueño allí mismo.

Entonces sintió que alguien se situaba sobre él.

—¡Árgoht! —le llamaba una voz conocida, al tiempo que situaban un brazo tras su cuello e intentaban levantarlo.

Era Sherman. A duras penas consiguió el soldado levantar al hechicero, que parecía dispuesto a dejarse vencer por el cansancio. Estaba agotado.

Por fin consiguió ponerlo en pie, pero no se atrevió a soltarlo y le pasó uno de sus brazos tras su propio cuello, para ayudarlo a sostenerse.

—Lo habéis derrotado...

Antes de que hubiera tenido tiempo de alegrarse, todos vieron que las piedras que cubrían el cuerpo de Manlor comenzaban a moverse. Al principio de forma leve, luego más y más. Se estaba recuperando. Todos se quedaron en silencio, asombrados por la fuerza de aquella bestia. El impacto contra el muro hacia el que lo había lanzado Árgoht, habría reventado el cuerpo de cualquier hombre normal.

Un nuevo grito, el más potente y desgarrador que había surgido de aquella garganta sobrenatural rompió el silencio de la noche. La criatura se puso en pie a duras penas. Estaba tan agotado como Árgoht. Este permaneció en silencio, atento a la actitud del talhom, esperando encontrar algún vestigio de la inteligencia de Manlor. Pero no había en aquellos ojos, de nuevo de color rojo, y tan brillantes como pequeñas estrellas, rastro del rey.

La criatura se sostuvo apoyándose en lo que quedaba de la pared y miró a su alrededor. Cientos de soldados le cerraban el paso en todas direcciones. No tenía hacia donde huir. Aún tenía fuerzas para acabar con muchos de ellos, pero acabarían

derrotándolo. Sin embargo, sí había un hueco por el que pasar: aquel que él mismo había provocado al derrumbar el muro. De un salto, sobrepasó los cascotes y se introdujo de nuevo en la fortaleza.

—¡No podemos dejar que huya! —gritó Branton Oldsten—. Soldados, a por ella. ¡Sin piedad!

El patio se llenó del sonido del metal de las armaduras al ponerse en movimiento. El general dejó atrás gran cantidad de hombres para cubrir la retirada, pero los demás se internaron de nuevo en el castillo, en pos de la bestia.

—Vamos —dijo Árgoht haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para desasirse del brazo de Shernan y echar a andar hacia la gran puerta.

—Pero, estáis agotado —dijo el soldado.

Árgoht lo ignoró y siguió andando con paso incierto. Al ver Shernan que no conseguiría hacerlo entrar en razón, se limitó a ir tras él.

Sin saber de dónde, Árgoht consiguió energía suficiente incluso para echar a correr. Entró en el castillo justo a tiempo para ver a Manlor desaparecer por la gran puerta de piedra que conducía al salón de audiencias. La criatura iba arrastrando una pierna que terminaba en un muñón e iba dejando un rastro de pequeñas piedras que se desmoronaban tras de sí, pero aun así conseguía apartar a todo aquel que se le ponía por delante.

Árgoht llegó al salón unos segundos más tarde, pero ya por entonces el suelo de brillante mármol blanco estaba plagado de hombres ensangrentados. Todo ello era fruto de que Manlor se había quedado sin escapatorias. No había ventanales ni puertas suficientemente grandes como para que su cuerpo cupiera por ellas. Se había girado y se enfrentaba a sus atacantes. Shernan y Branton dieron un paso al frente, mientras Árgoht se quedaba rezagado en el umbral, exhausto.

El meledino vio cómo Manlor lanzaba a uno de los soldados con tal fuerza que fue a caer en la galería del piso superior, donde impactó contra una puerta y cayó al suelo, muerto o casi muerto. Un segundo después, la puerta se abrió y apareció en ella el rey Yurt. En sus ojos se leía la incredulidad de quién no puede creer que lo que está viendo, está ocurriendo de verdad. Superada su inicial estupefacción, se acercó a la balaustrada para asomarse y observar el espectáculo sangriento que estaba teniendo lugar más abajo. Otras personas, sirvientes y cortesanos, comenzaban a aparecer por el resto de las puertas de la galería, asomándose con las mismas miradas de pavor y curiosidad.

Unos pasos tras el rey apareció *Lady Maisha*. Árgoht no esperaba que ellas estuvieran aquí, tan cerca del caos. El mago comenzó a subir por la escalera que llevaba al piso superior. Había dos, una a cada lado del portón de entrada, que subían en arco hasta la galería. Árgoht tomó la de la izquierda, la que más rápidamente le llevaría hasta Maisha. Su ascenso fue lento y agónico, pues le dolía cada fibra de su cuerpo, como si el cosquilleo que sentía cuando usaba su magia se hubiera multiplicado por mil, convirtiéndolo en un rayo que le atravesaba las entrañas. No era

la primera vez que se sentía así, y sabía que solo necesitaba un par de días de descanso para recuperarse. Estaba pagando el precio que tenía usar su energía hasta el límite.

Por fin llegó hasta donde estaban el rey y *lady* Maisha. En el umbral había aparecido también Atrisha, pálida por el terror. Era solo una muchacha de campo y ahora miraba atónita el cuerpo roto que yacía a sus pies. Árgoht se dirigió hacia ella y la agarró por los hombros.

—Atrisha —dijo con voz suave, en contraste con los gritos de alrededor. Como ella no reaccionara, la sacudió ligeramente—. ¡Atrisha!

Por fin consiguió que ella alzara la mirada hacia él. No había en la chica expresión alguna. *Lady* Maisha se percató de su presencia y acudió también junto a su hija. Árgoht le hizo una seña con la mano para que no dijera nada.

El hechicero tomó a la niña de las manos y la hizo girar, alejándola de la visión del cadáver y obligándola a mirar hacia el estudio, más allá de la puerta abierta.

—Este no es sitio para ti —poco a poco fue guiándola hasta el interior de la estancia, que parecía un remanso de paz en comparación con el exterior. La niña se dejó guiar, sumisa, sin quitar la mirada de los ojos violeta del hechicero.

Una *lady* Maisha preocupada entró tras ellos y aceptó las manos de su niña, que Árgoht ponía en las suyas. Cuando madre e hija estuvieron frente a frente, la segunda comenzó a llorar desconsolada y abrumada. Maisha la hizo sentarse en uno de los sillones y la acunó, mientras le susurraba palabras de arrullo.

Árgoht se dirigía hacia la puerta para volver al salón cuando vio por el rabillo del ojo algo que le resultó familiar. Allí estaba, apoyada contra una esquina y olvidada, Êralin, *La Cazadora*. El hechicero se quedó clavado donde estaba. Ahora que su cuerpo estaba agotado, más fuerte sentía la llamada de la espada. Esta vez no se resistió. De un salto se abalanzó sobre la esquina y tomó el arma con las dos manos sin sacarla de la vaina. Quizás fuera aquella espada lo que necesitaba para poner fin de una vez por todas a aquella batalla campal.

Salió de nuevo al pasillo. El rey Yurt se giró hacia él y vio el arma en sus manos.

—¡Suéltala! —le gritó al tiempo que sacaba de su vaina su propia espada y lo señalaba acusadoramente con el dedo—. ¡Eres indigno de llevarla!

Acto seguido el rey se lanzó hacia delante, ejecutando una potente estocada de abajo hacia arriba. Árgoht apenas tuvo tiempo de alzar la espada sosteniéndola por la vaina con las dos manos, pero el golpe fue tan fuerte que tuvo que soltarla y cayó unos metros más allá. El hechicero dio un paso atrás buscando espacio para maniobrar y tropezó con el cuerpo del soldado que yacía ante la puerta del estudio del rey. Cayó hacia atrás como un vulgar bufón en un espectáculo de pueblo.

El rey Yurt se detuvo ante él con una sonrisa burlona en el rostro.

—¿Y este es el poderoso mago de Meledel? Había oído tantas historias sobre ti que pensé que eras invencible, pero está claro que me equivocaba. No eres más que otro farsante que busca hacerse rico a costa de los demás. Te encomendé una misión

muy sencilla y te iba a pagar muy bien por ella. En cambio, has traído a mi casa a esa bestia que bien puede acabar con todos nosotros.

Yurt dio otro paso al frente.

—Pero no dejaré que me humilles en mi propio castillo. No me engañarás otra vez.

Árgoht retrocedió a su vez, arrastrándose sobre sus posaderas. Entonces los dedos de su mano izquierda tocaron algo frío y metálico. Era la espada del soldado muerto, pequeña en comparación con la del rey. Pero Êralin estaba lejos de su alcance, tirada como muerta unos metros a su derecha.

Yurt dio un último paso al frente y alzó su arma al mismo tiempo para enseguida dejarla caer, poniendo en el golpe toda su fuerza. En ese instante, Árgoht tomó la espada del soldado y consiguió, a duras penas, repeler el ataque del rey. Debido al gran impulso que este había puesto en el golpe, perdió el equilibrio cuando Árgoht desvió su espada. A punto estuvo de acabar por el suelo como él, pero consiguió apoyarse en la pared y permanecer de pie. Árgoht obtuvo el tiempo que necesitaba para levantarse y prepararse para responder. No tenía energía suficiente para realizar magia, así que tendría que confiar en su escasa habilidad con la espada. Su única esperanza era hacerse con Êralin, pero estaba totalmente fuera de su alcance. El movimiento del rey y el suyo propio le habían alejado aún más de ella, interponiendo el cuerpo de Yurt entre ambos. Tendría que luchar para llegar hasta ella, pero el rey parecía más que dispuesto a acabar con su vida.

Yurt atacó y Árgoht consiguió esquivar dos estocadas a duras penas, retrocediendo dos pasos. Él consiguió a su vez lanzar una estocada que sorprendió al rey, que a duras penas consiguió bloquear a escasos centímetros de su costado derecho. Árgoht no era un experto espadachín, pero sabía manejarse bastante bien, algo que sorprendió a Yurt.

Mientras ellos continuaban su baile de espadas, en la sala del trono continuaba la carnicería. Se notaba que la fiereza de los ataques de Vahall disminuía paulatinamente, así como su velocidad. Su cuerpo se desmoronaba a simple vista, pero seguía siendo un rival extremadamente peligroso. El fuego de sus ojos seguía sin remitir.

Shernan llevaba ya varias heridas en su cuerpo. Casi agotado, seguía buscando el espacio adecuado para golpear al talhom, aunque le dolía tener que hacerlo sabiendo que bajo aquella apariencia estaba su amigo Manlor. Aún conservaba la esperanza de que apareciera su verdadera personalidad y acabara toda aquella locura. El que no se contenía ni lo más mínimo era el general Oldsten, que lanzaba estocada tras estocada con toda su furia. También él tenía algunas heridas, pero eran menores. Su destreza en combate, a pesar de su avanzada edad, era asombrosa.

El salón de recepciones estaba totalmente destrozado, con restos de muebles, cristales y cuerpos desperdigados por todas partes.

Shernan aprovechó un momento en el que Manlor estaba de espaldas para intentar

un ataque total, definitivo. Era el mejor momento, y no tendría otro igual. Vahall le estaba mostrando el costado. Era ahora o nunca. Cogió aire profundamente y se lanzó contra la bestia que fuera su rey. Cuando apenas le faltaban dos pasos para llegar hasta ella saltó para darle más impulso a su golpe, pero Manlor lo vio venir por el rabillo del ojo y, con un movimiento circular de su cuerpo, golpeó a Shernan con el canto de su enorme mano en el centro del pecho. Cayó varios metros a su izquierda y se golpeó la cabeza contra el duro mármol. Perdida la consciencia, un charco de sangre comenzó a formarse empapando su pelo canoso.

Branton, que lo vio todo, gritó a Manlor para que se fijara en él. Sería un bonito colofón para su carrera derrotar a aquella bestia desbocada. Cantarían canciones sobre él durante siglos.

El talhom fijó su mirada de fuego en él y pareció como si lo reconociera. Alzó la cabeza y lanzó un rugido al aire. Entonces el general recordó las palabras del brujo: aquella bestia lo creía responsable de lo que le había ocurrido. Quizás no hubiera sido buena idea llamar su atención de aquella forma después de todo. Aun así, si tenía que morir no tendría mejor forma que aquella, peleando por su vida, con un enemigo digno por fin.

A su lado, un soldado caído había soltado su escudo. Branton lo recogió justo a tiempo para repeler el primer ataque de la bestia, aunque lo obligó a retroceder varios pasos con la fuerza del impacto. El escudo aguantó bien, pero sintió cómo crujía cuando un segundo golpe de la criatura lo desplazó contra una de las paredes del salón. Estaba acorralado, y su escudo no aguantaría un tercer golpe.

—Yurt —dijo Árgoht—, escúchame. Si quieres acabar con esta masacre debes permitirme coger la espada.

Yurt lanzó otra estocada que el hechicero consiguió repeler otra vez más. No conseguiría aguantar mucho más. Su cuerpo empezaba a responderle mal, exhausto y debilitado.

—¡Jamás! —gritó el rey. Esta vez su ataque consiguió rasgar la ropa de Árgoht y cortar la carne. Enseguida, la roja sangre comenzó a empapar su camisa bajo el peto de cuero. Cayó al suelo una vez más. Se sentía sin fuerzas suficientes para levantar de nuevo la espada. Estaba derrotado.

Yurt se acercó con una sonrisa triunfal en el rostro. Alzó la espada lentamente, disfrutando de su victoria. Sabía que en aquella ocasión el brujo no podría hacer nada por defenderse. Estaba agotado y se le veía en el rostro pálido y ojeroso. Estaba a su merced.

Árgoht se preparó mentalmente para el golpe final. Agradeció a La Madre todas las bendiciones que le había otorgado con el paso de los años y se lamentó de no haber podido alcanzar su Destino. Algún otro tendría que hacerlo por él.

Entonces, cuando ya parecía que el rey Yurt iba a acabar con él, su rostro se

demudó en una mueca de dolor y sorpresa mientras los restos del enorme jarrón que se había estrellado contra su cabeza caían al suelo junto a él. Su cuerpo aún tardó unos segundos en caer, después de que su cerebro hubiera perdido la consciencia.

En el sitio donde estuviera el rey estaba ahora *lady* Maisha, que le tendía a Árgoht la mano para ayudarlo a levantarse.

—Tenéis que detener esta locura —dijo simplemente, mientras tiraba del hechicero hasta conseguir que se pusiera en pie. Tras ella estaba Atrisha con Êralin entre sus manos. En el suelo, Yurt gemía de dolor. Su inconsciencia no duraría mucho.

Árgoht tomó entre sus sudorosas manos el arma que le tendía la muchacha y la observó durante unos segundos, embelesado. Quería prolongar aquel momento, quería que durara para siempre aquella sensación de maravillas por venir, quería seguir escuchando la llamada de la espada...

—¡Árgoht! —gritó Atrisha.

El hechicero volvió en sí, tomó la vaina con la mano izquierda y con la derecha desenvainó a Êralin.

Fue como si su cuerpo recibiera un rayo, pero al contrario que en Damnder-ith, esta vez estaba preparado para recibirlo. Todo su cuerpo sintió la energía recorrerlo miles de veces, renovando sus células, recargando sus maltrechas reservas. Sintió la euforia crecer dentro de él mientras todos sus nervios se activaban y se ponían en alerta. Sus músculos recibieron un alimento que nunca antes habían tomado. En unos segundos, se encontraba totalmente recuperado de todos sus dolores, a pesar de que sus heridas aún sangraban.

En su mirada, las dos mujeres pudieron ver el cambio que obraba en él. Mientras sostenía la espada, un fulgor le rodeaba, como si la energía que circulaba por su cuerpo necesitara más espacio para salir, para expresarse. Era un espectáculo maravilloso.

Ante ellas tenían un hombre nuevo. Maisha casi se habría atrevido a jurar que parecía más joven. Árgoht por su parte, sintió que renacía. Aquella espada tenía un gran poder en su interior, y solo necesitaba una mano adecuada que pudiera canalizarlo. Acumulada durante años, por fin la energía había encontrado un modo de liberarse.

Sin decir nada, con la espada a un lado, Árgoht se acercó a la barandilla. Más abajo, vio que Manlor tenía acorralado al general. Shernan yacía unos metros más allá, no podía saber si vivo o muerto.

Árgoht se subió a la barandilla de la galería. No podía creer la facilidad con la que su cuerpo respondía a las órdenes de su cerebro. Se sentía más fuerte y ágil que nunca.

—¡Manlor! —gritó. Su voz resonó en todo el salón y cesó toda actividad a causa de la expectación. El talhom se giró para ver quién usaba su nombre. Bajo él, Branton aprovechó la distracción para ganar unos metros de ventaja, siempre bajo su escudo.

En ese momento, Árgoht saltó al vacío con la espada en alto, todo él brillando como una pequeña estrella.

—¡No! —gritó Maisha dando un salto al frente, tratando de sostener a Árgoht. La caída desde esa altura era de unos cuatro metros, suficiente para partirse una pierna. O el cuello. Pero no llegó a tiempo para evitar el salto temerario del hechicero. Llegó a la barandilla a tiempo de ver cómo su cuerpo resplandeciente golpeaba, con la espada por delante, contra el de la criatura maldita. Un destello tan brillante como el sol surgió del impacto, cegando a todos los presentes.

Branton no podía creer que estuviera vivo. Lo único que sabía era que había oído la voz del brujo llamar a la bestia y que esta se había distraído lo suficiente para que él escapara. Por fin, se atrevió a mirar por debajo del escudo, a tiempo de ver a Árgoht, a quien creía agotado y débil, caer con una enorme espada en la mano contra el cuerpo de la criatura. Un brillo tan fuerte que le dañó los ojos surgió del impacto entre ambos, obligándole a cerrar los párpados.

Cuando consiguió abrirlos, miles de destellos entorpecían su visión. Pasaron aún algunos segundos antes de que pudiera aclarar su mirada. Cuando por fin lo logró, quedó estupefacto por la escena que se desarrollaba ante él y todos los presentes.

Árgoht se encontraba sobre el cuerpo de la criatura, que yacía tendida boca arriba. La enorme espada surgía del estómago de la bestia mientras Árgoht la sostenía por el mango. Lo poco que sobresalía de la hoja se había oscurecido, como si hubiera perdido el brillo. Pero lo realmente asombroso estaba por ocurrir. El cuerpo de la criatura comenzó a menguar, tan despacio que el general creyó que era una ilusión resultado de que su vista aún no se había recuperado del todo. Miró bien y comprobó que, efectivamente, ya medía casi la mitad que antes. Al mismo tiempo, la piedra que lo formaba se desmigajaba, desprendiéndose de su piel como si estuviera podrida. En pocos segundos una alfombra de piedra rodeaba a mago y bestia. Su piel oscura se estaba aclarando y su cabeza bestial se estaba transformando... En una cabeza humana. Sí, la criatura se estaba convirtiendo en un ser humano.

Branton tuvo que restregarse los ojos una vez más para dar crédito a lo que estaba viendo. Ante él tenía a Manlor, antiguo rey de Ereth, muerto cinco años atrás.



Esa tarde había llegado al castillo un hombre que decía ser Manlor, el anterior rey de Ereth. Branton Oldsten tenía por costumbre desconfiar de casi todo lo que se le decía, y así había hecho. Se había convencido de que era un impostor que lo único que pretendía era desestabilizar el reino y, de paso, llevarse algún pellizco si conseguían derrocar al actual rey Yurt.

Sin embargo, ahora estaba seguro de que el hombre que tenía delante era el auténtico Manlor. Quizás se debiera al cansancio, quizás a la transformación extraordinaria que había presenciado con sus propios ojos, pero el caso era que tenía ante él la maltrecha imagen de un hombre al que daba por muerto.

Un silencio pesado y denso había ocupado el lugar que hasta un segundo antes llenara el griterío y el ruido de las armas. Todos miraban expectantes, incrédulos ante lo que acababan de ver.

El hechicero sostenía entre sus brazos a un humano, no a una bestia sedienta de violencia y destrucción. Y mirando alrededor, nadie podía creer que la sangre y los cuerpos destrozados pudieran ser obra del hombre que agonizaba con Êralin, su propia espada, sobresaliendo de su estómago. Un hilillo de sangre corría de sus labios resecos y sus cabellos castaños estaban empapados de sudor. Tenía el cuerpo desnudo marcado por multitud de heridas.

—Lo siento —murmuró Árgoht.

Manlor hizo un esfuerzo por hablar, pero al primer intento solo sangre brotó de su boca. Al segundo intento consiguió susurrar:

—Has hecho lo que debías... Alguien tenía que detener a la sombra.

En ese momento llegaba hasta ellos *Lady* Maisha, con el rostro desencajado de angustia y los ojos llenos de lágrimas. Atrisha seguía inmóvil en la galería.

—¡Manlor! —se arrodilló a su lado y tomó la mano del moribundo.

Manlor apenas pudo sonreír al verla, por fin con sus propios ojos, libre de la maldición en sus últimos instantes.

—Siempre fuiste preciosa —murmuró.

Maisha no aguantó más y rompió a llorar. Árgoht llamó la atención de Manlor.

—Aún hay algo que arreglar, pero primero tengo que deshacerme de esto.

Con solo tocar la espada, Manlor lanzó un grito de dolor. Se dirigió a Maisha.

—No tengo conocimientos suficientes como para curarlo, pero sí para darle algo más de tiempo. Cuando yo te diga, saca la espada.

—No sé si podré... —balbuceó Maisha, sus mejillas brillaban por las lágrimas.

—Yo lo haré —dijo una voz tras ellos. Era el general Branton.

Árgoht lo miró por un instante, intentando adivinar si realmente lo haría o solo era una farsa para dejarlo morir. Pero entonces vio en sus ojos la mirada de un hombre noble y sabio que había distinguido la verdad antes de que todo acabase.

El hechicero asintió con la cabeza y el general apoyó ambas manos en la empuñadura de la espada. El meledino comenzó a ejecutar una serie de movimientos con las manos, que adquirieron un leve tono blancuzco.

—¡Ahora!

Branton sacó a Êralin del cuerpo de su dueño de un certero tirón. Al mismo tiempo, Árgoht pronunció las palabras que daban cuerpo a su hechizo. Entonces, la herida que había abierto la espada y de la que comenzaba a manar un torrente de sangre, comenzó a cerrarse ante el asombro de todos.

Unos segundos después, la hemorragia había remitido por completo.

—Es increíble —murmuró el general.

—Aun con todo mi poder al máximo, solo he podido cerrar la herida superficial. El daño interno sigue intacto. Morirá de todas formas, pero hemos ganado tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para aclarar un asunto antes de que todo acabe.

—¿Por qué? —preguntó Manlor en un susurro—. ¿Por qué soy humano de nuevo?

Por fin Árgoht tenía oportunidad de exponer su teoría. Venía depurándola desde que salieran de la mansión de Pranthas. La última comida que habían disfrutado allí le había resultado algo rancia, como si hubiera perdido parte de su sabor, como si el poder que habitaba la casa hubiera perdido fuerza. Era el mismo poder que había dado nueva vida a Manlor, y que ahora estaba a punto de extinguirse. Aunque no hubieran entrado en batalla, su energía estaba destinada a agotarse. Con esta lucha solo se había acelerado el proceso. Sus días estaban contados desde que había puesto un pie en este mundo convertido en un talhom.

—Tu energía se agota —le respondió Árgoht—. El poder que te mantenía con vida te abandona.

Manlor parecía a punto de perder el conocimiento, aunque hacía un gran esfuerzo

por mantenerse despierto. Aunque la herida estaba cerrada, el daño interno tenía que ser muy doloroso. Aun así, no se le escuchó una queja más. Árgoht habló de nuevo, y su voz resonó en el silencio que se había generado en todo el salón.

—Manlor —le dijo. Este lo miraba con ojos vidriosos—. Branton no dio la orden a la patrulla que te asesinó.

—¡Es cierto! —se defendió el general, poniéndose de rodillas también junto a Árgoht—. Debes creerme. Éramos amigos, siempre luchamos espalda con espalda. Jamás te habría traicionado. Lo que te ocurrió fue un accidente.

Manlor negó con la cabeza débilmente.

—Tú eras de los pocos que sabían qué ruta seguiríamos y tenías autoridad para dar la orden —aunque hablaba en murmullos, su voz se escuchaba claramente en todo el salón.

—Yo no di esa orden. Solo la ejecuté. Se me había dicho que aquella patrulla debía partir y seguir esa ruta específica como parte de un entrenamiento. No debían salirse de ella, se me dejó bastante claro.

Los tres permanecieron un segundo en silencio, reflexionando. Solo quedaba una explicación y fue Manlor quien la expresó en voz alta.

—Solo una persona que no fuera yo mismo tenía autoridad sobre ti para dar la orden...

—El general Yurt —concluyó Branton, que se levantó de un salto y miró hacia la galería. El rey había recobrado el conocimiento y estaba asomado a la balaustrada del piso superior. Se sostenía la cabeza sangrante con una mano, como si temiera que se le fuera a caer. Lo señaló con el dedo, los ojos ardientes de furia—. ¡Tú sabías que Manlor se cruzaría en la ruta de la patrulla!

Un murmullo se extendió por todos los presentes, que ahora eran decenas de personas. Muchas de ellas asomadas a la galería y otras tantas en el salón, entre soldados y sirvientes que atendían a los heridos. Shernan Kröll estaba en el suelo y estaba siendo atendido por una joven que le vendaba la cabeza. Aun así, seguía con atención todo lo que se estaba diciendo.

Árgoht se puso en pie y pronunció unas palabras. De pronto, el salón quedó en verdadero silencio. Nadie hablaba, nadie tosía, nadie se movía. Solo el rey, Branton, Árgoht y Manlor conservaban la capacidad de moverse y hablar.

—¿Qué has hecho, brujo? —preguntó Yurt, que comenzaba a bajar por las escaleras altivo, como si aquello no fuera con él.

—He evitado el caos. De lo que aquí se diga ahora va a depender tu futuro y puede que a toda esta gente no le guste lo que va a oír.

—Tú mismo —dijo el rey indiferente—. No conseguirás derrocarme con tus trucos baratos de ilusionista. Soy el rey de Ereth, y no podrás cambiar eso.

Branton se situó frente a Yurt, con una mirada entre sorprendida y suplicante.

—¿Es cierta esta conclusión a la que hemos llegado? ¿Diste tú la orden sabiendo que la patrulla toparía con tu grupo, con el rey? Porque tú estabas allí, luchaste para

defender al rey.

—Y eso debería ser prueba más que suficiente de mi inocencia.

—Debería —replicó el general—, pero la orden para aquel ejercicio me la diste antes de partir, y sabías perfectamente la ruta que seguiríais.

El rey guardó silencio y comenzó a pasear por el salón, ignorando aquella última acusación. Observaba a los presentes, paralizados en las acciones que estuvieran ejecutando. Se situó frente a uno de ellos y agitó la mano frente a sus ojos. Nada, ninguna reacción. Era como si el tiempo se hubiera detenido para ellos. Solo las toses frecuentes de Manlor rompían el silencio.

—El rey Manlor murió en un trágico accidente, un malentendido —dijo por fin—. Ahora yo gobierno este reino. Dime, amigo —se giró hacia Branton—, ¿estás mejor ahora o antes?

La pregunta cogió desprevenido al general.

—Eso no tiene nada que...

—Tiene todo que ver, amigo mío. Ahora tenemos un reinado de paz, estable y con comida para todos. Antes, ¿qué teníamos? Guerra, frío y hambre.

—Nunca pasamos hambre con Manlor y tú lo sabes —replicó Branton.

—El pueblo necesitaba un cambio, la gente quería un rey más cercano a ellos. No querían a un gobernante que se pasara años enteros en campañas militares, luchando por ampliar un reino que a duras penas podía mantener. Ahora no hay guerra, ahora nadie habla de conquistas.

—Y por eso nuestros soldados son jóvenes enclenques que apenas pueden sostener una espada.

—Pero están en paz y tienen comida.

—¿Has bajado alguna vez a los establos? —preguntó Branton.

—Claro, a menudo.

—No tanto, por lo visto. Si fuera así habrías visto a los sirvientes de las caballerizas compartir una hogaza de pan como único alimento para el día. Habrías visto a los niños desnutridos trabajando como animales para conseguir una limosna en la cocina. Te has encerrado en tu fortaleza para no ver, y con ello te has olvidado de las necesidades de ese pueblo que tanto te gusta mencionar. Has alimentado a los nobles, pero te has olvidado de los demás. Dices que antes se pasaba hambre, pero en verdad con Manlor todos comían lo que podían. ¡Todos por igual! Nobleza y servidumbre se alimentaban igual. Ahora unos engordan mientras otros mueren de hambre.

El rey Yurt dudó.

—Eso... no es cierto.

Árgoht se mantenía apartado de la discusión, atendiendo en la medida de lo posible a Manlor, quien no quitaba ojo de todo lo que se decía. Branton había sido su amigo, al igual que Yurt. Ahora ambos se enfrentaban por descubrir la verdad, que a sus ojos estaba clara como el cristal.

Yurt comenzaba a mostrarse muy nervioso. Paseaba arriba y abajo gesticulando y moviendo mucho las manos mientras hablaba. Su frente estaba perlada en sudor. Ya no sostenía la espada en su mano.

—¡Ahora estamos en paz con nuestros vecinos! —gritó el rey—. La guerra es un recuerdo del pasado. Eso es lo más importante. Nadie tiene que morir por los demás. Tú sabes tan bien como yo que matamos a mucha gente y otra mucha murió bajo nuestras órdenes. ¿Y para qué? Para alimentar el ego de ese hombre —señaló a Manlor—, que no sabía vivir si no era con una espada en la mano. No vivía sino para la guerra, ¡no pensaba sino en la guerra! ¡Alguien tenía que detenerlo! ¡Alguien tenía que traer la paz a Ereth!

—Y ese alguien eras tú.

—¡Sí! —gritó de nuevo—. ¡Convertí Ereth en algo mejor! ¡Lo maté a él para salvar el reino!

En ese momento, demasiado tarde, se dio cuenta el rey Yurt de lo que acababa de decir. Su mirada se clavó en la de su general, suplicante y atemorizada al mismo tiempo. Ahora sí que parecía que el tiempo estaba en verdad detenido. Árgoht tuvo tiempo de ver cómo el sol de la mañana comenzaba a bañar de luz el gran salón de audiencias.

Entonces el rey vio algo en la mirada de Branton Oldsten y comenzó a retroceder. El general desenvainó su espada.

—Asesino —murmuró con las mandíbulas muy apretadas.

—Tú no lo entiendes...

—Lo entiendo perfectamente. Eres un asesino, y es todo lo que necesito saber. ¡Guardias, detened al rey!

Entonces Yurt se echó a reír, a carcajadas.

—Nadie hará nada. ¿Olvidas que el brujo los ha paralizado? Nadie creerá tus palabras si intentas contárselo a alguien. Al contrario, te acusaré de sedición y traición a tu reino. Estás acabado, amigo mío.

En ese momento, el sonido regresó al salón. Los presentes comenzaron a moverse de nuevo, y un nuevo coro de murmullos recorrió la estancia como una marea. Los sirvientes continuaron con sus atenciones a los heridos, mientras los soldados se ponían en movimiento hacia el centro del salón, donde estaban Branton y Yurt, cara a cara.

—Mis soldados, detened a este traidor —dijo el rey, con una sonrisa triunfal en el rostro.

Los guardias se dirigieron hacia ellos a paso ligero y se situaron en torno al rey. Branton no dijo ni una palabra. Miraba a Yurt con tal odio que bien podía parecer que estaba a punto de saltar hacia delante y matarlo con su propia espada. No podía creer que, después de lo que acababa de escuchar, Yurt fuera a volver a su vida normal, como si nada hubiera pasado, mientras que él tendría que vivir el resto de sus días conociendo su infamia, sin poder hacer nada al respecto. La guardia protegía al rey y

Yurt se aseguraría de estar bien vigilado, para evitar ningún ataque por sorpresa. Podía ser mezquino, como había demostrado, pero no era tonto.

Pero entonces se llevó la mayor sorpresa de la noche. Tres guardias avanzaron hacia el rey Yurt con decisión. Dos lo sostuvieron cada uno por un brazo, mientras el tercero sacaba una espada y colocaba la punta sobre la garganta del rey. Nadie dijo nada, pero una gran algarabía se había formado a su alrededor. Branton no podía creer lo que estaba viendo.

El guardia que sostenía la espada se dirigió al general.

—Lo hemos oído todo, señor, qué hacemos con este asesino.

Yurt estaba tan atónito como Branton, y ambos giraron la cabeza para mirar a Árgoht. Este los observaba con una sonrisa pícaro en los labios y se limitó a encogerse de hombros. Los dos hombres lo entendieron a la perfección.

—Al calabozo —ordenó el general a los soldados—. Quiero una guardia especial, que no se le quite ojo de encima hasta que sea sometido a juicio.

—¿Y quién se supone que va a juzgarme? —preguntó Yurt, altivo—. ¿Tú te erigirás como rey?

—No —dijo una voz, ronca y debilitada. Todos miraron en la dirección desde la que provenía. Manlor avanzaba hacia el centro del salón ayudado por Árgoht, que lo sostenía para que no se cayera. Cuando llegaron junto a Branton, Manlor señaló hacia arriba, a algún punto de la galería sobre sus cabezas—. Ella lo hará.

El salón se convirtió en una algarabía de tejidos rozándose unos contra otros cuando todos los presentes giraron sus cabezas al mismo tiempo para seguir la dirección del dedo tembloroso de Manlor. Lo que estaba señalando era a una niña, de no más de doce años, con el pelo rubio y la mirada aterrorizada, que lo observaba todo desde la balaustrada.

Estaban en el centro del salón, donde el sonido de las voces, como Árgoht descubriera la primera vez que había estado allí, se amplificaba para llegar a todos los rincones del salón.

—Que todos sepan —dijo Manlor con voz débil—, que esa niña es Atrisha Lantar, hija de Maisha Lantar y mi propia hija.

Ahora sí que los murmullos se convirtieron en voces y gritos. Nadie podía creer lo que estaba escuchando, ni siquiera el propio Branton.

—Esa niña es mi heredera por derecho de sangre, ella será mi voz y mis ojos, ella será mi legado. Si alguno me amó alguna vez, si alguno respetó a su rey, respetaréis ahora mi último deseo. Queredla y respetadla como una vez lo hicisteis conmigo, pues ella es mi sangre y mi herencia.

Dicho esto, las fuerzas de Manlor se agotaron y se convirtió en un peso muerto sobre los hombros de Árgoht, que lo dejó caer al suelo con suavidad. Maisha llegó junto a ellos a tiempo de estrechar su mano.

—Mi querida Maisha —murmuró con sus últimas energías—, convierte a esa niña en una reina mejor de lo que lo fui yo. Sé que hay fuerza en ella para convertirse

en una gran mujer y una espléndida gobernante.

Maisha apenas pudo hablar, anegado su rostro por las lágrimas.

—Lo haré... mi amor.

Manlor tosió varias veces y la boca se le llenó de sangre, que tuvo que escupir para poder decir una última cosa.

—Tú —se dirigió a Árgoht—. Gracias... por encontrarme. Dile a Shernan que... no es tan duro.

El cuerpo del rey Manlor el Temible quedó flácido en brazos del hechicero. Había muerto.

Otra vez.

—¡No! —gritó Yurt—, yo soy el rey. ¡Obedecedme!

Pero los soldados que ya lo guiaban fuera del salón hicieron caso omiso de sus advertencias, las cuales siguió profiriendo durante todo el camino hasta las mazmorras.

El silencio que siguió a la muerte de Manlor y la posterior salida de Yurt, pesaba en el corazón. Nadie se atrevía a hablar o moverse si quiera. Todos los presentes estaban conmocionados y abrumados por los acontecimientos que acababan de presenciar. Todos habían escuchado las palabras del rey mientras duró el hechizo de Árgoht, y todos estaban igual de indignados. En apenas unos minutos habían presenciado la muerte de un rey, la caída de otro y el ascenso de una reina. Era demasiado para asimilarlo de una vez.

Branton dio el primer paso ante la consternación general. Se situó en el punto del salón debajo del cual estaba asomada Atrisha, atónita y aún desconcertada, e hincó la rodilla en tierra, haciendo una gran reverencia hasta casi tocar el suelo con la cabeza. Sostenía la espada en alto con las dos manos, ofreciéndosela simbólicamente. Él había sido el primero en aceptar la autoridad de la nueva reina.

Como si los demás necesitaran esa primera señal, poco a poco todos fueron inclinándose ante la joven: los cortesanos que lo habían presenciado todo desde la galería, los soldados (algunos heridos sacaron fuerzas para ponerse en pie), y los sirvientes, que dejaron lo que estaban haciendo para mostrar sus respetos a la nueva regente.

Árgoht fue el único que, fiel a sus principios, no se postró y quedó en pie, como un árbol orgulloso en medio de los restos de un incendio.



El día había amanecido oscuro y lluvioso, acorde con el sentir que palpitaba en el corazón de todos los erethianos. Acababan de perder a dos reyes, aunque algunos no terminaran de creer cómo había sido posible.

Los sirvientes, tan prestos como siempre, ya limpiaban el salón de audiencias y los pasillos que había recorrido Manlor en su furia asesina. Pronto, el único rastro de lo que había ocurrido estaría en sus corazones como una mancha indeleble. Los sucesos acontecidos esa noche se contarían durante generaciones, durante siglos.

Disfrutando de la fresca mañana, Árgoht observaba el patio, con Êralin colgando de su cintura. Desde una escalinata veía el cuerpo de Manlor, que esperaba amortajado sobre una carreta custodiada por cuatro soldados. Tanto *Lady Maisha*, nombrada regente hasta que *Atrisha* cumpliera la mayoría de edad, como *Branton*, coincidieron en que su cuerpo debía ser enterrado en *Pranthas*, junto con su familia. Nadie hablaba demasiado, consternados y abrumados como estaban por la situación.

Se estaba preparando una pequeña comitiva que acompañaría el cuerpo de Manlor hasta *Pranthas*. Muchos eran los que querían acudir, pero el general *Branton* había insistido en que era necesario que la presencia fuera mínima, que todos los que pudieran se quedaran para poner en marcha el reino lo antes posible. No habría luto, pues el rey no había muerto, sino que había sido encerrado. Y la muerte de Manlor ya había sido llorada cinco años atrás. Así pues, acompañaría a Manlor un pequeño grupo formado por el propio general *Branton*, *Shernan*, a quien no había sido posible disuadir a pesar de sus heridas, y una guardia de veinte hombres.

—¿Venís? —le preguntó *Shernan* a *Árgoht*, antes de partir.

—No, mi presencia aquí ya está fuera de lugar. Debo seguir mi camino.

Lady Maisha apareció tras ellos, acompañada de la nueva reina *Atrisha*. Habían escuchado la respuesta del hechicero. Fue la pequeña la que habló, asumido ya su

nuevo rol.

—Vuestra presencia en Ereth nunca estará fuera de lugar, y sois bienvenido siempre que lo deseáis. Todo esto ha sido posible gracias a vos, y nunca olvidaremos eso.

—No fingiré modestia diciendo que no he tenido nada que ver. Se os agradecen las palabras —dijo Árgoht, muy formal.

—Además, sé que el rey Yurt había contraído una deuda con vos. Pues bien, yo me haré cargo de saldarla.

—Mi señora, no será necesario...

—Insisto —le interrumpió la reina—. Esa deuda la tiene para con vos la corona de Ereth, de la cual yo soy ahora representante.

Árgoht agradeció la deferencia y reveló el acuerdo al que había llegado con Yurt, mientras pensaba que aquella niña pequeña sería mucho mejor reina de lo nunca fuera su predecesor. Tenía maneras de líder.

—Veo que os habéis apropiado de Êralin —dijo *Lady Maisha*—. Esa espada ha pertenecido al rey de Ereth durante siglos. Siempre supimos que era especial, pero nadie había podido nunca sacar de ella lo que vos. Espero que le deis buen uso en vuestro viaje por la vida. Tomadla como un regalo, un recuerdo de Ereth.

Árgoht había cogido la espada en el salón de audiencias, cuando todo hubo terminado. Nadie le había preguntado por ella ni se había opuesto a que la llevara, pero aun así sentía que la estaba tomando sin permiso. Ahora, se le había dado autorización para portarla. Él no era un ladrón, por lo que estas palabras lo reconfortaron.

—Gracias, sois muy amable —respondió Árgoht—. Decidme, pues tengo curiosidad, ¿qué será de Yurt? ¿Y su esposa, *Lady Yuley*?

—Él será juzgado por traición y asesinato —respondió *Maisha* al ver que *Atrisha* dudaba, aún inexperta en asuntos de ese calibre—. Supongo que será condenado a muerte. De todas formas, es tradición que en el primer juicio que un nuevo rey preside se muestre bondadoso para demostrar que no se convertirá en un tirano. Gracias a ello, Yurt tendrá suerte y, con toda probabilidad, solo será desterrado. No es un mal final.

»*Lady Yuley* nada ha tenido que ver en todo esto, probablemente. Su destino lo decidirá ella misma. Es una mujer valiente e inteligente. Sería una buena consejera si decidiera quedarse aquí.

Con una reverencia, madre e hija dieron por terminada la conversación y se despidieron del hechicero, para volver al interior de la fortaleza. Juntas, Árgoht vio en ellas la fuerza necesaria para gobernar el reino de Ereth con sabiduría y justicia.

Volvieron a quedar solos *Shernan* y él.

—¿Seguro que no queréis acompañarnos? No me fío ya demasiado de los muertos. La última vez que fui a enterrar uno, y resulta que era este mismo cuerpo, acabé con dolor de cabeza y un monstruo caminando por el mundo.

Árgoht no pudo evitar reírse a carcajadas, y Shernan se le unió divertido. Sin embargo, este tuvo que parar pronto agarrándose la cabeza con una mano y las costillas con la otra. Pero sus pensamientos volaron de nuevo hacia la mansión donde el cuerpo de Manlor descansaría al fin. ¿Se habrían disipado del todo las sombras? La energía oscura seguiría allí aún un tiempo, pero desaparecería pronto, una vez que el vehículo que empleaba para canalizarse había sido destruido. En poco tiempo, el valle de Pranthas volvería a ser lo que era y sus habitantes podrían recuperar sus hogares.

—Demasiados dolores —dijo a modo de disculpa—. En fin, ha sido un placer participar con vos en esta aventura.

—Lo mismo digo —respondió Árgoht, poco dado a las despedidas—, que La Madre ponga hierba fresca bajo vuestros pies. ¿Adónde iréis tras el entierro?

—Tengo cosas que hacer en otra parte del mundo. Dos mujeres me aguardan... o eso espero.

Shernan hizo una leve reverencia con una sonrisa, y volvió a unirse a los preparativos, ya casi terminados, de la comitiva. Ahora fue Branton quien se apartó de ella para acercarse al hechicero.

—Creo que ya os han dado suficientemente las gracias —dijo, al llegar hasta el meledino.

—Así es.

—Pues yo solo os diré que espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Me gustaría volver a compartir armas con vos. Sois un gran guerrero y vuestra destreza sería bienvenida, si bien supongo que no estaréis dispuesto a quedaros.

—Suponéis bien —contestó Árgoht—, debo marchar de nuevo, pero me ha sido grato conocerlos. Sois un gran hombre.

Los dos guardaron silencio por unos instantes. Después, el general señaló el carruaje que llevaba el cuerpo de Manlor.

—Debo partir. Que vuestros pasos os lleven siempre a donde queráis ir —se despidió.

—Lo mismo os deseo.

Ambos hicieron una leve reverencia y el general volvió al grupo que lo esperaba para comenzar la marcha. Desde allí, el meledino le oyó dar la orden de avanzar y se quedó para ver cómo, poco a poco, desaparecían más allá del portón de entrada, regados todos por la fina llovizna que había comenzado a mojar las piedras de la fortaleza.

Árgoht pensó que en breve él también tendría que cruzar esas puertas para marcharse. Aún no sabía cuál sería su próximo destino, pero ya llevaba allí demasiado tiempo. De nuevo sintió aquella especie de añoranza, de deseo de hallar un lugar en el que quedarse a dejar pasar sus años, a envejecer. Pero otro sentimiento le hacía competencia. Era una especie de inquietud, de nerviosismo que poco a poco se apoderaba de él. Conocía muy bien aquel sentimiento: era su Destino que lo

llamaba, que lo obligaba a permanecer en movimiento.

Pero aquella aventura no había sido ninguna pérdida de tiempo. Ahora tenía a Êralin, y supo entonces que era imprescindible para su búsqueda encontrarla. Con ella se sentía más fuerte, más poderoso. Incluso ahora, sentía su poder bajo la palma de la mano que tenía apoyada en la empuñadura. Sería una gran aliada en el futuro. Sin embargo, algo había cambiado en ella. Lo supo desde el momento en el que clavó su punta en el cuerpo del talhom. Su hoja se había quedado oscura y opaca, como si la sombra que había ocupado el cuerpo maldito de Manlor hubiera sido absorbida por la espada. Las armas apenas si dañaban al talhom, así que Árgoht se inclinaba a pensar que había sido la extracción de la energía que la mantenía en pie lo que le había provocado la muerte al fin. Pero esa energía estaba en alguna parte.

En aquella escalinata quedó Árgoht, indiferente a la llovizna que arreciaba a chaparrón, sumido en oscuros pensamientos mientras el portón se cerraba con un chirrido y la gente corría a la fortaleza, a refugiarse de la lluvia.



EPÍLOGO



Cheen recuperó el conocimiento muy lentamente, como si solo hubiera dormido una larga y placentera siesta. Su cuerpo no tenía constancia de los dos días que había pasado delirando y febril, casi al borde de la muerte.

A medida que fue recobrando la conciencia fueron llegando a él al mismo tiempo los recuerdos de lo sucedido y las imágenes de aquello que lo rodeaba. Estaba en una estancia de bellas paredes de piedra, cubiertas en gran parte por estanterías llenas de libros. Su cama estaba inundada de la luz procedente de un gran ventanal situado a su derecha, desde el que podía ver el patio y la muralla exterior.

Poco a poco fue también tomando consciencia de los sonidos que lo envolvían. El más recurrente eran los gemidos. Estaba en la enfermería. Recordaba estar luchando junto a Árgoht, Shernan y Manlor contra los guardias de las mazmorras. Recordaba un gran dolor en el pecho... y luego nada.

Se miró el torso y lo descubrió cubierto por una gran mancha blanca, que reconoció enseguida como un enorme vendaje que le cubría lo que tenía que haber sido un buen tajo.

«Me quedará otra buena cicatriz», pensó, aún atontado.

—Buenos días.

Cheen se sobresaltó. No se había fijado en que no estaba solo. A su lado estaba Árgoht, con una gran sonrisa de alivio en el rostro. Tenía un aspecto radiante, fresco y luminoso en sus ojos violeta, que se clavaban en él, escrutando cada milímetro de su rostro.

—Empezaba a preocuparme de que no despertaras.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido?

—Dos días. Y dormido no es la palabra. Di mejor medio muerto. Eres fuerte, y has conseguido regresar. No todo el mundo es capaz de hacerlo con tus heridas. Te

has hecho un hombre.

Árgoht le puso una mano en el hombro y presionó con suavidad, mientras decía aquellas palabras. Cheen se sobresaltó. Por un lado, no esperaba una muestra de cariño de aquel hombre, tan serio y formal. Por otro, sintió una oleada de dolor extenderse desde el punto de contacto hacia su pecho. Pero no dijo nada ni permitió que su rostro lo reflejase. Si Árgoht pensaba que ya era un hombre, no le haría cambiar de opinión quejándose por un simple apretón afectuoso.

—Gracias —respondió en cambio.

—Parece que has resultado ser el más perjudicado en esta aventura —dijo Árgoht, para relajar el ambiente—. Primero los lobos mestizos y ahora esto. Has recopilado una buena colección de cicatrices en las últimas jornadas.

—Sí —respondió el chico, esbozando una sonrisa—, no volveré a viajar con vos —concluyó con seriedad.

Ambos rieron con ganas. Tras unos minutos, Cheen volvió a hablar.

—¿Cómo está Shernan?

—Bastante bien, aunque recibió una fea herida. Ahora mismo está camino de Pranthas con el cuerpo de Manlor, que ha recuperado su aspecto normal, para enterrarlo junto a su familia.

Cheen bajó la cabeza, dolido, pero la levantó enseguida. Si sintió sorpresa al saber que Manlor había muerto, se la guardó para sí.

—Espero que no tarde —comentó.

—¿Y eso por qué? —preguntó el meledino.

—Porque prometió enseñarme a usar la espada, y pienso tomarle la palabra.

De nuevo Árgoht se echó a reír, y Cheen lo acompañó.

—Según he oído, la reina le ofreció quedarse y ocupar un puesto entre sus consejeros, pero tiene claro lo que quiere hacer con su vida y ha rechazado la oferta.

—Lo ha pasado mal, es comprensible que tenga dudas. Si yo fuera él, me retiraría en una granja con unos cuantos animales y un poco de tierra. Se merece un final tranquilo —respondió el muchacho, algo compungido.

El hechicero no respondió. Miraba al chico intentando averiguar qué quedaba en él de aquel chico que salió de Ereth, a escondidas para seguirlo, y llegó a la conclusión de que todo estaba en su interior desde el principio. Su fuerza estaba buscando el momento de salir a la luz, igual que la de Êralin.

—Me alegra ver que estás bien —dijo, echando una buena mirada al muchacho—. Ahora ya puedo irme.

La sensación de inquietud que nacía en él cuando estaba demasiado tiempo en un mismo lugar comenzaba a ser asfixiante. Las paredes parecían querer caerse sobre él y cada estancia parecía una celda en la que lo tenían encerrado. Tenía que irse, pero no quería hacerlo sin asegurarse de que su amigo estaba bien. Se sentía en parte responsable de lo ocurrido, y prefería ponerse en marcha sabiendo que se encontraba en buena forma.

—¿Ya os vais? —preguntó el muchacho desconsolado.

—Debo retomar mi camino, sí.

—¿Volveremos a vernos?

—Eso solo el Destino lo sabe, amigo mío. Por cierto, tu deuda conmigo está saldada. No te sientas atado a mí en forma alguna, que no sea la meramente amistosa.

Cheen recordó que en las estribaciones de las colinas Yermath le había jurado de le debía la vida, que haría lo que él hiciese e iría donde él fuese. Sonrió al recordar aquello que ahora sonaba como las palabras de un niño inocente. Aun así, la promesa había sido válida y verdadera, y le reconfortaba saber que Árgoht la recordaba y la daba por zanjada. No se veía con fuerzas para seguirle ahora mismo a ninguna parte.

Dicho esto, el meledino se dio media vuelta y se dirigió a la salida.

—¡Espera! —lo llamó Cheen—. ¿Qué ha pasado en estos dos días? Contadme qué ha...

Árgoht alzó una mano para hacerlo callar, y el joven lo hizo de inmediato.

—Aquí hay alguien que te lo puede explicar todo —dijo con una sonrisa, y desapareció por la puerta.

Unos segundos después apareció en ella Atrisha. Pero no era la misma niña que había visto la última vez. Ahora parecía varios años mayor. Llevaba un precioso vestido verde claro decorado con ribetes dorados, que le daba aspecto de mujer mayor. Pero lo que más destacaba, lo que más la convertía en una verdadera mujer, era la cinta dorada que ceñía su pelo.

—Atrisha...

—Ahora es reina Atrisha, jovencito.

Era la voz de *lady* Maisha, que había aparecido tras ella, la que le había reprendido. Sin embargo, no había en ella enojo, sino una enorme sonrisa de satisfacción y cariño. Ella también tenía un aspecto fantástico. Si su hija parecía mayor, ella en cambio parecía mucho más joven.

Cheen estaba anonadado.

—¿Esto significa que hemos ganado?

—Sí —respondió la joven, con su maravillosa y dulce voz. Se dirigió a su madre—. Mamá, ¿puedo hablar con Cheen a solas?

Lady Maisha hizo una pequeña inclinación de cabeza y salió discretamente por donde había entrado, sin que la sonrisa desapareciera de su rostro. Atrisha se sentó delicadamente en el borde de su cama.

—¿Cómo estás? —le preguntó la reina, cuando su madre se perdió de vista.

—Muy bien, aunque algo sorprendido. No sé cómo debo llamaros...

—Para ti seré siempre Atrisha, la camarera de Trennant. No quiero que eso cambie. Me gustaría que al menos una persona siguiera tratándome como una niña y no como a una reina. ¿Te importaría?

—Por supuesto que no.

—Además, ahora pasarás mucho tiempo conmigo —extendió una mano y le

acarició el pelo color paja.

Cheen abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Y eso por qué? —preguntó, con un respingo—. Es decir... no es que no... pero es que... —cogió aire para relajarse—. ¿A qué se debe?

Atrisha sonrió, ante el nerviosismo del muchacho. Estaba muy guapo.

—A que te voy a nombrar caballero y guardia personal... de momento.

La sonrisa pícaro que mostró la joven fue suficiente para que Cheen no quisiera preguntar nada más. Entonces, de sopetón, ella se inclinó sobre él y, como ocurriera una noche, hacía ya una eternidad, le dio un fugaz beso en la mejilla.

Cheen no pudo pronunciar palabra, anudada su garganta. Era como si hubiera intentando tragar piedras y se le hubieran atascado en el gástrico.

—Ahora descansa. Lo necesitarás.

El joven solo pudo asentir con la cabeza, mientras veía a Atrisha, su reina, salir por donde lo hicieran ya Árgoht y Maisha. Entonces recobró por fin el dominio de sí mismo y una enorme sonrisa surcó su rostro. No podía creerse lo que acababa de pasar. El día anterior estaba al borde de la muerte y ahora era caballero y la reina lo había besado. Si aquello era un ensueño fruto de su estado febril, no quería despertar nunca.

Y con ese pensamiento, el rostro feliz y satisfecho cayó de nuevo en un sueño profundo y reparador.

Si en ese momento, hubiera mirado por el ventanal que tenía a su lado, habría visto a Árgoht, montando a *Karzan* y con Êralin a la espalda, abandonar la fortaleza de Ereth. Lo hacía muy despacio, disfrutando de la lluvia que empapaba su cabello y del repiqueteo de los pasos del caballo sobre la piedra. Quizás nunca volviera por allí. Tal vez nadie volvería a saber de Árgoht Grandël de Meledel, pero él sí recordaría Ereth. Y lo haría tal y como ahora la veía: húmeda por la lluvia y serena como un mar en calma. Su corazón, de nuevo, encontraba la paz del camino.

¿Serían estos los pasos que por fin lo llevaban a encontrarse con su Destino?

Quizás... Quizás.

AGRADECIMIENTOS

He leído y escuchado a muchos escritores decir que un libro no lo escribe una persona sola. Después, normalmente, soltaban una retahíla de agradecimientos y reconocimientos a personas que habían colaborado de una u otra forma en la redacción de la novela en cuestión.

Cuando yo leía o escuchaba eso, siempre pensaba: *Esas son las típicas palabras para quedar bien. Al final, el que escribe es solo uno.*

Pero ahora me doy cuenta de que estaba completamente equivocado. Una novela nunca la escribe una sola persona. El escritor es un ser extraño, capaz de crear algo de la nada, de sacar palabras y formas donde solo hay ideas y aire. Pero lo que sale de sus neuronas suele ser confuso, oscuro y denso. Muchas veces, el resultado es un auténtico peñazo con infinidad de fallos e incongruencias. Gracias a que hay personas dispuestas a echar una mano, la cosa coge forma y empieza a parecer una historia seria y coherente. Estas personas son los lectores y correctores, y suelen permanecer en la sombra, protegidos por el anonimato. Pues bien, yo no habría podido llevar a buen puerto esta historia sin mi hermano Jonay, que se ha destapado como un lector incansable y un crítico feroz. Gracias a él, algunas ideas inconexas encontraron su sitio correcto y si algún giro se me resiste, alguna escena no me cuadra o una frase chirría más que una uña arrastrada por una pizarra, él será el primero en decírmelo. También tengo que agradecerle su apoyo, el que me preste su ilusión y que comparta la mía como si fuera la suya propia.

Otras personas importantes, por no decir vitales, son aquellas que se mueven en mis órbitas más cercanas y que han aguantado mis rollazos y mis ratos de aburrirles con una nueva idea o un cambio importante de la trama. De todas ellas la más importante es mi pareja, paciente y comprensiva justo cuando me hace falta. Además, de no ser por ella, Árgoht no tendría ni siquiera nombre.

Hay alguien que ha estado siempre presente, incluso desde mucho antes de que esta novela tuviera título, incluso antes de que yo mismo supiera que la iba a escribir. Mi madre, que fue quien despertó en mí la afición por la literatura, y consiguió que la conservara. Verla cada noche con un libro en la mano ha sido, sin ella saberlo, muy enriquecedor para mí.

Mi padre siempre ha creído en mí y me ha animado a dedicarme a lo que me

gusta, incluso en contra de mi propia opinión. Gracias por eso, él sabe que parte de todo esto es mérito suyo.

Para concluir, diré que yo empecé desde muy joven escribiendo algunos pequeños relatos infumables e infantiles. Tuve, como casi todos los adolescentes, mi época de poeta que aprovechaba cada rato y cada trozo de papel para garabatear palabras y sentimientos llenos de infinitivos. Fue en esa época cuando interviene la última persona a la que quiero mencionar. Quiero agradecerle a mi abuela que me prestara oídos en aquella época movediza e incierta, mientras usaba la poesía para pasar de ser un joven confundido a convertirme en un adulto. Necesitaba aquellos oídos, y ella me los prestó.

Así pues, una novela no la escribe una sola persona. En esta han intervenido varias, y todas han tenido su importancia. Gracias.

Por último, te agradezco a ti, lector, que hayas comprado este libro. Eres el último eslabón de la cadena y el más importante de todos, el que le da fuerza y sentido, el que hace que todas las horas que he pasado sentado frente al ordenador o en la cama dando vueltas con la cabeza llena de ideas, nombres y desenlaces, merezcan la pena. Sin ti, este libro solo serían páginas en blanco. Espero sinceramente que lo hayas disfrutado.



RAYCO CRUZ (La laguna, Tenerife, España en 1979). Desde muy niño se traslada a Las Palmas de Gran Canaria. A pesar de que descubre los libros como afición relativamente tarde, la escritura nace en él de pronto, como una pulsión repentina durante su adolescencia, en la que desarrolló una poesía temprana como mecanismo de expresión que pronto dejó de lado para adentrarse en el relato y la novela corta. De esta época surgen varios relatos y una pequeña novela titulada «*Mea culpa*» que el propio autor afirma nunca publicará. A partir de ese momento la escritura empieza a cobrar cada vez más protagonismo en su vida.

En 2005 desarrolló en solitario el proyecto El cuarto de atrás que consistió en una plataforma multimedia para autores noveles. Constó de una página web (aún activa pero sin actualizar desde 2006) y una revista en formato impreso de la que vieron la luz varios ejemplares hasta que la falta de patrocinio le obligó a cancelar esta faceta del mismo. Sin embargo, el proyecto continuó vivo algún tiempo más en Internet.

Ha visto publicados varios relatos como *La magia del carnaval* (tercer puesto en el I Concurso de Relatos ¡¡Abretelibro!!), *La condena* o *Tiempo muerto*, pero su estreno como autor de novela tuvo lugar en 2009 cuando vio la luz *La sombra de Pranthas* (Mundos Épicos Grupo Editorial), novela de corte fantástico que narra las aventuras del hechicero Árgoht Grandël y que ha tenido una gran acogida por el público asiduo a este complicado género.

En Diciembre de 2010 publicó el relato *El futuro de la humanidad* dentro de la antología *Riqui-Raca 1.0. Cuentos del fútbol canario* (Ed. Mandarin) en la que

compartió cartel con otros grandes autores de la literatura canaria.

En Junio de 2011 salió a la venta su segunda novela, titulada *La maldición de Hilena* (Bilenio Publicaciones), de nuevo con Árgoht Grandël como protagonista.

En Noviembre de 2011 vio la luz su segundo relato publicado con el título de *Hargür pensó* dentro de la antología *Descubriendo nuevos mundos* editada por la Federación Española de Fantasía Épica durante la Imagicon 2011 celebrada en Mislata (Valencia). En este momento este relato se encuentra nominado a los I Premios Scifiworld dentro de la categoría Mejor Relato.

Además entre sus obras están: *El silencio de Sara*, una novela de misterio, la tercera novela de la serie de Árgoht, una obra de fantasía histórica y una antología de cinco relatos titulada *Tú has estado aquí antes*.